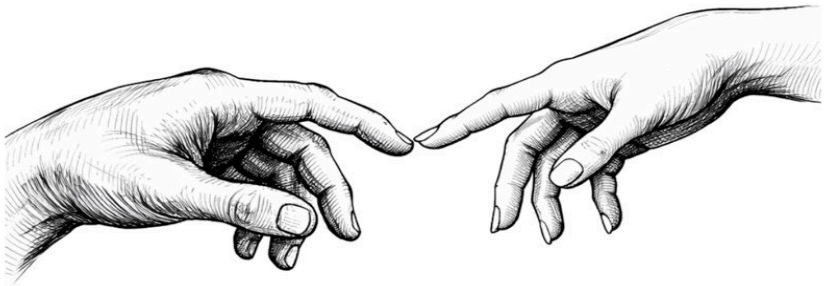

TITANES DE SAN FRANCISCO
LIBRO 2
ASUNTO PROHIBIDO
MARCIA DM

ASUNTO PROHIBIDO

MARCIA DM

TITANES DE SAN FRANCISCO #2



Copyright © 2026 by Marcia DM

Todos los derechos reservados.

Este libro electrónico está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro no puede ser revendido o regalado a otras personas a menos que se haya comprado una copia por separado. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso escrito, excepto en el caso de citas breves en artículos críticos y revisiones este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, son usados de manera ficticia y no debe ser interpretado como real. Cualquier parecido con hechos reales, lugares, organizaciones o personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

Portada Books&Moods.

Editora Natalia Ortega.

A mi familia.

índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Epílogo

Agradecimientos
Otras Obras de Marcia DM
Acerca de la Autora

prólogo

Dicen que somos hermanos, no lo somos. Nunca lo fuimos.

La saqué de un lugar al que nadie debería volver.

La vi crecer, rehacerse, sobrevivir.

Y prometí protegerla de todo… menos de mi.

Me digo a mí mismo que puedo controlarlo.

Pero no puedo.

Ella no debería mirarme así.

Yo no debería pensar en besarla.

No cuando aparece en mi cocina con esas piernas al descubierto.

No cuando discute cada una de mis decisiones.

Y mucho menos cuando se sube a un escenario y convierte nuestra vida en una maldita comedia.

Y si cree que puede provocarme sin consecuencias…

Está a punto de descubrir hasta dónde soy capaz de llegar para proteger lo que es mío.

Después de todo… ella también lo es.

Alex



—Eso no es una carrera real, mamá —me quejo, frotándome los ojos con hastío—. Necesita algo que la mantenga alejada de problemas, algo serio.

Estaba disfrutando del silencio en mi despacho, algo que no suele pasar a menudo, ya que siempre hay gente jodiéndome, demandando aumentos como si fuese una negociación de rehenes y, por qué no, algún reclamo ilógico, como el hecho de que no participo en las fiestas de la empresa.

Estaba saboreando la paz que proporcionan las ventanas panorámicas y los muebles de cuero cuando mi madre decidió llamar para arruinarme el día.

«Mónica Moor, pobre santa que tiene que lidiar con esta familia». Sus palabras.

—Ella cree que puede ganar dinero con esto. —Ni ella suena convencida.

—Sí, claro, y yo soy el príncipe heredero de Mónaco. No tiene ni un centavo en la cuenta —suspiro, anticipando con una precisión entrenada hacia dónde se dirige esta conversación.

—Por eso te llamo, hijo. —Ahí está—. Necesita ayuda, sabes que sus comienzos no fueron fáciles.

Sí, claro que lo sé. Lo recuerdo mejor que nadie porque, sorpresa, fui yo quien la introdujo en nuestra maravillosa familia.

Qué ironía.

—Ya sé cómo empezó todo, mamá. Estaba ahí, ¿lo recuerdas? —respondo con un dramatismo teatral digno de Broadway—. ¿Y qué quieres que haga?

—¿Quizá puedas ofrecerle un puesto en la empresa?

Las alarmas internas se disparan. Por supuesto que hay espacio, pero tener a Willa cerca sería demasiado peligroso para mi salud mental.

De las dos cabezas.

—Déjame pensarlo.

—Eres un buen hermano.

«Hermano». Qué chiste de mal gusto. Ni se imagina lo que pienso cada vez que menciona a «su hija».

—¿Ella sabe que estás pidiéndome esto? —pregunto con curiosidad.

—No, es muy orgullosa; si se entera…

Orgullo no es precisamente el término que yo usaría. Mi madre no tiene ni idea del placer perverso que siente Willa al torturarme.

—Hablaré con Recursos Humanos.

—Te lo agradezco, cariño.

Ya estoy arrepintiéndome y todavía no está aquí.

—¿Qué dijiste que hace? ¿Teatro?

—Monólogos, o *stand up* también lo llaman.

—Ah, genial, otro comediante frustrado. ¿Qué le hace pensar que tiene gracia?

Al otro lado de la línea se escucha un suspiro que suplica paciencia.

—Quizá sí la tenga…

—Lo dudo bastante, pero ya lo resolveré.

Como todo…, pienso.

Cuando termino la llamada, dejo caer mi cuerpo agotado sobre el respaldo del sillón, tener esta charla me ha drenado toda la energía y el alma.

La historia de Willa comenzó cuando iba al instituto.

Mi padre (mi nuevo padre, el que me adoptó como a un hijo porque se enamoró de mi madre) decidió mandarme a un colegio privado, uno de esos prestigiosos que había escuchado por ahí,

probablemente para mantenerme lejos de problemas o suavizar mis modales.

Tenía que tomar el BART para ir y volver. A mí me gustaba coger el tren, me hacía sentir responsable, adulto, así que lo hacía con placer, con aires de algo más.

Ambición.

Siempre tuve ambición, ¿por qué? Porque nací en la más absoluta pobreza. Porque de no ser por mi padre adoptivo y su dinero, hubiese perdido a mi madre por una enfermedad de mierda. Así que juré hacer todo el dinero que pudiera para que ni mi madre ni yo tuviéramos que depender de nadie, jamás.

Mi padre nunca dio indicios de ser ese tipo de persona, más bien todo lo contrario, se hizo cargo de nosotros sin pensarlo dos veces. Pero algo en el fondo de mi cabeza, una jodida voz, siempre me dijo que tuviera cuidado.

En aquel momento mi padre era empresario textil, tenía cadenas de locales de ropa muy exitosos para adolescentes y niños. Vivíamos en un barrio de clase media; él sostenía que quería que me criara lo más normal posible y eso hicimos, durante muchos años.

El problema que mi padre no previó eran los vecinos *complicados* que teníamos, por decirlo suave, porque, si fuese por mí, encontraría las peores palabras para describir a esos dos malvivientes, pero sé que a ella no le gusta hablar de ellos así, por lo que me contendré.

La casa de al lado, una pequeña pesadilla urbana con gritos y cristales rotos como banda sonora habitual.

Recuerdo a mi padre llamar a la policía más de una vez, para siempre obtener el mismo resultado: retenían al padre una noche en comisaría y volvía al día siguiente.

Volvían los gritos.

Volvían los portazos.

La niña que vivía ahí era muy tímida, de diez años, con una cabeza más grande que el cuerpo, su mochila siempre pesada y la vista clavada en el suelo. Solía encontrarme con ella en ocasiones, cuando su madre la acompañaba a la estación, una rutina que realizaban a diario.

La había escuchado llorar mil veces; la veía a través de la ventana taparse los oídos en su cama para no escuchar lo que fuera que pasaba en esa casa.

Le pedí a mi padre que interviniera, a mi madre que hiciera algo, pero siempre dijeron que no podían hacer nada, que estaba en manos de las autoridades.

Hasta que un día, en la estación donde solía bajarme para ir al colegio, mientras recargaba la tarjeta de transporte para volver a casa, sentí que alguien tiraba de mi camiseta de los All Blacks, mi equipo de Rugby preferido.

Al voltear, encontré a mi vecina. Sus ojos marrones me miraban con lágrimas, y su pelo castaño era una maraña de nudos sin brillo.

—Tú eres mi vecino, ¿no? —dijo entre sollozos que interrumpían sus palabras.

—Sí —respondí, agachándome sobre una rodilla. Miré hacia todos lados buscando a los padres—. ¿Qué ha pasado?

Ella se limpiaba las lágrimas y hacía pucheros. Mi cuerpo parecía reaccionar instintivamente, odiaba verla mal y más aún verla tan asustada.

Quería matar a sus padres, a cualquiera que hubiera causado eso.

Mi cuerpo decidió abrazarla, atrayéndola contra mí. No sé por qué lo hice, no era un tipo de abrazos y eso.

Recordé a mi madre repitiéndome lo rápido que estaba creciendo y que mi tamaño no era normal para mis dieciséis años cuando rodeé a esa niña entre mis brazos y sentí la fragilidad de su cuerpo.

Mi gesto parecía hacerla llorar más fuerte por alguna razón. No sabía qué hacer, no encontraba a ningún policía cerca y no iba a confiar en algún adulto de por ahí.

—Dime qué ha pasado —insistí—. ¿Dónde está tu madre?

El tumulto de gente comenzaba a caminar con frenesí a nuestro alrededor, personas que entraban y salían de los vagones. La voz de megafonía avisaba de que en cinco minutos llegaría el tren que me llevaba a casa, así que la cogí y caminé hacia los bancos verdes de metal donde la gente suele sentarse a esperar el tren.

—¿Dónde está tu madre? —volví a preguntar, arrodillándome frente a ella.

Con el revés de la mano se limpiaba las lágrimas, la boca aún le temblaba.

—En mi casa…

¿Qué mierda hacía una niña sola en un lugar como la estación de trenes?

—¿Y tu padre?

—También.

Los cálculos no me daban, ¿cómo llegó hasta aquí entonces?

—¿Cómo te llamas?

Ella se limpió la última lágrima antes de responder.

—Willa.

—Willa, soy Alexander —expliqué—. ¿Quieres que llame a la policía?

Sus ojos se abrieron de golpe, llenos de pánico.

—No, no, no.

—Está bien, pero dime, ¿cómo llegaste hasta aquí?, estamos lejos del barrio.

—Le dije a mi madre que yo podía ir sola al colegio y se enfadó conmigo.

—¿Y? —insistí.

—Y me dijo que, si tanto quiero ir sola al colegio, que me vuelva sola, pero ahora no sé a dónde ir. —Un puchero se volvió a formar en sus labios y algo en mis tripas se retorció.

—Tranquila, yo te llevaré, no te preocupes.

La sujeté de la mano, se veía pequeña en comparación con la mía; a pesar de tener seis años de diferencia, yo me sentía totalmente adulto a su lado.

El tren se acercó y lo señalé para explicarle en detalle lo que íbamos a hacer.

—Este es el tren que nos lleva, la estación donde tenemos que bajar se llama Walnut Creek, ¿recuerdas?

—Oh, sí… —susurró. Mientras nos sentábamos, le señalé el mapa que hay sobre las puertas.

—¿Lo ves allí?

—Sí.

Las puertas se cerraron, el tren avanzaba haciendo ruidos eléctricos y ella observaba todo a su alrededor como si fuese la primera vez que montaba en el BART.

Pero sabía que no lo era, la había visto en el tren mil veces.

Su mano seguía aferrada a la mía, del mismo lado donde tenía guardado el móvil en mis vaqueros; no podía llamar a mis padres y, cada vez que intentaba soltarla, ella se aferraba con más fuerza.

Ahora de adulto, recuerdo lo que era el miedo cuando eres pequeño, puede ser paralizante, aterrador en todas sus formas. No quería que ella se sintiera así.

Así que no la solté en todo el viaje.

Me miraba de soslayo, pero no decía una sola palabra.

Yo tampoco.

Al bajar en la estación, caminamos de la mano, era la primera vez que sostenía a alguien durante tanto tiempo, y una manzana antes de llegar me detuve.

Ella no parecía asustada, solo me observaba expectante.

—¿Quieres ir a mi casa en vez de a la tuya? Mi madre me espera con leche y galletas.

Lo pensó bien, calculando su siguiente movimiento.

—¿Es por eso que eres un gigante? ¿Tomas leche todos los días? —preguntó con una media sonrisa, su nariz seguía roja del llanto.

—Sí, todos los días —devolví.

—Entonces, sí. ¿Qué galletas tenéis?

Fui explicando que las galletas no eran del mercado, eran caseras hechas por mi madre, y con eso la distraje hasta llegar. En el camino rogué por que su madre no saliera y la viera, quería llevarla a mi casa, donde estaría protegida.

Nunca olvidaré la cara de mi madre cuando entré con la vecina. No necesitó mediar palabra conmigo para entender lo que sucedía, y con mucha calma la recibió y la agasajó con toda su artillería de madre.

Como era de esperar, llamó a la policía antes de que los padres se dieran cuenta de que su hija estaba en nuestra casa.

Lo siguiente fue doloroso para todos.

La policía detuvo a los padres por negligentes y Willa terminó en un orfanato.

Mi madre movió cielo y tierra para acogerla.

Mi padre habló con todos sus contactos políticos para acelerar el trámite.

Los tres sabíamos que Willa no iba a sufrir un día más en su vida. Y así, entre risas suaves y galletas caseras, comenzó nuestra desastrosa historia juntos.

Lo que nunca vi venir fue el cambio que hubo entre nosotros a medida que fuimos creciendo.

Cosas que no me atrevo a decir en voz alta. Cosas que hicimos que no tendríamos que haber hecho. Por eso mi contacto con ella es mínimo, por no decir inexistente; no volví a hablarle desde ese año nuevo.

Mis padres no se dan cuenta de la tensión que hay cuando estamos los dos en la misma habitación.

Pero cuando nuestras miradas colapsan… *Joder.*

Y ahora tendré a mi hermanastra trabajando aquí, instalándose en mi territorio, volviéndome absolutamente loco.

Con un suspiro, cojo el teléfono y marco.

—Hola hermano… —dice desde el otro lado con ese tono que me crispa los nervios.

Que Dios me ayude.



Predije la llamada de Alex de la misma forma en que acerté que me iba a bajar basándome en el mal humor que tenía.

Como si fuese un relojito, mi hermanastro me llama exactamente dos horas después de que le haya dicho a mi madre que quería hacer monólogos para ganarme la vida.

Sabía que era un error.

Lo sabía y lo hice igual, como todo lo que hago.

Tampoco puedo culparlos. ¿Quién, en su sano juicio, quiere escuchar a su hija decir que sueña con llenar teatros y hablar a los cuatro vientos de su vida privada?

Nadie.

Podría ser peor, podría decir que mi sueño es ser parte de una banda de *k-pop*, o *influencer* espiritual; si me remonto a mi infancia, yo fantaseaba con ser un poni.

—Hola hermano… —digo mirándome en el reflejo del espejo empañado. Dejo el móvil en altavoz sobre el lavabo.

Estoy preparándome para salir a trabajar, en mi pequeño piso en el barrio Castro, San Francisco, California. Un barrio multicolor lleno de gente asquerosamente positiva y superficial.

La respuesta de Alex es un suspiro, y sonrío, satisfecha con el rotundo éxito de la misión «irritar a Alex».

—Willa… —comienza con su voz de hombre de negocios—, me llamó mamá.

—Predecible —respondo, poniéndome el labial y abriendo la boca como un pez.

—Entonces sabes que me pidió que te dé trabajo.

Un momento.

¿¡Qué!?

—Tengo trabajo —digo, remarcando la parte obvia.

—Uno real, Willa.

Alex usa ese tono paternal que le encanta implementar cuando se convence de que es mi hermano y que su opinión tiene valor.

«Willa, no uses más de un vaso por día», «Willa, deja de escuchar música tan alta», «Willa deja de volverme loco», «Willa deja que te toque…»

Acomodo la garganta pensando en el último ejemplo y vuelvo a la realidad.

—Es real, trabajo en un teatro, en el Improv.

Dejo el labial olvidado, recojo el móvil y salgo del baño para sentarme en mi cama y ponerme las botas para salir.

—Déjame reformular, un trabajo que te dé dinero. Así, mamá y papá no tiene que estar preocupándose por ti y dejas de vivir en esa casa para hámsteres, si es que puedes llamar a eso casa.

Subo la cremallera de la bota con ira.

—Primero, es mi casa de hámsteres —explico con énfasis mientras observo el monoambiente decorado en su totalidad con muebles descartados por mi madre—; segundo, técnicamente no es una casa, es un piso; tercero, no quiero trabajar en un ambiente corporativo que es tan tóxico como el aire en Chernóbil; cuarto, ¡menos aún trabajar para el mismísimo Hitler!

—Me sorprende que sepas tanto de historia, la verdad —devuelve, ignorando mi intento de comenzar una pelea. Para haber ido los dos al mismo colegio pomposo, su sorpresa suena real—. No tienes que dejar tu trabajo de mierda en el teatro, ven a trabajar aquí media jornada, satisface a tus padres…

—Son tus padres también —insisto, recordándole que compartimos una familia.

Y el impulso de hacer todo mal, también.

—… Y todos contentos —termina, como si no me hubiese escuchado.

Joder.

Alex sabe qué teclas tocar para sacar lo peor de mí.

Suspiro y busco las llaves en la mesa de la cocina, el móvil en mano.

—No voy a trabajar ahí, Alex.

—¿Esto es parte de tu monólogo también? Porque no es tan gracioso como crees.

—¿Qué? ¡No!

—¿Segura?

¡Ahh! ¡Qué exasperante que es!

Su risa macabra se escucha al otro lado del móvil y consigue que un escalofrío me recorra la espalda.



Algo que nunca le voy a confesar a Alex es que mi trabajo no es lo mejor. Quizá lo hago sonar guay cuando digo que me sirve para charlar con las personas de la industria, que los clientes me dan material y que estoy siempre en constante aprendizaje.

La mayor parte del tiempo me toca atender las mesas durante los monólogos, básicamente paso recogiendo vasos y asegurándome de que la gente no se quede sin patatas mientras alguien intenta hacer reír al público. De vez en cuando, ayudo a los de sonido a poner el escenario en orden, aunque casi siempre termino metiendo mano donde no me llaman. Y si algún cómico cancela o llega tarde, Owen, el dueño, me deja subir y practicar unos minutos. Esos ratos son la oportunidad perfecta para perderle el miedo al escenario, aunque todavía me tiemblan las piernas.

Lo bueno es que normalmente no hay nadie en las sillas, o no las suficientes como para entrar en pánico, y si lo arruino, bueno, nadie sabe quién soy.

La sala del Improv es mediana, deben entrar unas cincuenta personas en el sótano de pared de ladrillo rojo y pequeñas mesas redondas con sillas (las más incómodas que Owen pudo encontrar en Internet).

Hoy hay bastante jaleo, algunos ya saben que Mark viene a las doce.

Mark es el nuevo comediante del momento; viene aquí cada muerte de obispo, ya que siempre está haciendo gira. Gracioso, sí, amigo también, ¿mentor? A veces.

Limpio la barra con un trapo viejo mientras escucho alguna risa esporádica del tipo que está en el escenario, ni siquiera me tomé la molestia de aprenderme su nombre, pero lo conozco de las clases de monólogos gratuitas que suele haber en mi barrio.

Cuando se baja, surgen algunos aplausos tristes y Owen avisa que el escenario se tomará un descanso de veinte minutos.

Eso es más de lo habitual, así que cuando pasa a mi lado lo llamo.

—¡Ey! ¡Owen!

Se detiene y me observa con ojos irritados. El tipo tiene un serio problema con la marihuana, a pesar de decir que le hace bien. Su pelo es rubio ceniza; su cuerpo, el típico de alguien que trabaja de noche.

Estilo suricata.

—Qué —pregunta con la intención de seguir caminando.

—¿Crees que pueda subirme?

Señala al público.

—Está llenándose, necesito que atiendas las mesas.

—Oh…, bueno.

Creo que ve mi decepción.

—¿Quieres ir después de Mark?

—No, gracias.

¿Quién demonios quiere ir después del tipo que les hace reír a todos? Eso es suicidio teatral.

Owen se apoya sobre la barra, sus ojos irritados me miran con compasión.

—¿Qué tal mañana?

—Mañana no trabajo —explico, preparando las copas de la mesa ocho.

—Lo sé, pero ven a eso de las diez, ahí te encontraré hueco, ¿tenemos un trato? —Estira la mano, esperando estrecharla con la mía.

Asiento con una sonrisa y le devuelvo el gesto.

Alex



La sala de conferencias se vuelve calurosa cuando hay más de una persona; y en este momento hay doce.

Doce.

Quizá Taylor Swift tenga razón y yo sea el problema. Yo, y mi metabolismo comportándose como si estuviera huyendo de un depredador, cuando en realidad estoy tirado como una mujer de una pintura renacentista en la silla.

Ocupo la cabecera de esta mesa larga llena de personas.

El equipo presenta los números de este cuatrimestre con mucho esmero, apoyándose en un PowerPoint con dibujitos y movimientos para que mi cerebro de Candy Crush no se apague.

A veces siento que me ponen marionetas delante, con ruiditos locos para que preste atención, como a los bebés.

Evidentemente, no está funcionando.

—No me gustan esos números —interrumpo.

Paul, el muchacho delante de mí, me observa con terror.

—Hemos tenido un bajón considerable en el equipo de recursos humanos, las renuncias fueron masivas después de…

Carraspeo la garganta y me acomodo en la silla, haciendo que cruja bajo mi peso. De golpe el traje se siente demasiado ajustado en mi espalda.

Paul se refiere a la entrevista que hice para el pódcast de Johnny Rush, el idiota ese que se cree un gurú de la industria alimentaria;

me tendió una trampa y puso palabras en mi boca que yo no había dicho.

Al día siguiente, los tabloides más famosos titularon: «El CEO de Pulso es gordofóbico».

Pulso es mi compañía, mi bebé, mi mundo entero.

Una ola de guerreros con teclados y múltiples cuentas de X empezaron a difamarme, a decir que era prácticamente nazi por pensar en macros y controlar los gramos de proteína que comía al día.

Muchos de los empleados de esta compañía eran parte de ese grupo y, para compensar su cuota de buenas acciones, decidieron renunciar y grabarse haciéndolo con mucho orgullo para TikTok al son de «Yo no trabajo para un Adolf».

Tuve que salir a los medios a explicar que mis palabras se malinterpretaron, que mi interés por la salud viene de un trauma familiar y que me importa una mierda si prefieres tener una vida poco sana.

Bueno, esa última parte no la dije.

—Ya entendí —gruño, pretendiendo mirar el móvil—. Continúa.

No tengo *mal* humor. No tengo humor, a secas, pero Paul está poniendo todo su empeño en que termine de explotar.

Son las once y media, hace una hora que estoy aquí y Willa todavía no apareció.

Técnicamente, nunca confirmó que iba a venir, y puede ser que tenga un poco de ansiedad con respecto a verla.

Ella nunca vino a mi compañía. ¿Mis padres? Mil veces. Mi madre, que está retirada y no sabe qué hacer con su tiempo libre, cocina galletas para ciento cincuenta personas.

No importa cuántas veces le haya dicho que aquí solo hay comida saludable, ella trae galletas con tres kilos de azúcar y pedazos gruesos de chocolate.

Nadie se corta, no importa como los mire, se llenan la boca de esas bombas hiperglucémicas.

Volviendo a mi pesadilla, digo, hermanastra.

A Willa no la veo desde hace cinco años.

Joder, cinco años es muchísimo, pero hice un pacto conmigo el día que perdí el control: no volvería a sucumbir a esa tentación tan bochornosa.

A base de excusas fui desvinculándome de mi familia poco a poco, hasta que, un día, me envió un mensaje diciendo que no hacía falta que siguiera recluyéndome, que ella se iba a la universidad y que podía volver a visitarlos.

Obviamente, no había perdido contacto con mis padres, tan solo los hacía venir a mi casa o los llevaba de viaje por el mediterráneo.

Lejos de ella.

Mi madre cree que no nos llevamos bien, que tuvimos alguna pelea grande o algo así, y nunca me molesté en corregirla.

Es lógico, ¿cuál es la otra opción?

«Mira, mamá, ¿la niña que adoptaste? Esa que encontré en la estación de tren, bueno, verás, despierta en mí cosas que no puedo pronunciar sin que te dé un ictus».

No la sigo en redes.

No pregunto por ella.

No tengo idea de si tiene la cabeza rapada o si conserva su pelo largo. O si se alistó en el ejército, o en un curso acelerado de payasos. Solo sé una cosa, y es que no he podido dejar de pensar en ella, inclusive en mis momentos más fuertes.

Este encuentro se siente como tomar una copa de vino tras años de abstinencia.

Jane, mi asistente, entra por la puerta de cristal. Que su nombre delicado no te engañe, ella viene con su traje a medida, su recogido perfecto, tirante y sin un solo pelo fuera de lugar, y el eco de sus tacones como si fuese una marcha militar.

Hoy tiene una sombra negra sobre sus párpados, dura y tajante, como ella.

La sigo con la mirada, sabiendo que viene con noticias. Rodea la mesa, se coloca detrás de mí y se inclina para hablarme al oído.

—Ven a buscar a tu hermana antes de que la asesine.

Jane tiene un carácter muy particular, por eso la contraté. Es como tener a un sargento dando órdenes todo el día. Descubrí que es la única manera de mantenerme concentrado.

—¿Dónde está? —susurro mientras mis empleados discuten entre ellos.

—Colgada de una luz, probablemente. —Se endereza y sale con su marcha.



Sus dos manos están apoyadas sobre la máquina expendedora, mira las opciones con las cejas unidas y mucha indignación.

Mi estómago sufre un breve espasmo al verla, mínimo, poco importante, mientras mis ojos observan qué le hicieron cinco años a Willa Moor.

Le dieron un pésimo gusto estético, para empezar.

Lleva unos pantalones extranchos grises que se ajustan a la altura del tobillo, unas zapatillas blancas que vieron días mejores y una camiseta tres tallas más grande de Buffy la cazavampiros, con Ángel mirándola desde arriba con esos ojos de perrito mojado que le solía poner.

Willa siempre fue fanática de Buffy, lo cual es raro, no era una serie de su época.

Su pelo chocolate cae liso hasta su cintura.

—¿A esto lo llaman tentempié? —murmura—. Esto es el sueño mojado de una nutricionista.

—Ese es el punto —digo, acercándome a ella.

El corredor está vacío, solo la luz de la tira LED que ilumina el logo de la empresa simulando el pulso del corazón perturba la quietud del ambiente.

—Hay mejores formas de complacer a una nutricionista.

—¿Cómo cuál? —pregunto, deteniéndome a su lado, mis manos guardadas en los bolsillos, protegidas de cualquier tentación.

Todavía se ve pequeña, le saco al menos dos cabezas y varios centímetros de ancho.

—Un *snack* que no tenga cuarenta y siete ingredientes impronunciables podría ser una buena forma.

Me muerdo los labios para no reírme y me esfuerzo en poner mi peor cara cuando finalmente levanta la mirada y la conecta conmigo.

Ella exhala con fuerza al mirarme, como si hubiese estado aguantando la respiración. Yo miro su rostro, absorbiendo todo lo nuevo que tiene.

Un lunar en la mejilla izquierda, una vieja herida rosa en la frente y dos manchas en el mentón, de algo que podría ser un grano de hace algunas semanas.

No importa lo que tenga, su rostro sigue siendo perfecto, delicado y adictivo de ver.

Sus ojos marrones me analizan de vuelta. Me pregunto qué es lo que ve, qué hay distinto en mí, aparte de las arrugas nuevas a los laterales de mis ojos y el surco entre mis cejas que demuestra mi mal humor.

—Llegas tarde —digo, apoyándome sobre la máquina, que cede un poco con mi peso.

—No acordamos un horario, gigantón, vine en cuanto me levanté. —Vuelve a la máquina y, de todas las putas frutas disponibles, elige la banana.

La fruta fálica cae a la bandeja, haciendo que el sonido haga eco por el pasillo como la roca que acaba de caer en el fondo de mi estómago.

—Acepto que no acordamos ningún horario, pero es casi mediodía, ¿cómo puede ser que te estés levantando a esta hora?

Willa pela la banana con mucha concentración y un poco de dramatismo. Cuando abre la boca para introducirla, me despego de la máquina para comenzar a caminar por el pasillo y abandonar el barco.

Mis puños están haciendo mucha fuerza dentro de los bolsillos.

Escucho los pasos de Willa detrás de mí.

—Trabajé hasta tarde anoche —se justifica con la boca llena de pasta de banana.

Al fondo del corredor están las puertas dobles que van a mi despacho, al lado está el despacho de Jane, y, cuando pasamos por delante del cristal que nos divide, nos sigue con la mirada como uno de esos cuadros de película de terror.

—¡Hola, Jane! —grita Willa con entusiasmo.

Lo único que consigue es que ponga los ojos en blanco.

No conozco dos personas más opuestas que ellas.

Abro las puertas e inmediatamente siento el fresco de mi espacio. Tuvimos que adaptarlo para que tenga una temperatura diferente al resto de la oficina, ya que la mayoría del personal se quejaba del frío.

Débiles.

—Joder… —dice Willa mirando a su alrededor, la banana olvidada en su mano.

Me siento en mi trono y enciendo el portátil para tener algo con que distraerme en caso de que se acuerde de lo que tiene en la mano.

—Primera regla cuando trabajes aquí, no puedes hablar como si fueras una incivilizada, Willa.

Parece abstraída, mirando la pantalla gigante delante de ella, siempre proyectando los números de la aplicación en flechas que suben y bajan con colores verdes y rojos. Cuando eso no está, la PlayStation está encendida.

Comienza a explorar mi despacho, pelando un poco más la banana, se la lleva a la boca y la rodea con los labios como una maldita profesional.

No llegué a mirar hacia otro lado y ahora me encuentro hipnotizado.

Se detiene delante de una pared de ladrillos, adornada con imágenes de los éxitos de Pulso, capturas de pantalla de cuando la aplicación salió al mercado, picos de suscripciones, comentarios en los medios y alguna foto mía recibiendo premios.

Mucho pasó en los últimos cinco años de mi vida.

Me compré una mansión innecesariamente grande, adopté un gato porque un niño en la calle me hizo sentir culpable cuando casi lo piso, salí con al menos una mujer por año —ninguna pasó la regla de los seis meses—, tuve tres consultas con el médico y al menos un ataque de pánico.

—¿Usas la aplicación? —pregunta sacándome de mi mente.

—Por supuesto.

—¿Qué es lo que más te gusta? —Se lleva el último pedazo a la boca y sus ojos caen sobre mí, curiosos.

Su pregunta me deja trabado, como si el sistema operativo de mi cuerpo decidiera detenerse por completo.

No tengo una respuesta.

—No lo sé, Willa, ¿puedes acercarte y conversar como un adulto? —Señalo la silla del otro lado del escritorio.

—¿La papelera? —pregunta levantando la cáscara de banana.

Pongo los ojos en blanco y tanteo el cubo con los pies, entonces lo subo por encima del escritorio. Ella arroja la cáscara imitando a un jugador de baloncesto y, por supuesto, erra el tiro. Choca contra mi pecho y cae.

Un desdén agotado se instala en mi rostro cuando levanto la mirada.

—¿De verdad?

—¡Ups! Lo siento, déjame…

—¡No! —la detengo, buscando la cáscara que, por capricho de la vida, reposa sobre mi polla—. Siéntate.

¿Algo más puede ir mal hoy?

Willa se sienta, cruzando las piernas y los brazos, como una forma de mostrar su evidente rechazo.

No sé qué voy a hacer con esta muchacha.

—Soy toda oídos.

Ahora que su atención está sobre mí, no sé por dónde empezar.

—¿Por qué trabajas en esa pocilga de lugar? Papá te ofreció trabajo, has estudiado en la mejor universidad de Estados Unidos…, eres…

—¿Simpática?

—No.

—¿Inteligente? ¿Carismática? ¿Graciosa?

—No, no y no… Buscaba otra palabra…, la tengo en la punta de la lengua. —Chasqueo los dedos—. Holgazana.

Su reacción es inmediata y disfruto cada segundo.

—¡¿Holgazana?! ¿Eso fue lo único que se te ocurrió? ¡Trabajo muchas horas y a veces incluso horas extras!

—¿Te pagan por ellas?

Mira lejos de mí.

—Bueno, no siempre, pero porque Owen no es bueno con los números.

—¿Quién demonios es Owen? —pregunto, sintiendo una leve irritación.

—Mi jefe.

—Tu exjefe —corrijo, inclinándome sobre el escritorio, mis codos se clavan en la madera—. Comenzarás a trabajar aquí, *conmigo*.

Mierda.

Eso del final no tenía que sonar tan… posesivo.

Willa arquea una ceja.

—Alex…

Cojo el móvil, pretendiendo ver algo que me saque de esta situación.

—Trabajarás en el área de Experiencia Laboral, ahí es donde más valor puedes aportar, no conmigo *per se*, sino…, ya sabes, en mi compañía, eso quise decir.

Willa se levanta, rodea el escritorio en silencio y yo trago saliva con esfuerzo.

Trato de mantenerme impasible, alejarme en esta batalla sería demostrar cuánto me afecta su cercanía.

Hasta que no apoya su cadera sobre el lado derecho no dice nada.

—Yo tengo un trabajo, Alex, tal como te dije por teléfono. La diferencia hoy es que vengo a decírtelo en persona.

Suspiro, sintiendo cada vez más frustración.

—Eres una Moor, no puedes trabajar ahí. —Vale, eso sonó clasista—. Mamá y papá están preocupados porque no ven un rumbo claro en tu carrera. —Willa abre la boca y comienzo a hablar más alto—. Hacer monólogos no es una carrera, es un pasatiempo. Ve a tener tu momento en el escenario, pretende ser graciosa, pero de día enfócate en tener un sueldo, contactos…

—¡Esa no es la vida que quiero!

—¡No me importa! —exploto en un grito, me levanto y terminamos nariz con nariz—. Ellos te dieron un techo, comida y

mucho amor durante todos estos años, y ahora están estresados por tu culpa. ¿Sabes cuál es mi misión en este mundo, Willa?

—¿Joderme la vida?

—Resolver los problemas de esta familia, y si tú te conviertes en uno, entonces prepárate, porque hasta que no termines trabajando aquí no voy a parar, ¿me oyes?

Silencio.

La amenaza sonó demasiado dura.

—¿Y cuando mi infelicidad sea un problema? ¿Qué harás ahí, gigantón? —susurra.

Pensar en la infelicidad de Willa me revuelve el estómago, me genera urticaria y alergia y todas las enfermedades habidas y por haber.

—Te prometo que no será infelicidad lo que encuentres aquí, Willa. Tenlo por seguro. —Mis ojos bajan a sus labios, de manera inconsciente, creo, y trago saliva, desesperado por salir del embrujo —. ¿Quieres llegar a los grandes escenarios? Cuentas con mi apoyo, pero debes tener un trabajo serio. Hasta Superman tenía dos trabajos.

Me abrocho el traje y me alejo de ella, caminando hacia la puerta.

—Las metáforas de superhéroes suelen resultar más eficientes para los hombres que para las mujeres —suelta por encima del hombro.

Me detengo y giro sobre mis talones, ella se detiene frente a mí.

—Qué tal esta… ¿Las mujeres no presumen siempre de poder hacer más de dos cosas a la vez? Demuéstralo.

Eso la enfada, pero se contiene.

—No tiene gracia.

—No buscaba tenerla, Willa. ¿De verdad prefieres atender mesas de noche a trabajar en un ambiente como este?

—No sé de qué ambiente me hablas, la sargento que tienes ahí fuera no me dejó ver nada.

Tomo aire una vez más, juntando fuerzas.

—Ven conmigo.



Tener a Alex caminando delante de mí es como el dicho de que, si la montaña no va a Mahoma, pues Mahoma va a la montaña.

Excepto que aquí la montaña está delante y yo vine a verla.

Bueno, creo que eso no tiene mucho sentido, podría trabajar el símil un poco mejor. El punto es que Alex es grande.

GRANDE, en mayúsculas.

Siempre lo fue, no lo había olvidado, pero realmente es una cosa monstruosa (¡o montañosa! ¿¡Eh!? Ahí tengo material) que camina delante de mí, con un andar demasiado confiado, el pelo recogido en la base del cuello, su traje un poco tirante a la altura de los omóplatos y sus pisadas haciendo vibrar el suelo.

Intento seguirle el ritmo, pero no hago ejercicio y mis piernas se cansaron hace cinco minutos, así que mi hermanastro se queda esperando hasta que lo alcanzo, luego avanza y frena otra vez.

—Este es el salón principal —explica, señalando mil escritorios y mil sillas, con mil monitores y mil teclados y mil voces, sonando todo al mismo tiempo.

—Hermosa granja humana —digo por lo bajo, ganándome una mirada de desaprobación.

—Aquí es donde se realiza el mantenimiento de la aplicación, la gente trabaja sobre los *bugs*…

—¿Los que?

—Los errores que puedan llegar a presentarse, depende de la plataforma en la que estén usando el servicio.

—Deja de hablar en corporativo… —regaño por lo bajo.

Alex me ignora.

Seguimos caminando, pasando una puerta de cristal. Eso es algo que he notado mucho aquí, paneles transparentes, ventanas altas y plantas por doquier.

—¿Buscas que la gente no se sienta aprisionada en esta pecera? —señalo una pared con un jardín vertical (solo sé el nombre porque mi madre tiene uno de esos).

—Buscamos que se sientan a gusto, Willa.

—¿No has pensado en colocar una rueda de ratón gigante en el medio?

Alex me toma de la muñeca y me lleva a un costado, antes de entrar en un corredor lleno de despachos.

—¿Puedes comportarte? La gente aquí me respeta.

El contacto es fuego, o algo similar, porque arde y busco soltarme de inmediato.

—Lo siento, lo siento… —respondo, dando el brazo a torcer, literalmente.

Alex se aleja de mí, devolviéndome el oxígeno a los pulmones, y sigue caminando. El corredor es largo, diferentes despachos con personas discutiendo y negociando nos miran pasar.

—Estamos en la búsqueda de un puesto que no existía aún en Pulso, pero, considerando los acontecimientos vividos estos últimos meses…

—Oh, sí…, todo el tema de la gordofobia.

Alex se detiene y voltea.

—No soy gordofóbico. No soy fóbico a nada, de hecho; fue todo orquestado para dañar nuestra imagen.

Levanto las manos en el aire, como si fuese un ladrón.

—Oye, lo sé, no te acusé de nada.

Sin agregar más, Alex entra a uno de los despachos/pecera. Hay una mesa redonda en el medio, de madera, una mujer enterrada detrás de un portátil con anteojos muy grandes, de marco grueso y negro, y, detrás, unos ojos gigantes debido al aumento.

Me recuerda a Sybill Trelawney, la profesora de adivinación de Harry Potter. *Que en paz descanse.*

Me cae bien al instante.

Al escuchar los pasos de Alex retumbar, la mujer levanta la mirada y esboza una amplia sonrisa.

—Fiona, te presento a Willa —introduce Alex, sentándose en el lado opuesto de la mesa—, mi hermanastra.

Estrecho la mano con Fiona, calcando su gesto simpático.

—Hola, Fiona, un placer.

—Lo mismo digo, Willa, siéntate, siéntate —ordena, moviendo la silla a su lado.

La silla es acolchada, todo lo opuesto a las de club. En la pared hay una imagen de un hombre musculoso levantando pesas, muy aceitado y en blanco y negro. Su mandíbula de superhéroe es afilada, y su pelo repeinado resiste a pesar del sudor.

Una especie de Henry Cavil con menos *sex-appeal* y mucha testosterona.

—Ese es Dax —dice Fiona al encontrarme analizando la imagen —, uno de nuestros instructores.

Dax… Dax, ¿por qué me suena? ¿No hay un modelo de motocicleta que se llama así?

Asiento, con las comisuras de los labios levemente hacia abajo, como el meme del chico frente a un ordenador de los años noventa.

—Buena foto… —digo, solo para llenar el silencio incómodo.

Luego mis ojos viajan a Alex y me asusto al ver rayos saliendo de allí.

Tengo que dejar de imaginar cosas, especialmente de superhéroes, eso es algo de Alex.

—Y es buena persona —dice Fiona moviendo sus manos, en su muñeca hay un reloj digital y en su dedo un contador de pasos o algo así.

¿Todo el mundo aquí es fanático del ejercicio? ¿Es una condición? ¿Es obligatorio? *Oh, no…*

Alex carraspea y comienza con su tono de empresario.

—Fiona, como te dije en nuestra última reunión, creo que Willa es perfecta…

Silencio.

—Perfecta… —repite Fiona, instándolo a continuar.

—Eh, sí, perfecta para las necesidades que la empresa manifiesta. Ella tiene la personalidad para lograr recuperar la imagen interna.

—Oh, genial —dice Fiona, comprendiendo al fin el contexto completo de la frase—. Sí, como bien dice Alex, estamos en la búsqueda de alguien que pueda encargarse del bienestar del equipo, ponderar sobre sus necesidades…

Asiento, mirando a los dos mirarme y mirándolos de vuelta.

Se sienten más ojos de los que hay en esta habitación.

—Una especie de prosti…

—No —interrumpe Alex antes de que pueda terminar—. No, Willa, no —suspira.

Fiona, por otro lado, me mira de soslayo y le guiño un ojo, dejándole en claro que mi única misión es molestar a mi hermanastro.

—Buscamos a alguien que se dedique exclusivamente a leer el humor de la oficina, a organizar eventos y desayunos. Quizá escuchar las quejas y trasladarlas a las áreas correspondientes para solucionar el daño que se le hizo a Pulso.

—Puedo hacer eso —digo, sintiéndome un pelín emocionada, solo un poco.

—Lo sé —dice Alex—, confío que harás bien la tarea. —Le da un golpe a la mesa, como si fuese el padrino dando una orden final, y se levanta—. Fiona, encárgate de explicarle los detalles, que tengo que irme.

—Claro, Alex, gracias por tu tiempo.

¿Eh? ¿Pero qué es esto? ¿Una secta? ¿Es Alex el líder? ¿Es por carisma o por tamaño la elección de este?

Cuando la puerta se cierra y queda una estela de perfume caro, miro a Fiona con una sonrisa diabólica.

—Háblame más de este Dax…



Hay al menos diez personas en el público.

La luz cae dura y firme sobre el taburete alto de madera desgastada, el vaso de agua (que yo misma dejé para mí) me espera en medio del asiento. Me subo y recibo cuatro lastimosos aplausos. Algo es algo.

Sujeto el micrófono y un ruido agudo escapa del aparato. Todos cierran los ojos, molestos conmigo.

—Gran comienzo —digo, escuchando mi voz por los altavoces—, siempre quise ver qué pasaba si todo un grupo de personas me odiaba.

Recibo algunas risas.

Owen está apoyado sobre la pared del fondo, con los brazos cruzados y expectante por ver cómo la jodo.

La última vez estaba tan nerviosa que no podía lograr ni un solo chiste.

—Bueno, hoy vengo a hablar de un tema delicado… —Hago una pausa dramática, sorbo agua como si estuviera a punto de anunciar una desgracia nacional—. La obsesión de los hombres con los superhéroes.

Algunos en el público murmuran. Perfecto, capturados.

—Tenemos el público dividido. Sí, sí, ya sé, «no generalices». Pero es que no importa la edad, chicos. Pueden tener ocho… o treinta y cinco… o cuarenta años, o dirigir una empresa multimillonaria. La necesidad de recordarnos que ellos también podrían ser Batman si se lo propusieran es constante.

Se oyen algunas risas.

—Y lo peor es que ni siquiera se lo cuestionan. Nacen con esa convicción. A los cinco ya están practicando cómo lanzar telarañas, a los doce aseguran que, con algo de entrenamiento, podrían ser parte de los Vengadores… Y a los treinta siguen esperando que un anciano raro les toque la puerta para darles una misión secreta a pesar de levantarse con dolor de rodillas.

Muevo la mano, imitando un señor encorvado.

—«Joven, el destino del universo depende de ti… ¿Puedes dejar el mando de la Play cinco minutos?»

Las risas se intensifican. Sigo.

—Conozco a uno de esos. No me hagáis a decir nombres… —Me llevo la mano al pecho con gesto de martirio—, pero digamos que usa traje todos los días y tiene el mismo abanico de emociones que el Batman de Robert Pattinson.

Un par de carcajadas. Owen suelta una leve sonrisa, puedo ver interés en sus ojos.

—Pero, bueno…, yo no juzgo… tanto. Al final, si ellos quieren ser superhéroes, que lo sean. Mientras no esperen que yo sea su interés amoroso trágico que muere en la página veinte para motivarlos, todo bien. —Hago una pausa—. Pero ¿sabéis cuál es la prueba definitiva de que los hombres están obsesionados con los superhéroes? Que, si les quitas la fantasía…, les queda la misma frase siempre: «Yo podría hacerlo… si quisiera». Claro, macho. Tú podrías volar, detener un tren, salvar a la humanidad… —Me acerco al borde del escenario—. Pero no puedes poner una toalla a secar sin que huela a perro mojado.

Explosión de risas.

—Pero también hay otro tipo, el más peligroso. El Batman edición emocionalmente inaccesible. Controlador, apuesto, serio. Ese que te mira como si estuviera planeando salvar la ciudad…, pero lo único que salva es su propio orgullo.

Hago como que lo observo en la primera fila.

—Ese que jura que tiene una oscuridad profunda, incontrolable, irresistible. Y sí, quizá la tiene… Pero, cariño, si tu superpoder me deja temblando…, que sea por placer, no porque estés intentando darme instrucciones como si fuera tu asistente personal.

El público grita. Yo remato, afilada y dulce a la vez:

—Siempre lo he dicho y seguiré repitiéndolo: si quieres ser mi superhéroe…, empieza por hacerme ver estrellas de verdad, no esas de los cómics.



A la noche, en el silencio de mi casa, finalmente desconecto el cerebro sobrecargado de responsabilidades.

A medida que pasan los años, la carga mental se vuelve más pesada y me desgasta. Ser CEO no es tan divertido como lo pintan en las películas; es más bien una prueba diaria de resistencia. Necesito un ojo inquisidor sobre cada detalle, como Sauron vigilándolo todo desde su torre; responder mil preguntas al día como si fuera Gandalf rodeado de hobbits histéricos; leer dos mil correos, y sobrevivir a cuatro reuniones (antes eran seis, hasta que terminé babeando con un semicomatoso orgullo ejecutivo).

Y luego están los medios. Sonreír bajo los *flashes*, aparentar humanidad mientras las luces me calientan la piel y los fotógrafos me miran como si fuera un dragón recién despertado… A veces siento que soy Gollum defendiendo mi tesoro, solo que mi «tesoro» es una empresa que me succiona la vida con una lentitud silenciosa.

Me siento en el sofá tipo nube que me vendieron falsamente como «cómodo» y suelto un suspiro agotador.

Los «grandes y altos» (como insiste la industria textil en llamarme) no encontramos muebles cómodos. No existen, ni los de Finlandia son suficientemente grandes para mí, y, si quisiera pedir todos los muebles a medida, debería tener el dinero de Jeff Bezos.

Mandarino, mi gato, se sube a mis piernas, soltando un pequeño maullido. Nos miramos expectantes; yo, analizando su humor de hoy

(tengo varios zarpazos en el cuello), y él, esperando que le dé de comer.

—Solo me quieres para eso, ¿no? —acuso, levantando la mano. El gato se anticipa a mi gesto antes de que llegue a acariciar el pelaje entre sus orejas puntiagudas.

Mi lado más tóxico y neandertal siempre observa cómo todo su cráneo es más pequeño que la palma de mi mano. Por supuesto, nunca le haría daño. Excepto aquella vez que lo asusté sin querer y me dio tres cachetadas como una señora ofendida.

Otro maullido. Sé lo que pasa si hay un tercero, así que me levanto, sintiendo el peso de mi cuerpo.

Entro en la cocina y, de inmediato, noto cómo todo aquí respira calma y control.

El mármol claro de la isla luce frío al tacto, limpio, sin una sola huella; me gusta así, perfecto, con esas vetas suaves que parecen dibujadas a propósito. Las lámparas colgantes descienden en línea recta, minimalistas, casi quirúrgicas, y bañan la estancia con una luz cálida.

Si tuviera que admitirlo, diría que esta cocina es exactamente como me gusta vivir: líneas rectas, tonos neutros, nada fuera de lugar. Un sitio donde pienso mejor, donde todo parece tener sentido.

Abro una lata mientras Mandarino merodea a mis pies y maúlla desesperado.

—Cualquiera diría que te hago pasar hambre… —Dejo su plato en el lugar designado en la cocina, un rincón al lado de la despensa donde está la máquina del agua, una de esas automáticas que el gato maneja para beber. Tenía otra que soltaba comida a cierta hora todos los días, pero me hacía sentir mal, como si ni darle de comer supiera, así que la desconecté y la arrojé al garaje. (El que uso para acumular cosas, no el que uso para acumular coches).

¿El coche es una cosa? Sí, pero muy valiosa.

Con Mandarino disfrutando de su cena, me dirijo a la nevera para elegir la bandeja con comida lista para recalentar de hoy.

La última novedad de Pulso es una suscripción de platos saludables para los que no tienen tiempo ni ganas de cocinar. Lo pensé en base a mi propia necesidad. Y a pesar de la

recomendación de Jane sobre contratar una cocinera, decidí que no quiero gente invadiendo mi espacio.

Solo viene una persona a limpiar una vez por semana, siempre durante las horas que yo no esté, esa es una regla inquebrantable.

Cuando el microondas avisa de que terminó, saco la bandeja y me siento en los taburetes de la isla, con la tablet en la mano.

Tomé la costumbre de revisar el *back-end* de la aplicación cada vez que puedo; me relaja. Me hace sentir como en aquellos primeros días donde eran solo mis ideas y un teclado.

Cuando escucho a Mandarino maullar, miro la hora. La una de la mañana.

—Joder. —Me refriego los ojos, agotados de no pestañear casi nunca, y me levanto para arrastrarme a la cama y empezar todo de vuelta al día siguiente.



Jane envía un mensaje a las siete de la mañana.

Mis pies ya están corriendo en la caminadora, el sudor corre por mi espalda y la televisión está prendida con el canal de YouTube del imbécil de Johnny Rush.

Su estúpida cara deforme habla delante del micrófono plateado, el fondo de madera con plastas de plástico y su nombre en gigante detrás, no vaya a ser que alguien lo olvide.

Jane:
¿Viste el capítulo nuevo de J. R.?

Me duelen las muelas de tanta tensión ya.

Alex:
Sí.

El malnacido, dentro de su sección de noticias, cuenta que Pulso intenta reconstruir su imagen (tras la golpiza que sufrió en las

acciones de la bolsa) y ha abierto una nueva área para evitar otra huida masiva de empleados.

Alex:
¿Quién demonios le está dando toda esa información? Lo quiero o la quiero fuera.

Jane:
Me pondré con ello.

Lo que menos necesito es que los fisgones esos busquen información de Willa y que eso termine afectando a lo que sea que quiera hacer ella después. O peor, que averigüen qué es lo que hace y que intenten ridiculizarla en internet.

Joder, qué mala idea fue traerla a Pulso.

Con tensión en los hombros, termino mi entrenamiento, me baño y me subo a mi Range Rover, uno de los pocos SUV que ofrecen espacio suficiente para acomodar mi cuerpo.

Jane me espera apoyada en el marco de la puerta de Pulso, con la tablet pegada al pecho y ese gesto de «ya vamos tarde» incluso cuando llego puntual. En cuanto cruzo el detector del pasillo, empieza a desgranar el día como si fuese un metrónomo humano.

—Las acciones bajaron un uno por ciento, pero, según Paul, el movimiento es normal; no deberías preocuparte a menos que siga en caída durante las próximas cuarenta y ocho horas. —Sus tacones repiquetean contra el suelo pulido mientras me sigue el ritmo—. La primera reunión es a las nueve y media, bienes raíces, lo de la nueva oficina en Manhattan, dijiste que querías tener una reunión con Julián Walker, será por Zoom, ya que se niega a viajar. Y al mediodía tienes que dar el visto bueno a los nuevos entrenadores, así que te he bloqueado el almuerzo de doce a dos para que veas los vídeos de prueba.

Atravesamos el corredor como si fuese una pasarela de luces frías y pantallas encendidas. Algunos empleados me saludan con una inclinación de cabeza; otros fingen no verme, clavados en sus monitores como si estuvieran resolviendo la paz mundial. A esta

hora muchos puestos siguen vacíos. La mayoría se toma su maldito tiempo en llegar, aunque las normas digan lo contrario.

Mis pasos siguen adelante; los de Jane, sorprendentemente firmes para llevar tacones de aguja.

—A las tres deberías dar el veredicto y, a las cuatro, tomarte al menos veinte minutos, según tu propia filosofía —añade sin levantar la vista.

Hago un gesto con la mano para que continúe.

—A las cinco —atravesamos otra puerta automática— tienes la revisión mensual de rendimiento con el equipo de marketing. Después, solo quedaría la cena con los inversores. Te he añadido un recordatorio para que no escapes por la salida de emergencia.

No responde a mi mirada de advertencia; su profesionalidad es a prueba de balas.

Pasamos junto a la máquina de tentempiés, ese ataúd luminoso lleno de barritas energéticas, y me viene a la cabeza la expresión de asco de Willa cuando vio lo que había dentro. Me detengo para coger una banana, pero Jane mete la mano en su bolsillo trasero, saca una en su punto de madurez justo, sin imperfecciones, y la deja sobre mi palma sin romper su paso.

—He pensado que esta tenía más buena pinta —comenta, como si fuese la cosa más normal del mundo.

La sigo, el aire acondicionado nos roza como una corriente helada mientras abro las puertas dobles de mi despacho.

—He revisado tu correo y he archivado lo no urgente. También he dejado en la bandeja de entradas el asunto de Cupertino porque sé que quieres verlo tú. Ah, y Willa…

Mi pecho se tensa, inmediato, involuntario.

Y allí, sentada en mi sillón giratorio, con un bolígrafo entre los labios y mi ordenador abierto como si le perteneciera, está Willa.

Las luces cálidas del techo le iluminan el pelo, y la veo alzar la vista justo en el segundo exacto en el que entro. En sus ojos hay una mezcla insolente de desafío y… algo más. Algo que siempre me da problemas.

—Buenos días, jefe —dice, ladeando la cabeza con un descaro que me atraviesa el estómago.

La banana en mi mano se siente de pronto ridícula.

Jane, a mi lado, murmura:

—No estaba en la agenda.

—No —respondo, sin apartar la mirada de Willa—. Ya me he dado cuenta.

Ella sonríe.

Y ese gesto, joder…, ese gesto me caga el día entero.



No voy a mentir, la manera en que su rostro se transforma le hace algo a mi estómago.

Es como cuando un avión experimenta turbulencias y baja de golpe, haciendo que algunas señoras se pongan a rezar.

Así me siento cuando veo la desilusión de verme aquí.

Jane me tira rayos con los ojos y mira a Alex esperando que me regañe, así que entrelazo los dedos sobre mi estómago (el mismo que está revuelto) y espero.

—Si quieres sentarte en la silla del CEO, deberías al menos tener más años de carrera en la empresa, Willa —dice, quitándose la chaqueta del traje.

¡Con el frío que hace aquí!

Camina hacia el perchero mientras respondo.

—¿Responsabilidades? ¡Qué asco! —suelto, pretendiendo tener una arcada sobre su teclado.

A Jane el sentido del humor no le vino incluido en el software.

Alex deja su traje allí y camina hacia mí, arremangándose la camisa planchada de un blanco nuclear.

Los antebrazos de mi hermanastro son grandes, grandes como mi muslo, algunas venas sobresalen con orgullo, y el bello que tiene cubre parcialmente su piel dorada. Trago saliva con cuidado de que no se note.

Pero Alex encuentra mis ojos rumiando por su cuerpo y se tensa. Lo sé por la manera en la que aprieta la mandíbula, aunque esté escondida bajo su barba cuidada y perfecta. De golpe recuerda que Jane está experimentando esta tensión con nosotros como una lectora omnisciente y se dirige a ella.

—¿Algo más que tengas que decirme?

—No —responde con solemnidad—, volveré en unos minutos.

Hasta que la puerta no se cierra, Alex no deja de seguirla con la mirada. Una vez solos, se cruza de brazos y me observa.

—No sé qué me sorprende más, que estés aquí temprano o que estés aquí. —Sus ojos miran con severidad hacia abajo.

Los míos miran hacia arriba, y en esa conexión los dos sabemos cuán extraordinario es poder conectar con el alma del otro.

Sí, yo no suelo creer en esas estupideces, pero Alex siempre evita mirarme, por eso es tan especial el momento.

—Fiona aún no ha llegado y, a pesar de lo que pienses de mí, soy una persona puntual —explico. Mi cerebro toma consciencia de mi respiración de golpe; necesito controlarla si no quiero quedar en evidencia.

—Siempre llegabas tarde cuando nos juntábamos en familia —acusa.

—Eso es porque quería molestarte.

Alex se inclina, girando la silla y apoyando sus manotas sobre los reposabrazos de su asiento presidencial. Mi cabeza termina pegada al respaldo, buscando desesperadamente distancia entre su boca y la mía.

Yo podré hacer chistes y a veces molestarlo a propósito para llevarlo al límite, pero mi mente aún recuerda con detalle aquel día, la posesión de sus manos, la fuerza…, la desesperación.

—Te gusta enfadarme… —Una afirmación, no una pregunta.

—Es mi pasatiempo favorito.

—¿Por qué?

Porque es la única manera que tengo de que me mires, de que reconozcas mi presencia y no pretendas que no existo.

En vez de decir eso, digo:

—Es mi reacción natural cuando le caigo mal a la gente. ¿Crees que todos estos años de terapia que Mónica pagó no dieron ningún fruto?

No me gusta decirle Mónica, ella es mi madre desde el día en que la conocí, pero con Alex aquí, llamarla mamá se siente incómodo.

—¿Crees que el problema aquí es que «me caes mal»? —Su voz rasposa, baja, íntima.

—Sí —miento.

Alex me mira por unos largos y tediosos segundos, luego analiza mi rostro recorriendo las cejas, la nariz y, finalmente, los labios.

¿Sentirá lo mismo cuando piensa en ese día? ¿Alguna vez lo comparó con las miles de mujeres que se rindieron a sus pies?

Sin romper el contacto visual, coge el móvil y lo lleva a su oído.

—Fiona, ¿estás en la oficina? Ven a mi despacho, hay un paquete para ti.



Para el mediodía, estoy sentada con Fiona en el comedor de Pulso, miro mi plato con asco.

Brócoli hervido y una pechuga de pollo. *Hervida.*

Fiona me analiza, cubriendo la sonrisa que trata de contener, mientras mastica su pechuga de pollo como si fuese arena.

—Esto es como la cárcel… —digo por lo bajo.

A mi alrededor todo el mundo se está sirviendo el almuerzo. Hay una especie de mostrador donde te sirven estos platos «supersaludables». La mujer que proporciona esta maravillosa comida está vestida como si nos repartiera alimento radiactivo, y todos los empleados se llevan un plato hasta las largas mesas de madera (para mí son del IKEA, pero Fiona me dijo que son importadas de Italia).

Sí, del IKEA de Italia, seguro.

El lugar se ve reconfortante con todas esas plantas y los destellos del sol en el agua de la bahía entando por los ventanales como si fueran mil estrellas.

Poco a poco el lugar se llena y el murmullo crece, igual que cuando la gente conversa entre funciones en el Improv.

—La otra opción del menú era berenjena empanada con queso por encima y una ensalada.

—Gracias por tener consideración conmigo, Fiona, pero a partir de mañana traigo mi propio almuerzo.

Ella se ríe tras sus gafas gigantes. Hoy el pelo lo tiene recogido en la nuca y viste una blusa un tanto rara, de varios colores y texturas, con una parte de vaquero, otra de lino y así.

Un estilo ochentero modernizado que le queda increíble.

—Bueno, hoy tenía tiempo libre, así que pude instruirte personalmente, mañana la situación cambia, pero créeme que el equipo es muy amistoso, no vas a tener problemas adaptándote. Dime, ¿tienes alguna pregunta?

—Sí, ¿cuándo conoceré a Dax?

Fiona se ríe.

—Se graban clases todos los días, pero cada instructor tiene diferentes horarios.

—Maldición. Bueno, repasando todo, mis tareas abarcan —comienzo a enumerar con los dedos—leer el humor de la oficina, hablar con la gente a ver qué les gustaría tener, organizar los eventos que sean solo para empleados… —Fiona asiente mientras se lleva el vaso de agua a la boca—, vamos, seré el buzón de quejas humano.

Y escupe todo sobre su plato y parte del mío.

—Menos mal que esto era incomible —añado por lo bajo.

—Lo siento muchísimo, Willa —dice, cubriéndose el rostro, pero aún se ríe, un punto para mí.

Yo hago un gesto con la mano para que no se preocupe.

Miro a mi alrededor, los rostros de las personas que serán, prácticamente, mis ratas de laboratorio.

—¿Alguna recomendación de cómo hacer un acercamiento exitoso?

Fiona escanea el comedor sin mover la cabeza, limpia la comisura de sus labios y se inclina sobre la mesa para dejar caer un secreto.

—El hueso más difícil de roer es el equipo de marketing, ellas son las reinas de Pulso, y tengo la sospecha de que son las que iniciaron todo eso de grabarse renunciando.

Sigo su mirada, una de las mesas más cercanas a la ventana tiene al menos diez chicas y un varón, la mesa más ruidosa. Si ellas son las culpables de que Alex esté siendo desertizado por la sociedad, entonces que se preparen.

—Parecen un equipo de animadoras —digo por lo bajo.

—Y se comportan como tal, ve con precaución.

Volteo para mirarla con ojos demoníacos y mucha travesura.

—¿Acabas de ponerme un reto, Fiona?

Ella se ríe, incómoda, asustada, pero luego su mirada se endurece y, con mucha seriedad, responde:

—Sí.

Y las dos nos reímos como villanas de Disney.



Owen me mira con mala cara cuando llego al teatro media hora tarde.

No le dije nada sobre mi segundo trabajo, así como no le dije a Alex que no renuncié a este.

—¡El BART se atrasó! —me excuso mientras entro a la barra. Él está allí, cubriéndome, ya que la empleada anterior ya acabó su turno.

—Mientes igual que haces el Martini seco —dice, guardando vasos usados en el gabinete debajo de la barra.

—¿Perfecto?

—Horrible.

Me recojo el pelo y comienzo a tomar pedidos.

—Oye, ¿qué piensas del monólogo del otro día?

Owen me mira desde el suelo mientras sigue su actividad.

—Has mejorado, tengo que admitirlo. Algunos me preguntaron cuándo volverás a estar sobre el escenario.

Detengo todo y me agacho para estar a su altura.

—¿De verdad?

Owen junta sus cejas y me analiza de arriba abajo.

—¿Como has hecho para moverte así y no joderte la rodilla?

—Soy joven todavía.

—¡Sigue trabajando, Willa!

—Lo siento, sí. —Me levanto y sigo preparando las bebidas—. ¿Cuántas personas?

—Cuatro.

—¡¿Cuatro?! —El agua se me derrama por la sorpresa, por suerte Owen no ve eso—. ¿Me dejarás hoy subir otra vez entonces?

—Por supuesto… que no.

—¡Oh, vamos, Owen! ¡Hoy será un día tranquilo, porfis, porfis!

Pone los ojos en blanco y, mientras se levanta, gime como un viejo.

—Es difícil decirte que no, lo sabes…

Dejo escapar un grito de emoción y lo abrazo con fuerza; él, por supuesto, no lo devuelve.

—Ahora ponte a trabajar, al final de la noche, te subes.



Me aclaro la garganta, miro al público, respiro hondo.

—Hoy quiero hablar de un fenómeno sociológico… —Levanto el dedo como si fuese a dar una clase—. El tipo de mujer que todavía cree que estamos en el pasillo del instituto.

Algunas risas suaves.

—Ya sabéis de quién hablo, ¿no? Esa mujer que fue animadora o quiso serlo. O, al menos en su cabeza, cree seguir siéndolo. Esa que, si la miras mal, te lanza una sonrisa pasivo-agresiva que dice: «Cariño, yo gané la competencia estatal del 2008, tú no eres nadie».

Hago un gesto de coronita.

—Lo peor es que ya tenemos veinte, treinta, cuarenta… Algunas hasta hipotecas. ¿Y aun así revelan su identidad secreta de «villana secundaria de película adolescente»?

El público ríe. Sigo calentando.

—El otro día me crucé con una. Ya os la podéis imaginar: traje caro, moño tirante, perfume de «soy mejor que tú y lo sabes». Se me acerca y me dice: «Ay, me encanta tu estilo… tan… libre».

Hago la pausa.

—Libre. *Libre* es la palabra que usan cuando quieren decir: «Te ves como si te hubieras vestido en la oscuridad, pero qué valiente».

El público se ríe más fuerte.

—Lo que me fascina de todo esto es que estas mujeres están convencidas de que la competencia es inevitable. Yo entré a comprar un café, un café. ¡No una pelea clandestina para ver quién tiene el mejor pelo! Pero ahí están ellas, listas para evaluarte como si fuese la audición de *Mean Girls*, versión menopausia.

Camino por el escenario, haciéndome la indignada.

—Y nunca falla: te escanean de arriba abajo, calculan tu valor de mercado y te sueltan una frase envenenada envuelta en celofán: «Yo jamás podría llevar esos pantalones…, no todos tenemos la autoestima». Ah, gracias, Sharon. Tu envidia huele a Victoria's Secret del 2012.

Carcajadas.

—Pero la mejor parte es cuando hablan de «solidaridad femenina». Sí, ellas, las mismas que en el colegio escondían el desodorante de sus compañeras antes de educación física y se juntaban con el tipo que te gustaba a ti. La evolución de la villanía: ahora te dicen «Si necesitas algo, estoy para ti» mientras te clavan un cuchillo emocional entre las costillas. «Ay, Willa, avísame si te puedo ayudar en algo». ¿En qué, bonita? ¿En destruirme la autoestima de forma más eficiente?

Risas más grandes.

Me inclino al micrófono, tono confesional.

—Y en el fondo… yo sé por qué se comportan así. Porque, para algunas mujeres…, la autoestima nunca creció, solo envejeció.

Silencio.

Luego suelto la bomba:
—Como los vaqueros achupinados que todavía usan.



Las formas y colores chillones del Candy Crush se mueven frente a mis ojos, mientras persigo cada pieza con un hambre nerviosa hasta terminar el nivel y recibir la dopamina necesaria.

Estoy sentado en mi escritorio, al fin solo en mi despacho después de un día intenso de reuniones.

Jane ya se fue, gracias a Dios (a veces me escondo para jugar porque su mirada juzgona me inhibe). Podría irme a mi casa, pero quedé con mis amigos para juntarnos en el *pub*, Rose and Wolf, nuestro refugio después de horas y horas de estrés.

Interrumpe mi juego un mensaje de Archie diciendo que llegará tarde y Jareth respondiendo que él también.

Lamentablemente para mí, Bernardo responde que está en camino, así que me levanto y me pongo el traje para salir.

La oficina está casi vacía, excepto por algún desarrollador que compite contra el tiempo para editar unas líneas de código que se le resisten.

El sonido de las teclas ya no se escucha como un enjambre de abejas, más bien algo aislado y fácil de identificar.

Igual que esas voces a lo lejos que cuchichean.

Cuando atravieso el gran salón lleno de escritorios, en un rincón, por supuesto, está mi hermanastra charlando con un grupo de hombres.

Ella, apoyada en el cubículo como si este espacio ya fuera su segunda casa, y tres tipos más a su lado, riendo lo que ella dice. Uno se levanta las gafas del puente de su nariz todo el tiempo, los otros dos la miran hipnotizados, sin pestañear.

Mis pies dejan de moverse.

Willa lleva una camisa blanca remetida en sus vaqueros anchos, algo impensado, su pelo recogido prolijamente.

Entrecierro los ojos, recordando que no estaba tan arreglada esta mañana, es más, recuerdo con claridad una camiseta que decía «Mirada femenina» con una imagen de Medusa y sus serpientes.

No voy a olvidarme de esa camiseta.

Entonces…, ¿por qué demonios…? Oh.

Ohhh…, ya entiendo.

Sintiendo fuego en mis venas, camino hacia ella y el grupo de mandriles venerando a su nueva diosa.

Willa, como si me sintiera antes de verme, levanta la mirada y voltea.

El resto de los empleados se alejan de ella y vuelven a sus escritorios como ratas asustadas.

—Willa, ¿puedes venir un segundo?

Ella arquea la ceja, lista para combatirme, pero lo piensa mejor y recuerda que, en este lugar, yo soy la autoridad.

Miro a los muchachos antes de que ella responda.

Todos me saludan con un «Hola, señor Moor». La mayoría de ellos nunca me vio tan de cerca.

Willa, sospechándolo, procede con las introducciones.

—Hola, Alex, te presento a mis nuevos amigos, Roy, Fred y Douglas.

Los tres levantan la mano con incomodidad escrita en su rostro.

Yo saludo con un golpe de mentón, un gesto que Willa castiga haciendo rodar los ojos con un reproche infinito.

—Estábamos hablando de…

—¿Puedes venir? —insisto, señalando con mi cabeza la salida.

—Sin charla, perfecto, vamos —responde, rescatando su bolso del suelo y colgándoselo del hombro.

No me hace falta voltear para saber que camina detrás de mí, la siento cerca y busco la primera sala de reunión donde hablar en privado.

Las luces se encienden de inmediato, la mesa redonda ubicada en el medio tiene marcadores olvidados y en la pizarra aún se leen fragmentos de reuniones pasadas.

Algo que me molesta mucho.

—¿Qué haces vestida así? —señalo desde el lado opuesto de la mesa.

Ella se mira, parece recordar que lleva otra ropa.

—Oh, así vine hoy.

—No me mientas, Willa… Recuerdo perfectamente la camiseta que llevabas esta mañana.

Silencio.

Mierda.

Cierro los ojos un segundo, regañándome a mí mismo por mostrar lo obvio.

Willa cruza los brazos y se apoya contra la pared de cristal, esperando que se me pase la vergüenza.

—Me manché y por eso me cambié.

—¿Y desde cuando usas camisas? Oh, espera, ¿no será que se acerca la hora a la que solías ir a trabajar a un bar? ¿No será que esa es la camisa que usas como uniforme?

Traga saliva.

—Alex…, lo que haga fuera del horario laboral…

—No me vengas con esa mierda, Willa —digo de golpe frente a ella, no sé cómo llegué aquí—. Estás trabajando en Pulso porque…

—Porque Mónica no quería que trabajase en el Improv. ¿Y que hice? Vine aquí a trabajar, así todos están contentos. No entiendo cuál es el problema.

—El problema es que el ambiente de ese lugar…

—No es un club de estriptis, Alex, ¡es un bar donde la gente hace chistes!

Intenta escabullirse pasando por mi lado, pero pongo el brazo en medio, deteniéndola.

—¿De dónde sale esta rebeldía?

Sus ojos marrones me miran con furia, aunque ella es pequeña y le paso al menos dos cabezas, algo de inquietud me provoca.

—¿Rebeldía? ¿Acaso yo juzgo tu sed de poder y dinero? ¿Alguna vez dije que era una estupidez perseguir tu sueño de tener tu propia aplicación?

Trago saliva y por unos segundos no digo nada.

—No tengo sed de poder y dinero —protesto entre dientes apretados.

—Supongamos por un momento que no. Mira a tu alrededor, has conseguido lo que querías y te felicito por eso, me alegro de verdad por ti. Solamente quisiera que alguien en este mundo apoyara mis sueños también.

Algo incómodo se deposita en mi estómago y alejo la mirada.

—¿No puedes hacer eso en otro lugar? —susurro, intentando desescalar la conversación.

Ella se llena los pulmones de aire, con el mismo objetivo.

—El dueño me deja hacerlo solo porque estoy ahí y a veces tiene espacios libres.

—¿No te paga por esos espacios libres?

Se ríe.

—Por supuesto que no, aún no tengo experiencia suficiente y él lo sabe, por eso tengo que ir ahí, sonreírle todos los días y rogar que esa noche se sienta generoso.

Odio lo que dice.

Odio que haya un hombre en su vida que tenga tanto poder sobre ella.

—No podrás seguir con este ritmo, ¿cuántas horas estás durmiendo al día?

Mi pregunta la desconcierta. ¡Como si yo nunca me hubiese mostrado preocupado por ella! ¡Vivo preocupado, joder!

—Unas cinco…

—¡¿Cinco?! Willa…

—¡Shh! —Mira alrededor y ahí me percato de lo cerca que estamos.

En un despacho pecera.

Me alejo al instante, cuestionando la rapidez con la que su simple presencia me hace perder el autocontrol.

—Cinco es insano, dormir es fundamental para que…

—Bueno, bueno, no vengas con una disertación de la salud, eh… —responde con un poco de mal humor.

Sentirme preocupado por ella era lo último que quería hacer hoy, y por más que quiera forzarla a que deje de trabajar en ese lugar, asiento en silencio.

—Intenta hablar con tu jefe, *tu otro jefe* —digo con resentimiento—, explícale la situación que estás viviendo.

Se ríe.

—Owen se descostilla de la risa si le cuento esto.

Owen…

Odio a Owen.

Algo en mi rostro borra su risa y una seriedad inusual inunda el despacho hasta sentir que me quedo sin oxígeno.

En mi bolsillo, el móvil vibra incesantemente, seguro que son los muchachos preguntando dónde coño estoy, y la respuesta me asusta hasta a mí.

—Soluciónalo, Willa —respondo, alejándome más aún de ella—. Haz lo que sea que tengas que hacer.



Bernardo no suele irritarse, al menos no emocionalmente. Lo que pase en su vida no es mi problema, excepto si yo soy el causante de esa cara de pocos amigos que me dedica desde la mesa del pub.

—Lo siento —digo, deslizándome en los asientos—, surgieron cosas.

—Entiendo si Jareth no aparece porque está en su etapa «color de rosas» con Isadora, ¿pero tú? ¿Sabes el esfuerzo que me supuso abandonar el confort de Harriet? Cada vez es más difícil salir a la calle.

Estoy a punto de decirle que lo entiendo, que dejar a Willa en ese despacho fue más difícil de lo que pensé, pero no puedo confesarle a mi amigo las cosas que nacen de mí cuando estoy solo con ella.

—Es Willa… —digo con cautela—, tuvimos una discusión.

Bernardo levanta la mano y pide otra cerveza.

—Al menos hay chisme —murmura, poniéndose cómodo—, proceda, buen señor.

Pongo los ojos en blanco y miro hacia el resto de la gente, algunos sentados en mesas, otros de pie, con bebida en las manos. De fondo suena alguna banda de *rock* que nadie conoce.

—¿Recuerdas que te dije que mi madre me pidió que le diera trabajo? —Bernardo asiente—. Hace una semana que empezó en la oficina, y apenas hoy descubrí que no renunció a su otro trabajo, que está durmiendo cinco horas al día y que está prácticamente bajo el yugo de un tal Owen porque le da cinco minutos en un escenario donde no la ve nadie.

Mis palabras salen agresivas.

Bernardo me observa con una mezcla de lástima y curiosidad. Y antes de decir algo, espera a que dejen los vasos de cerveza fría sobre la mesa.

El único momento donde consumo alcohol es este, con ellos.

—Tengo una pregunta para ti, Alex. —Sujeta el vaso con fuerza, pensativo, y antes de dar un sorbo, suelta—: ¿Cuántas horas al día dormías cuando estabas creando Pulso de madrugada un martes?

Ya sé a dónde quiere llegar.

—Es poco probable que ella…

—No lo sabes —interrumpe—. ¿La has visto alguna vez?

—No.

—Quizá ese sea tu error. Asumir, como asumieron aquellos inversionistas que te cerraron la puerta en la cara, ¿recuerdas aquellas épocas? Porque yo sí, andabas con una cara de…

—Bueno, bueno, me acuerdo muy bien. —Me llevo la cerveza a la boca en el mismo momento que Buenardo.

Se hace un segundo de silencio entre los dos.

Dos figuras llaman mi atención; Archie viene caminando con Jareth a su lado. Parece que Jareth le está dando indicaciones y él asiente por inercia. Yo tengo problemas de concentración, pero lo de mi amigo es otro nivel.

Archie viene vestido como un experto en moda, debo admitir que tiene buen gusto, con un polo negro y una chaqueta del mismo color encima, mientras Jareth viene con su traje habitual de Armani.

—Lo digo enserio, Archie, si vas a comprometerte con esto…

Archie se sienta a mi lado, suspirando.

—Ya te dije que no hay problema, está en mi casa, está segura allí.

Hablan de Kat, la amiga de Isadora que había desaparecido y ahora vive (o, mejor dicho, está escondida) en la casa de Archie.

Los dos ya traen su vaso y el único que toma whisky es Jareth.

—¿De qué habláis? —pregunta Archie al vernos a Bernardo y a mí.

—De lo mucho que te extrañamos, Archie —contesta Bernardo, mirándome con complicidad.



Se me cierran los ojos, como si Alex estuviese deseando que ocurriera. Como si hubiese lanzado un hechizo para joderme la noche.

O quizá, solo quizá…, se acumuló el sueño de toda la semana.

Estoy detrás de la barra, inclinada o, mejor dicho, tirada sobre el mármol frío como si me derritiera, con una mano sosteniéndome la barbilla y observando en el escenario a Mark.

El teatro está lleno a pesar de ser un día entresemana.

Mark es un tipo completamente normal, de pelo corto y castaño, sus ojos son celestes y su barba está un poco descontrolada.

Su forma de vestir es bastante básica, suele usar una simple camiseta con un par de vaqueros.

Sostiene el micrófono desde la base, y cuando se toma unos segundos de silencio, lo deja colgar de su mano, como si fuese literalmente su polla.

Todo el mundo está en silencio (algo que no pasa cuando yo estoy en el escenario), escuchándolo con una sonrisa en sus rostros.

—Por eso no confío en los heladeros —dice Mark—. ¿Qué clase de hombre crea algo tan fálico y espera que la gente lo chupe con pasión… mientras él sonríe como si hubiese salvado el planeta?

El público se ríe, a mí también se me escapa el aire.

El humor de Mark es absurdo, sexual y muy efectivo. Como un vídeo viral que no quieres admitir que te ha hecho gracia.

—Si lo hace una mujer, por otro lado, tengo grandes esperanzas.

Otra vez se ríen.

Es muy incisivo con lo sexual, pero debo admitir que funciona.

—¿Qué otro tipo de persona no me da confianza? —pregunta, caminando de un lado al otro del escenario—. Oh, sí: los que se ponen detrás de la ambulancia para ir más rápido. Esa gente te clava un cuchillo en la espalda y te pide dinero para ayudarte a dejar de sangrar. ¿Qué? ¿Pensasteis que iba a nombrar a los vendedores de coches? —continúa—. No, esos son como labradores: inofensivos. Hablemos de los verdaderos peligros de esta sociedad: la gente que habla en altavoz en lugares públicos. Esa gente me hace reconsiderar la pena de muerte…, y yo soy pacifista.

El público se descose mientras preparo bebidas, veo a Owen sentado al fondo con un hombre desconocido. Mark les lanza miradas constantemente, así que supongo que le dan buena vibra o le recuerdan a alguien a quien quiere insultar.

Un par de manos se levantan en la oscuridad, camino hasta ellos para tomar su pedido, preparo las bebidas y las llevo. Cuando paso por la primera fila, Mark me ve pasar.

—Un aplauso para Willa, que tiene que soportar a todos estos sedientos hijos de puta —dice con una mirada cómplice.

El público aplaude y yo guardo la bandeja bajo mi brazo para escabullirme tras saludarlo.

—Oye, ¿dónde vas?, ven aquí. —La luz cambia y me apunta, yo me detengo al lado del escenario—. Willa Moor, gente —siguen los aplausos—, recuerden ese nombre, porque algún día será grande. —Mark se pone de cuclillas sobre el borde del escenario, justo a mi lado—. Hola, Willa.

—Hola, Mark —respondo. Gracias a Dios que no tengo pánico escénico; si no, ya estaría intentando escapar por una rendija de ventilación.

—Dime, ¿en quién no confías tú?

Pienso unos segundos, puedo ver los rostros del público, expectante por la respuesta. Mark siempre logra que la gente esté de buen humor.

Pienso rápido algo…

¿Qué puede ser? ¡Ah!

—En la gente que no es capaz de devolver el carrito del súper y lo deja tirado en medio del estacionamiento.

La audiencia suelta un «¡sí!» colectivo.

—¿Pena de muerte? —bromea Mark.

—Sin dudarlo, ¿sabes quién más? La gente que se mueve por la vida como si fuese el único humano en el planeta Tierra, ¿qué les pasa? Caminan por el pasillo del súper y dejan el carrito atravesado, algunos incluso con un niño olvidado allí, mientras revisan que la etiqueta del producto no tenga alguno de los mil nombres que no conocen, pero como les suena a elemento químico, ¡se asustan! —La gente se ríe conmigo, Mark también—. ¿Sabes qué me paso el otro día, Mark?

—Dímelo todo, bebita.

Le lanzo una mirada, pero el público se ríe con la interacción.

—No me llames bebita, que la última vez una señora vino a preguntarme qué tan grande la tenías.

—Imagino que fuiste generosa… —dice.

—Le dije la verdad.

—¿Y cuál es esa?

—Que tu apellido real es Lee. —Levanto las cejas, sugiriendo que su tamaño es diminuto.

—Y aun así ella me invita a comer después de la función. Saquen sus propias conclusiones.

El público suelta una risa enorme.

—Una mujer estaba, literalmente, tirada en el suelo, con medio cuerpo dentro de la góndola. No sé si buscaba un producto… o una salida emocional a su vida. Yo esperé con mi carrito como una persona normal… y, cuando me vio, se enfadó: «¿Por qué no me dijiste que estabas ahí?» Ni que yo fuese un sensor de movimiento humano. Señora, si quiere que haga bip bip, contráteme.

El chiste del final consigue que el salón se inunde de carcajadas, Mark me mira con complicidad, casi con orgullo.

—Willa Moor, señoras y señores, un aplauso y no se olviden de darle propina —dice, señalándome con la palma de la mano abierta.

Yo saludo al público y vuelvo a la barra.

Cuando termino con algunos pedidos, Owen se acerca con el hombre que estaba allí. Se sientan y piden algo para tomar.

Los ojos de Owen hoy no están rojos, así que supongo que ese tipo debe de ser alguien importante.

—Willa —llama mi jefe…, bueno, *uno* de mis jefes—, te presento a Brendan, productor de Natox.

Le doy mi sonrisa más grande y ensayada, y estrecho mi mano con la suya sobre la barra. Sus ojos me inspeccionan con cautela. Lleva el pelo lacio, en capas, un *shaggy*, como le dicen al corte. Viste una camiseta blanca, pero el logo impreso en el pecho deja claro que es carísima.

—Un placer —digo, deslizando su cerveza delante de él.

—Fuiste muy valiente en el escenario —comenta mientras dejo la otra frente a Owen.

Encojo los hombros.

—No es para tanto. Mark es amigo de la casa y siempre tenemos interacciones así.

Owen interviene:

—Willa coge el micrófono todos los días después del *show*.

¿Todos los días? Qué mentiroso.

Por supuesto, no digo nada.

—Ah, ¿sí? —Brendan se muestra interesado—. ¿Cuál es tu estilo?

—Observacional, mayoritariamente —explico.

Owen añade:

—Y narrativo también.

En el escenario, Mark suelta algo que hace que el público estalle en risas, deteniendo nuestra conversación. Lo siguiente que escuchamos son sus buenas noches y después los aplausos. Owen y Brendan aplauden también, pero regresan enseguida al tema.

—¿Quizá pueda verte hoy en el escenario?

¿Escuché bien? No estoy segura.

—¿Qué?

—Que, si tengo suerte, te veré dentro de un rato ahí arriba —repite.

Miro a Owen, entrando en pánico. Él asiente: un gesto casi imperceptible.

—Oh…, sí, claro. Cuando Owen disponga —sonrío mientras limpio un vaso, solo para mantener ocupadas mis manos histéricas.

Ahora sí se me sale el corazón del pecho. Nunca me ha visto un productor.

El móvil vibra en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Miro rápido, aunque no llego a leer nada. Cuando estoy nerviosa, pierdo el control del cuerpo por completo. Y cuando veo el nombre del propietario del piso, todo se detiene.

Me alejo del bullicio y entro en la pequeña cocina donde solo se preparan patatas fritas y aros de cebolla. El cocinero ya está fuera, fumando tras una noche larga.

—¿Hola?

Parpadeo, desorientada.

—Willa, soy Jian.

Tardo un segundo en ubicar la voz. Jian es el propietario del edificio, un señor muy mayor, de origen chino, que ha vivido toda su vida en San Francisco.

—Sí, Jian, ¿qué ha ocurrido? —Son las doce de la noche.

Silencio al otro lado. No es el tipo de llamada que se hace para saludar.

—Ha habido una inundación en el edificio. Piso de arriba. Rompió un caño.

Mi cerebro tarda en ensamblar las piezas. Inundación. Piso de arriba. Caño.

—Espera…, ¿qué? ¿Eso significa que mi piso está inundado?

—Sí. Ahora.

El estómago se me cae a los pies. Literalmente. Como si alguien hubiera tirado de él hacia abajo.

—¡Joder! —grito—. ¿Qué tan mala pinta tiene?

Ya estoy buscando el bolso.

—Mala —responde—. Sale agua por la puerta.

Vuelvo corriendo a la barra. Owen ya se huele problemas y le hago señas para que se acerque un segundo. Cuando lo tengo delante, le explico todo.

—Willa, Brendan está aquí. Vas a perder una gran oportunidad.

—Entiendes que todo en mi casa está *nadando*, ¿verdad? Tengo que irme.

Cojo mis cosas y salgo pitando.



El taxi frena de golpe frente al edificio y aprovecho la inercia para alcanzar el portal de un salto. Subo las escaleras de dos en dos, empapándome con cada gota que cae desde el techo del pasillo.

Fantástico. Mi edificio está llorando conmigo.

Jian me espera en la puerta de mi piso, con un cubo azul en la mano, el pijama y chancletas. Su expresión es de guerra perdida.

—Willa, muy mal —dice, moviendo la cabeza despacio, como si eso fuese a detener el desastre—. Agua sigue bajando. Mucha agua.

—¿Y no se puede cerrar el caño arriba? —pregunto mientras intento meter la llave en la cerradura, pero el pomo está mojado y mis manos tiemblan.

—Llamé, llamé muchas veces. Nadie contesta —responde él, como si eso fuese suficiente explicación para la nueva piscina que tengo por casa.

Empujo la puerta, y el sonido es… un chap. Sí, chap, como si hubiese pisado una esponja gigante. La luz del pasillo alumbra el salón y solo veo brillo, reflejos en el suelo, y mis muebles…, los pobres muebles de mi madre…, todos mojados, como si hubieran decidido darse un baño colectivo sin avisarme.

—Madre mía… —murmuro mientras entro. El agua me llega a los tobillos. Mis zapatos chirrían, como si estuviese caminando sobre gelatina.

Jian me sigue con su cubo.

—Pongo aquí. —Lo deja justo donde cae un chorro constante del techo, cerca del baño—. Esto como lluvia torrencial.

—¿Como lluvia torrencial? Jian, esto es Niágara —señalo el baño.

Voy hacia allí, esquivando la alfombra que ya parece una criatura marina. El techo gotea sin parar; de una esquina cae un hilo

constante, como si alguien arriba hubiese decidido ducharse para toda la eternidad.

—Se rompió caño de ellos —explica Jian detrás de mí—. Yo dije «no usen caño viejo», pero nadie escucha al viejo Jian.

—Pues deberíamos haberlo escuchado, porque ahora mi piso está interpretando *El lago de los cisnes.*

Abro la puerta del baño. Error. Un chorro me salpica directamente en la cara.

—Muy mala suerte. Este edificio antiguo. Pero tú tranquila, siempre solución.

—¿Siempre solución? —Me río nerviosa, con la voz rota—. A menos que la solución sea «mudarme a un acuario», no veo muchas salidas.

Jian deja otro cubo bajo otra filtración.

—Primero paramos agua. Luego salvamos cosas. Tú mira muebles. Yo miro válvula principal.

—¿La válvula principal? Jian, ¿y no hubiese sido bueno haber empezado por ahí?

—Ah, sí —dice él, como si acabara de acordarse de que existen herramientas básicas para no inundar hogares ajenos—. Buena idea.

Se va corriendo por el pasillo, salpicando más agua que el propio baño.

Me quedo en medio del piso, mirando mi sofá arrugado, mis cojines goteando, mis libros deformados como si hubiesen pasado por un ciclo de lavadora.

El dolor en el pecho es real.

—Joder… —murmuro, recogiendo una foto con mis padres que flota junto a la mesa—. En serio, ¿qué más puede pasar hoy?

Un trueno resuena fuera.

—Vale —suspiro—. Me callo.

Jian vuelve, empapado.

—Válvula no funciona. Hay que esperar al técnico. Quizá una hora.

—¿Una hora? ¿Una hora más con mi casa recreando la escena final de *Titanic*?

Él asiente, muy serio.

—Sí. Pero tú y yo trabajamos juntos. Salvamos lo importante.

Miro a mi alrededor.

Todo está mojado.

Todo es un caos.

—Vale —digo, respirando hondo—. Vamos a salvar lo que no flota.



—¿Hola, cielo? —Su tono es preocupado, es tarde para que la llame.

El teléfono resbala un poco entre mis dedos mojados. Me apoyo contra la encimera. El agua me rodea la pantorrilla.

—Mamá…, mi piso se está inundando.

Escucho cómo se incorpora al otro lado.

—¡¿Inundando?!

—Literalmente, el techo está llorando a mares.

Una gota gruesa cae justo delante de mí. Luego otra y otra más. Tengo mis sospechas de que el techo en cualquier momento colapsará.

—¡Oh, no! ¿Estás bien?

Miro a mi alrededor, el caos me come viva: cajones abiertos, toallas inútiles, el sonido constante del agua filtrándose por algún lugar que no veo.

—Sí, pero necesito un sitio donde dormir hoy.

Su tono cambia. Se vuelve urgente, casi ofendido.

—¡Por supuesto! ¿Quieres que vaya a buscarte?

Me muevo hacia el salón, donde Jian intenta absorber agua con toallas empapadas.

—No, estoy con Jian intentando salvar lo que pueda. Solo quería avisarte.

Hago una pausa. El temblor ya no es solo por el frío, es adrenalina, es impotencia.

—Mamá…, no puedo creerlo, estoy temblando.

—Es normal, cariño. Ven en cuanto acabes.

Asiento, aunque no pueda verme. Voy a colgar, pero entonces escucho ese silencio suyo tan característico. Esa respiración contenida que siempre precede a algo.

Me quedo quieta.

—Willa…, ¿estás sola, cariño?

Levanto la vista hacia Jian, que forcejea con la escobilla de goma ahora.

—Con Jian —repito, la memoria de mi madre no es la mejor—. ¿Por?

Hay una breve pausa. La conozco demasiado bien.

—No, por nada… Solo… ten cuidado.

La alarma interna salta de inmediato. No por la inundación, por ella.

—Mamá.

—¿Sí? —Su tono inocente no me convence.

Aprieto el teléfono contra la oreja mientras el agua avanza un centímetro más.

—¿A quién has llamado?

—¿Yo? A nadie. ¿Por qué iba a llamar a alguien?

Cierro los ojos. La visualizo marcando un número con el mismo dramatismo con el que anuncia que se le acabó el azúcar.

—Porque te conozco. Hablas así cuando haces algo impulsivo. Mamá…, ¿has llamado a…?

—Te quiero, cariño, te esperamos, adiós —dice atropellada, y cuelga.

La pantalla ennegrece.

Me quedo mirando el móvil, empapada, frustrada y ahora el doble de nerviosa que antes. Jian aparece con otro cubo.

—¿Problemas?

—Mi madre. Ese es el problema.

—Ah. Madres —responde él, como si acabara de definir al universo.

Comienzo a rescatar lo que puedo, algunas cosas, con un buen secado, seguro que siguen servibles.

—Willa —pregunta Jian—, ¿tienes dónde dormir?

—Sí, la casa de mi madre.

—Esto, varias semanas, Willa —advierte, señalando el desastre a mi alrededor.

—¡¿Semanas?!

—Sí, esto lleva tiempo.

Asiento, completamente derrotada.

En ese mismo instante, tres golpes secos retumban en la puerta.

TOC. TOC. TOC.

Jian alza una ceja.

Yo me quedo inmóvil, con el corazón golpeando al mismo ritmo que las gotas del techo.

Y entonces escucho su voz. Grave. Controlada. Furiosa por dentro.

—Willa. —Una pausa—. Abre la puerta.

Es Alex.



Jian me observa desde el salón como si estuviera viendo un episodio en directo de algún drama familiar extremo.

Respiro hondo.

Abro la puerta y ahí está.

Alexander Moor.

Inexplicablemente imponente. La camiseta negra abierta, su traje colgando del antebrazo. Sus ojos recorren mi cara primero…, luego bajan a mi ropa mojada…, luego al suelo…, donde mis calcetines pasan flotando como una barcaza perdida.

—Te dije que no vivieras en un edificio que colapsa si alguien estornuda en el piso de arriba —me reprocha con esa voz que siempre suena a sentencia judicial.

Ojalá no fuese tan guapo cuando está enfadado.

Ojalá no fuese tan guapo nunca.

Él entra sin esperar permiso. Tropieza con la alfombra hinchada de agua, la mira con asco, y después se posa en mí.

—¿Estás bien? —pregunta, y hay algo en su voz. Un filo de nerviosismo, de compasión, casi invisible.

—Sí —respondo automáticamente—. Bueno, no. ¿Ves todo esto? Estoy jodida.

Se pasa una mano por el pelo, empujándolo hacia atrás. Cae de forma desordenada. Odio que le quede bien.

—Mamá me llamó —dice al fin.

—Ya lo imaginaba.

—Estaba preocupada.

—Porque exagera.

—Porque te quiere —corrige él.

Jian aparece de repente detrás de mí, como un fantasma.

—Hola. Jian —se presenta—. Ella necesita ayuda. Mucha. Esto desastre.

—Eso ya lo veo, soy Alex.

—¡Oh, hermano!

—No somos hermanos —gruñe, tajante.

Le lanza una mirada al agua, calcula, arroja la chaqueta sobre el único espacio de la encimera de la cocina libre y se dirige hacia la zona del baño. El agua le cubre esos zapatos costosos, pero no se inmuta.

—¿Dónde está la válvula principal? —pregunta.

Mi propietario lo mira confundido.

—Según Jian, no funciona.

—¿Cómo que no funciona? —murmura él, como si se tratara de una ofensa personal.

Sigue avanzando, empuja la puerta del baño y ve el chorro que cae desde arriba.

—Joder —susurra, y el sonido de esa palabra en su boca me aprieta el estómago. Pocas veces lo escuché perder la compostura.

Se gira hacia mí. Los ojos le brillan de rabia contenida.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Unos… treinta minutos.

—Treinta minutos —repite, como si hubiera dicho «tres años viviendo con osos salvajes»—. Ni siquiera cortaste la luz.

—Estoy bien —insisto.

—No estás bien y podrías haberte hecho daño entrando aquí sola.

—No estoy sola. Está Jian.

—Jian tiene sesenta y ocho años y un cubo, Willa.

Jian asiente.

—Es verdad. Tengo sesenta y ocho.

Me llevo la mano a la frente.

—Vale, sí, lo entiendo. Esto es un desastre.

Y tú llegas, OTRA VEZ, justo cuando más te necesito.

No sé qué siento. Alivio, miedo o vergüenza.

Alex respira hondo, como si estuviera intentando no gritarme.

—Voy a llamar a un fontanero de urgencia. Luego vamos a sacar el agua, y después vas a venir conmigo a casa.

—¿Perdona? —digo yo.

—No puedes dormir aquí.

—Me voy a casa de Mónica.

Alex camina hacia mí, el agua ondula con sus movimientos, hasta que lo tengo frente a mi nariz.

—Mamá vive a cuarenta minutos y no pienso dejarte conducir mojada, nerviosa y medio temblando.

Cruzo los brazos, aunque el gesto pierde todo significado porque estoy goteando y parece que tengo frío.

—No soy tu responsabilidad, Alex.

—No he dicho que lo seas —responde él, todo el calor que irradia alcanza mi cuerpo frío—. Pero estoy aquí igual, Willa. Porque quiero ayudarte.

Y esa frase… rompe todas mis barreras. Me da ganas de llorar y de empujarlo al mismo tiempo.

Jian nos mira a los dos con ojos entrecerrados, sin entender la interacción.

—Yo sabía —suelta, como si estuviera viendo una telenovela—. Tensión sexual.

—¡JIAN! —grito.



El fontanero consigue cerrar la válvula y, por fin, Willa logra contactar al vecino de arriba. El tipo está fuera del país, así que autoriza a los bomberos a tirar la puerta abajo y detener la fuga.

Para entonces, ya es demasiado tarde.

El agua ha arruinado todo lo que estaba en el suelo; los muebles están hinchados, las alfombras parecen esponjas podridas y Willa no tiene ni una superficie seca donde sentarse a soltar las lágrimas que se le acumulan (esas que intenta tragar como si yo no las viera).

El aire huele a yeso mojado y metal; el eco del edificio viejo respira humedad por las paredes.

Cojo una bolsa de basura nueva y empiezo a llenarla con ropa y zapatos. En este espacio diminuto no hay sorpresas, todo está a la vista… Por eso, cuando Willa me mira de soslayo…

—¡Alex, no deberí…!

La advertencia llega tarde.

En mi mano hay…, literalmente, un dildo.

Lo suelto como si quemara. El condenado rebota, flota en un charco y navega perezoso hasta los pies de Willa, como si reconociera a su dueña.

Me cago en la puta vida.

Willa lo recoge a toda velocidad (roja, indignada, mortificada) y lo lanza dentro del cubo de basura, como si quisiera borrar la evidencia de un crimen.

—Voy a pretender que no he visto eso —murmuro entre dientes.

Mentira.

Lo he visto, lo he tocado. Y ahora no puedo dejar de pensar en ello, *en ella*, en todo lo que no debería.

Willa está a mi lado en un segundo y me arranca la bolsa de las manos.

—Si sigues agarrando sin pensar, acabarás con mis bragas…, y sé que no quieres eso.

No tiene ni idea de lo que quiero. No tiene ni la más remota idea.

Aun así, asiento como si estuviera de acuerdo, como si no me hirviera la sangre por dentro.



Las bolsas que ya están listas reposan sobre la mesa cuadrada (la única que no está encharcada) y las cojo para llevármelas.

Necesito un minuto. Aire, distancia. Lo que sea.

Pero justo cuando doy un paso, uno de los bomberos entra. Trae entre las manos una manguera enorme, amarilla, brillante por el agua que gotea.

Perfecto.

Lo último que necesito ahora es otro objeto fálico apuntándome a la cara.

El bombero entra sin pedir permiso, con esa manguera enorme apoyada en el antebrazo como si fuese parte de su cuerpo. Huele a sudor y a ese desodorante mentolado que parece ser obligatorio en todo cuerpo de emergencias.

—Vamos a revisar el techo y asegurar que no haya más filtraciones —informa con una amplia sonrisa, demasiado cómoda para mi gusto, mientras mira alrededor… hasta detenerse en Willa.

Ella se aparta un mechón mojado de la frente (ojos brillantes, mejillas sonrojadas, camisa pegada al cuerpo por la humedad) y le devuelve la sonrisa más pequeña, educada y cautivadora que haya visto en ella.

Siento cómo algo en mi cuello se tensa.

—Gracias por venir tan rápido —dice ella, y su tono es suave, jodidamente suave. Ese que usa cuando quiere parecer fuerte, aunque esté a punto de romperse por dentro.

El bombero inclina la cabeza, encantado de atenderla.

Perfecto. De todos los días, tenía que ser hoy cuando apareciera un maldito calendario de bomberos viviente.

—¿Necesitas que movamos algo más? —pregunta él, con la mirada apuntando hacia las bolsas que llevo. Luego vuelve a ella—. Podemos ayudarte.

Qué casualidad, justo cuando soy yo el que está cargando sus cosas.

Willa abre la boca, probablemente para decir que sí, porque a ella le cuesta decir que no cuando se siente vulnerable, pero me adelanto.

—Ya está todo controlado —respondo, más seco de lo que pretendía, casi gruñendo.

El bombero me mira como si se hubiese olvidado de que existo.

—Bueno —contesta él, apoyando la manguera en el suelo—, si necesitáis algo, estaré fuera. Soy Colsen.

Willa se lo agradece otra vez y yo cuento en mi mente hasta tres para no seguirlo y preguntarle si piensa hacer una auditoría completa de la casa o si solo ha venido a babearle encima.

Cuando cierro la puerta, Willa me observa con las cejas fruncidas por la confusión.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —miento, pasando junto a ella con las bolsas—. Voy al coche, vuelvo enseguida.

Pero al pasar, la superficie de su brazo roza mi costado. Un contacto mínimo, húmedo, que me enciende la piel como una chispa eléctrica.

Ella tiembla apenas, no sé si de agotamiento o por el roce.

Me detengo un segundo, solo un segundo.

La voz que me sale no es la que planeaba usar.

—Ponte mi traje, está encima del horno —susurro, más cerca de lo que debería—. Nos iremos en cuanto termine de cargar todo.

Me obligo a apartarme y salgo con las bolsas antes de verla con mi ropa puesta.



—¿Cómo está ella?

Miro de reojo a Willa, que va silenciosa en el coche mientras hablo con mi madre por el manos libres.

—Conmocionada por lo sucedido, pero se le pasará; estamos yendo a mi casa.

—Gracias, hijo. Willa tiene mucha suerte por tenerte cerca; tú siempre has sido su héroe.

Joder, mamá, cállate.

Willa me mira de soslayo, apenas un segundo. Antes de que logre decir algo hiriente, arremeto:

—Dile a papá que deje de enseñarte esas historias de superhéroes, que te están dañando el cerebro. Hablamos mañana, ¿vale?

—¿Disculpa? Alexander Moor, ¿así le hablas a tu excelentísima madre?

—Pues sí; deja de decir tonterías. —Mis ojos siguen en el camino oscuro. Estamos a pocas calles de casa.

—Willa, hija, ¿estás escuchándome? —pregunta mi madre, elevando la voz innecesariamente.

—Sí, mamá —suspira Willa.

—Mañana iré a verte. Tú no te preocupes por nada, todo se solucionará, el universo así lo…

—Vale, nos vemos mañana. —Willa aprieta el botón rojo en la pantalla y corta la llamada.

No voy a decir nada.

Nunca me pasó lo que le acaba de pasar; imagino que no tiene ganas de escuchar ningún consejo de nadie, mucho menos de filosofía barata.

El portón se abre solo al detectar mi coche y me deslizo en el garaje. Las luces del techo se encienden automáticamente con un patrón de hexágonos que parece iluminar más sus ojeras que el espacio.

Apago el motor.

Su mirada está perdida.

El silencio en el coche me consume vivo.

—No hay nada que pueda decir que mejore tu día, pero, si me necesitas para algo, aquí estoy, Willa.

Pestañea de golpe, como si se hubiese acordado de esa capacidad.

—Gracias.

Abro la puerta y ella hace lo mismo.

Willa ha estado una sola vez en mi casa, un día que mis padres estaban aquí y le pidieron por favor que viniera a pasar el rato. Vino, saludó, tomó un vaso de agua y se fue con la excusa del trabajo.

Prácticamente no conoce este lugar.

Por eso sus pasos me persiguen, indecisos; y los míos, inquietos, por tenerla detrás.

El pasillo avanza por el cuarto de lavado y desemboca en la cocina. Enciendo las luces y lo primero que se oye es a Mandarino maullar con enojo: una protesta contra la hora. El sonido rebota en el vacío de la casa, haciéndola parecer más monstruosa y solitaria.

No suelo llegar tan tarde, y el gato no habla, pero sabe la hora por alguna razón.

—¡Oh! Hola, gato —saluda Willa, poniéndose de cuclillas junto a la isla. Mandarino se frota en sus piernas mientras hace ruiditos que conmigo jamás hizo—. No sabía que tenías una mascota.

Acaricia al animal con esa cautela de quien nunca ha tenido uno. Ninguno de los dos crecimos con animales; no sabemos cómo interactuar con ellos.

—No tuve opción —rezongo mientras busco una lata de atún en los armarios.

—Tal como conmigo —añade ella, entrando en confianza con Mandarino y dándose el lujo de acariciarlo entre las orejas puntiagudas.

A mí me costó semanas y muchas latas de atún llegar a eso.

Hago ruido con la lata solo para captar la atención de ambos: la del gato, por hambriento; la de Willa, porque… sí, porque es lo que hago desde siempre.

—La diferencia entre él y tú, Willa, es que a ti te necesitaba en mi vida; él está aquí por obligación.

Mi tono es más brusco que el mensaje. Ella se pone de pie, mirándome con ojos demasiado indefensos.

Está rota y no quiere que la vea así.

Abre la boca para decir un chiste, lo noto en cómo se mueve la comisura, pero la corto:

—¿Quieres algo de comer o beber? Puedo preparar algo rápido. —Dejo la lata para el gato en el suelo y escucho:

—¿Tienes heroína?

Me detengo al otro lado de la isla. La miro sin gracia, pero recuerdo que esta es Willa cuando no sabe lidiar con lo que siente: chistes como armadura.

—Tengo café, tengo sándwich… y tengo una cama.

—En ese orden —dice, sentándose en uno de los taburetes.

Normalmente, encendería la televisión empotrada sobre la chimenea para poner algún vídeo de YouTube mientras cocino.

La necesidad de estímulos constantes no es broma. Pero los vídeos recomendados son, en su mayoría, sobre *fitness*, salud física y mental. Cualquiera que ponga sé que será motivo de burla, así que me ahorro el mal momento y la apago.

Willa suelta un suspiro mientras lee mensajes de texto.

El brillo del móvil ilumina su cara cansada, y por alguna razón, me molesta.

No debería, pero me molesta igual.

El pulgar se desliza por la pantalla y noto cómo su ceja derecha se frunce apenas. Un gesto mínimo, pero suficiente para que algo me tire del estómago.

No preguntes.

No preguntes.

No preguntes, Alex.

—¿Noticias de Jian? —pregunto, fingiendo desinterés. Enciendo la máquina de café y le preparo un descafeinado sin avisarla; es por su bien.

—Mi jefe… —bufa—. Bueno, mi otro jefe. Preguntando cómo está todo. —Me mira apenas un segundo.

Aprieto la mandíbula sin darme cuenta. Noto dos nudos justo donde nace el cuello. Me obligo a respirar, pero mi garganta no cede espacio.

Vuelvo la vista a la cafetera. Mis dedos golpean el borde metálico, un tic suave que solo me sale cuando algo me irrita.

Miro el reloj. Son las tres de la mañana.

—Qué atento… —murmuro, pero la frase me sale envuelta en una ironía suave que no planeaba usar.

Esto es lo que hice siempre, ponerme posesivo y celoso por nada, por el aire mismo. Lo hacía cuando ella comenzó a tener citas y lo sigo haciendo ahora que es una mujer con vida privada y, probablemente, algún novio escondido por ahí.

Al dejar la taza delante de ella, lo hago demasiado fuerte.

Ella levanta la vista, y aparto la mía al instante, como un imbécil.

—Discutimos antes de que me fuera. Había un productor que quería ver mi monólogo, pero me llamó Jian justo en ese momento y… —Suelta el móvil y se refriega la cara con ambas manos.

—Pero tu casa estaba inundada —razoné, confundido—. ¿Por qué discutisteis?

Sus ojos se posan en los míos, buscando complicidad, permiso, alivio.

—¡Eso mismo le intenté hacer ver! Pero dijo que no iba a tener otra oportunidad como esa… La cagué. Tendría que haberme quedado. Si ya estaba todo arruinado, de todas maneras…

Mientras hablo extiendo mayonesa (su aderezo preferido) en el pan del sándwich. No la miro; como lo haga, me quiebro.

Dejo todo en el plato y apoyo ambas manos sobre el mármol frío.

—A mí me suena a manipulación, Willa. —Por primera vez en mucho tiempo, no la siento a la defensiva; parece que realmente busca que le diga algo que la aterra escuchar—. Todo ese rollo del tren que solo pasa una vez es una estupidez. Habrá más ocasiones.

¿De verdad crees que ese productor no volverá al club de monólogos más conocido de la ciudad? Pff. ¿Y es el único productor del universo? Tampoco. Deja de castigarte.

Su cara se suaviza un poco.

—¿Cómo se llamaba tu jefe? El que se comporta como un idiota, no el otro.

—Owen —responde ella, dándome la primera sonrisa en días.

—Bueno, Owen puede irse bien a la mierda.



Fueron pocas las horas de sueño, de tranquilidad y de soledad.

A las seis (tan solo tres horas más tarde de mi horario habitual de cama), Alex empieza a hacer ruido por la casa.

La casa… Mejor dicho, *la mansión.*

El día que vine por primera vez intenté no mirar demasiado, no mostrarle mi asombro interno. Esa es mi especialidad con la gente que busca impresionar: pretender que conmigo no lo han conseguido.

Como cuando un hombre acelera su coche por la avenida, haciendo rugir el motor, convencido de que voy a voltear y pensar: «¡Oh, Dios mío, sí! Quiero chuparle la polla».

No.

Nunca.

Si alguien hace eso, miro al lado contrario.

Si alguien se cree una botella de feromonas, hago como si fuese impermeable.

Si alguien quiere lastimarme, le sonrío (es un mecanismo de defensa, no un superpoder).

Con Alex es distinto.

No presume (al contrario, es desesperantemente sobrio), pero el problema soy yo y las pocas ganas que tengo de que note que todo lo que hace me afecta.

Porque me afecta.

Mucho.

Su ropa (afectada).

Su altura (afectada).

Su perfume importado, su pelo largo, su espalda kilométrica (afectada, afectada, afectada).

Y su mansión… tampoco ayuda.

Mi madre, por supuesto, me dijo el nombre del diseñador (un tipo muy conocido en las esferas de los ricos y famosos), pero no retengo nombres a menos que sean personas con las que tenga lidiar a diario.

Todo aquí es luminoso y limpio; hay cristal donde debería haber paredes, suelos de madera que, claramente, no son de los baratos y una nevera tan grande que podría meter dos vacas vivas y aún sobraría espacio.

Cuando entras por la cocina encuentras un salón incorporado, lo que llaman concepto abierto, con una pantalla adaptada al tamaño de Alex (nivel cine IMAX), un sofá en L para alojar a media población de San Francisco y un sistema de sonido que me sorprende que no haya pulverizado los cristales todavía.

También hay puertas.

Muchas puertas que no sé a dónde conducen.

Y la escalera que lleva al piso superior, donde me encuentro ahora, en la habitación de invitados en la que seguramente aloja a las mujeres que…, bueno, (rellénese con la imaginación).

Sé que Alex tiene problemas para compartir la cama (lo sabía todo el colegio… y el barrio… y, tal vez, hasta el ayuntamiento). Aunque cuando tenía pesadillas nunca me negó el espacio, y no eran pocas las veces. Siempre tocaba la puerta de Alex. Él dejaba una pequeña luz encendida porque sabía que yo iba a infiltrarme en mitad de la noche, abría las sábanas y permitía que me deslizase en la tibieza de su cuerpo.

No me preguntaba qué había soñado, lo más probable es que lo supiera, tan solo me abrazaba y volvía a dormir.

La cama donde estoy es California *king*, lo que significa que podría hacer una clase de zumba si quisiera y aun así no llegaría a abarcarla entera. Las paredes son blancas, excepto la de la

cabecera, cubierta con un papel pintado de colores exóticos, como si fuera el catálogo de Pantone.

La mesita de noche es pequeña, lo justo para el móvil, y también hay un escritorio donde he tirado toda la ropa que no voy a usar ni lavar.

El ventanal que tiene por pared da al jardín, a su piscina y a las colinas de Oakland. Lo cubren unas cortinas blancas que van del techo al suelo; me las imagino moviéndose con el viento y suspiro, dándome cuenta de que semejante lujo no está nada mal.

Cuando aún estaba bajo la tutela de mis padres biológicos, vivíamos en una casa en estado de abandono. Recuerdo que el dueño no quería hacerle ninguna reforma y mis padres no querían poner ni un solo dólar. El papel pintado era viejo y amarillento, con manchas de humedad. Los suelos, de cerámica gastada; los muebles de la cocina, algunos sin puertas.

No supe que eso era pobreza hasta que me mudé con mis actuales padres y descubrí que un hogar podía ser un santuario.

Lo fue para mí, lo sigue siendo. Acogedor, con imágenes de la familia en la nevera, dibujos de Alex de cuando era pequeño colgados en las paredes, sonrisas, fragancias deliciosas de las comidas que preparaba Mónica, mi nueva madre, y los sonidos que hacía Tony, mi nuevo padre, cuando tenía reuniones en casa o cuando montaba barbacoas para sus socios.

Crecí en ese ambiente desde los diez a los diecinueve. Fui feliz, fui triste, fui yo.

La casa de Alex, a pesar de la ostentación evidente, me transmite la misma sensación de paz.

Me destapo y camino hacia el baño (sí, tengo un baño dentro de la habitación; por supuesto que lo tengo). Si estuviera un poco menos cuerda, pensaría que acabo de ver un vampiro reflejado en el espejo. Demasiado pálida, demasiado ojerosa.

Pocas veces siento pena por mí misma, pero… ¿realmente era necesario que se inundara todo mi piso? Tenía pocas cosas, sí, y la mayoría viejas y gastadas, pero eran mías. Pensar en reconstruir todo me agota: buscar un piso en la ciudad, comprar una cama nueva… ¿Cuándo? Con dos trabajos y pocas horas de sueño…

Un par de lágrimas me recorren la mejilla.

Escucho la puerta sonar dos veces. Unos golpes suaves, cuidados (lo contrario a Alex y su manera de empujarme lejos cada vez que puede).

Me mojo el rostro con agua fría y grito un «adelante».

Primero escucho su cuerpo masivo entrando; después lo veo. Pobre, nunca fue bueno jugando al escondite.

Se detiene en la puerta del baño y me mira con cautela al principio (mi cara mojada, mi pelo hecho un nido de pájaros), pero luego su mirada baja.

Y baja.

Llevo una camiseta suya, algo rápido que me dio anoche cuando me quedé dormida sobre la isla de la cocina. Me llega a las rodillas. Debajo…

Oh, joder.

Agarro el dobladillo y tiro de la camiseta hacia abajo todo lo que puedo.

Él aparta la mirada al instante y se gira.

—¡Me dijiste que pasara, Willa! —protesta, enfadado.

—¡Me olvidé! —Camino hasta la cama y me cubro con las sábanas blancas—. Ya está.

Se gira con cuidado y sus hombros se relajan un poco cuando ve que no miento.

Me llama la atención que lleva ropa deportiva (siempre va de traje; verlo así es… peculiar).

Se apoya en el marco del baño, cruzando los brazos.

—Le dije a Fiona lo que pasó. Hoy no tienes que ir.

Su cara de perrito triste me provoca un pinchazo en el pecho.

—¿Por qué? Si no tengo absolutamente nada que hacer.

—Estás en shock, Willa.

—Estoy bien. Y quedarme aquí lamentándome por mis desgracias no le hará bien a nadie.

—Mamá está en camino.

Suspiro, pero de frustración. Y justo en ese momento suena el timbre. Por supuesto, no es un timbre duro y estridente como el mío; es un sonido armonioso, suave, casi celestial.

—Vamos… —dice, y luego rectifica—. Bueno, no. Vístete primero y quítate esa camiseta.

—Nunca has sido de compartir —murmuro, apartando las sábanas.

Él me sostiene la mirada un segundo más de lo que debería, la mandíbula dura, la respiración contenida…, como si la camiseta fuese un problema real, no un trozo de tela.

—No, tampoco soy la caridad. Quítatela.



Mi madre (o «mi santa madre», como dice ella) está en la cocina haciendo el espacio suyo. La sartén está encendida, hay huevos cocinándose y el olor a café lo invade todo. Su pelo rubio platino cae rígido sobre los hombros (años de tinte que se lo destrozaron por completo; según ella, prefiere tener el pelo muerto que blanco). Allá ella y sus gustos.

Lleva un jersey color crema y unos vaqueros anchos de tiro alto (los que yo le regalé por su cumpleaños). Nunca se los había visto puestos hasta ahora, y, conociéndola, los llevará solo para alegrarme un poco en este día de mierda.

Me encanta cómo le quedan, parece jovial, la madre enérgica que conozco desde los diez años.

Mi padre también está en la escena. Para sorpresa de nadie, están juntos cada vez que pueden, pero ahora que él está retirado, creo que el exceso de convivencia empieza a pasarles factura. Tony Moor (el hombre que un día me preguntó con miedo si quería usar su apellido) exprime naranjas con una máquina de última generación. Rezonga por lo bajo, igual que Alex.

—Te dije que no jugaras con la tecnología de esta casa —dice mi madre, sin dejar de mover la espátula.

Mi padre habla por encima de su hombro:

—¿Ves zumo en este vaso, Mónica?

Ella se gira.

—Sí.

—Entonces está funcionando. No me lo estoy imaginando, ¿no?

Hay una pequeña sonrisa cómplice entre los dos. Esta es su dinámica desde que los conozco. Molestarse, hacerse chistes.

La historia de ellos es una de las mejores que escuché. Fue Alex quien me la contó una noche de tormenta que me tenía alterada; envuelta en sus brazos, susurraba las palabras con mucha calma.

Mónica era madre soltera y Alex era apenas un niño cuando, asustado por ver a su madre enferma, salió a la calle a pedir ayuda. Mi padre, por suerte en aquel entonces, tenía un chofer que lo llevaba de aquí para allá por la ciudad, y miraba a los transeúntes caminar. Una costumbre que tenía por ser empresario textil era analizar qué es lo que usaba la gente en ese momento. Fue así como se percató de un pequeño caminando sin sentido, con lágrimas en los ojos, e inmediatamente entendió que estaba perdido.

Su chofer detuvo el coche y él se bajó corriendo. Alex le aclaró que no estaba perdido (en realidad sí, pero su misión era otra) y que lo que necesitaba era un doctor para su madre. Entonces Tony le pidió que le explicara dónde estaba ella.

El resto de la historia me la contó Tony. Me dijo que les tomó tiempo volver, como sospechaba, Alex estaba perdido, pero en un momento reconoció la esquina de su casa y logró encontrarla.

Cuando mi padre encontró a Mónica en la cama, volaba de fiebre y estaba inconsciente, por eso llamó a una ambulancia y, a partir de ese día, se hizo cargo de los dos.

Nunca le pregunté a Alex quién era su padre o si lo conocía, él siempre llamaba *papá* a Tony, como lo hago yo.

Alex está detrás de mí y lo observo un segundo, recordando que él también es un adoptado. Sus brazos cruzados siempre me imponen un poco (lo hacen parecer más grande, más sólido, más él). Su expresión es igual que la mía, y sí, tiene una pequeña sonrisa en las comisuras.

Nunca le dije lo agradecida que estoy por haberme presentado a estas dos personas. Algún día se lo diré. (O quizá ya lo sepa con solo mirarme).

—Si está funcionando, ¿por qué rezongas, Tony? —Mi madre continúa el conflicto doméstico, metida de lleno en su papel—. Oh, juro por el Señor que a veces… ¡Oh! ¡Mis niños!

Sus ojos celestes nos encuentran.

Y ahí está otra vez.

Ese término.

Niños.

Hermanos.

Esa cosa que nos debería definir pero que, cuando lo dice, me revuelve el estómago como si me hubiera tragado una botella de vinagre.

Las palabras salen de la boca de mi madre como una caricia, pero entran en mi cuerpo como un golpe seco. Me obligo a sonreír, aunque se me congela un poco en las comisuras. Siento, más que veo, cómo Alex se tensa detrás de mí.

No se mueve.

No dice nada.

Pero su respiración cambia, apenas un matiz, lo suficiente para que mis nervios (siempre demasiado pendientes de él) registren esa leve variación.

Él también lo siente.

Él también se incomoda.

Él también *sabe.*

Mi madre deja la espátula en el borde de la sartén y se acerca con los brazos abiertos, lista para envolverme como si tuviera diez años y hubiese perdido otro diente.

—Ay, mi niña —dice con esa mezcla de melodrama y ternura que la caracteriza—. Qué noche habrás pasado…

Me aprieta contra su jersey y yo dejo que lo haga, aunque mi cuerpo está rígido. Necesitaba un poco de contención, no me di cuenta hasta que la sentí a mi alrededor.

—Estoy bien —miento, porque no quiero preocuparla.

—Claro que no —contradice ella, acariciándome el pelo que ni siquiera me peiné—. Pero para eso estamos, para cuidarte.

Mis ojos se elevan de forma automática, buscando a Alex. Él está a mi lado ahora, mirando.

No debería.

No así.

Porque su expresión no es la de un hermano preocupado. Es otra cosa, una que se esconde rápido, pero no lo bastante como para engañarme.

Traga saliva y aparta la mirada hacia el taburete de la cocina, como si fuese un objeto de lo más interesante.

Ese es su equivalente a un grito.

Tony se acerca con el vaso de zumo, ajeno a todo.

—Aquí tienes, Willa —dice—. Necesitas vitamina C después de semejante desastre.

—Gracias —respondo cuando tomo el vaso, preguntándome en qué ayuda la vitamina C en todo esto.

Mónica sigue sonriendo y susurra.

—El café está en la mesa. —Coge el vaso de mi mano y lo deja en la isla. Ella sabe que no desayuno zumo de naranja porque me da acidez. Tony vuelve a hacer ruidos extraños con la máquina, sin sospechar nada.

Nos sentamos a la mesa, ignorando la incomodidad que nos envuelve a todos. Llevamos cinco años evitándonos por una razón: esta, esta sensación extraña cuando toca compartir un momento familiar. Y ahora no solo trabajo en su empresa, sino que estoy bajo su techo.

Tengo que encontrar dónde vivir temporalmente, con urgencia.

Mi madre sirve los platos con alegría, colocándolos en la mesa con movimientos rápidos y eficaces.

—¡A comer! —exclama, como si protagonizáramos la escena navideña de un anuncio.

Tony se sienta a su lado, prueba su zumo y gruñe satisfecho.

—Esto sí que es vida.

Alex ocupa la silla a mi lado, por supuesto que lo hace. Podría sentarse en cualquier otro lugar, pero no, tiene que plantarse justo ahí, con esas manos enormes alrededor de la taza, la camiseta gris pegándosele al pecho por el entrenamiento, el pelo recogido hacia atrás sin esfuerzo… y esa mirada que no sé interpretar cuando nuestros ojos chocan.

Mónica deja una montaña de huevos en mi plato.

—Tienes que comer, cariño.

—Mamá, no soy huérfana muerta de hambre —digo—. ¡Oh! ¡Un momento! ¡Sí lo soy!

Ella ignora mi chiste y añade dos tostadas al plato.

Tony ríe.

—Y pan. Nada de irte por ahí con el estómago vacío.

—Tu madre piensa que la comida cura todo.

—Y, por regla general, así es —responde ella, dándole un golpecito en el brazo.

Alex se aclara la garganta (el equivalente a una explosión emocional en su diccionario).

—Willa necesita descansar, no empacharse —señala.

Mónica le lanza una mirada afilada.

—Necesita comer. Tú también deberías comer más, estás muy estricto con esa dieta tuya. ¿Qué es eso de proteína líquida por la mañana? ¿Quién hace algo así?

Tony levanta la mano como si estuviéramos en el colegio.

—Los culturistas.

—¡Alex no es culturista! —rebate ella, indignada.

Me muerdo el labio para no reírme.

Alex me mira. Sus pupilas bajan un instante a mi boca.

Dios.

No.

No ahora.

Desvía la atención hacia su plato con la concentración de un cirujano.

—Así que dormirás aquí mientras arreglan tu piso —comenta mi madre mientras pincha su plato y llena el tenedor de huevo.

—No, saldré a buscar un piso —contesto rápido, sin mirar a Alex —. Jian dijo que tomará mucho tiempo solucionar el problema.

—No —dice Alex, seco—. Te quedarás aquí, Willa.

Mi madre sonríe, encantada.

Mi padre asiente mientras mastica muy rápido.

—Entonces, estás en buenas manos —agrega con la boca llena.

Mis ojos se elevan solos. Los de Alex ya están en mí, siento un tirón silencioso, una corriente eléctrica que no tiene sentido en una mesa llena de tostadas y cubiertos.

A veces lo odio por mirarme así.

A veces me odio a mí misma por corresponderle.

No es momento de discutir, mis padres se estresan cuando lo hacemos.

—Bueno, sí, hasta que encuentre un piso nuevo.

—¿Cuándo quieres ponerte a ello, cielo? —pregunta Mónica.

—No lo sé, hoy, supongo.

—Iré contigo —interviene Alex, tajante.

Los tres nos quedamos quietos.

Mónica lo mira con extrañeza, sabiendo que Alex está demasiado silencioso y, cuando abre la boca, es para dar órdenes.

Tony alza una ceja.

Yo me enderezo.

—No hace falta.

—Iré contigo —repite él, sin pestañear—. ¿Acaso hablo otro idioma y no me entiendes?

Ese tono.

Tan dueño.

Tan inevitable.

Tan peligroso.

Mónica rompe el instante.

—Ay, sois adorables cuando os protegéis el uno al otro.

Y ahí está otra vez, la sensación de culpa por no sentir nada parecido a esa fraternidad que piensa que tenemos.

Tony vuelve a la conversación.

—Bueno, ¿después del piso, qué?

—Trabajar —respondo.

—No —vuelve a oponerse Alex, firme.

—Sí —replico igual de firme. De nuestros ojos salen rayos letales.

Nuestros padres nos miran como si estuviéramos discutiendo por un juguete.

—Chicos, por favor… —suspira Mónica.

Pero él sigue mirándome y yo sigo sin poder mirar a otra parte.

El desayuno continúa, pero la mesa está llena de tensión.

De silencio.

De cosas que ninguno se atreve a nombrar.

De dos personas que no pueden (ni deben) sentirse como se sienten.



Una cinta amarilla en la que se lee «Precaución» rodea la puerta del piso, como si esto fuese una escena del crimen. Willa traga saliva cuando la ve y, con bronca, la arranca de un tirón.

—Tampoco es para tanto —protesta.

Abre. Dentro, todo está exactamente como lo dejamos. El olor a humedad sigue pegado a las paredes, denso, rancio; un recordatorio de la noche anterior. El suelo aún conserva marcas oscuras donde el agua se detuvo.

No sé a qué hemos venido, si no hay nada salvable. Pero ella empieza a buscar, se mueve entre las cosas que flotaban anoche, levanta una camiseta empapada, revisa un cajón hinchado, aparta un par de zapatos deformados. La observo un momento hasta que lo entiendo, quiere rescatar algo (cualquier cosa) para meterlo en una bolsa de basura.

Entonces hago lo mismo, cojo una bolsa —el plástico se abre con un chasquido seco— y empiezo a recoger en silencio. El único sonido es el roce húmedo de la ropa y nuestra respiración contenida, como si hablar pudiera terminar de derrumbar lo poco que queda.

Meto la mano en un cajón y noto algo distinto. No es tela empapada ni plástico deformado. Es rígido, pequeño. Lo saco.

El silencio se apodera de mi pecho.

Es el llavero.

El viejo, ridículo llavero que le compré una tarde cualquiera, cuando todavía vivíamos bajo el mismo techo y fingíamos que éramos normales. Un corazón de metal gastado, con la pintura roja saltada en los bordes.

Pensé que lo había tirado.

Lo compré por un impulso. Lo vi colgado en la farmacia y pensé en ella por alguna razón. Recordé que mi madre le había dado una copia de las llaves de casa y creí que era una buena adquisición.

Lo giro entre los dedos y me pregunto si ha viajado con ella todos estos años, escondido en bolsos distintos, en llaves distintas, en vidas que ya no compartimos.

Trago saliva, comprendiendo que el Alex de todos esos años atrás ya sabía lo que sentía por ella y que, de alguna manera inconsciente, lo expresó.

Willa está de espaldas, hurgando en un cajón hinchado, y me pregunto si no acabo de dejar al descubierto algo que no tenía intención de mostrarme nunca.

—Creí que lo habías perdido —digo.

Mi voz suena más baja de lo que esperaba, más íntima.

Cuando se vuelve y se lo enseño, se queda quieta un segundo. Luego se encoge de hombros.

—A veces uno no pierde las cosas —responde—. Solo las guarda hasta que las necesita otra vez.

Asiento, aunque no sé a qué.

Lo guardo en el bolsillo de mi vaquero, con un cuidado excesivo, como si pudiera romperse.

Willa se sienta en el suelo sin decir nada. No parece cansada; parece vacía. Me acerco y me dejo caer a su lado.

Ella respira hondo. Yo hago lo mismo.

—¿Qué estás pensando? —pregunto con miedo.

Se encoge de hombros.

—Muchas cosas a la vez.

—Dime al menos tres.

Me observa de soslayo, pensando bien qué decir.

—Estoy haciendo un gran esfuerzo por no sentir pena por mí misma, para empezar. Luego, en lo mucho que odio depender de los

demás —señala a su alrededor—; esto me obliga a depender de ti o de ellos —no dice «nuestros padres»—. En fin, siento que juego en modo difícil desde que nací.

Se cubre los ojos con las palmas de las manos, ocultando las lágrimas que empiezan a formarse allí. Finjo no notarlas.

—Cosas de mierda pasan todo el tiempo. Lamentablemente, recordamos más esas que las buenas. Y cosas buenas han pasado en tu vida, Willa.

Ella asiente. Sabe que tengo razón, pero no quiere admitirlo.

—Es difícil recordarlas cuando tienes una nube negra sobre la cabeza con lluvia y rayos furiosos.

Siempre tuvo algo con las tormentas, la aterraban de niña.

—Déjame ayudarte. ¿Recuerdas cuando ganaste el concurso de baile en el colegio? —Se ríe por lo bajo, un poco avergonzada—. Yo sí; esa noche brillaste en el escenario. Y recuerdo cuando fuimos a Disneyland.

—Y me perdí —añade, sonriendo—. Me encontraste preguntando dónde podía aplicar para ser princesa Disney.

—Juro que quería matarte —confieso, riendo por lo bajo—. Pensé que alguien te había raptado.

—Siempre fuiste fatalista.

—Solo contigo —admito, sin una gota de vergüenza.

Sus ojos conectan con los míos. La risa empieza a borrarse.

—¿Recuerdas cuando escuchaste el rumor de que tenía algo con el profesor de gimnasia?

Asiento, desviando la mirada al suelo de golpe. Me paso la mano por el pelo, levantando una cortina entre los dos.

—Jareth y Bernardo me ayudaron a ponerle laxantes en el almuerzo.

Willa vuelve a reírse por lo bajo.

—Fue un rumor que inventó Becky. Al menos pude explicártelo antes de que lo mataras.

—Justo a tiempo. Lo tenía todo planeado.

La risa se apaga despacio. El silencio vuelve, distinto.

Más denso.

Más consciente.

Willa sigue sentada en el suelo, con las rodillas dobladas hacia el pecho, al igual que yo. Estamos demasiado cerca para fingir que no lo notamos. Mi muslo roza el suyo, apenas.

No me aparto.

Ella tampoco.

—Siempre fuiste bueno recordándome lo que valía —dice de pronto, sin mirarme.

—Cada centímetro de tu alma vale mil veces más que cualquier otra, para mí —respondo, antes de pensarlo.

Gira la cabeza.

Nuestros rostros quedan a pocos centímetros. Puedo oler su perfume, algo familiar que me aprieta el estómago. Sus labios están entreabiertos, respirando más rápido de lo normal.

—Alex… —susurra, a falta de palabras.

Nunca le dije algo así y no sé por qué elijo este momento para hacerlo, pero así me salió.

Mi mano se mueve sola. No la toco todavía, pero se queda suspendida en el aire, como si le estuviera pidiendo permiso al pasado.

Ella no me rechaza.

Mi cuerpo se inclina, el suyo no retrocede. Siento cómo su respiración me golpea la boca. Cómo su rodilla presiona contra mi muslo.

—Dime que pare —murmuro, con la voz rota—. Dímelo ahora.

Sus dedos se cierran en la tela de mi camiseta, a la altura del pecho.

No tira.

No suelta.

—No quiero —dice.

Mi mano sube por su brazo, lento, consciente, hasta su cuello. Siento cómo se estremece.

Inclino aún más el cuerpo; puedo sentir su calor irradiando con furia.

Y entonces…

—¿Hola?

La voz nos alcanza como un cubo de agua helada.

Nos separamos de golpe. Willa se aparta primero, llevándose una mano a los labios, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Yo me pongo de pie demasiado rápido.

La puerta se abre del todo. Jian entra al piso acompañado por dos hombres más, ambos vestidos con trajes blancos, tipo NASA.

—Oh, siguen aquí —comenta el propietario.

—Sí. Vinimos a rescatar lo que se pudo —explico de manera abrupta, señalando algunas bolsas y cajas con vajilla y menaje de cocina.

Willa sigue en silencio. Se agacha para llenar una bolsa más, como si el momento anterior no hubiera existido.

—Ya nos íbamos, Jian —dice al colocarse frente a él. Estira la mano para estrechársela—. Gracias por todo, pero no creo que nos volvamos a ver.

—Adiós, Willa —responde él, aceptando el apretón—. Tú vete a un lugar mejor. Este piso es pequeño para ti.

No sé si Jian quiso darle a entender algo más, pero yo lo leí de otra manera. Es momento de explorar algo más grande, algo gigante…

Estrecho su mano con fuerza, rogando a todos los dioses que Willa no vuelva jamás a un lugar como este.



Subo al escenario con el vaso de agua en la mano como si fuera un salvavidas. La luz me cae encima y, durante un segundo, pienso seriamente en dar media vuelta y fingir que me equivoqué de bar. Pero no, apoyo el vaso en el taburete. Me planto frente al micrófono, lo agarro con las dos manos y respiro.

—Hola… —digo, y espero. Un par de respuestas vagas, algún aplauso tímido—. Bueno, suficiente entusiasmo, tampoco vine a curar el cáncer, chicos.

Se ríen. Bien. Eso ayuda.

Miro al público como si los conociera de toda la vida.

—Esta semana descubrí algo importante sobre mí —empiezo—. Soy una persona a la que el universo odia de forma personal. No general, no filosófica. Personal. Como si alguien allá arriba tuviera mi nombre anotado en una libreta y dijera: «A esta, otra más».

Risas.

Me envalentono.

—Mi piso se inundó —explico—. No un «Uy, se mojó un poco la alfombra». No. Un «El agua entra como las personas al Walmart a comprar una televisión en Black Friday». Mis cosas flotaban, mis zapatos navegaban por el agua como peces.

Alguien suelta un «uh» compasivo.

—Gracias, extraño de la fila número diez. Y claro, cuando pasa algo así, todo el mundo te dice lo mismo: «Bueno, al menos estás

bien». —Asiento con una fuerza exagerada—. Sí, estoy seca, supongo que no puedo quejarme.

Quito el micrófono de la base y me muevo de un lado al otro, como si caminar ayudara a ordenar el caos dentro de mi cabeza.

—Así que ahora vivo con un amigo. —Hago una pausa estratégica, no aclarando quién es Alex—. Un amigo muy generoso, muy responsable… y con demasiadas preguntas sobre por qué dejo tazas en todos lados.

Más risas.

—Es temporal —aclaro rápido—. «Todo es temporal», le dije, como mi estabilidad emocional, mi fe en que las cosas van a mejorar…

Me llevo una mano al pecho, teatral.

—Lo intento tomar con humor porque, si no, tendría que aceptar que hay momentos en los que la vida te empuja la cabeza dentro del barro y, cuando intentas salir, te dice: «No, espera, todavía no terminamos».

El silencio dura un segundo más de lo cómodo. No bajo la mirada. me quedo ahí, firme.

Lo importante de los monólogos no es hacer reír constantemente, es aprender a manejar el humor del público, y en este momento la seriedad los controla.

—¿Nunca os ha pasado? —pregunto—. Sientes que haces todo lo que se supone que hay que hacer. Trabajas, pagas cuentas, eres buena gente… y, aun así, el mundo dice: «Me parece que le falta una buena roca en el camino».

Una risa nerviosa recorre la sala.

—Yo no creo en la mala suerte como concepto abstracto —sigo —. Creo en los pozos de aire, de esos que uno siente cuando está en el avión. En esos momentos en los que estás abajo y miras hacia arriba pensando: «Ok, ¿por dónde se sale?».

Respiro. Suavizo el tono.

—Pero aquí estoy. —Abro los brazos—. Hablando, riéndome un poco. Intentando convencerme de que, si el mundo insiste en hundirme, al menos voy a caer contando un chiste más o menos

decente. Como, por ejemplo, al fin le encontré un propósito a los zapatos rojos que nunca uso: ahora nadan.

Sonríen. Yo también.

—Así que, si hoy alguien se siente atrapado —concluyo—, que piense esto: tal vez no es que no estés avanzando. Tal vez el universo solo está tardando en llevarte hacia otra dirección.

Levanto el vaso de agua a modo de brindis.

—Gracias. Si alguien tiene un piso seco en alquiler…, voy a estar en la barra hasta la una.

Las risas y los aplausos me envuelven y bajo del escenario un poco más liviana.



Cuando entro en la casa de Alex, todo está a oscuras. Así que avanzo de puntillas por la cocina, conteniendo la respiración como si estuviera cometiendo un delito federal, hasta que Mandarino maúlla de golpe.

Doy un salto en el sitio, un ataque de adrenalina directo al corazón.

En ese mismo segundo, se enciende una luz.

Alex está sentado bajo una lámpara, en pijama, con cara de muy pocos amigos. Mandarino descansa plácidamente sobre sus piernas, mientras la mano enorme de Alex le acaricia el lomo con una calma inquietante. La escena es tan impecable que parece ensayada.

—¡Joder! —grito, llevándome una mano al pecho—. ¿Por qué tienes que parecer siempre un villano de James Bond?

—¿Siempre terminas a esta hora? —pregunta, sin moverse.

—Sí —respondo, dejando mi bolso sobre la isla. Luego cruzo los brazos—. Tenía que desahogar todo lo que…

No termino la frase.

Como un felino (porque, claramente, ha aprendido del gato), se levanta y se acerca a mí hasta detenerse justo delante. Demasiado cerca. Invadiendo mi espacio personal con absoluta consciencia.

—La próxima vez —advierte con voz baja— no te escabullas como una ladrona. Dime adiós. Dime «Nos vemos luego, Alex».

Antes de que pueda responder, coloca a Mandarino en mis brazos. Apenas lo atrapo a tiempo; el gato ronronea, traidor, como si me hubiera estado esperando.

Alex ya se está dando la vuelta.

—Lleva llorando desde que te fuiste y no me ha dejado dormir —añade por encima del hombro—. Buenas noches, Willa.



Cuando despierto, el culo de Mandarino está sobre mi frente.

—¡No sé cuáles son tus costumbres, pero esa no forma parte de las mías! —grito, sacándolo de encima.

Salgo corriendo al baño y me lavo la cara con demasiado jabón, restregando sin parar.

¡Qué asco!

Mandarino me mira ofendido desde la cama, hasta que le abro la puerta para que se retire.

Minutos después, me encuentro en la cocina, Alex ya está terminando su desayuno y me observa con una ceja arriba, su pelo recogido a la perfección, seguro que usó gel, porque nunca se esmera tanto. El traje es gris, la corbata negra, de su muñeca cuelga un reloj que debe valer más que todo el dinero que vi hasta ahora en mi vida y el detalle de los gemelos de oro tampoco pasa inadvertido.

—¿Día importante? —pregunto, dándole la espalda mientras me preparo un café.

—Me asusta que no lo sepas, ¿no trabajas en Pulso?

Eso me paraliza y me giro sintiendo adrenalina por el cuerpo. Mi cara de terror, por alguna razón, le hace reír.

Pero mis hombros no aflojan.

—Tengo la reunión trimestral con los accionistas, Willa, nada por lo que preocuparse.

Cojo lo primero que encuentro, el rollo de papel de cocina, y se lo lanzo a la cabeza; él se cubre, aún riéndose de mí.

Suelto un bufido y me sirvo el café como si mi vida dependiera de ello.

—Eres un imbécil —murmuro.

—Y tú eres muy violenta antes de la cafeína —contesta, ya de pie, acomodándose el traje frente al espejo del pasillo—. ¿Vas a venir hoy o piensas esconderte todo el día con Mandarino?

Su voz suena cerca de mi oído, puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, por eso no volteo ni me muevo del lugar.

—No me escondo.

Aunque sí considero seriamente esa idea por un segundo.

Su brazo aparece a un lateral y deja un juego de llaves a mi alcance. El llavero de corazón cuelga junto con dos llaves más.

No sé por qué mi estomago da un vuelco.

Finalmente se aleja, guarda el móvil en el bolsillo interno del traje y me observa unos segundos más de la cuenta. Esa mirada suya que no es del todo severa, pero tampoco amable.

Parece evaluarme como a un gráfico más en una de sus presentaciones.

—No llegues tarde —añade antes de salir.

La puerta se cierra y la casa queda en silencio. Demasiado silencio para alguien que vive del ruido, de las risas incómodas y de los micrófonos abiertos.



La oficina está distinta cuando llego. Más rígida. Más… tensa.

Hay café caro circulando, asistentes que no reconozco y trajes que parecen hechos para intimidar. Siento que camino con zapatillas invisibles en medio de una pasarela de tiburones.

Me siento en mi escritorio y enciendo el ordenador. Tengo correos sin leer, recordatorios que ignoré y un documento compartido que lleva el nombre de Pulso en el título.

Abro el archivo.

«Reestructuración de contenidos — Q3».

Trago saliva.

Fiona me observa con cuidado.

—¿Estás pálida o es tu color natural?

—¿Qué tan importante era la reunión de hoy? —pregunto con precaución.

Algo me dice que fue el lado protector de Alex quien habló en casa y no fue del todo sincero.

—Bueno, no es solo una reunión de accionistas. Es *esa* reunión. La que decide presupuestos. La que paraliza proyectos. La que define qué áreas «aportan valor» y cuáles son un gasto prescindible. Todo el mundo sabe que no salen buenas noticias de ahí.

Dos horas después, estoy hablando con un grupo de programadores cuando veo que la puerta de la sala de reuniones (que fue prácticamente un cónclave durante este tiempo) se abre.

Alex sale primero.

No sonríe, esta rígido, y eso me recuerda a algo que ocurrió hace muchos años.



Muchos años atrás

Habían pasado tres años desde que fui adoptada por los Moor.

Tres años desde que mis padres biológicos vivían tras las rejas y, al menos una vez al mes, llamaban pidiendo una fianza.

Esos días se volvían intensos en la casa.

Había una división constante entre Tony y Mónica. Tony juraba que mis padres biológicos deberían quedarse en prisión para siempre. Mónica, en cambio, sostenía que ya habían cumplido su condena y que su mayor castigo era haber perdido mi custodia para siempre.

Mónica decía que mis padres, simplemente, no sabían cómo ser padres. Yo pensaba que no sabían cómo ser humanos.

Un día, Tony descubrió que Mónica había estado yendo a la cárcel a hablar con mi madre biológica. Iba para contarle los *momentos destacados* de mi vida: cómo me iba en el colegio, qué logros había tenido, si estaba bien.

Cuando Tony se enteró…, madre mía.

Nunca lo había visto tan fuera de sí. Gritaba. golpeaba la mesa. Decía que le daba pánico que usaran esa información en su contra, que, de alguna manera (mágica, absurda), encontraran la forma de recuperarme.

Los tres discutían en el despacho de Tony, pero el único que salió a tomar aire fue Alex.

Tenía el rostro largo, tenso, preocupado.

Alex nunca estaba preocupado. De hecho, siempre creí que era una persona indestructible. No solo por su físico, sino porque su mente era tan fuerte que me daba envidia. Siempre transmitía una calma inquebrantable, como si nada pudiera alterarlo, y esa seguridad me hacía confiar en él de manera instintiva. La fortaleza de su carácter era tan evidente que, comparada con la mía, a veces sentía que yo era frágil a su lado. Alex era el tipo de persona a la que uno recurre cuando todo parece tambalearse, porque su sola presencia bastaba para sentir que todo iba a salir bien.

Yo era llorona: cualquier cosa, por pequeña que fuese, me sacaba lágrimas. Alex, en cambio, nunca. Ni siquiera tras los golpes más salvajes en rugby lo había visto llorar.

Siempre sonreía.

Siempre me buscaba en las gradas y levantaba el pulgar desde el suelo cuando lo derribaban.

Por eso, cuando lo vi así ese día, algo en mí reaccionó.

Me encontró escuchando, escondida en el pasillo. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, no hizo ninguna mueca para fingir que todo estaba bien. No dijo nada. Simplemente, pasó un brazo por encima de mis hombros y me alejó del despacho.

Sin mediar palabra, me llevó a la cocina y encendió la televisión, con el volumen más alto de lo normal.

Se puso a prepararme un sándwich con mayonesa y luego se sentó a mi lado en la mesa redonda.

Me sonrió, con un poco de tristeza en los ojos, y puso *El diario de la princesa*.

Mi película favorita.

Y aunque no entendía del todo lo que estaba pasando, supe algo con absoluta certeza:

Mientras Alex estuviera cerca, yo iba a estar a salvo.



No habla.

No mira el móvil.

No hace ninguno de esos gestos que suele usar para blindarse del mundo.

Camina hasta su oficina, y yo termino siguiéndolo por alguna razón, supongo que para entender qué ocurrió.

Jane se mete en su despacho, en silencio, y me detengo en el corredor, observando.

Alex se detiene frente al ventanal del pasillo y apoya una mano en el cristal, como si necesitara algo firme para no perder el equilibrio. Su reflejo me devuelve la misma expresión que vi aquella vez, hace años, cuando salió del despacho de Tony.

La misma.

El ceño fruncido, la mandíbula tensa.

Ese silencio peligroso que solo aparece cuando algo le pesa de verdad.

Guiada por el impulso, camino con firmeza y entro a su despacho sin pedir permiso.

—¿Todo bien? —pregunto cuando me acerco, manteniendo la voz neutra, cotidiana, como si no acabara de ver una grieta en su armadura.

Tarda un segundo en responder.

Un segundo de más.

—Sí —confirma al final, sin mirarme—. Solo pasan… cosas.

Cosas.

La palabra que usa cuando no quiere preocupar a nadie. La palabra que usaba incluso cuando tenía diecisiete y creía que podía con todo.

Me coloco a su lado, apoyando el hombro en la ventana, sin invadir su espacio, pero sin alejarme. Exactamente como él hizo conmigo.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto.

Ahora sí me mira, y en sus ojos hay algo que no estaba allí hace un minuto. Un atisbo de consuelo.

—No —responde—. Quédate.

Y no añade nada más.

Nos quedamos en silencio, mirando la ciudad desde arriba, compartiendo el peso de la mañana. No debe ser fácil para él tener sobre sus hombros tanta responsabilidad.

No lo toco.

No le pregunto.

No intento arreglar nada.

Solo estoy.

Porque a veces eso es lo único que hace falta y porque, aunque nunca se lo dije, aprendí de él a hacerlo.

Como él estuvo para mí entonces, ahora estoy yo aquí.

—Soy el socio mayoritario de mi propia empresa y, aun así, no tengo control absoluto —revela, mirando a lo lejos.

El sol está en su cenit y se ve hermosa la bahía desde aquí.

—¿Sobre qué aspectos has perdido el control? —pregunto sin mirarlo.

Pero él sí lo hace, por unos segundos, hasta que responde.

—Tengo que hacer recortes, probablemente, despedir personal.

—Joder.

—Que no te escuche Jane, odia que maldiga —responde con la misma seriedad de antes, voltea y camina hacia su escritorio, lo sigo con la mirada.

Su espalda bajo el traje se tensa, apoya los brazos sobre el escritorio y comienza a redactar un correo.

El show debe continuar, diría Freddy.

Así que camino hacia la puerta, lista para volver a mi tediosa tarea de crear una encuesta para los empleados de este lugar. Encuesta que, por cierto, van a rellenar con miedo, ya que nadie confía en las empresas como esta cuando dicen que la respuesta es «anónima».

—Willa —llama justo cuando la abro—, esta noche he quedado con mis amigos.

—Está bien, nos vemos mañana, entonces —contesto, confundida.

¿Por qué siente que debe darme explicaciones? Pero supongo que es cortesía pura, solo por el hecho de que vivimos juntos, y no porque necesite informarme de su paradero.

¿No?

catorce



Entro en Rose and Wolf, el bar que frecuento una vez a la semana (o dos, dependiendo de lo necesitados que estemos) con mis amigos. El murmullo aparece de inmediato. Huele a madera vieja, a whisky caro y a algo tostado que sale de la cocina. La música suena baja, grave, lo justo para no alzar la voz; un *blues* lento y pesado.

Inusual para este lugar; Finn, el dueño, debe tener mal de amores.

Avanzo entre mesas gastadas. Las luces cálidas caen desde arriba y dejan los rincones en penumbra, como si el bar supiera exactamente qué partes mostrar y cuáles guardar.

Cuando llego a la mesa, los tres ya están ahí.

Jareth levanta la vista primero, con esa quietud suya que siempre parece un juicio silencioso. Bernardo es el siguiente; deja el vaso a medio camino de la boca y me analiza sin pudor. Archie ni siquiera disimula: apoya los codos sobre la mesa y sonríe como si acabara de oler sangre.

—Mírate —dice Bernardo con cautela—. Tienes la cara exacta de alguien que acaba de perder una guerra…

El fotógrafo lleva puesta una camisa vaquera, ajustada. Siempre fue bastante coqueto, pero desde que está en pareja con la muchacha que le robó la cámara *y el corazón*, parece dedicarle aún más esfuerzo a su apariencia.

Arrastro la silla y me siento. La madera cruje bajo mi peso, como siempre, estoy esperando el día que termine en el suelo. El hielo del vaso tintinea cuando lo acerco.

La verdad es que no me gusta el alcohol, no me gusta lo que le hace al cerebro, a los intestinos, a la vida, pero cuando estoy con ellos, me suelto un poco.

—¿Día largo? —pregunta Archie, ladeando la cabeza, aún tiene su uniforme de trabajo, él es vampiro profesional, abogado de día y fiestero de noche—. Porque, si esa es tu cara de «todo bien», me preocupa cómo será la de «estoy al borde de cometer un asesinato».

Jareth no sonríe. Nunca lo hace cuando algo no encaja. Se limita a observarme, los dedos rodeando su vaso con calma excesiva. Pocas veces lo veo con algo que no sea un traje, y dudo muchísimo que sea el mismo.

—¿Alguien jodió a tu bebé? —inquiere, como si no supiera todo lo que pasa en mi compañía.

Resoplo por la nariz y doy un sorbo. El whisky quema lo justo, pero no alcanza a hacerme olvidar.

—Ya sabes que sí… —murmuro—. No pretendas no estar al día con los dramas de Pulso.

—No entiendo… —agrega Bernardo—. ¿Hubo otro pódcast del que no me enteré?

Archie se ríe por lo bajo, probablemente recordando todos los videos que me mandó de gente opinando de mí, de mi vida, de mi

físico, solo porque dije algo que se entendió mal. El sonido se mezcla con la música del fondo, con las voces ajenas, con el golpe seco de un vaso contra la barra.

—No —explica Jareth. Apoya el antebrazo sobre la mesa, inclina apenas la cabeza—. Pero no se recupera del último golpe.

Aprieto la mandíbula.

—Vamos, hombre, la gente termina olvidando —interviene Bernardo, dándole un pequeño golpe a mi hombro.

—No es tan simple —digo al fin—. Es el recorte más grande que tuve que hacer hasta el momento.

—Cuántas —pregunta Archie.

Los tres me miran, esperan. Y el silencio que se instala entre nosotros pesa más que cualquier ruido del bar.

—Al menos ciento cincuenta personas.

—Ese número, definitivamente, llegará a los medios —declara Jareth, pensativo, sus ojos perdidos en la distancia—. Necesitas un plan de acción, uno real, no uno hecho por un tipo de la generación Z con traumas y sensibilidad a la palabra *no*. Alguien con los cojones necesarios para afrontar la realidad.

—¿Quieres decir tú? —formula Bernardo, quitándome la pregunta de la boca.

Jareth asiente mientras me mira.

—Iré mañana, avísale a tu secretaria —anuncia, revisando su móvil, y luego agrega—: Oh, no, olvida eso, mañana tengo algo programado con Isadora. Pasado estaré allí.

Asiento y lo señalo con el mentón.

—¿Cómo está Isadora?

La novela de Jareth e Isadora la seguí de cerca sin saber lo que en realidad pasaba entre ellos. Fue entretenido ayudar a Jareth con su archienemigo, César, quien resultó ser el hermano de Isadora; ni las telenovelas se atrevieron a tanto.

Ahora están juntos, pero no entiendo todo el tema de vivir separados.

Si yo tuviera al amor de mi vida, la obligaría a vivir conmigo.

—Bien —dice inesperadamente. Jareth nunca comparte nada y los tres lo miramos casi estupefactos por la información voluntaria.

—¿Me explicas de nuevo por qué vivís solos si ya vivíais juntos antes?

Jareth suspira, como si le molestara la idea de vivir alejado de ella.

—Le propuse que viviera sola antes de dar el siguiente paso.

—¿Y ese es…? —pregunta Bernardo con una media sonrisa malvada.

—Casarnos, por supuesto. Qué pregunta tonta, Bernardo —dice sin un gramo de cuidado.

Los tres nos miramos de vuelta, está irreconocible.



Intento ser lo más silencioso posible porque tengo un atisbo de esperanza de que no haya ido a ese maldito bar; por dentro me digo a mí mismo: «No te hagas ilusiones, Alex, que hoy ya ha sido un día de mierda».

Pero cuando veo las luces de la televisión brillando en la oscuridad y la silueta de la espalda de Willa recostada contra el sofá, algo se enciende en lo más profundo de mi estómago, como una chispa lenta y cálida.

Ella se gira, sonríe y levanta un recipiente de plástico.

—¿Helado?

Me quito el traje; el tejido pesado resbala de mis hombros mientras continúo mi camino hasta rodear el sofá y tener la imagen completa de mi hermanastra: en pijama, con calcetines de ositos, el maldito gato dormido a su lado y dos cucharas esperándonos sobre la mesa de centro.

De golpe, todo el peso que llevaba sobre los hombros sale volando y me dejo caer a su lado. Mandarino se queja con un maullido extraño, me lanza una mirada acusadora y vuelve a acomodarse, esta vez más pegado a ella.

No vaya a ser que ocupe su lugar.

Willa acerca el tarro de helado y entierro la cuchara sin pensarlo.

—Por cierto, esto no es helado.

Miro el envase y luego a ella, con el ceño fruncido.

—Claro que lo es.

—No, gigantón; si es cero por ciento azúcar y cero por ciento grasas, no entra en la categoría de helado —aclara, encogiéndose de hombros—. Pero no había nada más para comer.

El salón huele a vainilla falsa y a algo tibio, doméstico; el murmullo de la televisión sigue de fondo mientras, por primera vez en todo el día, dejo de sentir que estoy a punto de romperme.

Pasamos unos segundos en silencio. Está viendo, obviamente, a un abusador de micrófonos que habla de que le gusta ir a cagar a baños ajenos.

—Esta es la competencia masculina —explica, saboreando la cuchara.

Lleva el pelo recogido, ni una gota de maquillaje, una mano descansando sobre Mandarino. Miro la silueta de su rostro con detenimiento, la curva de su mejilla iluminada a ratos por los destellos de la pantalla.

—Los hombres hablan de la vez que no aguantaron y se cagaron encima o de cuánto odian a sus esposas.

—¿Y las mujeres de qué hablan? —pregunto, sin apartar la vista de ella; en sus ojos marrones se reflejan las luces azules de la televisión.

No parece notar lo embobado que estoy.

—Mayormente, del periodo y de que los hombres son un mal necesario —responde con una seguridad desarmante.

—¿Y tú de qué hablas?

Eso hace que me mire, que enfrente la escasa distancia que hay entre los dos en este momento. Carraspea un par de veces y baja la vista.

—Mi tipo de monólogo es de observación, de la vida cotidiana. —Hace una pausa, esperando que asienta; me quedo callado a propósito—. Por ejemplo, lo que me pasó con el piso y esas cosas.

—¿Has hecho chistes con tu desgracia?

—Claro. Es la mejor manera de vivir la vida.

—¿Qué tipo de chistes? —Me acomodo en el sofá, expectante.

Ella se lo piensa bien.

—Que al fin le encontré un propósito a los zapatos rojos que nunca uso: ahora nadan.

Una risa áspera se me escapa de la garganta antes de poder frenarla.

Ella parece brillar de golpe.

—Te has reído.

Me recoloco, alejándome un poco de ella.

—No tuve opción. Fue un buen chiste; además, me lo imaginé.

Asiente, satisfecha, y se lleva otra cucharada a la boca. Mis ojos siguen el movimiento.

—¿Quieres hablar de lo que ocurrió hoy?

El suspiro sale primero. Lo que menos quiero es hablar de hoy. Pero Willa está haciendo un esfuerzo por tener una conversación civilizada; supongo que debería hacer lo mismo.

—¿Sabes quién es Johnny Rush?

Asiente despacio, sin apartar los ojos de mí.

—Gracias a él, la compañía recibió el golpe más grande desde que nació. Eso se reflejó en las acciones, que cayeron en picado, y ahora los accionistas exigen medidas para que vuelvan a subir.

—Fue por esa entrevista, ¿no? —pregunta, sorprendiéndome.

—Sí. ¿La has visto?

Mantiene sus ojos marrones fijos en los míos y asiente.

—Siempre veo tus apariciones en los medios —confiesa.

Su aparente indiferencia hacia mí hace que esa confesión me deje descolocado.

—¿Por qué? —susurro.

La televisión olvidada sigue proyectando colores sobre nosotros. La casa permanece a oscuras, salvo por el reflejo azul de la piscina que entra por los ventanales.

Se encoge de hombros, restándole importancia a lo que va a decir.

—No suelo… o solía, mejor dicho, tener mucho contacto contigo. Era la única manera de verte.

Su voz es baja, inesperadamente insegura.

—La única razón por la que dejamos de vernos fue porque…

—Ya lo sé —me interrumpe—. No te culpo, no creo que olvide nunca tu cara llena de vergüenza en el baño del club de rugby.

Juega con la cuchara un par de veces hasta dejarla a un lado y me entrega el tarro de helado.

—Se está haciendo tarde.

Cuando se levanta del sofá, un instinto me impulsa a sujetarle la muñeca. Busco sus ojos en la oscuridad.

—Sí, fue vergüenza —digo al fin—, pero no por las razones que tú crees, Willa.

Su expresión se abre apenas; deja de defenderse. Espera.

—¿Por qué razones, entonces?

Aprieto la mandíbula un segundo antes de hablar.

—Porque lo que sentía por ti no se quedaba en el cuerpo —confieso—. No era algo que pudiera apagar con distancia ni con autocontrol. Era más profundo, más oscuro…, algo que no sabía cómo gestionar sin hacerte daño. —Trago saliva—. Me vi a mí mismo dispuesto a cruzar límites que jamás pensé rebasar, me sentí un monstruo, y eso —añado, mirándola de frente— fue lo que me dio vergüenza.

Willa no responde enseguida.

No retira la muñeca de mi mano, pero tampoco se acerca. Su respiración cambia; más lenta, más consciente. Traga saliva y baja la vista un segundo, como si necesitara ordenar algo por dentro.

Cuando vuelve a mirarme, ya no hay ironía en su expresión.

—Eso no suena a un monstruo —dice en voz baja—. Suena a alguien que tuvo miedo de lo que sentía.

Sus dedos se mueven apenas bajo los míos, un gesto mínimo, casi involuntario. No se libera. Tampoco se queda.

—Y, aun así, te alejaste de mí —susurro.

No es un reproche, es un hecho.

El silencio que cae entre los dos es espeso, cargado de todo lo que no decimos. Y, por primera vez, tengo la sensación de que ella entiende exactamente por qué dolió tanto.

—Buenas noches, Alex.

Se gira y camina hacia el pasillo sin mirar atrás. Sus pasos son suaves, medidos. Mandarino corre tras ella y la sigue por la escalera,

feliz de ir a su cama. La luz de la televisión vuelve a proyectar sombras torcidas sobre el sofá vacío.

Me quedo inmóvil, con el calor todavía en la palma de la mano que sostuvo su muñeca, y la certeza incómoda de que no se ha ido del todo.

Solo ha dejado la puerta entreabierta.



Subo al escenario con el micrófono todavía vibrando en el soporte. La luz blanca me cae de frente y durante un segundo no veo nada; solo escucho el murmullo bajo del bar, vasos chocando, una silla que se arrastra. Parpadeo hasta que el público aparece ante mí, difuso primero, nítido después.

Los miro como si estuviéramos a punto de compartir un secreto incómodo.

—Trabajo para una aplicación. —Pausa dramática—. No voy a decir el nombre…, pero es de *fitness*, una que está en boca de todos, últimamente, y no por hacer cosas interesantes.

Las primeras risas salen tímidas y luego se expanden. Bien. Ya empezamos a descontracturar juntos.

Hay al menos veinte personas sentadas delante de mí, y si lo comparo con la primera vez, que fueron cuatro, esto es un teatro lleno.

Al fondo distingo a Owen y a Mark, apoyados contra la pared, atentos. Demasiado atentos.

—Es un ambiente laboral donde la gente se despierta feliz. Feliz de verdad, a propósito, ¿entendéis? Yo no sabía que eso existía fuera de los dibujos animados y los asesinos en serie.

El murmullo de risas sube como una ola pequeña pero constante.

Quito el micrófono del soporte y comienzo con mi caminata de siempre.

—Trabajo rodeada de personas con abdominales. No, no tienen abdominales, *son* abdominales. Gente que dice cosas como: «Hoy entrené suave»… y cuando te cuentan, básicamente, escalaron una montaña cargando a otra persona. Y ojo, tengo que apuntar algo bueno: la experiencia es positiva. Muy positiva. Demasiado positiva. Sospechosamente positiva. Ahí nadie te desea un buen día, te cantan: «¡Hoy puede ser un gran día!¡ Plantéatelo así!».

Las risas bañan mis oídos.

Todo este plan de ayudar a Alex desde mi comedia parece estar funcionando.

—Mi mejor versión está en pijama, con ansiedad y un café frío. No quiere oportunidades, quiere silencio. En la oficina todos sonríen, pero no una sonrisa de cortesía… Es sonrisa de «dormí ocho horas, tomé agua y mis padres se quieren».

La risa de Mark sobresale por encima del resto, clara, reconocible. Me distrae un segundo, pero sigo.

—Una vez entré un lunes, medio muerta y alguien me dijo: «¿Qué tal tu mañana?». Yo pensé: «¿Quieres la versión fitness o la judicial?».

La carcajada es general.

Veo a una mujer inclinarse hacia delante, secándose una lágrima.

Guau, ¿le estoy haciendo gracia o llora por perder el tiempo aquí?

—Lo más bonito es que son amables, te celebran todo. «¡Buen trabajo, Willa! ¡Increíble energía hoy, Willa!». Y yo ahí, sintiéndome culpable porque mi energía viene de dos cafés, una crisis existencial y el miedo constante a decepcionar a todo el mundo.

Owen observa al público reírse con análisis en los ojos, como si estuviera midiendo tiempos. Mark tiene el móvil en la mano.

Está grabándome.

Eso me pone demasiado nerviosa. Lo ignoro.

—Te hablan de bienestar como si fuera una decisión simple. «¿Probaste a respirar profundo?» —Inclino la cabeza—. Sí. También probé a llorar en la ducha y no solucionó nada, pero gracias. Lo positivo es que aprendo muchísimo. Ahora sé que todo en la vida se arregla con constancia, disciplina… y un cuerpo que responde. A mí

aún me falla eso último, y a ratos también lo otro, pero está guay saber que hay personas que pueden lograrlo. Además, cuando estás rodeada de tanta gente sana, feliz y en forma…, te das cuenta de algo muy importante: que alguien tiene que representar al resto de la humanidad cuando lleguen los alienígenas, personas que sepan autorregularse, equilibradas, no como yo, que me angustio cuando no me entra el vaquero. ¡Gracias, buenas noches!

Aplausos.

El ruido me persigue mientras salgo del escenario.



Mark y Owen me miran extraño. Los dos sonríen, pero no es una sonrisa completa; es algo a medio camino entre alegría y preocupación.

—No sé qué te picó esta noche, pero has estado increíble —empieza Mark—. Ha sido como si te poseyera alguien más.

—Uf…, gracias, Mark, por confiar tanto en mi persona —respondo con sarcasmo.

Miro la hora, son casi las once y lo único que quiero es estar en la cama, con Mandarino ocupando el espacio como si mi cuerpo no existiera.

Debo admitir que el gato naranja y yo estamos sufriendo ansiedad por separación en estos momentos.

—¿Este material de dónde salió? —pregunta Owen.

—De mi experiencia —respondo, sin entrar en detalles—. Estoy trabajando allí de día.

—¿En Pulso? —suelta Mark, con una ceja apenas levantada. Así que mi pequeño guiño sobre la compañía fue efectivo.

Cruzo los brazos sobre el pecho. El gesto es automático, defensivo. Es el bebé de Alex, no quiero que nada malo le pase.

—Sí. Es donde trabajo ahora. ¿Qué es este interrogatorio de policía bueno y policía malo?

Se ríen bajito. Está bien, no ha tenido gracia.

—Nada de eso —dice Mark—. Solo que se nota el salto. Le dije a Owen que creo que deberías subir una vez por semana. Que la gente sepa a qué hora encontrarte.

Miro a Owen.

—Estoy de acuerdo —afirma, metiéndose el dedo en el ojo como si buscara un tesoro allí dentro. Parecen dos tomates—. Podríamos probar con otro horario. Más gente.

—Público femenino —agrega Mark.

—Otro horario significaría desatender la barra —aclaro, con la mirada clavada en mi jefe.

Owen suspira, se frota la nuca.

—Mira, Willa…, si tienes un trabajo estable, no necesito que estés en la barra. Eso era cuando estabas… —busca la palabra— más inestable.

¡¿Inestable?!

No digo nada.

—No lo digo a mal —añade—. Solo quiero decir que ahora estás mejor.

Asiento, porque es más fácil que tratar de explicarle a alguien que no entiende.

Ninguno de ellos sabe nada de mi familia, de mi infancia ni del hermanastro con sentimientos complejos.

—Bueno —digo—. Los miércoles a las ocho.

—A las nueve —rectifica Owen.

—Ocho —insisto—. Me levanto muy temprano.

Mark le da un pequeño golpe en el hombro, presionándolo, y Owen lo único que hace es poner esos ojos rojos en blanco, aceptando el trato.



La reina de Pulso soy yo, y eso no le gusta nada al clan marketing.

Por eso me esfuerzo el doble en ser simpática y graciosa cada vez que alguna anda cerca. Así, al menos, tienen material para

comentar cuando se juntan a almorzar, ríen demasiado fuerte y, probablemente, invocan a algún demonio menor con ese coro de carcajadas sincronizadas.

Estoy hablando con uno de los mil equipos que hay aquí. Se dividen entre los que hacen la app para televisión, para Android y para iOS. Dios mío, ya me siento especialista solo por decirlo dentro de mi mente.

Les pregunto si están listos para el *after* que he programado para esta noche. Les prometí que, si venían, les daría descuentos para la ropa deportiva de Pulso. Esa que te da estatus social, aunque la fabriquen en China, igual que todas las demás marcas.

Los descuentos no existen.

Todavía.

Eso lo resolveré cuando hable con Alex, que lleva todo el maldito día encerrado en su despacho.

Finalmente, toco dos veces la puerta mientras la abro. El equipo de animadoras trabaja en un sector sin cubículos. Tienen el privilegio (o la maldición, según cómo se mire) de compartir una mesa larga. Todas giran la cabeza al unísono, como si alguien acabara de invadir su cueva.

—¡Hola! —digo, con una sonrisa llena de dientes—. Soy Willa, de… —(bla, bla, bla…)—. Quería recordaros que hoy hay *after* en el comedor de la oficina. Prometemos *snacks* nada saludables.

Río.

Soy la única.

Una carraspea.

Otra suspira.

Solo una habla. La líder.

—Gracias —pronuncia con esfuerzo.

¿Gracias? ¿Eso es todo?

—¿Vendréis? Habrá un DJ pinchando en vivo —añado, insistente.

—Quizá —responde, con una sonrisa tan falsa como la frente de Nicole Kidman.

—Oh, vale, me conformo con un *quizá* —digo, ya saliendo por la puerta—. Ah, por cierto…, también estará Alexander Moor con los entrenadores haciendo sesiones en vivo.

Cierro la puerta justo a tiempo para escuchar el murmullo desesperado:

—¡Tenemos que ir!

—Necesito encontrar una niñera ¡ya!

—¡Justo hoy que tengo la regla!

Me río por lo bajo mientras me alejo. Cuando descubran que todo es mentira, ya será demasiado tarde.

Sigo caminando, disfrutando del momento, riendo como la villana que soy.



Cuando levanto la cabeza, puedo ver a Willa desde el otro lado de la puerta de cristal, modulando de forma exagerada lo que dice.

Leo una O, una A… ¿quizá una P?

—¿Qué dices? ¡Abre la maldita puerta! —ordeno, haciendo la misma cantidad de señas estúpidas que ella.

—¡Hace frío! —grita, señalando el despacho y luego pasándose las manos por los brazos—. ¡No quiero entrar ahí!

Qué ridícula. Y qué raro que Jane no haya… Ah, ahí está.

Jane aparece de golpe, abre la puerta y empuja a Willa dentro sin miramientos. Luego camina hasta el armario donde guardo ropa de emergencia, saca una cazadora y se la encaja sobre el estómago antes de retirarse con paso firme.

—¡Gracias, Jane! ¡Siempre tan simpática! —dice Willa, colocándose mi cazadora, que le llega casi hasta las rodillas.

Parece el muñeco Michelin con eso puesto. Y es perturbador lo mucho que me gusta.

—¿Puedo ayudarte en algo, Willa? —pregunto—. Tengo mucho que hacer todavía.

Ella se sienta *sobre* el escritorio a mi lado, tirando al suelo algunos premios y papeles con la cazadora que no sabe controlar.

—Sí. Necesito que vengas al comedor, donde se está desarrollando un *after* organizado por mí.

Deslizo la mano por el pelo y suelto la coleta para masajearme el cuero cabelludo.

—¿Por qué haría eso? —cuestiono, recordando lo tediosos que son esos eventos. Risas, amabilidad, escuchar gente balbucear…

—Porque es el primero que organizo yo y porque les prometí a todos que tú estarías allí. —Junta las manos sobre el pecho, encoge los hombros y sonríe con inocencia.

Detengo el masaje inmediatamente y dejo caer los brazos sobre las piernas.

—¿Por qué me involucras en tus asuntos, Willa? —reprocho, ignorando su postura de inocencia que, por supuesto, hace a propósito para no despertar el ogro en mí.

—Y también les prometí descuentos en la ropa deportiva —añade —. Están todos muy entusiasmados.

—Willa… —Me levanto y me acerco a su rostro, pero su sonrisa de «jeje, la cagué» me frena.

—Porfis, gigantón —ruega, uniendo las manos en forma de plegaria—. Fiona está allí supervisando cómo se despliega todo; las de marketing también, sedientas por ver a los entrenadores.

—¿Y yo qué pinto en todo eso?

—Les dije que estarías haciendo entrenamiento con ellos en vivo.

—¿Que has dicho qué? —Planto las manos a ambos lados del escritorio, cabreado, listo para gritarle.

Pero apoya sus manos sobre mi pecho, buscando distancia.

—¡No tienes que hacerlo! —se apresura—. Fue solo una mentirita para atraerlas. Dax está allí robándose toda la atención; tú no tienes que hacer nada. Solo muestra tu cara simétrica, sonríe un poco y yo me encargo del resto.

Entorno la mirada, analizando.

—¿Cara simétrica? ¿De qué hablas?

Sus ojos recorren mi rostro, mi pelo suelto, y, lentamente, aparta las manos de mi pecho, como si no hubiese notado que estaban allí.

—Todas las mujeres en esta oficina están coladitas por ti y, créeme, no lo disimulan.

¿Todas? Todas menos… *No, Alex, detente.*

—¿Cuál es tu plan, Willa?

—Que todos te quieran, por supuesto.

Aparta mi mano, la que la enjaulaba sobre el escritorio, para poder bajar de un saltito. Se quita mi cazadora y, mientras camina hacia el armario, me doy cuenta de que lleva los *leggings* de Pulso.

Y el pulso, justamente, es lo que se me dispara.

—¿Qué haces con eso puesto? —protesto, sin apartar la vista de sus piernas, de la curva de su culo.

—Estoy promocionando la ropa —dice, colgando la cazadora—. A todos les encanta cómo me queda.

Cuando voltea me guiña un ojo, sabiendo muy bien lo que significa esa frase y lo que provoca.

—¿Te veo luego?

Asiento sin responder.

No puedo decir nada en este momento sin cagarla por completo.

La veo alejarse con ese andar ligero que siempre parece una provocación involuntaria, y me quedo de pie detrás del escritorio como si acabara de pasar un huracán silencioso. El aire todavía huele a su suave perfume y a algo dulce que no debería asociar con ella.

Aprieto la mandíbula.

No es solo que lleve los *leggings*, es que los lleva como si no supiera lo que despiertan. Como si no estuviera caminando por un campo minado que yo llevo años intentando desactivar.

Me digo que es ridículo, que es solo ropa, trabajo. Que es Willa siendo Willa, pero mi cuerpo no escucha razones.

El recuerdo de su figura apoyada en mi escritorio, de su sonrisa justo antes de irse, se me queda adherido a la piel, incómodo, persistente. Y algo oscuro, primitivo, se remueve en mi interior, recordándome que no es el *after* lo que me preocupa. Es la facilidad con la que ella entra, lo desordena todo… y se marcha sin mirar atrás.

Cuando quiero darme cuenta, Jane está en la puerta, observándome con extrañeza.

Me recompongo y, tras un carraspeo seco, pregunto:

—Qué necesitas.



El comedor no parece el mismo espacio cuando entro.

Las luces son menos intensas, cálidas, bañan las mesas altas y las paredes con un tono dorado que hace que todo parezca lujoso. Un DJ toca en vivo desde una esquina; la música vibra en el suelo antes de llegar al pecho, grave, constante, como un pulso artificial que acompaña las conversaciones. La comida que da vueltas puedo ver que es la de Harriet, ya reconozco su impronta.

Hay gente por todas partes.

Demasiada.

Risas, vasos chocando, el olor a alcohol dulce mezclado con perfume caro y sudor limpio de gimnasio. Pulso en su estado más puro: cuerpos entrenados, camisetas ajustadas, sonrisas que quieren ser vistas.

Y en el centro de todo eso está Willa.

No está quieta ni un segundo. Se mueve de grupo en grupo con una naturalidad irritante, tocando brazos, inclinándose para escuchar, liberando esa risa suya que no pide permiso. Tiene una copa en una mano y la otra siempre ocupada: señalando algo, saludando, marcando presencia.

Es una anfitriona perfecta, tal y como me imaginaba que sería.

La observo mientras aparento interés en una conversación que no me importa. Veo cómo Fiona la sigue con la mirada, cómo las de marketing asienten satisfechas, cómo incluso los entrenadores (que suelen creerse el centro del universo) buscan su atención.

Willa no fuerza nada.

No compite.

No impresiona.

Simplemente, es.

Y entonces la veo detenerse en Dax.

El entrenador estrella de Pulso. Alto, sonrisa fácil, confianza ensayada frente a cualquier espejo. Está apoyado en una mesa alta,

inclinado hacia ella más de lo necesario, ocupando espacio como si le perteneciera.

Willa se ríe de algo que él cuenta. No esa risa educada de anfitriona, una real.

Siento el cambio en mi cuerpo antes de entenderlo.

Dax le dice algo al oído; no puedo escucharlo por la música, pero sí veo cómo ella ladea la cabeza, cómo juguetea con el borde de su copa. Él sonríe satisfecho. Demasiado interesado, demasiado cómodo.

Me acerco un poco más, sin darme cuenta de que lo hago, como si la distancia pudiera corregir algo de lo que siento. Willa cruza los brazos un segundo, gesto automático, y mis ojos bajan a los *leggings* de Pulso que tanto se esfuerza en promocionar.

No están hablando de trabajo, lo sé sin necesidad de oírlo.

La música suena, alguien grita mi nombre desde algún lugar, pero no aparto la vista de ellos. Y por primera vez desde que he entrado, tengo claro que este *after* no se me va a hacer largo.

Se me va a hacer *peligroso.*



No sé en qué momento decido hacerlo. Solo sé que, cuando vuelvo a ser consciente de mi cuerpo, ya estoy cruzando el espacio entre las mesas, esquivando copas y sonrisas, con la música golpeándome el pecho y una calma tensa instalada en los hombros.

Willa es la primera en verme. Su expresión cambia apenas un segundo; lo justo para que lo note. Dax no; el entrenador sigue hablando, convencido de que tiene su atención asegurada.

Pero yo conozco a este tipo, cada nueva integrante de Pulso pasa por su paladar. Solo que no sabe que Willa tiene a alguien obsesionado con ella hasta límites ilegales.

—¿Todo bien por aquí? —pregunto, apoyando una mano sobre la mesa alta, invadiendo el espacio entre los dos.

Mi voz sale firme, ejecutiva.

Dax se yergue, sorprendido. Sonríe rápido, de esas sonrisas que se activan solas cuando reconocen poder.

—Alex, justo hablábamos de Pulso —interviene—. Le estaba contando a Willa lo increíble que fue la última sesión de…

—Genial —lo interrumpo con suavidad—. Te estaba buscando, Willa.

Ella alza una ceja, divertida o alerta. No estoy seguro.

Dax asiente y se aparta sin protestar. Antes de irse, le dedica a Willa una sonrisa que dura más de la cuenta.

Cuando se pierde entre la gente, el ruido parece bajar un punto. O quizá soy yo el que se relaja.

—¿Interrupción profesional o personal? —pregunta, apoyando el peso en una cadera.

Me inclino un poco hacia ella, lo justo para que solo me oiga.

—Todavía no lo he decidido.

Sus labios se curvan en una sonrisa lenta, peligrosa.

—Entonces, tendrás que decidir rápido —sugiere—. Aquí todos te están mirando. Dime una cosa, ¿les has dicho que somos hermanastros o solo piensan que te quieres follar a la empleada nueva?

—¿Hay alguna diferencia? —murmuro, recorriendo el lugar con la mirada.

Tiene razón: hay ojos curiosos por todas partes.

—¿Qué?

—Nada. —Bajo aún más la voz—. Ten cuidado con Dax; se ha follado a todo el equipo de marketing. La ladilla más pequeña que debe de tener es del tamaño de una pelota de golf.

—Qué asco —dice, frunciendo todo el rostro.

—Ya me han visto la cara —añado—. ¿Podemos irnos?

—No. Una hora más y se termina —responde, como si nada—. Oye, conocí a Harriet. No sabía que Bernardo había encontrado pareja… Me alegro por él.

Da un paso atrás, fingiendo normalidad, como si entre los dos no hubiera una conversación afilada suspendida en el aire.

Yo me quedo quieto.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Lo último que necesito es un escándalo. Y, aun así, no consigo apartar los ojos de ella.

No pasan ni dos segundos cuando Fiona sube el volumen de su voz, lo justo para imponerse a la música. Como siempre, cada prenda o accesorio de su vestimenta es más excéntrico que el anterior; hoy sus gafas parecen más grandes y gruesas que las últimas que vi.

—Un momento, un momento. —Pide atención chocando una copa—. Ya que tenemos al *gran* Alex por aquí…

Siento varias miradas girar hacia mí, como si alguien hubiera encendido un foco invisible. Me alejo de Willa un paso, sintiendo de golpe que estaba demasiado cerca de ella.

—Joder… —murmuro, pero nadie me escucha.

Willa me busca con la mirada, y siento pánico de devolverle el gesto y que todo el mundo descubra las cosas oscuras que pienso cuando la veo.

—Nada de discursos largos —continúa Fiona—, pero unas palabras del fundador siempre motivan.

Aplausos. Risas. Expectativa.

Camino hacia el centro con la sensación de estar entrando en una jaula elegante. La música se atenúa. El DJ me dedica una sonrisa cómplice que no he pedido. Digo algo correcto, breve, profesional. Frases que he repetido tantas veces que podrían salir solas incluso si yo no estuviera aquí. Todos asienten, brindan, vuelven a hablar entre ellos en cuanto termino.

Pulso sigue latiendo.

Cuando salgo del pequeño escenario improvisado, Willa ya no está donde la dejé.

La encuentro al otro lado del comedor, rodeada de risas nuevas. Está inclinada hacia alguien que no soy yo. Asiente, vuelve a reír.

La mujer que no necesita permiso para brillar.

Dax no está con ella esta vez, pero eso no me tranquiliza.

Me quedo a distancia, fingiendo atención en conversaciones que no me importan, observándola sin mirarla directamente. Veo cómo alguien le ofrece otra copa. Cómo ella duda un segundo antes de

aceptarla. Cómo cruza los brazos cuando algo la incomoda y los descruza cuando vuelve a relajarse.

Me pregunto si así será en el escenario, y me recuerdo que debería verla algún día, descubrir qué es lo que le gusta de todo eso.

El reloj avanza. La música cambia. El *after* sigue vivo.

Cuando Willa pasa cerca, debo controlar la necesidad que tengo de sujetarle la muñeca y salir de aquí, solo nuestras miradas se cruzan apenas un instante, sin sonrisas de por medio.

Se aleja otra vez.

Y yo entiendo, demasiado tarde, que lo peligroso de esta noche no es Dax. Es que nos está costando mantener la distancia.



—¿Puedes quitarte de en medio?

Escucho la voz a mi espalda mientras coloco los carteles que promocionan los nuevos cursos. El pasillo es estrecho, sí, pero no estoy ocupándolo entero. Así que ya empiezo mal predispuesta.

Y encima hoy me ha venido la regla, así que no me toquen los ovarios porque…

Me giro.

Jareth está ahí.

Jareth, el amigo de Alex.

El mismo con el que tuve un *crush* de exactamente dos días cuando era pequeña, porque pensé que su silencio lo hacía ver misterioso. Resulta que en realidad nos estaba haciendo un favor a todos.

—Oh, eres tú —dice, mirándome como si hubiera pisado mierda.

—Buenos días para ti también, Jareth —respondo, cruzándome de brazos.

El tipo no ha envejecido ni un maldito día. Está igual. La diferencia es que ahora, en lugar de ropa de adolescente rebelde, lleva un traje que debe costar un ojo de la cara. *El mío y el suyo.*

—Ajá. Adiós —concluye, esquivándome.

Pero como ya he aclarado mentalmente: hoy no es un día normal. Así que me pego a su paso decidido y arrogante.

Me mira de soslayo.

—¿Necesitas algo, Willa?

—¿Qué es de tu vida, Jareth? —articulo con alegría impostada, solo para molestarlo.

—¿Desde cuándo te interesa? —responde mientras se acomoda los gemelos de la camisa.

¿Qué obsesión tienen estos hombres con los gemelos caros?

—¿Vienes a ver a mi hermano? —pregunto, siguiéndole el ritmo.

Levanta una ceja y siento que cuestiona mi elección de palabras, como si supiera más de lo que parece.

—Así es —dice al llegar al pasillo que conduce a los despachos de Alex y Jane.

Se detiene frente a la mesa de la asistente sargento y señala la puerta de Alex.

Jane asiente sin decir una sola palabra.

No se dicen nada y, aun así, se entienden. Están cortados por la misma tijera, seguro.

Jareth entra.

Yo entro detrás.

Y lo encuentro observando a mi hermano, que está sentado jugando al Candy Crush con una concentración sospechosa.

Jareth se queda quieto. Lo juzga en silencio.

Alex no sabe que, en ese preciso instante, está siendo evaluado por un tribunal invisible.

Carraspeo.

Alex levanta la vista.

Jareth me mira con su habitual cara de pocos amigos y señala la puerta.

—Vete, Willa.

—No eres mi jefe —respondo, cruzándome de brazos.

Alex se levanta entonces y aparece a mi lado. Con cuidado, apoya una mano en mi espalda baja, el gesto exacto para invitarme a salir sin hacerlo evidente.

—Es mejor no discutir con él —dice en voz baja—. Yo hice las paces hace mucho.



Las luces bajan un poco y el murmullo del bar se convierte en un zumbido expectante. Camino hasta el centro del escenario. Cojo el micrófono, le doy un golpecito y el sonido rebota por los altavoces.

—Convivo con un amigo.

Pausa.

Levanto una ceja. El público ya sonríe.

No puedo decir hermano, hermanastro o el tipo que me rescató de la más absoluta miseria, así que… amigo.

—Bueno…, «amigo».

Las risas llegan rápido, como si todos entendieran demasiado bien de qué estoy hablando. Hay más gente de lo normal, por primera vez se anunció que iba a estar en el escenario, mi nombre está en un cartel pequeño, sí, pero le tomé una foto con el móvil de todas maneras y se lo mandé a mi madre.

Me apoyo en una pierna y dejo que el silencio se estire un segundo más de lo normal.

—Vivimos en la misma casa. Compartimos espacios, silencios, miradas largas y absolutamente ninguna conversación honesta sobre lo que en realidad está pasando.

Alguien se ríe fuerte en la tercera fila. Otra persona asiente, como si estuviera recordando algo que preferiría olvidar.

—Porque eso hacen los amigos, ¿no? Ignorar la tensión sexual como si fuera humedad en la pared. Está ahí, crece, pero nadie llama al fontanero.

Doy un par de pasos hacia la izquierda. Las luces me siguen.

—Yo no creo en la amistad entre hombres y mujeres que sienten atracción mutua —digo, levantando una mano—. No porque sea cerrada…, sino porque tengo ojos.

Risas más fuertes.

—Y sistema nervioso y memoria y un cuerpo que reacciona cuando no debería.

Me inclino un poco hacia el público.

—Mi amigo se mueve por la casa como si no supiera que está como un tren. Y eso… eso es lo peor.

Las carcajadas suben.

—Aparece en la cocina por la mañana, despeinado, medio dormido, sin camiseta…, y yo ahí, luchando por no gemirle el *«buenos días»*. —Pretendo estar indignada.

El público estalla. Me río con ellos.

—Y él dice cosas normales. «¿Quieres café?» —imito una voz grave—. Y yo pienso: ¿quieres destruirme emocionalmente o solo empezar el día?

Me enderezo, intentando recuperar algo de dignidad.

—Somos adultos responsables, por eso jugamos como esos niños que dicen «No te estoy tocando» mientras te rozan el alma.

Aplausos, risas, algún silbido.

Camino hacia el borde del escenario.

—Una vez alguien me dijo: «Pero si sois amigos, ¿qué problema hay?».

Me río sola.

—¿Problema? El problema es que cuando discutimos… parece una previa. Cuando no hablamos… parece un castigo. Y, cuando se va de casa y vuelve…, yo espero su retorno como si fuese Jesucristo.

Ya tengo ganado por completo el afecto del público.

—Esto no es sexo reprimido. Esto es tensión *premium*.

Risas largas, aplausos.

—A veces pienso que la amistad entre hombres y mujeres existe. Claro que sí. Funciona perfectamente.

Levanto un dedo.

—Mientras ninguno sienta atracción por el otro, ninguno esté soltero y ninguno respire demasiado cerca.

Me encojo de hombros.

—O sea…, nunca.

Doy un paso atrás para cerrar.

—Así que, sí. Convivo con un amigo, nos respetamos, nos deseamos en silencio y fingimos madurez como dos campeones olímpicos de la negación.

Pausa final.

—Llegados a este punto, creo, honestamente, que follar sería más fácil.

Las luces bajan un poco más mientras los aplausos llenan la sala. Sonrío, inclino la cabeza.

—Gracias. Buenas noches.



A la mañana siguiente, Alex no está en la cocina como siempre. No tengo que verlo con ese traje que mata a todas las empleadas de Pulso de un pico de testosterona, ni con ese pelo perfecto de recién despertado que lleva.

Así que rebusco algo para desayunar y me repito (otra vez) que no puedo quedarme aquí mucho más tiempo. ¿Qué soy? ¿Una larva? ¿Un piojo?

No. Tengo que irme.

Por muy acogedor, increíble y tentador que sea quedarme.

Alex, por supuesto, no dice nada al respecto. Y el día que me entregó un juego de llaves con el corazón que me regaló hace tanto, sospeché que quería que me quedase, pero él sabe cómo termina esta historia.

Igual que yo.

No llevamos bien eso de estar solos bajo el mismo techo. Nos evitamos como a la peste. Cuando él llega, yo me voy. Cuando yo estoy, él está en reuniones eternas o con sus amigos millonarios, haciendo quién sabe qué.

Ya no puedo edulcorarlo más.

Sí, exagero cosas en el escenario, pero otras no. Y no soy ninguna santa como para seguir ignorando la tentación que siento cada vez que lo veo.

Siempre fue así con él.

Recuerdo espiarlo por la ventana cuando solo éramos vecinos. Observarlo en el tren camino al colegio, alto, brusco, distinto. Algo

en todo eso me llamaba. Claro que mi yo de diez años no entendía que aquello era un despertar.

Y no fue uno suave.

Fue como inyectarme adrenalina directa al sistema y no volver a dormir nunca más, porque lo que sentía (lo que siento) por Alexander Moor jamás se silenció.

Justo cuando llevo el plato con tostadas a la mesa…

—¿Quieres café?

Suelto el grito más vergonzoso de mi vida. Agudo, muy femenino.

—¡Ah!

Alex está de pie junto a la isla. En cueros. El pelo mojado de sudor, el pecho brillante, subiendo y bajando como si acabara de terminar de correr.

Anoche dije que lo veía sin camiseta, pero eso era mentira. Él siempre ha tenido mucho cuidado de no sobrepasar los límites entre nosotros.

Excepto aquella vez en el club.

Se masajea los tímpanos, mirándome como si hubiera perdido la cabeza, y toma mi plato para llevarlo a la mesa.

—¿Qué mierda te pasa? —pregunta, exagerando cada gesto.

—¡Me he asustado! —respondo, sentándome de golpe y arrancándole el plato de las manos—. Como cualquier persona normal.

Siento algo raro en el fondo del estómago, algo que no quiero nombrar.

Alex se acomoda frente a mí, cruza esos brazos gigantes sobre el pecho y me observa.

No dice nada.

No se burla.

No se inmuta.

Eso es lo inquietante.

—¿Qué? —insisto, mordiendo con más fuerza de la necesaria la tostada.

—Nada —suelta con una media sonrisa que me pone en alerta—. Te preguntaba si quieres café.

No lo dice normal.

Lo dice como si estuviera intentando… algo más.

Oh, no.

¿Vio mi monólogo anoche?

Entrecierro los ojos, sintiendo pánico y otra cosa peor.

—Está bien… —respondo con cautela.

Alex hace un pequeño redoble con los dedos sobre la mesa y se levanta. Me da la espalda mientras camina hacia la cafetera.

¿Por qué me gusta tanto su espalda? Es una línea de tensión perfecta.

Todo su cuerpo lo es, con esa forma triangular que tienen los jugadores de Rugby. No por nada lo llamo gigantón, es, literalmente, eso.

Anoche había gente. Bastante. Y, aun así, me resulta imposible creer que no lo reconociera solo por el tamaño.

Alex siempre fue un oso rodeado de suricatas.

No pasa desapercibido.

Deja de mirarle los músculos, Willa.

Concéntrate en otra cosa.

Entonces me doy cuenta de que la mermelada que he elegido es la aburrida de Alex. Así que me levanto a buscar la mía justo cuando él se gira con el depósito de la cafetera en la mano.

Nuestros cuerpos colisionan.

Por supuesto, es como chocar contra un meteorito. Alex tiene que sujetarme para que no caiga al suelo como un saco de patatas, y el agua que cargaba termina toda sobre mi camiseta blanca.

Miro hacia abajo, sintiendo el frío del líquido.

Mi sostén queda a la vista.

—Willa… —gruñe—. ¡Siempre caminas sin hacer ruid..!

Alex se silencia mientras recorre sin pudor mi pecho empapado. Sus dedos se clavan en mis brazos, mis muslos quedan pegados a los suyos.

No me atrevo a levantar la vista.

—¡Lo siento! —me disculpo, hablando rápido y alto para opacar lo que está pasando en este momento—. No estoy acostumbrada a convivir con Polifemo.

—¿Con quién? —pregunta, confundido.

—Polifemo. El gigante de *La Odisea*.

Alex pone los ojos en blanco.

—A veces sales con cada cosa, Willa…

—¡Y eso es lo que más te gusta! —respondo a la defensiva, sin pensar.

Abre la boca… y la cierra.

Levanto la mirada solo para verlo luchar con sus palabras. Pero lo que encuentro en sus ojos no es ironía ni control. Es algo más oscuro, más prohibido.

En menos de un segundo, siento cómo mi espalda da contra la isla de la cocina. Alex ni siquiera deja espacio entre nosotros; me rodea por completo, como si quisiera crear una burbuja y que nadie más existiera. Su respiración se mezcla con la mía, la boca tan cerca que solo un pequeño movimiento bastaría para que se encontraran. Parece que el mundo se encoge y solo estamos aquí, el uno frente al otro, a punto de explotar.

—Juro que lo intento —dice en voz baja, un susurro ronco e intenso—. Intento poner distancia…, pero basta que me mires así para que quiera perder el control de una maldita vez.

Mi boca se entreabre.

Ahora soy yo la que no encuentra palabras.

—Alex… —susurro, sin aliento.

Ninguno se mueve.

Es como si el tiempo se detuviera, como si el aire pudiera cortarse con un cuchillo.

Siento su lucha interna. El agarre de sus manos se afloja… y luego vuelve a tensarse. Apoya la frente contra la mía.

—¿Alguna vez has sentido culpa por esta tensión que existe entre nosotros? —pregunta, tan bajo que parece temer que alguien nos escuche.

—Todo el tiempo —confieso sin dudar.

—Lo peor es que sé que está mal —continúa, con los ojos cerrados—. Y, aun así, cuando te miro, lo único que pienso es en romper todas las reglas. Aquella vez…, aquellos gloriosos segundos en los que dejé de usar la cabeza… fueron una tortura sellada en mi

memoria. Cada vez que me miro al espejo y veo al CEO que todo el mundo admira, me recuerdo que, muy dentro de mí, estás tú. Mi lado más oscuro.

Abre los ojos y los clava sobre mí, intensos y encendidos.

—Lo siento —repito, sin saber qué más decir—. No es fácil para mí tampoco, y estar aquí…, honestamente, Alex, lo hace aún más difícil para los dos. Me pondré a buscar piso, es momento de que me vaya.

—No —dice, casi suplicando, con la voz rota—. Cuando te marchas, esta casa deja de ser un hogar.

El silencio que sigue es espeso.

No sé quién se mueve primero, solo sé que no llegamos a decidir nada porque nuestros labios están a punto de romper con todo.

Es este.

El momento en que todo cambia entre los dos.

Alex me sujeta el rostro, buscando tener algo de control en todo este caos, mira mis labios, mi camiseta transparente, el borde de mi sostén, la línea entre mis tetas. Está absolutamente perdido en todo lo que acaba de aflorar de golpe.

La cerradura gira.

El sonido es seco, metálico. Real.

Alex se separa de golpe, como si sintiera una descarga eléctrica. Da un paso atrás, dos. Yo hago lo mismo, demasiado rápido, con el corazón golpeándome las costillas.

—¿Alex?

La voz de Mónica atraviesa la cocina.

—He estado tocando el timbre —continúa, entrando atolondrada con sus bolsas y mil pulseras tintineando—. Pensé que no había nadie, pero terminé usando la copia de llaves que me diste.

Nos observa a los dos con detenimiento.

Mis brazos cruzados sobre el pecho.

Alex está demasiado rígido.

—¿Pasaba algo? —pregunta, con ese tono suave que siempre usa cuando nos peleamos.

—No —responde Alex demasiado rápido.

—Estábamos… hablando —añado yo, sin mirarla directamente.

Ella vuelve a analizarnos. Sus ojos se detienen en mis mejillas, en mi camiseta mojada. En la forma en que Alex mantiene las manos cerradas a los costados y evita su mirada. En el aire tenso que todavía no se disipa.

—Pues parecía una discusión —expresa, dejando el bolso sobre la encimera—. Los dos tenéis esa cara.

Alex se aclara la garganta.

—Nada importante, mamá, no te preocupes. Willa tuvo un accidente con el agua de la cafetera.

Mi madre adoptiva asiente despacio, no parece convencida.

—¡Oh, Willa! ¿Estaba caliente? —Se acerca hasta mí, preocupada.

Yo estoy más caliente que el agua, mamá.

—No, no, era agua fría, Alex estaba llenándola para hacer café —aclaro, sintiendo demasiada tensión en todo el cuerpo.

—Me alegra que estéis bien. No me gusta entrar y encontrar este ambiente tan… cargado.

Cargado.

Cargado de lujuria que confunde con odio.

—Voy a pasar al baño —añade, recordando por qué entró tan apurada—. ¡Estoy tomando un ansiolítico que me tiene loca!

Se gira y se marcha por el pasillo, pero no sin antes lanzarme una última mirada, larga, inquisitiva.

Cuando desaparece de mi vista, el silencio se vuelve más frágil que antes.

Alex no me mira.

Yo tampoco a él.

—Lo siento —susurra—. No debería haber…

—No —lo corto, sintiendo que mi ansiedad me come viva—. No ahora.

Recojo mi plato. Las manos me tiemblan lo justo para que se note.

—Me voy a cambiar —digo—. Había olvidado que hoy venía…

«Venía mamá», pienso, aunque por supuesto que no lo pronuncio en voz alta.

Alex asiente. No intenta detenerme.

Paso a su lado sin rozarlo, sin mirarlo. Pero cuando llego a la escalera, lo escucho decir, apenas un murmullo:

—No volverá a pasar…

Y nunca creí escuchar palabras tan difíciles de asimilar.



Mi madre no habla cuando vuelve a la cocina.

Me encuentra sentado en la mesa, con una taza de café humeante y la mirada perdida. El escenario no puede ser más catastrófico, una línea cruzada, confesiones y la aparición de mi madre, todo en solo un par de minutos.

Lo había olvidado, que dijo que quería pasar a vernos antes de ir a trabajar, le dije que sí entre reuniones hace unos días.

Se quita el abrigo con movimientos tranquilos. Ese es el primer error: cuando se mueve así es porque ya ha decidido algo.

—Pensé que no estabais —dice al fin, acomodando el bolso en la silla—. He tocado varias veces.

—No lo escuché —respondo, ausente—. Estaba lidiando con el percance.

Ella asiente, como si eso no tuviera ninguna importancia. Mira hacia fuera unos segundos, no sé qué ve, pero no parece interesarle demasiado el paisaje californiano.

—¿Willa se ha ido? —pregunta, mirando hacia las escaleras.

—Fue a cambiarse de ropa, dijo.

—¿Discutíais? —se atreve, al fin, a indagar más mientras se sienta delante de mí.

Debería ofrecerle un café, algo, por sencillo que sea, para desayunar, pero apenas puedo mirarla a los ojos.

—No —digo demasiado seco. Lo noto en cuanto la palabra sale de mi boca.

—Parecía una discusión —insiste—. Estabas tenso y ella también.

—Siempre lo estoy —declaro—. Es parte de mi encantadora personalidad.

Mi madre me observa con atención quirúrgica.

—Cuando eras pequeño —responde—, solo te tensabas cuando algo te importaba.

Silencio.

Ella suspira despacio.

—Alex… —empieza, y odio que use ese tono—, no voy a preguntarte nada que no quieras responder.

Eso es peor que una pregunta directa.

—Pero hay cosas que no necesitan palabras —continúa—. Y hoy, en la cocina, había demasiadas.

Aprieto la mandíbula, mi corazón se dispara.

—No sé a dónde quieres llegar —digo.

—A ningún lado —responde sin dudar—. Solo estoy observando.

Se inclina ligeramente hacia delante.

—Willa ya no es una niña —añade—. Y tú tampoco eres el chico que se escondía detrás del balón de rugby.

Trago saliva.

—Ella es familia —asevero, aunque la frase me sabe hueca incluso a mí.

Mi madre no se inmuta.

—La familia no se mira como tú la estabas mirando.

No levanta la voz, no me acusa, y eso lo complica todo aún más.

—Ten cuidado —advierte al levantarse—. Hay líneas que, una vez cruzadas, no se pueden volver a dibujar.

Eso lo sé bien.

Se escuchan los pasos de Willa aproximarse.

—Y recuerda algo —añade sin mirarme—: ella confía en ti, eres la familia que eligió, no le quites eso.

Willa baja por las escaleras, más relajada, menos obvia. Le ofrece desayuno a mi madre, pero las dos se ponen a trabajar en conjunto mientras charlan sobre banalidades.

Me quedo con el eco de sus palabras golpeándome el pecho.

Apoyo las manos sobre la mesa y respiro hondo.

Porque lo peor no es que tenga razón. Lo peor es que, aun sabiéndolo, no estoy seguro de poder detenerme.



Muchos años atrás.

A esas alturas ya podía llamarse una tradición pasar el Año Nuevo en el club de rugby. Lo hacía desde los dieciséis. Después de cenar con mi familia, me subía a mi coche (normalmente el que mi padre ya no quería conducir) y aparecía en el club para encontrarme con el equipo.

Con la nariz rota gracias al codo de un contrincante y una carrera universitaria encima, todo había cambiado. Ya no tenía tiempo para entrenar ni para molerme a golpes con mis amigos. Aun así, ellos estaban allí… y yo también. Nadie había coordinado nada. Simplemente, pasaba.

Tradición.

El campo de rugby se transformaba en una pista de baile improvisada; solían cobrar entrada para colaborar con el club y, honestamente, todo el mundo quería estar allí. Ir a la fiesta del club era casi obligatorio. Con los años se había vuelto conocida por ser épica.

Me abrí paso entre la multitud que bailaba a cielo abierto buscando a mi viejo equipo.

Al primero que vi fue a Samuel, mi amigo más cercano del colegio después de Jareth, Archie y Bernardo. Salió del club, pero el club nunca salió de él. Seguía comportándose igual de idiota que en esa época.

No era mal tipo, solo era tonto, y las contusiones que sufrió durante los partidos no lo ayudaron. Ese era su único problema.

Me encontró enseguida y levantó su vaso de cerveza. El resto del equipo estaba allí: la mayoría universitarios, algunos trabajando en las empresas de sus padres, otros empezando sus propios caminos.

Levi, Sebastián y Jack habían empezado a estudiar Derecho. Ezra, John y Hudson se habían mudado al otro lado del país, a Nueva York, para estudiar en Harvard. El resto andaba disperso por el mundo.

Nadie venía de familia humilde. Todos éramos muchachos con el éxito asegurado intentando mantener la conexión de aquellos años.

Los saludé a todos con un golpe en la espalda. Me alegraba volver a verlos.

Yo no me había ido de San Francisco, pero sí me había mudado a la residencia universitaria, aunque seguía a pocos kilómetros de mis padres. Irme de casa era imperioso por razones que no venían al caso.

Alguien colocó un vaso rojo en mi mano y, sin preguntar qué era, bebí.

—¡Llegó el nuevo niño mimado de Silicon Valley! —gritó Samuel, dándome un golpe en el hombro.

Todos llevaban cazadora menos yo. Hacía frío, pero yo siempre tenía calor.

—Todavía no —aclaré—. Pero en unos años no podréis escapar de mis aplicaciones.

Sabían que estaba trabajando en una aplicación de salud. Era mi obsesión desde que mi madre enfermó: ayudar a la gente a entender lo importante que era cuidarse.

Tenía grandes planes para mi *app*, pero a nadie en esa fiesta le importaban.

Los viejos miembros del club estaban en círculo, de pie, como si aquello fuese un maldito bukkake…, excepto que no había nadie en el centro sufriendo las consecuencias de un grupo de inadaptados sociales. El resto del campo estaba colmado de gente bailando o conversando en grupos. Un DJ en una esquina, altavoces temblando con música, olor a hierba húmeda y cerveza derramada por todas partes.

Extrañaba esos años de deporte, fiestas y tercer tiempo.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó Levi cuando la conversación derivó. Siempre había sido el más adulto del grupo.

—Bien. Mi padre está expandiendo el negocio a Europa; mi madre trabaja con él ahora.

—Eso es genial —respondió—. ¿Y tu hermana? Willa, ¿no?

Mi sonrisa se borró al instante.

Sí. Willa.

La piedra en mi zapato.

La cena de Año Nuevo había ido normal hasta que decidió abrir la boca para recriminarme que nunca iba a ver a mis padres. Le dije que estaba estudiando y que ella nunca lo entendería porque no sabía lo que era. Terminamos discutiendo hasta que mi madre zanjó la pelea con un «Solo quiero pasar una noche en paz».

Sabía que Willa no estaba reclamando por mis padres. Reclamaba por mí. Y desde aquella noche que no podía recordar sin sentir el estómago revolverse, me había alejado de ella todo lo posible.

Solo visitas necesarias. Y si iba a ver a mis padres, me aseguraba de que ella no estuviera en casa.

No era seguro para ninguno de los dos.

Y el responsable era yo.

Ella aún era una cría, mientras que yo… yo debería ir preso por las cosas que sentía por ella.

Willa sabía perfectamente cómo obtener mi atención, ya fuera irritándome hasta hacerme perder la cabeza o despertando cosas que jamás deberían existir en mí.

—Willa está bien —respondí—. ¿Cómo están tus padres?

Levi percibió el cambio brusco y lo dejó pasar. Siguió hablándome de cómo su padre quería posicionarse en el sector inmobiliario, lo cual me pareció una estupidez teniendo en cuenta que los Walker eran los reyes de esa colina.

La fiesta continuó un par de horas más. Sebastián recordaba anécdotas de los campeonatos y todos nos moríamos de risa cuando, por alguna razón, mis ojos se desviaron hacia la multitud.

Una mujer con un vestido negro muy corto y ajustado llamó mi atención. Estaba de espaldas, moviéndose con una sensualidad

cautivadora al ritmo de la música, sus amigas imitándola, aunque ella era la que más destacaba en el grupo.

No había ido a buscar nada…, pero esas curvas capturaron mi mirada.

Perdí el interés cuando un idiota (probablemente, tan calenturiento como yo) se le acercó para bailar.

Volví a mis amigos, pero, cuando miré de nuevo, ella giró el rostro. Apenas un perfil.

Suficiente para congelarme.

Ese vestido negro.

Esas curvas.

Ese pelo color chocolate que se movía como si tuviera vida… le pertenecían a alguien.

A Willa. Mi hermanastra.

—¿Qué cojones hace aquí…? —gruñí.

El tipo insistía, ella lo empujó. Él le agarró la mano y la llevó a su pecho, insistiendo en bailar con ella.

Borracho, perdido.

Lo reconocí enseguida: el nuevo capitán del equipo. El rubio que pretendía ser modelo en vez de jugar bien.

Mi vaso cayó al suelo, derramando todo el contenido sobre el césped.

Mis pasos fueron rápidos.

Escuché a Sebastián preguntar qué pasaba, pero ni me giré.

Llegué justo a tiempo para agarrar al imbécil del cuello de la camisa y tirarlo al suelo con una ira descontrolada. Coloqué mi zapatilla en su garganta.

—Quieto —le advertí— o te aplasto la tráquea.

El tipo levantó las manos en rendición; la celeridad del gesto resultó patética. Sus amigos vinieron todos al rescate, pero los míos me rodearon para protegerme.

De soslayo vi cómo Willa intentaba escabullirse entre la gente.

—¡Y tú! Willa Moor. Ni se te ocurra moverte.

Vi sus hombros tensarse antes de girarse. Parecía un golden retriever culpable después de hacer una travesura.

Me incliné sobre el tipo, clavándole una rodilla en el pecho. Podía sentir sus huesos protestar bajo mi peso, su respiración rápida y nerviosa. Yo no era precisamente pequeño.

—¿Sabes quién soy? —pregunté.

Asintió, temblando.

—Sí… sí. —Todos sabían quién era yo, cuál era mi fama en el campo.

—¿Sabes que esa chica es mi hermana?

Sus ojos se agrandaron en puro pánico.

—Lo siento, Alexander, lo siento. No lo sabía.

Qué rápido había pasado de galán a suplicante.

La gente alrededor se dispersó, quedando solo Willa, sus amigas y mis colegas.

Quizá ya no jugábamos en ese campo, pero habíamos sido uno de los mejores equipos del club.

—Lárgate —ordené—. Y la próxima vez que fuerces a una mujer a bailar contigo, piénsalo dos veces.

Le tendí la mano para levantarlo. En cuanto estuvo de pie, intentó alejarse de mí. Lo llamé.

—¡Eh!

Se giró justo a tiempo para recibir mis nudillos en la cara. Un par de dientes salieron volando.

Cayó al suelo y se llevó las manos al rostro mientras yo me daba la vuelta.

Entre la multitud, vi a Willa alejándose a toda prisa.



—¿Willa? ¿Estás ahí? —pregunta Fiona, moviendo la mano delante de mis ojos.

Me despierto de golpe.

Dejo de estar en la cocina de la casa de Alex para volver a la oficina. A mi escritorio repleto de trastos: el portátil, demasiados Post-it con números que no recuerdo por qué escribí, latas a medio beber, mi bolso, el móvil… y los recuerdos de esta mañana, cuando mi hermanastro me arrinconó contra la isla y rozó sus labios con los míos.

Me muerdo el labio sin darme cuenta.

Recuerdo cómo hui a mi habitación, cerré la puerta y me dejé caer al suelo, intentando calmar el corazón. No solo por lo que dijo Alex, sino por la aparición inesperada de mi persona favorita en el mundo: Mónica Moor.

Sonrío a Fiona, que me observa con auténtica preocupación tras esas gafas que parecen sacadas directamente del armario de Edna, de *Los Increíbles*.

—Estoy bien —digo—. Dormí poco. Supongo que es la regla.

Miento. Bueno…, no del todo. Es cierto que duermo fatal durante esos días.

La oficina está en silencio. Los últimos dos días de la semana siempre viene menos gente, y no pienso decirle a Alex que Pulso

prácticamente me regala esas jornadas porque no hay nada que coordinar, nada que humanizar, nada que hacer.

—Ya verás cuando llegues a la perimenopausia —susurra Fiona con complicidad—. Dormir deja de ser una opción.

Me río por lo bajo. El resto de su equipo está demasiado «concentrado» mirando la pantalla como para escuchar.

La verdad es que todos son amables, pero su trabajo no tiene relación directa con el mío. Por eso, a veces, me siento como una isla en mitad del mar, aunque en teoría yo sea la encargada de socializar, conectar y hacer que esta empresa parezca humana.

Un par de horas después estamos en la cafetería. Fiona responde correos mientras come (algo que le he recomendado no hacer porque es pésimo para la digestión) y yo remuevo una ensalada César en busca de los trozos de pollo y picatostes, ignorando deliberadamente las hojas de lechuga.

La mesa de marketing cuchichea.

Nos miran más de lo normal.

Porque ese grupo se comporta como si esto fuera el maldito instituto, y ellas, por supuesto, siguen creyéndose el comité de popularidad.

—Fiona… —Le doy una patada suave por debajo de la mesa.

—Sí, lo sé, lo siento —murmura—. A veces una cree que la gente es normal y luego te sueltan respuestas como esa y…

—No —la interrumpo en un susurro urgente—. Eso no. Las de marketing están… No te gires.

Demasiado tarde.

—Están mirando mucho —termino—. Más de lo normal. ¿Crees que pasa algo?

Una de las animadoras se levanta y empieza a venir hacia nuestra mesa, móvil en mano.

—Viene para aquí —susurro—. Finge reírte. Rápido. Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja —imita Fiona, con una risa tan falsa que me dan ganas de esconderme debajo de la mesa.

La que se acerca es Joseline. Una de las alfa del grupo. Viene con esa actitud pseudohumilde de niña buena, cuando todas sabemos la toxicidad que emana cada uno de los poros de su piel.

—Hola, chicas —saluda con una sonrisa enorme. Su pelo liso, rubio natural, cae como si hubiera sido diseñado por los dioses—. No quiero interrumpir…

Pero lo hace igual.

—Hola, Joseline —responde Fiona—. Si es por el correo que aún no he contestado, prometo que…

—Oh, no —la corta—. En realidad, quería hablar con Willa.

Sus ojos celestes caen sobre mí. No parpadean.

Me incomodan.

—¿Puede ser que esta seas tú?

Me extiende el móvil.

En la pantalla aparece un vídeo de Instagram. Alguien graba desde el fondo de un teatro. Una chica en el escenario gesticula, camina, habla al micrófono.

Yo.

«Trabajo rodeada de personas con abdominales. No tienen abdominales. Son abdominales. Gente que dice cosas como: "Hoy entrené suave"…»

Joder.

Fiona me mira con la boca abierta.

—¿Esa eres tú? —susurra.

Miro el nombre del usuario.

Mark Stewart.

Me hundo en la silla.

Voy a matarlo.

—No es nada —empiezo a decir, atropellándome—. Es solo…, sí, soy yo, pero no dije nada malo de la compañía, si ese es tu miedo. Al contrario, estaba intentando…

Joseline sonríe. Disfruta viéndome desarmarme.

—Oh, no te preocupes —apunta con una dulzura venenosa—. Solo teníamos curiosidad.

Inclina un poco la cabeza como un depredador disfrutando del momento.

—Es gracioso verte tan… distinta fuera de aquí.

Le devuelvo el móvil y se queda un segundo más de la cuenta.

—Supongo que ahora entendemos por qué eres tan… desinhibida —añade, antes de darse la vuelta—. Que tengas buen día, Willa.

Regresa a su mesa entre murmullos.



Miro el vídeo con detenimiento.

No es la primera vez que la veo sobre un escenario. Anoche me decidí a ver su contenido en directo, cuando hablaba del «amigo» con el que convive. Por esa razón perdí la puta cabeza y terminé entrenando como si fuera a entrar en los Navy SEALs. Luego, al encontrarla en la cocina y sentirla tan cerca, todo se descarriló.

Ella tiene razón, es asfixiante tenerla cerca.

Tentador.

Tortuoso.

Y, aunque entiendo que exagera ciertas cosas para provocar risas, descubro que ese espacio que se ha construido es profundamente personal: una mezcla de terapia y teatro donde soltar cosas que ni yo sabía que sentía o pensaba.

En el vídeo habla, claramente, de Pulso. Nos deja bien parados; reales, al menos. Lo que vendemos es lo que somos.

Me pregunto si esa fue su intención desde el principio.

Dejo el móvil sobre el escritorio de mi despacho en casa y me alejo, recapacitando todo.

Por razones obvias, hoy no he ido a la oficina. Necesitaba espacio, silencio, ordenar ideas. La conversación con mi madre hizo que el suelo se moviera como uno de esos terremotos que a veces sacuden esta zona.

Distanciarme parecía lo más sensato, no necesariamente lo que quería hacer.



Estoy en el jardín de casa, disfrutando de un día de sol anormal, a pesar de la brisa fría que baja de las colinas frente a mí. La superficie de la piscina crea una textura cambiante, hipnótica, mientras el vídeo de Willa vuelve a reproducirse automáticamente y escucho las carcajadas del público.

Lo detengo para fijarme en el perfil que la hizo viral. Es un comediante que, por lo visto, estaba allí esa noche. Bajo el clip ha escrito: «Mi amiga Willa rompiendo el teatro de risas».

Los celos de siempre empiezan a subir desde la boca del estómago hasta la garganta. Los reprimo tragando saliva y apagando el móvil.

Siempre he sido tóxico cuando se trata de ella. Incorregible.

Me dejo caer en el sofá blanco junto a la piscina. El portátil descansa sobre mis piernas, caliente, olvidado. La reunión sigue delante de mí, todas las cámaras encendidas para que el jefe los vea…, pero el jefe está mirando a su hermanastra.

Un detalle que no debería cruzárseles ni por la cabeza.

A veces intento imaginar qué pasaría si rompiera la barrera entre nosotros. ¿Qué dirían mis padres? ¿Qué diría la prensa, que ya me llama gordófobo y añadiría ahora incestuoso a la lista? Tendría que dar explicaciones, aclarar que no hay vínculo de sangre entre los dos.

Y eso implicaría contar la vida de Willa. Exponer su pasado. Hablar de la basura de padres que tuvo.

No.

Nada de eso sería bueno para ella. Ni para su carrera.

Y esa es, quizá, la única razón por la que sigo sentado aquí, mirando una piscina que no dice nada… mientras todo lo demás amenaza con desbordarse.

El móvil vibra sobre el sofá.

No lo miro de inmediato. Dejo que suene un par de veces más, como si ignorarlo pudiera devolverme la paz que no tengo. Al final, suspiro y contesto.

—Briks.

—¡Alex! —La voz de Paul Briks suena alegre, demasiado animada para esta hora—. Dime que no estás mirando gráficos, porque voy a arruinarte el día.

—Ya lo has hecho —respondo—. ¿Qué pasa?

—Branding —dice, sin rodeos—. Tenemos un tema.

Me incorporo un poco en el sofá.

—Habla.

—El vídeo —continúa—. Está circulando fuerte, muy fuerte. Bonito *engagement*, por cierto. Humor limpio, mensaje orgánico, Pulso queda como una marca humana, cercana…

Aprieto la mandíbula.

—Pero —añado.

El sol refleja en el agua de la piscina. Todo sigue demasiado tranquilo para lo que está a punto de decir.

—He estado preguntando por ahí; resulta que es tu hermana —continúa—, lo cual abre un abanico precioso de conflictos de interés.

—No entiendo por qué, no está haciendo nada malo —respondo, seco.

Paul se ríe al otro lado.

—Tranquilo, hermano protector. Solo estoy haciendo mi trabajo. —El estómago me da un vuelco—. El vídeo puede jugar a favor… o explotarnos en la cara. Y ya sabes cómo es esto: cuando detecto riesgo, propongo cortar por lo sano.

—¿Cortar cómo?

—Desvinculación —dice con naturalidad—. La chica es talentosa, pero el mensaje se nos va de las manos. Hoy hace chistes, mañana habla de algo más personal. Pasado mañana tenemos a Twitter ardiendo. Lo siento, sé que esto no es lo que querías escuchar hoy, pero…

Me pongo de pie, dejando el portátil tirado sobre el sofá.

—No.

Silencio breve.

—¿No… qué? —pregunta Paul.

—A Willa no se la toca. —La posesividad se apodera de mis palabras, y luego aclaro—: No la echas, no lo insinúas ni siquiera.

Paul carraspea, sorprendido.

—Alex, esto no es personal. Es marca.

—Para ti —respondo—. Para mí, no.

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? —insiste—. Porque, si mañana alguien ata cabos… y comienzan a hacer preguntas… y se enteran de que es tu hermana…, todo puede complicarse. Todavía estamos recuperándonos de lo de Johnny Rush.

—Nadie va a atar nada —sentencio—. Y si alguien lo intenta, hablarán conmigo.

—Esto no va así…

—Va exactamente así, Paul —declaro con un tono cortante, más firme—. Willa no ha hecho nada mal. No ha compartido información sensible, no ha dañado la imagen de Pulso. Al contrario: la ha humanizado. Y si a alguien le incomoda que una mujer tenga voz propia fuera del horario laboral, ese alguien tiene un problema, no ella.

Paul guarda silencio unos segundos.

—Vale —cede—. No se la toca, pero quiero un plan. Y quiero que lo revisemos juntos.

—Lo tendrás.

—Y, Alex…

—¿Sí?

—Las historias que conectan tanto con la gente, se venden como pan caliente en Internet, ten cuidado.

Cuelgo sin despedirme.

El móvil se vuelve pesado en mi mano. Miro la piscina otra vez, el agua brillando como si no supiera nada del mundo real.

Que no se atrevan.

Porque podrán hablar de reputación, de riesgos, de crisis de marca…, pero nadie, absolutamente nadie, va a convertir a Willa en un daño colateral.

No mientras yo siga aquí.



Muchos años atrás.

Caminé detrás de ella como un psicópata.

Willa giraba la cabeza de vez en cuando, solo para encontrarme más y más cerca. Por supuesto que no podía correr con tacones sobre el césped; sabía que el resultado sería un esguince en el tobillo.

—Willa… —la llamé con un tono de advertencia.

—¡Déjame en paz! —gritó, alejándose cada vez más de la multitud.

Acabó entrando en el baño de mujeres, ese que el club había prometido reparar desde hacía años y nunca había arreglado, y cerró la puerta en mis narices.

—¿Crees que no voy a entrar? —Empujé la puerta y la cerré tras de mí.

Debía admitir que nunca había entrado allí. El baño estaba más frío que el campo de juego. Los cubículos abandonados tenían puertas metálicas de un verde oscuro desconchado, y Willa se metió en el último.

Suspiré.

—¡Vete, Alex!

Me reí al ver su mala suerte: de todas las puertas, la única con el cerrojo roto era esa.

Solo para irritarla, coloqué las manos bajo la puerta, la levanté entera y la arranqué de las bisagras. El ruido rebotó por el lugar como un trueno.

Willa me miró en *shock*, sentada sobre el inodoro.

—Pero ¡qué…!

La agarré de la mano, la saqué de allí y la empujé contra los lavabos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y qué mierd…?

Le cubrí la boca.

—Sabes que este es mi lugar. Tú no perteneces aquí. —Mi único refugio lejos de ella.

—Me ome… gue…

Le quité la mano de la boca.

—¡Mi amiga Taylor me invitó! ¡Su novio es parte del equipo! ¿Sabes quiénes son?… Los que todavía tienen el estado físico para jugar.

Cerré los puños mientras soportaba los golpes verbales que me lanzaba sin oponer resistencia. Sus ojos marrones me miraban con odio, firmes, ardientes. Se sostuvo contra la encimera; tenía los nudillos blancos de la tensión.

—¿Es otro intento desesperado de llamar mi atención? —la acusé con saña—. Todo esto empieza a ser patético, Willa. —Observé su vestido negro, la forma en la que se deslizaba sobre su piel.

—No, Alex. Que tus ojos no puedan evitar caer sobre mí es tu problema, no el mío.

Di un paso adelante. No agresivo, sino defensivo, como quien «cubre terreno». Ella lo notó y se rio de mí.

—Deja de mirarme como si estuvieras en una melé[1].

Puse ambas manos a sus costados, obligándola a encogerse un poco más contra la encimera.

—No puedo evitarlo —respondí—. Es parte de mí, como lo es este lugar. Lo último que necesito es que vengas a mover el culo con ese vestido para que todos esos tipos quieran…

—¿Quieran qué? Dilo, gigantón.

El sobrenombre que usaba de niña fue como una patada directa a las pelotas. Pero no iba a dejarla ganar.

—Quieran arrancártelo con los dientes —devolví con desafío.

Ella tragó saliva con fuerza.

—¿Seguro que no estás proyectando? —preguntó con una inocencia tan falsa que me hirvió la sangre.

Por supuesto que estaba proyectando. Pero jamás iba a admitirlo.

—¿Qué quieres de mí, Willa? ¿Mi atención? La tienes. —Señalé el baño vacío—. Este es tu escenario. Haz lo que quieras con él.

Su postura cambió. Se irguió y, por un segundo, sentí miedo. Esa clase de miedo que solo me causaba ella cuando reunía fuerzas para enfrentarme.

—¿Por qué te alejaste de mí? —preguntó.

—Sabes muy bien por qué.

—Necesito que lo digas. Necesito escuchar tus palabras para que me entre en la cabeza, Alex.

Me cubrí el rostro con una mano y suspiré.

No era la primera vez que reaccionaba así al presenciar una interacción entre ella y otro tipo.

La primera fue en el colegio, cuando la encontré en la sala de música besándose con ese idiota de Jacob Soto. Perdí el control: le partí el brazo y sus padres intentaron denunciarnos. Mi padre tuvo que sacarme del lío con su equipo de abogados. Jacob jugaba fútbol americano y prometía una carrera profesional. Lo arruiné.

La segunda fue por un baile escolar. El chico que la invitó (un pobre desgraciado) apareció en la puerta de mi casa. Lo tuve esperando una hora fuera, haciéndole creer a él y a ella que no estaba lista.

El baile se jodió antes de empezar.

No estaba orgulloso de nada de eso. Me avergonzaba profundamente.

¿Por qué? Porque cuando se trataba de mi hermanastra, tenía serios problemas de control.

Era una maldita bandera roja con piernas.

¿Qué otra explicación había para perder la cabeza cada vez que la imaginaba con otro? ¿Por qué no podía verla como una hermana de sangre en lugar de como una mujer?

—Eres mi hermana —dije al fin.

—¿Lo soy? Porque el hermano de Madison no la mira con hambre cuando pasa en pantalones cortos por la cocina. Tampoco le importa con quién se besa bajo las gradas del colegio. No le interesa qué ropa usa ni en quién piensa cuando se toca bajo las sábanas…

—Willa —la interrumpí—. Detén esto ahora mismo.

—¿Sabes qué pasa, Alex? Que no puedes despertarme todo eso y luego fingir que no ocurrió. ¿O ya se te olvidó la vez que me cubriste

los ojos y me besaste?

Le tapé la boca de nuevo.

Me negaba a escuchar semejante verdad dicha así, sin anestesia. Pero lo recordaba. *Vaya si lo recordaba.*

Aquella noche estábamos solos. Nuestros padres habían ido a una fiesta. Willa vino a mi habitación porque había tenido una pesadilla, como siempre; se metió bajo mis sábanas y se acurrucó a mi lado sin saber que yo estaba luchando con mi cuerpo y mi mente.

Yo era un crío. Ella, aún más, pero había un instinto que no entendía, que no dejaba de gritar que la hiciera mía.

Su cuerpo tibio.

Mi necesidad de protegerla.

Todo se volvía imposible de gestionar.

Pensaba que era solo yo quien sufría, hasta que me miró con los ojos brillantes, bajó hasta mis labios y dijo: «Nunca besé a nadie».

Tragué saliva.

No respondí; no confiaba en mí.

Con la punta del pulgar me acarició el labio inferior. «¿Puedo probar contigo? Quiero saber lo que se siente y eres el único en quien confío».

Mi respuesta inmediata fue no.

No.

No.

Pero lo que dije en voz alta fue: «Cierra los ojos».

Los cerró.

Y yo no podía acercarme. Sabía que, si tocaba sus labios, todo cambiaría. La barrera que nos mantenía en «lo permitido» (aunque fuese imaginaria) se rompería.

Ella lo sabía.

Jugábamos con fuego todo el tiempo.

Provocándonos.

Probándonos.

Preguntándonos si lo hacíamos a propósito o si simplemente yo estaba mal de la cabeza.

Cuando me cubrió los ojos con su mano, entendí su intención. La imité y apoyé mis labios sobre los suyos.

Volví al presente.

—Es lo mejor para los dos —expresé—. No sé qué demonios ocurre aquí, pero nada bueno puede salir de esto. Así que no me presiones, Willa.

—Tienes razón —respondió contra mi mano.

Asentí, satisfecho de haber ganado esta batalla. Retrocedí para crear espacio, creyendo que había entrado en razón.

Ella se giró hacia el espejo y se inclinó sobre la encimera para arreglarse el pelo.

Mis ojos viajaron directos a su culo.

Lo hacía a propósito, le encantaba llevarme al límite.

Con esa arrogancia victoriosa, caminó hacia la salida, olvidándose de nuestra conversación, de mí… y de la puerta que había arrancado para poder enfrentarla cara a cara.

No podría describir la ira que sentí en ese momento.

La impotencia y, por primera vez en años, la culpa se quedó atrás.

Di tres zancadas largas, empujé la puerta de salida antes de que pudiera escapar de mí, antes de que mi cordura regresara. Giré su cuerpo y la estampé contra el frío metal.

Y mi boca se estrelló sobre la suya.

Esta vez no le cubrí los ojos.

---

1 La melé (o *scrum* en inglés) es una formación fija en rugby utilizada tras una infracción. Consiste en un duelo donde el equipo que logra imponer su ritmo y estabilidad mental suele acabar quebrando la resistencia física del contrario.



Llego a casa cuando ya es de noche.

Lo que más odio del invierno es que los días son extremadamente cortos aquí. Apenas a las cuatro de la tarde ya comienza a retirarse el sol.

El salón de Alex está en penumbra, iluminado solo por la televisión. Las noticias murmuran algo sobre mercados, crisis y nombres que no me importan. Él está en el sofá, descalzo, un pantalón de chándal, el tobillo apoyado sobre la rodilla opuesta y Mandarino dormido a su lado, hecho un ovillo perfecto contra su muslo.

No me ha oído entrar.

Me quedo quieta un segundo, observándolo. La camiseta gris se le pega al pecho, el mando descansa flojo en su mano, como si llevara rato sin prestarle atención a nada de lo que dicen.

—Te van a lavar el cerebro si sigues viendo eso —digo al fin.

Alex gira la cabeza despacio y me mira. Sus ojos recorren mi abrigo, mi bolso colgado del hombro, mi cansancio.

—Creí que volverías más tarde —responde—. ¿No hubo función hoy?

Pretendo que esta charla tan doméstica no me afecta y respondo con normalidad.

—Tengo un nuevo acuerdo con Owen —contesto, dejándolo todo sobre la isla—. Iré solo los miércoles, una hora, para mantener el

escenario.

Apaga la televisión y con el móvil enciende algunas lámparas que crean una iluminación tenue. El silencio que queda es inmediato, denso.

Mandarino observa a Alex moverse, mientras ondula la cola.

—Vi el vídeo —dice Alex mientras se pasa una mano por la barba incipiente.

Me detengo frente al sofá.

—No dije nada malo —me defiendo, cruzando los brazos.

—Lo sé. —La rapidez con la que responde me confunde. Hay calma en sus ojos.

—Entonces… —empiezo.

—Recibí algunas llamadas —continúa—. Hay personas preocupadas por lo que puedas decir en el futuro.

Aprieto los labios, conteniendo mi opinión. Pero la adrenalina hace que empiece a caminar y a vomitar todas las palabras de golpe.

—Solo intentaba ayudarte. Fue el día que me contaste todo sobre Rush y recuerdo esa entrevista, el tipo fue pedante y estaba claro que buscaba arruinar tu imagen. ¡Lo odio! Por eso pensé que, quizá, aunque fuera un público pequeño, podía dejar en un mejor lugar a Pulso. Mark me grabó sin mi consentimiento, ya lo llamé y tuvimos una charla donde yo gritaba y él se reía, pero entendió que no fue sabio elegir ese segmento.

Alex me observa entre animado y confundido por mi exabrupto, sus pies descalzos están apoyados sobre la alfombra del salón, sus brazos en jarra.

Dios, se ve tan atractivo que apenas puedo mirarlo sin sentir mil cosas.

—No me gusta ese Mark —confiesa—. Y aunque agradezco tu intento de ayudarme, quizá sea mejor que no vuelvas a mencionar tu trabajo diurno; limítate a relatar lo bueno que está tu compañero de casa.

Detengo mi caminar.

Joder.

Me vio.



Muchos años atrás.

Mi espalda golpeó contra la puerta y, antes de entender lo que estaba pasando, los labios prohibidos de Alex ya estaban sobre los míos, tibios, urgentes, posesivos. Sus manos enormes me sujetaban el rostro con una tensión que me dejó sin aliento, y su pierna (más grande que las dos mías juntas) se coló entre las mías, inmovilizándome por completo.

No tenía escapatoria; lo único que pude hacer fue devolverle aquel beso necesitado con la misma voracidad que me devoraba por dentro.

Desperté del impacto cuando deslicé la lengua por su boca. Algo se activó en él: un sonido grave, reverberante, salió de lo más profundo de su pecho, y sus manos me aferraron con más fuerza, como si temiera que fuese a desvanecerme entre sus dedos.

Era mi culpa.

Yo lo había llevado a ese precipicio.

Y entendía muy bien que lo que estábamos haciendo no era solo inmoral, sino ilegal.

Alex era mayor de edad.

Yo… no.

Joder.

Solo eso debería haberme dado el poder para detenernos. Pero me sentía una adicta a su calor, a su masculinidad, a la forma en que su pelo largo se escapaba de la coleta y caía en mechones sueltos sobre su rostro, dándole un aire salvaje que me aceleraba el pulso.

Sentí que nos besábamos durante horas, como si el tiempo hubiese dejado de existir en el baño abandonado del club, cargado de aire caliente y deseo.

Y, aun así, no sentía saciedad.

Quería más.

Necesitaba más.

Deseaba sus manos sobre mi cuerpo: mis pechos, mi cintura, las zonas que ardían pidiéndole atención. Pero Alex no apartó ninguna de sus manos de mi rostro.

No se permitió hacerlo.

Y quizá por eso, por esa contención tortuosa, el deseo me quemaba aún más.

Sabía que aquello iba a ocurrir tarde o temprano, porque lo que pasaba entre nosotros nunca había sido normal.

Mi madre solía bromear con lo protector que era Alex cuando llegué a la casa; decía que se sentía orgullosa de él por rescatarme aquel día.

Yo sentía lo mismo, pero diferente.

Íbamos juntos a todos lados, a veces de la mano por la calle, especialmente cuando pasábamos frente a mi antigua casa, que llevaba años vacía, con mis dos padres cumpliendo condena.

Alex siempre pasaba a saludarme antes de irse a dormir y me preguntaba si necesitaba algo. Me ayudaba con los deberes del colegio y me obligaba a levantarme a tiempo. Aquello era hogar; un hogar extraño, imperfecto, pero mío.

Pero en algún momento todo eso se truncó.

Un día ya no quise que me sujetara la mano; no soportaba sentir su piel sobre la mía, porque me provocaba algo que no entendía y que me asustaba. Su olor (esa mezcla cálida de jabón, sudor y algo más que siempre reconocía en la distancia) despertaba en mí algo dormido, algo que parecía querer abrir los ojos con furia.

Me fui alejando.

No fui la única.

Alex también lo hizo.

Comenzó a pasar más horas encerrado en su habitación, y un día, cuando entré sin tocar para llamarlo a cenar, me gritó. Dijo que no avisar era de mala educación. Estaba tenso cuando crucé la puerta: tumbado en la cama, con el móvil en la mano y una almohada cubriéndole la pelvis. No entendí en aquel momento qué ocurría, pero ahora sí.

Demasiado bien.

No éramos hermanos y no habíamos crecido juntos. Eso tenía que repetírmelo cada vez que me avergonzaba sentir lo que sentía cuando su cuerpo enorme se acercaba demasiado al mío.

Cuando Alex finalmente me soltó los labios, mantuvo los ojos cerrados, la frente apoyada sobre la mía, respirando hondo, como si intentara recuperar el control. Lo que fuera que estuviese pasando por su mente lo estaba atormentando. Su pecho subía y bajaba, rozando el mío, y yo sentía el temblor que trataba de disimular.

Igual que aquella noche en la que fui egoísta y lo presioné para que apoyara sus labios sobre los míos con los ojos cubiertos.

Lo había vuelto a hacer.

Y una rara mezcla de victoria y culpa se me instaló en el pecho.

Victoria, porque no era la única en esta historia que sentía debilidad.

Culpa, porque podía ver cuánto le afectaba, cuánto le consumía.

—Lo siento… —murmuré, con lágrimas resbalando antes de que pudiera detenerlas.

Algo en mi voz quebrada le hizo abrir los ojos. Me miró con desesperación, como si mis lágrimas fueran su punto más vulnerable, y, siendo honesta, siempre lo habían sido.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó. Su voz salió más grave de lo habitual, ronca.

—Porque si no te hubiese empujado, no estaríamos así…, y sé cuánto te duele.

Sus ojos marrones recorrieron los míos, oscuros, turbios.

Mucha gente asumía que éramos hermanos de verdad porque éramos extrañamente parecidos: el color del pelo, de los ojos…, incluso había algo en la forma de la nariz. Al menos antes, cuando él aún no la tenía rota.

—Tengo el mismo nivel de responsabilidad, Willa —respondió, dando un paso atrás, aunque no lo suficiente como para dejarme respirar sin sentir su presencia—. Y sé que cuando juntas a dos perros callejeros en una misma habitación, es inevitable que pase esto, pero…

—Lo sé —susurré—. Nada puede pasar.

—No, mamá…

Cuando Alex quería poner distancia entre nosotros, usaba «mamá» para referirse a la nuestra en común. Lo hacía a propósito, para recordarnos lo que éramos… o lo que debíamos ser.

—Puede llegar a darle un infarto —añadió con un hilo de voz.

Asentí.

—Y papá… —bufó con ironía—. Literalmente, temo por mi vida.

Lo dijo medio en broma, medio en serio.

—Pero esto no puede seguir así, Willa.

—Lo sé —repetí, reuniendo toda la adultez que pude en aquel momento, que no era mucha.

Alex clavó su mirada en la mía y asintió, satisfecho con mi aceptación. Ninguno de los dos se movió. Era como si el aire se hubiese espesado alrededor, caliente, cargado de nuestro secreto.

—Pero no porque yo no quiera, ¿te queda claro? —añadió con brusquedad—. No tengo control cuando se trata de ti. Decirlo en voz alta ha sido mi peor pesadilla durante mucho tiempo. Pero no podemos seguir así.

Asentí.

Asentí porque sabía lo que era tener algo enterrado tan al fondo que ponerlo en palabras lo volvía real.

Más real que un beso en un baño abandonado.

—Ve con tus amigos —dije, apartándome de la puerta.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

Pobre Alex…, no podía evitar preocuparse por mí incluso cuando yo no era justa con él.

—Me iré —mentí, solo para tranquilizarlo.

—¿Tienes transporte? Te llevo.

Negué con la cabeza, temiendo quedarme sola con él en un espacio tan pequeño. Sabía lo que pasaba cuando no había escapatoria.

—Me llevará mi amiga. Ve.

Alex asintió, dudando un segundo, como si le costara marcharse. Finalmente, abrió la puerta y se fue.

Mi año no podría haber empezado peor.



El silencio vuelve a tensarse.

Mandarino estira una pata, invade un poco más su espacio.

No puedo abordar el tema, ni defenderme, lo único que puedo hacer es seguir la conversación con naturalidad.

—¿Es tu forma de pedirme que deje de hacerlo? —pregunto, desafiándolo.

Alex levanta la vista hacia mí. Sus ojos se clavan en los míos.

Su mera existencia me desarma. Todavía no entiendo cómo no desfilan mujeres todos los días por esta casa.

—No —asegura—. Pude ver cuán feliz eres en ese escenario, no podría nunca arrebatarte eso. Pero, Willa, las cosas que dices ahí, te estás abriendo a extraños, exponiendo cosas que son personales, me da miedo que un día… tengas que dar explicaciones sobre temas que no quieres tratar.

Me acerco un paso más. Ahora estoy demasiado cerca del sofá. Lo noto en cómo cambia su respiración. A él no se le pasa de largo mi acercamiento.

—No necesito que me protejas, Alex —susurro.

—Lo sé —responde—. Pero yo sí necesito hacerlo, siempre fue así entre los dos.

Esa frase me atraviesa.

Me siento por fin en el otro extremo del sofá. No lo toco. No hace falta, la distancia es mínima, eléctrica.

—Hoy en la oficina fue incómodo —admito—. Marketing ya lo vio, me miraban como si hubiera confesado un crimen.

Alex se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Mandarino lo observa con desdén.

—Que te miren —dice—. Pero que esos barriles de radiación no se atrevan a meterse en tu vida.

Su tono es amenazante, pero sonrío.

Mandarino decide saltar del sofá y desaparecer por la escalera. El espacio que deja es brutal.

Alex se acerca un poco más.

Yo no me aparto.

—¿Sabes qué fue lo peor del vídeo? —pregunta, colocando un mechón de su pelo marrón tras la oreja.

—¿Qué?

—Que todos deben creer que te conocen —explica—. Y no tienen ni idea de quién eres.

Su mano descansa sobre el respaldo del sofá, a centímetros de mi hombro. No me toca, ese es el problema.

—¿Y tú? —pregunto, apenas—. ¿Tú crees que me conoces?

Sus labios se curvan, pero no hay humor ahí. Es algo más denso, más peligroso.

—Te conozco demasiado, Willa. —Alex deja caer la cabeza hacia atrás, fija la mirada en el techo alto y suelta el aire con una calma victoriosa, como si con ese gesto se desprendiera de un peso—. Conozco tus miedos, esos que te han acompañado desde pequeña y que te empujaron a refugiarte en el humor. Sé que usas las bromas para crear un ambiente cómodo, para evitar que la gente se marche, para retenerlos junto a ti un poco más.

»Crees que eres libre y rebelde, y, en cierto modo, lo eres, pero también necesitas la estabilidad que yo represento en tu vida. Reconozco tu lealtad, sobre todo hacia quienes han sido generosos contigo. Sé que eres impuntual porque piensas que llegar a tiempo te hace parecer ansiosa, y no quieres dar esa imagen. Eres carismática, todo el mundo adora cualquier cosa que dices, tienes esa facilidad innata para captar la atención y el cariño de los demás.

»No puedo evitar notar tu adicción a la comida basura ni tu costumbre de soltar palabrotas en público, como si desafiar las normas te diera fuerzas. Y, aunque a veces desearías tener el coraje de alejarme de tu vida, no puedes. Quieres tenerme, hacerme tuyo, pero piensas que yo no deseo lo mismo. Y ahí te equivocas —concluye, su voz teñida de una mezcla de certeza y vulnerabilidad.

El aire se vuelve espeso.

Irrespirable.

Como si alguien hubiera cerrado todas las ventanas del mundo.

—Alex… —digo su nombre en voz baja, casi como una súplica. Si seguimos hablando del tema…

—No —me corta, volviendo la cabeza a su posición original—. Si dices mi nombre así, no voy a saber parar.

Mi piel reacciona antes que mi cabeza. Un escalofrío lento, profundo.

—Entonces, no pares —susurro, rogando que no me haya escuchado.

Pero Alex me mira como si acabara de empujarlo al vacío.

—No es justo —dice con la voz rota.

Entiendo a lo que se refiere, no es justo que nos sintamos así, no es justo que se sienta prohibido e inmoral.

—No lo es —reafirmo con un suspiro.

—Mi madre sospecha algo —confiesa de pronto, y se siente como una jarra de agua helada—. Me recordó que somos familia. Que debería tener presente mi papel en tu vida. —Aprieta la mandíbula —. Podría hacerlo, podría repetírmelo cada día…, pero cada vez que te veo, pienso que quizá eres la única cosa que quiero de verdad en este mundo.

Levanto la mano; me tiembla. Acaricio su rostro con una lentitud que quema.

Alex cierra los ojos y emite un sonido bajo, primitivo, como si mi tacto le doliera y le salvara al mismo tiempo. Atrapa mi muñeca, la sostiene con fuerza contenida y me besa la palma.

Me quedo sin aire.

Esto está mal, lo sé. Sin embargo, no puedo apartar la mirada cuando se lleva mi dedo a la boca. Lo envuelve despacio, sin prisa, como si quisiera saborearme.

Estoy inmóvil.

Ardiendo.

Cuando retira mi mano, abre los ojos.

Ya no son los mismos.

Son oscuros. Decididos. Hambrientos.

No hay aviso.

En un segundo, su boca cae sobre la mía. No es un beso dulce, es una tormenta que toma control, una rendición forzada. Sus

manos me sujetan el rostro, me reclaman, me empujan hacia atrás hasta que siento el borde del sofá en la nuca y su cuerpo marcando el mío.

Alex besa como si hubiera esperado toda la vida para hacerlo, aunque no es la primera vez. Besa como si no existiera mañana. Su lengua me busca sin miedo, sin permiso, sin culpa.

Y yo cedo por completo.

Porque en este beso no hay dudas.

Solo deseo.

Solo fuego.

El beso se vuelve más lento, más profundo, como si quisiera aprenderme de memoria. Alex me sostiene con una mano en la nuca y la otra en la cintura, apretándome lo justo para que no pueda fingir que esto no está pasando.

Mi cuerpo responde sin permiso. Me acerco más, me dejo ir.

Siento su respiración alterarse cuando desliza los labios por mi mandíbula, cuando su frente cae contra la mía y sus ojos se cierran como si le doliera contenerse.

—No deberíamos… —murmura, pero no se aparta.

—No pienses —respondo, rozándole la boca.

Gime bajo, casi imperceptible. Su pulgar me recorre la mejilla, baja, se detiene. Parece estar librando una batalla interna entre la cordura y el abismo.

—Willa… —llama, y esta vez mi nombre suena distinto. Roto. Hambriento.

Me besa otra vez, con más fuerza. Sus labios reclaman, su cuerpo se pega al mío, y por un segundo pienso que no va a parar.

Que no quiere.

Que no puede.

Que vamos a follar aquí y ahora. Mi estómago se retuerce de golpe.

¿Estoy lista para eso?

El móvil suena.

El sonido es seco, estridente*. Violento*.

Alex se paraliza.

Abre los ojos de golpe.

—Es mi padre —dice, ya apartándose—. Ese es… ese es su tono.

Contesta antes de que deje de sonar.

—¿Papá?

No escucho la otra voz, pero veo el cambio en su cara. El color le abandona, la tensión se convierte en miedo puro.

—¿Qué? ¿Ahora?

Se pasa una mano por el pelo, camina un par de pasos, vuelve.

Yo estoy de pie, los hombros tensos, mis ojos lo siguen por el salón.

—¿Cómo que una ambulancia? —Traga saliva—. ¿Está consciente?

Mi estómago se contrae.

—Sí…, sí, dime a qué hospital —responde—. Voy para allá.

Cuelga.

Durante un segundo, no dice nada. Me mira como si acabara de despertarse de un sueño demasiado real.

—Es mi madre —revela por fin—. Pico de presión, se la llevaron en ambulancia.

No pregunto nada.

—Vamos —añado, ya cogiendo mi abrigo.

Alex asiente, aún descolocado. Me mira una última vez, como si quisiera decir algo más. Como si todo lo que acaba de pasar quedara suspendido en el aire.

Pero no dice nada, no por ahora.

Alex



El hospital huele igual que cuando era niño.

No importa cuántos años pasen ni cuántos edificios nuevos construyan: el olor siempre es el mismo. Antiséptico, metal y miedo.

Se me mete en el pecho apenas cruzo la puerta automática y siento cómo algo viejo despierta, algo que nunca terminé de enterrar.

Camino rápido, Willa me sigue el ritmo y no dice nada. Su silencio es lo único que no me molesta ahora.

Veo a mi padre antes de que él nos vea a nosotros. Está de pie junto al mostrador de admisión, con el abrigo puesto, como si se hubiera olvidado de quitárselo. Parece más pequeño, más viejo. Cuando me reconoce, su cara se rompe un poco.

—Alex…

Es un hombre de abrazos y sujeta mi cuerpo con fuerza. No me doy cuenta hasta este momento de que mi padre también vivió la época en la que mi madre casi parte para el otro mundo por una infección severa. Él no está exento de sentir todo lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—¿Cómo está? —pregunto, sin rodeos, con la voz tensa.

—Estable —responde—. Me asusté porque la presión estaba muy alta. Yo… pensé lo peor, por eso llamé a una ambulancia.

—Hiciste bien, papá —digo, colocando una mano sobre su hombro.

Willa se acerca y le rodea el torso. Él parece agradecido por el gesto y la abraza de vuelta, frotándole la espalda con cariño.

—Me alegra que estéis aquí —susurra, dejando un beso sobre la frente de Willa.

Todo se siente demasiado familiar, un lazo de sangre que me revuelve las tripas.

Yo estaba en casa, perdiéndome en la piel de Willa, mientras mi padre marcaba a la ambulancia y ahora agradece por tener a sus hijos aquí.

Los mismos que estaban a punto de…

—¿Dónde está? —Me obligo a centrarme en el presente.

—En observación —dice—. Ya viene la médica para darnos el parte.

Asiento.

Me paso la mano por el pelo.

Sé que estoy exagerando, todos lo estamos haciendo, pero el cuerpo recuerda antes que la cabeza.

Cuando era niño, recuerdo ver a mi madre (supuestamente indestructible para mis ojos) en una camilla. Tenía tubos, máquinas y una palidez que la hacía parecer muerta.

Ese miedo nunca se fue; solo aprendí a maquillarlo de disciplina.

—Alex… —llama Willa en voz baja.

No me toca, pero está lo suficientemente cerca como para que la sienta.

Por un segundo, creo percibir su intención de soltar a mi padre y abrazarme a mí, pero la médica aparece, poniéndonos a todos en alerta.

Es una mujer de unos cuarenta y tantos, con gesto sereno y voz firme. Se presenta, nos saluda, mira primero a mi padre y luego a nosotros.

—Su madre está bien —informa, directa—. La presión ya está estabilizada, no se preocupen.

El aire vuelve a mis pulmones de golpe. Cruzo la mirada con Willa; ella reafirma la calma con una sonrisa.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Hubo un desajuste —explica—. Cambió recientemente la medicación para la hipertensión y, además, tomó un ansiolítico. Esa combinación, sumada al estrés, puede provocar descompensaciones bruscas de la presión.

Miro al suelo. Aprieto los dientes, porque recuerdo haber escuchado a mi madre decir algo sobre un ansiolítico, pero estaba tan concentrado en lo que acababa de ocurrir con Willa que no le presté atención.

—No fue un infarto ni un ACV —continúa—. Fue una reacción adversa. Vamos a dejarla en observación esta noche y, si todo sigue estable, mañana se va a casa.

—¿De verdad está bien? —Odio lo infantil que sueno, pero necesito asegurarme.

La médica me mira con comprensión.

—Está bien. Asustada, pero bien.

Asiento.

Willa me acaricia la espalda y lucho contra la necesidad de sujetarle la mano.

La quiero conmigo, cerca de mí, y a la vez quiero no sentirme así.

—¿Podemos verla? —pregunto.

—Sí, pero solo unos minutos —indica la médica—. Necesita descansar; recuerden que acabamos de estabilizar la presión. Nada de gritos ni cosas que puedan alterarla.

Entramos.

Mi madre está despierta. Pálida, sí, pero consciente. Cuando me ve, sus comisuras se curvan en una débil sonrisa.

—Hola a todos —dice.

Me acerco a la cama. Le tomo la mano con cuidado.

—¿Cómo estás, mamá?

Willa rodea la cama para situarse al otro lado y la abraza con fuerza; luego le deja espacio a mi padre para que se acerque.

—Fue un susto nada más, esto es totalmente innecesario —asegura, sujetando la mano de mi padre.

Willa asiente, con esa mezcla de dulzura y fortaleza que tiene cuando no intenta ser graciosa.

—¿Por qué no nos dijiste que habías cambiado la medicación? —suelto, pero suena más a acusación que a pregunta.

Willa me regaña con la mirada.

—¡No pensé que fuera para tanto! —se queja—. Ya la médica se encargó de regañarme y es la única a la que voy a escuchar en esta habitación, ¿está claro?

Todos asentimos al unísono.

—Nos tenías asustados —interviene Willa, acercándose a los pies de la cama.

—Al menos no estáis peleando en este momento —bromea mi madre, mirándonos a Willa y a mí.

Si supiera lo que estábamos a punto de hacer.

La médica entra con cautela por la puerta y nos dedica una sonrisa que claramente significa «Váyanse todos de aquí».

—Alex —dice mi madre cuando me acerco a despedirme—, esto no es nada, deja de preocuparte, ¿vale? Willa, ponlo en su lugar —ordena.

Todos nos reímos.

Cuando salimos de la habitación, mis piernas por fin flaquean un poco. Me apoyo en la pared. Cierro los ojos.

Mi padre deja una mano sobre mi hombro.

—Idos —indica—. Yo me quedaré aquí. Mañana volveremos a casa y podéis venir a verla si queréis.

—Vale —respondo, dándole un abrazo.

Mi hermanastra y yo caminamos de vuelta hacia el coche, en silencio. Entramos y cerramos las puertas con un golpe seco.

Willa se acerca entonces. No me abraza. Apoya su frente en mi hombro, apenas.

—Está bien —dice—. No dejes que tus traumas respondan antes que tu lógica.

Asiento y levanto el brazo para acariciarle el pelo.

Lo que siento por ella no se esfumó con el susto, pero ahora tiene un peso nuevo.

Uno que da miedo.



El coche se llena de un silencio distinto al de antes. El tipo de silencio que queda cuando el miedo ya pasó, pero dejó huella.

Conduzco con las manos firmes sobre el volante, demasiado firmes. Willa mira por la ventanilla. Su reflejo aparece y desaparece en el cristal, fragmentado por las farolas. No dice nada, yo tampoco, pero lo que no decimos ocupa todo el espacio.

Yo estaba tocándola, pensando en su boca, en su cuerpo, en cómo olvidarme de todo lo demás. Mientras tanto, mi madre estaba en una camilla.

La culpa crece cuanto más repaso lo ocurrido. Se acomoda en el pecho, pesada, paciente.

—Si no fuera por la charla que tuve con mi madre, probablemente… —empiezo, y me detengo.

No necesito terminar la frase. Ella sabe muy bien a qué me refiero.

Willa gira la cabeza despacio. Me mira, no con reproche, sino con algo peor: comprensión.

No quiero que me diga que tengo razón, que lo que pasó entre nosotros está directamente vinculado al estrés de mi madre.

—No hagas esto ahora —dice—. Deja que todo se enfríe.

Aprieto la mandíbula.

—Estaba distraído —insisto—. Si hubiera prestado atención cuando habló del ansiolítico…

—Alex —su voz es suave pero firme—, no eres responsable de todo.

Lo dice como si no me conociera desde siempre. Como si no supiera que esa es la mentira que más me cuesta creer.

Vuelvo la vista al frente. El motor suena demasiado alto en el interior del coche. Cada semáforo en rojo se siente como un castigo.

—Te necesitaba —añado—. Hoy sentía que te necesitaba conmigo y tú estabas ahí, pero no como…, sino como mi familia.

Mi pecho se tensa ante esta declaración porque es verdad.

—No sé dónde termina una cosa y empieza la otra —admito—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ella baja la mirada a sus manos, que juguetean con la manga de su abrigo.

—Sí, yo tampoco identifico ese límite.

Otra verdad incómoda.

Llegamos a casa.

El garaje se cierra detrás de nosotros con un ruido seco. Entramos y el silencio del interior es distinto al del hospital: más íntimo, más peligroso.

Willa deja el bolso sobre la mesa, se quita las zapatillas sin mirarme. Yo hago lo mismo.

Ninguno sabe muy bien qué hacer con el cuerpo ahora que ya no hay emergencia que lo justifique.

Hasta que se detiene frente a mí y, con la vista clavada en el suelo, confiesa:

—No quiero estar sola esta noche. —Su voz es casi un susurro—. Y no lo digo como insinuación.

Está rígida, como si se estuviera preparando para que yo la rechace.

—Yo tampoco —respondo.

Me acerco lo justo para que me sienta, para que sepa que estoy ahí. Debo recordar que no soy el único con miedo esta noche.

Y mi papel con Willa siempre fue y será el del protector.

La culpa no se fue, pero hay algo nuevo entre nosotros: la certeza incómoda de que, cuando todo tiembla, nos buscamos.

Y eso… eso cambia las reglas.



La habitación está a oscuras, iluminada apenas por la luz plateada de la luna. El canto distante de un grillo solitario y la respiración de Willa a mi lado marcan el compás de la madrugada.

Dormimos en mi cama.

Está de espaldas a mí, vestida casi por completo: pantalón de pijama, camiseta de manga larga. Yo llevo lo mismo. Demasiada tela y, aun así, no es suficiente protección.

Hay unos centímetros entre nosotros. No muchos, los justos para fingir que esto es inocente.

Buscamos contención como hermanastros.

Como dos personas que sintieron miedo hoy.

Pero el cuerpo no entiende de etiquetas cuando la noche se alarga.

Intento dormir, lo intento de verdad. Cierro los ojos, cuento respiraciones, me obligo a pensar en cualquier cosa que no sea ella.

No funciona.

Siento su espalda subir y bajar. El ritmo lento de su respiración me atraviesa el pecho. El calor que emana de su cuerpo se filtra por las sábanas y me encuentra.

Demasiado cerca.

Mi brazo roza su espalda por accidente, o eso me digo. Ninguno se mueve para corregirlo.

—¿Estás despierto? —susurra.

—Sí.

Silencio otra vez. Uno cargado.

—No puedo dormir —admite.

Yo tampoco.

Trago saliva.

—Ven —digo, sin pensar demasiado—. Acércate.

Tarda apenas un segundo. Se mueve despacio, como si temiera romper el silencio. Su espalda queda apoyada contra mi pecho. No la abrazo aún, me quedo quieto, tenso, consciente de cada punto de contacto.

Su pelo huele a jabón y a ella. Mi respiración choca con su cuello.

Esto debería ser suficiente.

No lo es.

Pasan unos minutos, quizá segundos, hasta que su cuerpo comienza a relajarse, su tacto confía en el mío. Y algo dentro de mí se abre demasiado, una grieta peligrosa.

Necesito más.

No más como deseo descontrolado, más como ancla, como prueba de que no estoy solo en esta noche.

Deslizo la mano con cuidado, primero hasta su antebrazo. Me detengo y le doy espacio para apartarse si quiere.

No lo hace.

La acerco un poco más. Solo un poco. Lo suficiente para que su espalda encaje mejor en mi pecho, para que el vacío desaparezca.

—Alex… —murmura, apenas.

Alex, no nos hagas esto.

Alex, no lo hagas más difícil de lo que ya es.

—Lo sé —respondo en voz baja—. Solo… quédate.

Ella asiente, casi imperceptible. Su mano busca la mía y la aprieta con fuerza contra su pecho, como si también tuviera miedo de caerse.

Somos solo dos cuerpos despiertos, aferrándose en la oscuridad.

Y mientras el sueño finalmente empieza a vencerme, entiendo que esto es lo más peligroso de todo: no el deseo, no el pasado, no lo que casi ocurrió. Sino la forma en que la necesito esta noche. Y la forma en que ella decide quedarse.



El cuerpo se despierta antes que la cabeza.

Un tirón seco en el pecho, como si algo invisible me arrancara del sueño. El aire entra mal, a trompicones. El corazón me golpea con fuerza, desordenado, demasiado rápido.

Abro los ojos y, durante un segundo, no sé dónde estoy.

La oscuridad.

El techo conocido.

Mi habitación.

Aun así, el miedo no se va. Me recorre entero, sudor frío en la nuca, manos tensas, mandíbula apretada como si hubiera estado a punto de gritar.

Respiro. Uno, dos. Uno, dos.

No funciona.

Me muevo bruscamente y es entonces cuando la siento.

Willa.

Su cuerpo sigue pegado al mío, cálido, real. Su espalda se tensa al instante, alerta incluso dormida.

—¿Alex? —murmura, a medio desvelar.

No puedo hablar todavía, si abro la boca ahora, sale el pánico.

Ella se gira despacio, lo justo para verme la cara. No enciende la luz, no pregunta qué pasó. Me conoce demasiado.

Apoya la mano en mi pecho. Siente el ritmo desbocado bajo la tela del pijama.

—Respira conmigo —ordena en voz baja—. Mírame.

Lo hago. Me aferro a su cara como si fuera un punto fijo en medio de un cuarto que todavía amenaza con desaparecer.

Inhalo cuando ella inhala.

Exhalo cuando ella exhala.

Su mano no se mueve, no acaricia. Solo está ahí, firme, anclándome.

—Estás en casa, conmigo —dice—. Mónica está bien, todo está bien.

El corazón empieza a obedecer. De mala gana, pero obedece.

Cierro los ojos un segundo y apoya su frente contra la mía.

—Soñé… —empiezo, y me detiene.

Se acerca un poco más, su pierna roza la mía, su brazo rodea mi costado, despacio, como si pidiera permiso incluso ahora.

—No tienes que explicarme nada, Alex —susurra—. Estoy aquí.

Eso es lo que termina de quebrarme.

La rodeo entonces. No como un amante desesperado, sino como alguien que se está cayendo y encuentra un cuerpo al que aferrarse. La aprieto contra mí, buscando su calor, su peso, la prueba física de que no estoy solo en esta cama ni en esta noche.

Willa entierra la cara en mi pecho. Su respiración se vuelve más profunda, más lenta, marcándome el ritmo.

Dios, cómo extrañaba estas noches.

Cuando Willa se escabullía en mi cama, no era solo ella la que buscaba contención, yo la necesitaba también, y tenerla ahora

aquí…, *joder.*

—No me voy a ningún lado.

Esa necesidad no desaparece, se transforma en una especie de hambre de contacto. De no volver a despertar solo nunca más.

Me quedo así, despierto todavía, sintiendo cómo el pulso termina de calmarse bajo su mano.

Y entiendo que esto… esto es lo que más me asusta.

No el trauma.

No la culpa.

Sino lo fácil que es necesitarla cuando todo se rompe. Todos estos años sin ella fueron una tortura, y ahora que está aquí…, ¿cómo dejarla ir?

Willa sigue contra mí, cálida, despierta. Lo sé por la forma en que su cuerpo no termina de relajarse, por cómo su mano permanece abierta sobre mi pecho, consciente de cada latido.

El silencio cambia.

Deja de ser contención, comienza a ser otra cosa.

—¿Mejor? —susurra, apenas.

Asiento, aunque no es del todo verdad.

Porque el miedo se fue y dejó espacio para algo nuevo.

Mi cuerpo reacciona antes de que pueda pensarlo. A su cercanía, a su olor. A la forma tan perfecta en que encaja contra mí como para seguir llamándolo consuelo.

Ella también lo siente. Lo noto en cómo se tensa de nuevo, en cómo su respiración pierde el ritmo que me estaba enseñando.

No nos movemos.

Error número uno.

Mi mano, todavía en su espalda, se desliza un poco más abajo. No busca nada concreto, solo confirma que está ahí. Que es real.

Nuestros rostros quedan demasiado cerca. Puedo sentir su aliento, tibio, irregular.

—Esto no es… —empieza.

—Lo sé —respondo.

No digo *qué* no es. No hace falta.

Sus dedos se aferran a mi camiseta, arrugando la tela. No me aparta y no me detiene.

La tensión se vuelve insoportable. No es la urgencia lo que nos empuja; es la acumulación de todo lo que no dijimos, todo lo que evitamos hoy, todo lo que casi ocurrió.

Acaricio la curva de su culo con las puntas de mis dedos, demasiado temeroso como para apoyar la mano al completo.

Ella toma aire, sorprendida y excitada.

Nunca fui tan lejos, nunca la toqué en las zonas donde más quería tocarla.

Willa se muerde el labio con fuerza, cierra los ojos con una mezcla de placer y miedo, puedo verlo en la luz tenue de la noche.

Ese gesto es lo que termina de romper algo.

La beso.

Un beso lento, contenido, como si todavía intentara convencerme de que puedo parar. Su boca responde de inmediato, suave al principio, con cuidado, y luego con una presión que delata lo mismo que siento yo.

Su mano sube hasta mi cuello y me acaricia la nuca. Mi pulso vuelve a acelerarse, pero esta vez no hay miedo.

Hay necesidad.

Nos separamos un poco, respirando agitados, mirándonos como si acabáramos de cruzar una frontera invisible. Ninguno de los dos puede creer que finalmente estemos a punto de hacer algo que no tiene vuelta atrás.

—¿Estás seguro? —pregunta.

La envuelvo y giro hasta dejarla sentada sobre mis piernas. Siento su cuerpo reaccionar al roce, el calor concentrándose en lugares que no deberían estar tan despiertos ni en contacto.

Me quedo así, sosteniéndola, con la certeza peligrosa de que después de esta noche nada va a volver a sentirse inocente.

Y mientras el deseo late entre nosotros, entiendo algo con una claridad que asusta: no es solo que la quiera, es que la necesito de una forma que ya no sé cómo controlar, que no sé si es saludable.

El beso pierde la suavidad inicial y gana fuerza, intención. Nuestras respiraciones se desordenan. Mi mano sube por su espalda y ella responde acercándose más, eliminando el último espacio que nos separaba.

El contacto es inmediato. *Abrumador.*

No hay palabras, ni advertencias. Solo sé que algo estuvo creciendo y que ahora ya no pide permiso.

Devora.

Willa se mueve primero, apenas presiona su centro con el mío. Lo justo para que yo entienda que no soy el único que está cruzando esta línea. Sus dedos se aferran a mi pelo con una mezcla peligrosa de necesidad y decisión.

La quiero más cerca, necesito su piel.

La tumbo con rapidez, me inclino sobre ella. Nuestros cuerpos se acomodan, se buscan, se encuentran con una naturalidad que asusta.

Todo es calor.

Respiración.

Lujuria separada solo por capas demasiado finas.

Le beso el cuello, lento, como si quisiera memorizar cada centímetro de piel antes de perder la cordura. Huele a ella, a casa, a algo que siempre fue mío sin que yo lo supiera. Mis manos suben, tiemblan apenas cuando le levanto la camiseta.

—Mírame —le ordeno en voz baja.

Sus ojos se clavan en los míos mientras la desnudo despacio, como si al hacerlo estuviera rompiendo algo sagrado. Cuando mis dedos recorren su pecho por primera vez, su respiración se corta.

Me observo acariciarle el pezón, su piel reacciona al instante.

Nunca creí ser verdaderamente capaz de llegar tan lejos.

Cruzada esta línea, no hay vuelta atrás.

No hay punto de retorno.

Le beso los pechos con hambre, *con urgencia*. Saboreo sus pezones pequeños y duros, su espalda se arquea para demandar más de mí.

Aquí no hay culpa ni tormento, todo lo que siento es demanda y calor.

Mis manos bajan, explorándola, comprobando lo que llevo años imaginando. Le quito el pantalón con un movimiento ágil y, cuando mis dedos la encuentran húmeda y preparada, maldigo en voz baja.

—¿Te excita esto? —pregunto, áspero—. ¿Saber que está mal?

Asiente, incapaz de hablar.

Joder.

Mis dedos se hunden en ella, la hago sentirme despacio al principio, arrancándole gemidos suaves, temblorosos. Su cuerpo responde a cada caricia como si me hubiera estado esperando toda la vida. Cuando empieza a moverse contra mi mano, pierdo la paciencia.

—Mírame cuando te toque —insisto—. No te escondas.

Mi nombre vuelve a salir de su boca, roto, cargado de algo que no suena a consuelo ni a miedo. Suena a deseo contenido durante demasiado tiempo.

No pienso.

No analizo.

El mundo se reduce a este espacio mínimo donde solo existen nuestros cuerpos reaccionando en la oscuridad.

Esta sed lleva años dañándome. Durante mucho tiempo, he sentido cómo me consume por dentro, una necesidad que se ha ido acumulando y creciendo con cada instante de espera, cada fantasía reprimida. No es solo un deseo momentáneo, sino una fuerza constante, persistente, que ha marcado mi manera de sentir, de actuar y de buscar aquello que he imaginado durante años. Ahora, en este espacio reducido donde solo existen nuestros cuerpos y la noche, esa sed se manifiesta con toda su intensidad, mostrándome que ha estado ahí, castigándome, esperando ser saciada.

La beso mientras hundo el segundo dedo, llenando su interior. Puedo sentirla alcanzar el borde del precipicio y me aprovecho para satisfacer mi hambre, besándola con salvajismo mientras ella se contrae por mí.

Willa se contorsiona con los movimientos más sensuales que vi en mi puta vida, busca su placer sin dejar de mirarme, dice mi nombre como si tuviera que recordar que soy yo el que la está penetrando con los dedos, el que la mira con ansia desmedida, con la necesidad de poseer cada centímetro de su cuerpo y su mente.

Cuando se corre, toma una larga bocanada de aire y se petrifica. No hay gritos, no dice mi nombre, solo deja que el orgasmo la posea.

Verla me vuelve loco, y cuando saco mis dedos de ella, me los llevo a la boca y gimo al sentir su sabor. Willa me mira en *shock* y no me importa, este es quien soy. Me reprimí toda la vida y pienso aprovechar esta breve ventana de total libertad que me ha concedido mi mente para follarme a mi hermanastra sin culpa.

Me bajo el pantalón sin apartar la mirada de la suya. Me observa con una mezcla de nervios y deseo que me aprieta el pecho.

—Si hacemos esto —le digo, acercándome—, no voy a fingir que no pasó. ¿Está claro?

—No quiero que finjas —responde, casi sin voz.

Busco rápidamente un preservativo en mi mesa de noche. Rompe el momento, pero me esfuerzo para no despertar de esta burbuja. Cuando vuelvo a ella, le separo piernas y me ubico donde siempre quise estar.

Ella me rodea la cintura con las piernas. La siento caliente, abierta para mí. Me detengo un segundo, apoyando la frente en la suya.

—Respira conmigo —le susurro—. Dime si te hago daño.

—Entra —me pide—. Por favor.

Y entro.

Despacio al principio, malditamente despacio. Su cuerpo me aprieta, me reclama, y tengo que cerrar los ojos un segundo para no perder el control demasiado pronto.

—Joder… —se me escapa—. No sabía que lo tabú podía sentirse así.

Empiezo a moverme, marcando el ritmo, profundo, constante. Cada embestida arranca un gemido de sus labios. Se aferra a mis hombros, me araña la espalda, y algo primitivo se despierta en mí.

—Dime que soy yo —le ruego—. Soy yo el que te folla, Willa.

—Eres tú, Alex —gime—. Siempre fuiste tú.

Eso me rompe.

Aumento el ritmo, la tomo más fuerte, más decidido. Le sujeto las manos sobre su cabeza y entrelazo nuestros dedos con fuerza. Sus pechos quedan expuestos y mi lengua explora cada centímetro. Gemidos llenan la habitación, se mezclan con mi respiración pesada.

La siento tensarse, perder el control.

—No te corras todavía —le advierto, con la voz oscura—. Llevo años queriendo follarte, Willa. Años imaginando tu coño apretado y perfecto.

Pero no puede evitarlo.

Se corre pronunciando mi nombre, y ese sonido es el último hilo que me sostiene antes de caer. El placer me atraviesa sin aviso; me pierdo con un gemido ahogado, escondiendo el rostro en su cuello, aferrándome a ella como si fuera lo único real cuando todo lo demás desaparece.

Mi orgasmo parece no bajar nunca y empujo en ella, descargando todo el deseo contenido.

Nos quedamos así unos segundos.

Respirando.

Temblando.

Cuando vuelvo a la realidad, le aparto el pelo del rostro y le beso los labios.

—Ven aquí —murmuro, llevándola a mi almohada.

La aprieto contra mí, consciente de una verdad incómoda y deliciosa:

Acabo de cruzar el límite y no me arrepiento.



La luz me despierta antes de que esté emocionalmente disponible para el día.

Entra filtrada por las cortinas, gris y con la suficiente suavidad como para fingir que nada grave pasó.

Abro los ojos con cautela.

Alex duerme de lado, el ceño fruncido, como si incluso dormido estuviera en una reunión con alguien que no sabe que lo está decepcionando. Respira profundo, parejo. Su pelo cae alocado sobre su rostro, su pijama en algún momento desapareció, y no por mí; probablemente, tenía demasiado calor.

Lo observo sin moverme.

Hay cierta familiaridad sospechosa en esta escena. Es nuevo, pero no del todo. Su cama, la mañana, mi cuerpo… Todo parece normal.

Y eso es lo que me da miedo.

Me muevo apenas. Las sábanas hacen ese ruido delator que, cuando menos quieres que suene, más fuerte lo hace. Alex se agita, frunce más el ceño… y abre los ojos.

Me mira.

No hay confusión.

No hay pánico.

No hay ese segundo incómodo de «¿Qué acabamos de hacer?».

Se restriega la cara y toma aire.

Ahí aparece mi pánico favorito.

El miedo a la claridad postorgasmo.

A que, ahora que el cuerpo se calmó y la cabeza volvió a encenderse, todo esto le resulte una pésima idea. Incómoda, repugnante. Algo que preferiría archivar e ignorar como en otras tantas ocasiones hizo.

Hay reconocimiento inmediato. Crudo y directo. Como si ambos supiéramos exactamente dónde estamos y, peor aún, por qué estamos aquí.

—Hola —digo en voz baja, medio rota por el sueño… *y por decisiones cuestionables.*

—Hola —responde. Su voz es grave, tranquila. Demasiado tranquila para un hombre que cruzó una línea conmigo y decidió no incendiar nada todavía.

Nos miramos como si estuviéramos esperando algo: el arrepentimiento en el otro, el discurso correcto, el manual de instrucciones para *después de acostarte con tu hermanastro*.

Me incorporo despacio y me cubro mejor con la sábana. No por pudor, sino por supervivencia emocional. Necesito una barrera, aunque sea simbólica.

Alex hace lo mismo, apoyándose en el cabecero. La distancia que aparece entre nosotros es mínima…, pero nueva. Y eso la vuelve real.

Parece que todo se enfrió desde anoche, cuando varios sentimientos se solaparon y decidimos apretar el gatillo.

—Alex… —empiezo.

Levanta la mano.

—No —me interrumpe, suave—. Lo de anoche no fue un accidente —declara—. Y no voy a tratarlo como tal.

Mi estómago se tensa. No porque no esté de acuerdo, sino porque escucharlo decirlo lo vuelve oficial.

Apenas puedo mirarlo a los ojos cuando digo:

—Me asusta un poco lo seguro que estás —admito. Y no exagero. Me asusta lo firme que suena.

—No voy a fingir que no pasó ni que no significó nada.

Lo miro de reojo, estudiando su cara, su mirada demasiado sincera para mi tranquilidad.

No está huyendo.

Asiento despacio.

Nos quedamos así, sentados, compartiendo un silencio que ya no es vacío. La casa empieza a despertarse alrededor. Algún ruido lejano. El reloj marcando los segundos.

Tic. Tac. Tic. Tac.

—Las cosas van a cambiar —dice finalmente—. No sé cómo ni cuándo…, pero ya cambiaron.

No necesito pensarlo.

—Lo sé —respondo.

Lo sé en el cuerpo, en la forma en que ya no puedo mirarlo igual. Ayer Alex me mostro un nuevo lado, uno que sospeché que existía, pero que nunca había experimentado.

La luz de fuera va cambiando de color.

—Vamos a ver a mamá… —enuncia, y se detiene a mitad de la frase, como si acabara de pisar una mina—. A mi madre. Bueno, a Mónica.

—Ya entendí —murmuro, riéndome por lo bajo.

Él también se ríe. Breve, torpe. Compartimos una complicidad rara, nueva, de esas que no tienen nombre, pero ya pesan.

Luego me mira.

Me atraviesa con esos ojos marrones indecentes y con tantas pestañas que podrían arruinarle la autoestima a cualquier mujer con rímel caro. Durante un segundo sonríe… y, después, esa sonrisa se le va borrando muy despacio.

Me levanto. Él también.

Alex no tiene ningún pudor en mostrar su cuerpo, absolutamente ninguno. Está ahí, de pie, con sus abdominales perfectamente definidos, el pelo completamente descontrolado, cayéndole sobre los hombros, marrón, con esas líneas doradas que aparecen solo cuando la luz le da de cierto modo y me hacen pensar cosas que no debería plantearme tan temprano por la mañana, pero ¿qué soy? ¿Un hombre?

Yo, en cambio, estoy a los pies de la cama, envuelta en una cantidad de tela que ya no sé si es sábana, funda o un intento desesperado de dignidad. Mi pijama está abandonado en el suelo como una decisión que ya no puedo deshacer.

¿Agacharme desnuda para agarrarlo?

No, gracias.

Me quedo quieta, apretando la tela contra el cuerpo, fingiendo que tengo todo bajo control cuando, claramente, nadie aquí firmó ese acuerdo.

—Bueno… —digo, aclarando la garganta, intentando meterme en el papel de mujer adulta y serena—. Al menos ya rompimos el hielo, ¿no?

Alex me mira como si estuviera evaluando si eso fue un chiste, una metáfora o un grito de auxilio.

Genial. Excelente *delivery*.

—O sea… —sigo, porque, cuando algo sale mal, mi cerebro siempre propone *empeorarlo*—. Hablo del hielo metafórico.

Cierro los ojos un segundo. *¿Por qué sigo hablando?*

—Willa —dice él, con una calma peligrosa. Se acerca a mí, imponente y hermoso. Una curva casi imperceptible se dibuja en su boca; no es una sonrisa completa, es una de esas medias sonrisas que no saben si reírse o pedir disculpas a la vida—. No es gracioso —agrega.

—No —coincido enseguida—. Si esto fuera un *stand up*, ya me estarían bajando con abucheos. —Aprieto la sábana contra el pecho y respiro hondo—. Prometo no hablar más, al menos hasta estar vestida. Es cuando mejor me desempeño.

Alex suelta una exhalación corta.

—No coincido —responde, recorriendo mi cuerpo con un hambre que nunca me había mostrado.

El calor me sube desde el estómago hasta el rostro. Y, a medida que avanza, aparto la vista.

Alex me sujeta la quijada y la eleva, obligándome a mirarlo. Observa mis labios con una intensidad que me deja quieta.

—Gracias por ayudarme anoche —susurra—. Sé que fue un poco desmedido. Tengo cosas sin resolver…, pero que tú estuvieras esta

vez lo hizo más fácil.

Asiento, con miedo de abrir la boca y arruinar el momento con otro chiste de mierda.

—¿El sexo te deja muda? —pregunta, arqueando una ceja.

Niego con la cabeza.

Él se ríe por lo bajo y pasa a mi lado, rumbo al baño.

—Ven —dice sin mirarme—. Déjame limpiar tu cuerpo. No vaya a ser que mi madre se dé cuenta y le suba la presión otra vez.



Por supuesto, mi madre está cocinando cuando llegamos a su casa.

Han pasado apenas tres horas desde que volvieron del hospital y, como sabía que vendríamos, puso en marcha su «desayuno pelotón» (así lo llama cuando estoy yo, porque, según ella, zampo como un regimiento miliar entero).

Nadie puede detenerla, no importa cuánto la amenacemos.

Sobre la mesa del comedor hay de todo: tostadas, huevos, dulces, fruta, beicon. Demasiado. Siempre demasiado.

Le arrebato un par de platos de las manos.

—¿Qué parte de *reposo* no entendiste?

Willa aparece detrás con dos platos más, cargados de jamón y distintos tipos de queso.

—Le dije que se detuviera, pero no tiene control esta mujer —dice mientras los deja en la mesa.

Se inclina un poco y mis ojos se desvían hacia su culo redondo durante un microsegundo exacto. Lo justo para que mi padre se siente en la cabecera y me observe.

Me pongo nervioso de golpe.

Pierdo el equilibrio de uno de los platos y toda la fruta cae sobre el mantel impoluto de mi madre.

—Alexander Moor —alza ella la voz, usando *ese* tono de regaño —. ¿Qué te dije sobre tus dedos de chorizo?

Willa explota en carcajadas. Yo miro a mi madre, compungido.

—Lo siento…, se me resbaló —murmuro mientras empiezo a recoger todo.

—¡Deja de tocar la comida! —exclama—. Madre mía, siempre has sido un muchacho tan torpe con las manos.

Willa levanta las cejas de forma sugestiva; deduzco que ella no opina igual después de lo de anoche.

Me quedo boquiabierto al recordar.

Mi madre me empuja hasta sentarme en la silla, al lado de mi padre, y se marcha murmurando cosas que no distingo, pero que, sin duda, tienen que ver conmigo.

Willa corre detrás de ella y las escucho discutir en la cocina sobre quién va a recoger la fruta.



La casa de mis padres se mantiene exactamente igual que cuando yo era adolescente.

A pesar de haber tenido una vida abundante, decidieron retirarse y recorrer el mundo; administraron su dinero para poder experimentar esa parte de la vida que ninguno de los dos conocía.

Mi padre, por adicto al trabajo.

Mi madre, por venir de las esferas más bajas de la sociedad.

El comedor formal conserva el candelabro antiguo, la mesa para seis de madera pesada y oscura, el mantel blanco de lino y, por supuesto, flores del jardín como centro de mesa.

Las paredes están cubiertas de fotos bochornosas de Willa y mías: la graduación del colegio, sonrisas con aparatos y granos en el rostro; el primer día de clases de Willa, con una mochila más grande que su espalda; la foto de la boda de mis padres, congelados justo al salir de la iglesia, mientras todos aplaudían su gran historia de amor.

Mi plato tiene huevos, beicon, tostadas y algo dulce que no logro identificar, pero que seguro contiene mil kilos de azúcar.

Observo el plato de mi madre: similar en composición, no tanto en cantidad. Mi padre también lo nota.

—Come despacio —dice él, sirviéndose café—. No quiero otro susto hoy.

—No me pienso perder un huevo con beicon —responde ella—. Además, ya establecimos que fue un error de medicación. Dejad de mirarme así.

—Eso dijiste ayer, antes de intentar reorganizar la cocina con la presión por las nubes —replica mi padre—. Hoy me obedeces.

Mi madre pone cara de pícara. Yo pongo los ojos en blanco.

Willa se sienta frente a mí, tranquila, demasiado tranquila. Lleva el pelo recogido de cualquier manera y una camiseta amplia que no debería recordarme a su pijama… y, aun así, lo hace.

—¿Cuántos tenía en esa foto? —pregunta, señalando con el tenedor cargado de fruta una imagen que recuerdo demasiado bien.

Esa foto la tomé yo.

—Dieciocho —responde mi madre, mirándola con todo el amor del mundo—. Unos días antes de tu graduación.

Bajo la mirada al plato.

—Recuerdo lo que me hice en el pelo —dice Willa—. ¿Os acordáis? No sé por qué decidí que el celeste era un buen color. Menos mal que la amiga de Alex pudo ayudarme.

Mierda.

—¿Amiga? —pregunta mi padre, señalándome—. Tu hermano hizo volar a una estilista desde Los Ángeles para que te arreglara el pelo antes de la graduación. Le costó mucho dinero.

Sin mirarla directamente, veo cómo la sonrisa de Willa se desvanece de golpe.

—Pero… —empieza— me dijiste que ella vivía por aquí. Que era una aprendiz.

Me encojo de hombros.

—¿Qué diferencia hay? Lo importante es que te arregló ese desastre.

Mi madre nos observa en silencio, cautelosa. Mi padre no entiende qué está pasando.

Willa sí.

Está entendiendo que lo que siento por ella viene de mucho antes.

—¿¡Qué diferencia hay!? —estalla de pronto, enfadada—. ¡Que me hiciste creer que era una chica cualquiera y era una peluquera famosa! ¿Cuánto le pagaste? —Mira a mi padre—. Tony, ¿cuánto dinero…?

—No lo recuerdo —dice él, fingiendo. Por supuesto que se acuerda. Cuando le pedí ese dinero todavía estaba en la universidad, trabajaba día y noche para levantar Pulso y no tenía ni un centavo a mi nombre—. Solo recuerdo que, a la semana, me envió un cheque con los fondos correspondientes.

Willa se queda prácticamente con la mandíbula sobre la mesa.

—¿Has hablado con la cardióloga ya? —pregunto a mi madre, intentando desviar la conversación.

—La llamé esta mañana. Está al tanto de todo.

Mis ojos permanecen en ella, pero los de Willa están clavados en mí.

Puedo sentir lo desesperada que está por seguir hablando del tema, por exigirme una respuesta.

No está lista para eso.

Y, si soy honesto, yo tampoco.



Encuentro a mi madre bajando la escalera del ático con una caja entre los brazos, una de esas que pesan más de lo que ella está dispuesta a admitir.

—¡Mamá! —Me adelanto y le quito la caja antes de que termine de bajar—. ¿Pero qué haces? Alex va a matarte.

—No si no le dices nada —responde, restándole importancia con un gesto de la mano—. Estoy aprovechando que estás aquí para que me ayudes. Ven.

La sigo por el pasillo del segundo piso hasta lo que fue mi habitación. La cama sigue en el mismo sitio, con el edredón rosa y los cojines con corazones que tenía de niña. En las esquinas hay cajas apiladas: adornos de Navidad, de Acción de Gracias y cosas que nadie recuerda haber guardado.

—¿Qué es esto? —pregunto, sentándome en la cama con la caja sobre las piernas.

—Tus dibujos de cuando eras pequeña —dice—. Mira si quieres quedarte con alguno. Yo haré lo mismo, y el resto…, bueno, ya es hora de dejarlo ir.

—¿Y por qué no lo hiciste antes?

—Sabes que soy sentimental —se excusa, sentándose a mi lado —. Aquí hay muchas cosas que hablan de tu historia.

Introduce la mano en la caja y saca una pulsera roja, gastada.

—Esto vino contigo cuando llegaste a casa. Me dijiste que tu madre te la había puesto para ahuyentar a los malos espíritus. No me pareció justo tirarla.

Mónica no tiene idea de lo difícil que es para mí alejarme de mis padres biológicos ni sabe cuántas veces intentan regresar a mi vida solo para pedirme dinero. Nunca se lo cuento, porque Mónica vive en su burbuja de positivismo y cosas extrañas donde parece que todo el mundo es bueno.

Desde que cumplí dieciocho, mi madre biológica me manda mensajes (bueno, son prácticamente cartas de lo extensos que son) diciendo que por mi culpa tiene antecedentes y ahora no puede conseguir trabajo estable, así que, según ella, es mi responsabilidad mandarle dinero.

Hubo veces en que casi caigo, pero con el tiempo aprendí a ignorarla. Ahora, cuando llega un mensaje, simplemente, lo borro.

—Tírala —digo—. No quiero nada que me recuerde a ellos.

Intento que no suene duro. *No lo consigo.*

Mis manos rebuscan entre el papel, los dibujos, las manualidades, hasta que tropiezo con algo blando.

—Oh…

Saco un peluche.

—No recordaba este —murmuro.

—Lo adorabas —dice mi madre—. Tenías una obsesión con los gatos naranjas. Mira.

Me enseña un montón de hojas. Una tras otra, la misma temática: un gato naranja, siempre con los ojos grandes, siempre sonriendo.

—No lo recordaba —repito, sosteniendo uno de los dibujos.

El parecido con Mandarino es inquietante.

En ese momento, Alex aparece en la puerta. Se queda apoyado en el marco, observándonos con cautela, los brazos cruzados.

—¿Qué es todo esto?

—Mira —le digo, levantando el dibujo—. Mandarino.

Su expresión cambia. Apenas, pero lo suficiente como para que yo lo note.

—Lo recuerda, hija —asegura mi madre, encantada—. Si Alex insistía en que compráramos uno. Por eso adoptó a Mandarino después.

El silencio cae pesado.

Alex carraspea.

—No exageres, mamá.

—Pero si recuerdo el día que lo adoptaste, dijiste que quizá ahora que estaba allí, Willa…

—Era un comentario cualquiera —interrumpe él—. Además, Mandarino apareció porque casi lo atropello.

Levanto la vista muy despacio.

Casualidad.

La palabra se me queda clavada en el pecho.



Horas después, el ascensor de la oficina se cierra tras nosotros. Alex revisa el móvil. Yo me observo en el espejo, pero lo tengo a él en el rabillo del ojo.

—¿Vas a seguir mirándome así o piensas decir algo? —pregunta sin levantar la vista.

—Estoy pensando.

—Eso nunca es buena señal.

Lo persigo por la oficina a pesar de tener que ir hacia el lado contrario, Jane no está en su puesto, así que me siento un poco más cómoda entrando en el ártico. En su despacho se quita la chaqueta y afloja el nudo de la corbata. Un gesto automático, íntimo, que no sé por qué me enciende así.

—Entonces… —dudo, caminando despacio alrededor del escritorio—, lo del gato…

—No hay «lo del gato».

—Mónica dice lo contrario.

—Mi madre tiene memoria selectiva.

Me detengo frente a él.

—¿Casualidad también?

—Sí.

Me inclino hacia delante y apoyo las manos en la mesa. La distancia se reduce. No lo toco, pero mi cuerpo ya está diciendo demasiado.

—Qué curioso —murmuro—. Porque Mandarino se parece demasiado a esos dibujos.

—Hay muchos gatos naranjas en el mundo, Willa.

—Es verdad, pero tú no te riges por casualidad, Alex, tú meditas todas tus decisiones.

Levanta la mirada. Sus ojos marrón chocolate se clavan en los míos.

Diferentes.

—Willa… —amenaza

—¡Solo estoy preguntando!

Doy un paso más. Su respiración cambia.

—¿Fue nostalgia? —susurro.

—Fue práctico.

—Mentiroso.

Sonrío apenas y dejo que un dedo roce su muñeca. Nada evidente, todo calculado.

—Alex…, ¿lo hiciste por mí?

—No.

—¿Seguro?

Inclino la cabeza, bajo la voz.

—Porque, si de verdad hubiese sido casualidad…, no te pondrías así.

El silencio se espesa.

Apoya las manos a cada lado de mi cuerpo, atrapándome sin tocarme del todo.

—No fue casualidad —admite—. ¿Contenta?

—¿Por qué, entonces?

Sus ojos se suavizan, traicionándolo.

—Porque… —dice—, pensé que, si mamá te decía que tenía un gato naranja, ibas a querer venir a visitarlo, ergo…

Trago saliva.

—¿Ibas a verme?

—Sí, Willa —formula sobre mis labios—. Durante mucho tiempo te escondiste de mí, de esto, y lo único que trajo fue dolor a los dos. —Se aparta de golpe, como si hubiera dicho demasiado—. Vete a trabajar. Antes de que siga hablando de más.

Sonrío.

Porque ahora lo sé. Durante todos esos años separados, Alex no dejó de pensar en mí, como yo no dejé de pensar en él.

Esto significa una sola cosa, esto no es solo carnal, no es solo un juego pervertido, aquí hay algo más, algo que me va a preocupar más adelante.

Apuesto mi sueldo completo.

Alex



La sensación que tengo al llegar a casa y ver a Willa cocinando mientras ve la televisión es rara.

Nueva.

Y me calma después de un día de mierda.

—¿Puedes creerlo? —dice sin apartar la vista de la pantalla. En la televisión transcurre un drama coreano mientras ella remueve algo en una cacerola—. Resulta que el amante… ¡era el hermano!

—Qué graciosa —respondo, dejando mis cosas a un lado.

Me regala una sonrisa pícara que me tensa los hombros. Hace mucho que no me sonríe así, desde que comenzó este tirón entre los dos, específicamente. Me detengo a su lado y señalo la cacerola, de la que sale un vapor intenso.

—¿Qué es esto?

—Comida —me suelta, apagando la televisión—. Casera, no esas precocinadas de Pulso, que, por cierto, son un asco.

Uno las cejas, listo para batallar.

—No son un asco. Son sanas, Willa. Y ¿esto qué es? ¿Carne hervida?

—Sí. El estofado de Mónica. Su receta, paso a paso.

Me muerdo el labio al recordar cuánto disfrutaba estas comidas cuando era niño. Le quito la cuchara de madera de la mano y levanto lo que puedo de los ingredientes, antes de que intente

recuperarla a manotazos. El sabor me golpea de inmediato *y me quema*, haciéndome abrir la boca, desesperado por que se enfríe.

Willa me arrebata la cuchara y me golpea el brazo con ella.

—¿Estás loco? ¡Mira cómo te estás quemando!

Sirve un vaso de agua y corre hacia mí para que lo beba. Lo hago, tragando rápido, sin pensar.

Cuando dejo el vaso sobre la isla, la miro, de brazos cruzados, entre preocupada y enfadada.

Y de golpe los dos comenzamos a reír.

Es como un peso que se levanta de mis hombros y algo en mí despierta.

Algo carnal.

Algo que dormía muy profundamente dentro de mí.

Sobre mí.

En mí.

Las imágenes de anoche regresan como una ráfaga de aire ardiente y, antes de darme cuenta, le sujeto el pelo y le elevo el rostro para tenerlo a mi entera disposición. Mi boca se hunde en la suya, desesperada.

Willa responde al instante, colgándose de mi cuello para avivar aún más el hervor de nuestros labios. Se rinde por completo cuando la siento sobre la isla, sediento, necesitado de ella.

—Sabía que tenerte una vez no sería suficiente —murmuro, levantándole la camiseta para arrojarla a cualquier parte—. ¿Quieres una confesión, Willa?

Ella me desabrocha la camisa con rapidez y la deja caer sobre mis hombros.

—Sí…, por favor —responde entre gemidos.

—Me pasé todo el puto día pensando en cómo iba a follarte hoy. ¿Qué dice eso de mí? Dímelo.

Le quito el sujetador y dejo sus pechos expuestos, su cuerpo se estremece sobre el mármol frío, pero se adapta rápido.

—¿Me convierte en un mal hermano?

—No eres mi hermano —jadea, acariciándome el pelo, para enterrar sus dedos y llevarme a su boca, donde nuestras lenguas se mueven depravadamente.

—Te conozco desde que tenías diez años —digo—. Fui yo quien te sujetó la mano cuando tenías miedo…, y míranos ahora.

Le desabrocho el vaquero y lo bajo hasta que queda enredado en sus tobillos colgantes. Me inclino entre sus piernas y aspiro su olor.

Joder.

Lamo como un lobo hambriento, le sostengo las manos sobre su estómago y me doy un festín.

Nunca me sentí tan sucio y tan vivo al mismo tiempo.

Willa abre más las piernas hasta donde puede, el pantalón la restringe.

—Sabes lo mal que está esto, ¿verdad? Y aun así te abres para mí —gruño, y ella, en respuesta, me sujeta la cabeza, buscando su placer, mostrándome cuánto quiere cabalgar mi boca.

Por eso la cargo sobre mi hombro y nos traslado al sofá, donde me acuesto y dejo que ella se siente en mi rostro.

Ya no hay neurona que sobreviva.

Mía.

Mía.

Mis dedos se aferran a su culo; perdí la razón en algún momento, me estoy comportando como un animal.

—Pon las manos en el apoyabrazos…, quiero ver cada centímetro de ti mientras te chupo hasta secarte.

Se sostiene con fuerza y gime mi nombre sin ningún tipo de pudor, tal como lo soñé todas esas veces. Mi boca dándole placer, mi mente absorta en la acción, mi cuerpo a su servicio, todo de mí le pertenece en este momento.

Sabe muy bien que ella es mi mayor perdición.

En el segundo en que consigue llegar al placer más alto, no pierdo ni un segundo y volteo su cuerpo, dejando sus manos en el apoyabrazos.

—Dime que me quieres dentro…, dímelo. —Le sujeto de la cintura y entierro los dedos en ella.

Está empapada, los muslos mojados, mis dedos se resbalan en su suavidad.

—Alex, fóllame —suplica, frotando el culo en mi polla.

Respiro profundo, mirando al techo, rogando no correrme todavía.

—Quédate así. No te atrevas a moverte.

Me hundo en ella y me quedo allí, dejando que todas estas sensaciones me consuman vivo. Placer, salvajismo, posesión, deseo, todo me asfixia de golpe.

Luego me atrevo a moverme.

—Mira cómo te estoy follando…, míralo —gruño, observando el reflejo de nuestros cuerpos en los ventanales; del otro lado, las colinas con las luces titilantes de las casas de mis vecinos.

Cuando Willa se mira en el reflejo, puedo verla perder la cabeza, y eso le hace algo a mis entrañas.

No me importa absolutamente nada, excepto el calor de su coño, sus gemidos, sus tetas balanceándose con la violencia de mis embestidas. Le sujeto el pelo, enrollándolo en mi mano para cabalgarla mejor, más profundo, más sincero con todo lo que siento y sentí durante todos estos años sin ella.

Joder, me corro.

—Alex —dice sobre su hombro, su rostro lleno de placer. Su boca se abre, su lengua sale como un animal en celo, y lo único que puedo pensar es en cuánto quiero meter la polla allí—. Alex, fuera.

¿Fuera?

Miro hacia los ventanales, esperando encontrar algo que tenga sentido, pero no hay nada.

—¿Qué dices, Willa? Nadie nos ve desde este ángulo.

—¡Córrete fuera!

Y entonces lo entiendo.

Entiendo que en este momento estoy follándola sin condón, sin juicio, sin consecuencias.

Pongo los ojos donde ocurre la acción: en mí penetrándola, en ella recibiéndome y, en ese preciso momento, llego a salir y correrme entero sobre su espalda.

El estofado se echó a perder.

Willa hace un comentario de doble sentido al respecto y yo estoy tan anestesiado que hasta me río. Me sorprende el sonido; no recuerdo la última vez que me reí sin pensar en lo que venía después.

Terminamos comiendo algo simple después de una ducha necesaria, frente a la televisión. Willa vuelve a poner a los coreanos. Me digo que no me interesa, pero llega un punto en el que la historia me atrapa. Todo es exagerado, absurdo, intenso por razones que no termino de entender.

Quizá por eso funciona.

La miro de soslayo. El pelo aún húmedo, el pijama amplio, nuestros cuerpos demasiado cerca en el sofá. Me incomoda admitir lo cómodo que estoy. No debería sentirse así, la comodidad nunca fue parte de mi ecuación.

Detecto una sonrisa desplegándose en mí cuando ella se ríe porque alguien se tropieza en la serie. Es mínima, casi imperceptible. Se borra de golpe cuando aparecen las preguntas que llevo horas esquivando.

¿Cómo se lo digo a mis padres? ¿Cómo evito que Pulso se derrumbe si esto sale a la luz? ¿Cómo dejo de pensar en ella sin convertir todo lo demás en ruido?

Me descubro haciendo cálculos que no quiero hacer e imaginando escenarios que no debería imaginar.

Willa nota el peso de mis ojos y me sonríe, esperando que le diga qué coño estoy mirando.

No digo nada.

No porque no quiera, sino porque no sé cómo poner en palabras lo que me pasa ahora mismo. Cualquier cosa que diga sonará falsa o insuficiente. Así que dejo que su cabeza se apoye en mi hombro.

No me muevo.

Su respiración se acomoda a la mía. El cuerpo se me afloja de una forma que no reconozco. No es cansancio, no es placer, es algo peor: calma.

Y la calma, para mí, siempre fue territorio peligroso.

Pienso que podría quedarme así un rato más. Que no pasa nada si no hago nada, que nadie se rompe por una noche tranquila en un sofá.

Willa se mueve apenas, buscando una posición mejor. Yo ajusto el hombro para que esté cómoda. Cierro los ojos un segundo y le rezo a todos los dioses que existen para que esto no termine mal.



Me olvido de pestañear cuando Brendan termina de hablar.

No lo digo en sentido figurado, es literal. Mi cuerpo está congelado, como si alguien hubiera apretado el botón de pausa y se hubiera olvidado de reanudar la acción.

—¿Y? —presiona Owen desde su lado.

Estamos en su pequeño despacho–trastero, el sitio desde donde lleva las cuentas del teatro y guarda el alcohol que «técnicamente» no vende ni ofrece a los clientes. Owen está apoyado contra el escritorio maltratado; al otro lado, Brendan y yo de pie.

—¿Puedes repetirlo? —digo, sujetándome al respaldo de la silla como si pudiera salir corriendo con ella.

—Es solo una prueba —explica—. Una vez por semana aquí, horario fijo. Los viernes, en Los Ángeles.

Owen me mira y asiente muy despacio, casi amenazante. *Asiente tú también. No hagas preguntas raras. No arruines esto*.

—Pero allí nadie me conoce —se me escapa antes de poder maquillarlo mejor.

—Lo sé —dice Brendan, cruzando las piernas—. Precisamente por eso quiero probarte, ver cómo reaccionan allí. Si funciona…, Nueva York.

Nueva York.

El nombre cae pesado, como una ficha de dominó que empieza a empujar a todas las demás.

Extiende la mano hacia mí.

—Tenemos que hacer algo con tus redes, pareces una *boomer* usándolas, necesitas un *community manager*, de eso me encargo yo, los gastos de hotel también, en caso de que quieras pasar la noche allí. ¿Tenemos un trato?

Y ahí aparece Alex en mi mente, como siempre. No le va a gustar esto, siempre es demasiado protector, y ahora trabajo en Pulso. Alex y Pulso. Pulso y yo. El trabajo que paga las facturas. El trabajo que no entiende que esto también es trabajo.

—Tiene que ser en fin de semana —digo, agarrándome a eso como a una cuerda floja.

Los dos se ríen.

Yo no.

—Los sábados por la noche están reservados para los grandes —aclara Brendan—. Tú irías el viernes temprano, a las seis.

¿A las seis? ¿A las seis de la tarde?

A estas alturas, Owen abre los ojos como si acabara de invocar a un demonio y, antes de que pueda pensar mejor la logística de mi propia ruina, estrecho la mano de Brendan.

—No sé cómo voy a lograrlo —confieso, con una sonrisa que no engaña a nadie—, pero no te preocupes. Estaré allí.

—Excelente —concluye, levantándose mientras me suelta la mano—. Mi asistente te enviará un correo con los detalles.

Asiento y sonrío como los pingüinos de Madagascar. Con un milagro, camino hacia la puerta. ¿Por qué un milagro? Porque no siento las piernas.

En cuanto salgo al pasillo, el aire cambia.

Se me aflojan los hombros.

Me llevo una mano al pecho.

Respiro.

Vale, lo he hecho. Ahora solo queda explicárselo a Alex y a mis padres. Ah, y convencer a Pulso de que no me despida por perseguir un sueño que empieza a oler demasiado a caos.

Me río sola, bajito, un momento de psicosis.

Genial, Willa. viernes a las seis. No pasa nada, esto es normal, no te estreses, no pienses los chistes de más, no dejes que el tic tome

el control de tu ojo izquierdo, ni tampoco que tus intestinos te la jueguen.

Todo va a ir bien.

Nueva York en el horizonte.

Y ninguna idea clara de cómo demonios voy a sobrevivir a todo esto sin romper algo importante por el camino.



Alex está en su oficina cuando llego a su casa.

Lugar que espié una sola vez, un día que caminaba por el pasillo y la puerta estaba entreabierta. Como el resto de la casa, tiene ese aire de «Tengo dinero y no me da miedo decorar acorde». Arte abstracto y aburrido, algunos premios de Pulso, fotos de Alex con un par de famosos. Un escritorio de cristal con libros desparramados, el ordenador portátil ilumina su rostro perfecto, sus ojos concentrados en el monitor.

Me pregunto si así eran las noches cuando vivía solo. Llegar de trabajar para seguir trabajando.

Hace dos meses que vivo aquí y hace dos semanas que rompimos la barrera que nos mantenía humanos.

En la oficina somos dos personas opuestas a las que somos cuando llegamos aquí y no podemos quitarnos las manos de encima.

Una burbuja que por ahora no quiero que se rompa, un secreto entre estas paredes. Ninguno habla formalmente del tema, ninguno dice nada que pueda sonar raro, nos limitamos a fingir demencia y pasar las tardes uno encima del otro.

Al menos me alegra saber que, cuando estoy yo, se dedica a pasar tiempo haciendo algo que no sea trabajar hasta el cansancio.

No hace nada en concreto, pero todo en él parece estar bajo control: el portátil abierto, una taza de café intacta, el reloj caro marcándole un tiempo que nunca se le escapa.

—¿Qué tal el teatro? —pregunta sin mirarme.

Encuentro a Mandarino entre mis piernas, maullando como si me hubiera extrañado. Me entretengo acariciándole la cola y por eso tardo un segundo de más en responder.

—Me ofrecieron algo.

Ahora sí levanta la vista.

—¿Algo cómo qué? —Sus ojos marrones me miran preocupados y atentos, su pelo recogido en lo alto le queda igual de bien que cuando lo tiene suelto. Todavía lleva su camisa blanca, sin corbata y los tres primeros botones abiertos, mostrando su cuello ancho.

Me apoyo contra el escritorio. Cruzo los brazos. Intento sonar casual y fallo.

—Un horario fijo, una vez por semana.

Su mandíbula se tensa un poco, solo un poco. Pero yo ya sé leerlo.

—¿No es lo que venías haciendo?

—En Los Ángeles.

El silencio cae de golpe.

Alex se reclina en la silla, junta las manos frente a él. Esa postura que adopta cuando algo no le gusta y todavía está decidiendo cuánto.

—Eso son seis horas de viaje —dice—. ¿Cuándo?

—Los viernes.

—Peor, todo el mundo viaja los viernes.

Me encojo de hombros, a la defensiva.

—Es una prueba. Si funciona, después… Nueva York.

—Willa —pronuncia mi nombre despacio, con cuidado—. Tienes un trabajo aquí, responsabilidades, ¿cómo…?

Suspira.

—Lo sé.

Se pasa una mano por la cara. Durante un segundo parece cansado, de verdad cansado. No molesto, no autoritario. *Cansado.*

—Vas a agotarte —concluye.

—Siempre estoy agotada —respondo—. Esto al menos vale la pena.

Nos miramos. Algo se mueve entre los dos. No sé qué, pero está ahí.

—¿A qué hora es? —pregunta al final.

Parpadeo, ignorando a Mandarino jugar con los cordones de mis zapatillas. (Es muy difícil).

—A las seis.

Alex se ríe, una risa breve, incrédula.

—Puedo hacerlo.

—No —me corta—. No así.

Se levanta, rodea el escritorio y se detiene frente a mí, demasiado cerca.

—No puedes salir del trabajo, subirte a un coche y llegar lúcida a un escenario —expresa.

Abro la boca para discutir, pero no me deja.

—Te pagaré los vuelos.

Me quedo en blanco.

—¿Qué?

—Los viernes —continúa, como si estuviera hablando de una reunión— sales antes, vas al aeropuerto. Vuelo directo, llegas con tiempo, fresca, lista para tomar el escenario.

—Alex… —Me quedo sin habla. *¿Quién es esta persona?*

—Y vuelves esa misma noche o el sábado temprano —añade—. Como prefieras.

Lo miro sin entender.

—¿Me estás… apoyando en esta locura?

—Te estoy organizando la logística —corrige—. Que es distinto.

—No, no lo es.

Me acerco un poco más. Siento su calor, el perfume. Algo familiar y nuevo al mismo tiempo.

—Pensé que ibas a decirme que no —confieso.

Me observa. Sus ojos bajan a mi boca, luego vuelven a subir.

—Lo pensé —admite—. Durante unos cinco segundos.

—Récord personal.

Esboza una sonrisa mínima que me derrite, sus ojos navegan por mi rostro, mi pelo. Está tan cerca que me es hasta difícil pensar.

—Has cambiado —digo de pronto.

—Tú también. —Su mano se mueve, acomoda un mechón de pelo detrás de mi oreja. Un gesto pequeño, íntimo.

Me quedo quieta.

—Antes hubieras puesto el grito en el cielo —murmuro.

—Antes no eras esto —murmura de vuelta.

—¿Esto qué?

Me mira como si la respuesta fuera obvia. Como si no quisiera decirla en voz alta.

—Mía.



Asunto: Itinerario aprobado

Willa,

Tu traslado ha sido gestionado.

Detalles en el archivo adjunto.

Preséntate en el aeropuerto con puntualidad, por favor.

Jane M.

De golpe, todo se vuelve mucho más real.

No es tan distinto de lo que hago en San Francisco (improvisar un poco, pensar el resto), pero aquí hay algo nuevo: otro escenario, otro público, otro riesgo.

Estoy en el baño de mi habitación, untándome una crema vencida con la esperanza de que aún haga su trabajo, cuando escucho la puerta.

Alex.

A Alex no le gusta que duerma aquí. No solo lo ha dejado claro con gruñidos y comentarios al pasar, sino que una noche pateó la puerta, me cargó como si no pesara nada y me llevó a su cama.

¿Me quejé? Fingí hacerlo, pero por dentro se me retorcían las tripas, en el buen sentido. El sentido causado por las mariposas en la panza, o un taladro percutor, depende de la intensidad.

—Ven a la cama —ordena.

Está apoyado en el marco de la puerta, manos en la cintura, irritado y en calzoncillos. El contraste es criminal. Antes se ocultaba de mí; ahora se exhibe. Sabe perfectamente que me encanta acariciarle los pectorales, y los ofrece como una provocación descarada.

—Esto ya es un nuevo nivel de desesperación —digo, recorriéndolo con la mirada sin pudor.

—¿Funciona? —pregunta, cruzándose de brazos para agrandarlos todavía más.

Me río.

—No lo sé… ¿Probaste con lencería? —contesto mientras guardo la crema en el cajón.

—Suficiente, ven aquí.

Camina hacia mí. Cada paso retumba en el suelo como una advertencia.

Lo esquivo en el último segundo, me deslizo entre sus piernas y salgo apresurada de la habitación. Escucharlo correr detrás de mí me dispara la adrenalina, que retumba en mi pecho. Me río a carcajadas, pero no es solo risa: es algo más oscuro, más eléctrico.

—Willa… —dice con ese tono bajo que promete consecuencias—. Más te vale ser rápida.

Bajo las escaleras casi de dos en dos y entro en la cocina.

—¿Qué harás si me alcanzas?

Lo siento venir y miro a un lado, luego al otro, buscando una salida mientras mi corazón golpea demasiado fuerte.

La única opción es el jardín.

—No quieres saberlo.

Corro hacia la puerta del jardín y tiro con fuerza. Es pesada, enorme, y por un segundo pienso que me traiciona. Cuando cede, el frío de la noche me golpea de lleno el pecho, pero no freno.

Salgo disparada por el césped, rodeando la piscina. Está húmedo, resbala, pero sigo. Sé que no debería salir con poca ropa y, aun así…

—¡Willa, ven aquí! —gruñe—. ¡O ya verás!

—¡Admítelo! —grito desde el otro lado de la piscina—. ¡Perdiste por pudor a andar desnudo por tu propia casa!

Lo veo tensarse. Lo conozco demasiado bien, Alexander Moor odia perder.

Odia no tener el control y, sobre todo, odia no tenerme.

Ese es el Alex más peligroso.

De pronto, algo cambia en su expresión, algo decidido, algo que me hace tragar saliva.

—Joder.

Y corre.

Corre hacia mí sin pensarlo, sin frenar, sin importarle nada, como hacía en sus partidos de rugby buscando abordar al contrincante. Yo suelto un grito que no me enorgullece y doy media vuelta.

¿Y ahora adónde voy?

Corro sin pensar, hasta que recuerdo que la propiedad está en una colina. El terreno empieza a caer hacia abajo y el impulso me lleva más rápido de lo que puedo controlar.

Entonces la veo.

Una escalera.

No recuerdo haberla visto jamás.

Alex está demasiado cerca. Siento su respiración detrás de mí, su presencia como una sombra caliente pegada a mi espalda. Bajo corriendo, los pies golpeando los escalones, el cuerpo vibrando de miedo y excitación mezclados.

—¡No, Willa! —me advierte.

Pero ya es tarde.

Al llegar al final, me detengo en seco. Frente a mí, iluminada apenas por la luz de la luna, hay algo que no sabía que existía.

Una casa de invitados.



La envuelvo por la espalda, mis manos cerrándose sobre su estómago antes de que llegue a la puerta de la casa de invitados. La retengo contra mí por puro instinto, por miedo, por necesidad. Pero grita, se retuerce, patalea como si la estuviera arrastrando al infierno.

Tengo que soltarla, y, en el momento en que lo hago, sé que lo vio.

No quería que lo viera.

—¿Qué es este lugar? —pregunta, ya avanzando, como si mi cuerpo no hubiera sido un obstáculo real.

La observo acercarse a la puerta. La necesidad de seguir persiguiéndola aún me quema por dentro, el cuerpo tenso, frustrado, excitado, vacío al mismo tiempo. El premio estaba a centímetros y se me escapó de las manos.

Le sujeto la muñeca.

—Willa…

Me esquiva otra vez, prueba la puerta, empuja y no cede.

Se irrita.

—Abre —ordena, señalando con el índice el teclado de la cerradura.

—Vamos, estás en pijama; yo, en paños menores; hace frío, vas a…

—No vengas con idioteces —me corta sin mirarme—. Abre, que quiero ver este lugar.

Aprieto la mandíbula mientras marco el código con torpeza, la puerta cede con un clic seco.

Willa entra y lo ve todo.

El sofá, la mesa de café, la pequeña cocina al fondo. La puerta del baño y la de la habitación…

Se queda quieta un segundo. *Demasiado quieta.*

—¿Tenías este espacio… y no me lo dijiste?

No hay humor, no hay ironía. Solo una tensión contenida que me eriza la piel.

—No —respondo, siguiéndola.

Se gira un poco, lo justo para mirarme por encima del hombro.

—¿Por qué?

Entra en la habitación. La cama *king*, perfecta, intacta, ocupa el centro como una acusación. Trago saliva y ella lo nota.

Se da la vuelta de golpe, los ojos encendidos.

—Podría haber vivido aquí —dice, la voz quebrándose apenas—. Podríamos habernos ahorrado todo este…

—¿Este qué? —interrumpo, ya sin freno.

—¡No lo sé! —explota—. Tú no me querías en tu casa y me lo hiciste notar, Alex. Podrías haberte evitado todo esto hasta que encontrara otro lugar donde vivir.

Algo se rompe en mí.

—¿Quién te dijo que no te quería en mi casa, Willa? —Mi voz cambia, baja, peligrosa—. ¿Quién te dijo que prefería que vivieras aquí mientras yo estaba arriba?

Me mira, desconcertada.

—¡No lo sé! Tú, con tu actitud de…

—¿De qué? —Doy un paso hacia ella—. ¿De alguien que no puede soportar tenerte cerca sin sentir que se muere por dentro?

La habitación parece encogerse.

—No tienes idea —sigo, ya sin aire— de lo mucho que luché contra esto. Una voz interna rogando que te aleje y la otra deseando que no te deje ir. Cada día, cada minuto, lo único en lo que pensaba era en cuánto quería tenerte. Poseerte de una maldita vez, toda.

—Alex… —empieza, desesperada—. Si yo me hubiese quedado aquí, quizá no hubieras tenido que pasar por todo eso. Quizá hubieras podido…, no sé…, seguir con tu vida. Estar con otras mujeres mientras yo buscaba un piso.

Me río sin humor.

—No puedo —digo—. No puedo querer a otra persona mientras tú existas. ¿No lo ves, Willa? ¿No hueles lo que siento por ti?

Doy un paso más.

Ella no retrocede.

—¿Por qué crees que tengo este lugar? —continúo, la voz cargada de verdad—. Porque no puedo llevar a nadie a mi cama, a mi espacio, porque ese sitio siempre estuvo reservado.

La miro a los ojos, sin escape.

—Siempre fue para ti, Willa. Aunque intenté convencerme una y otra vez de que lo nuestro era imposible, de que no debía sentir esto por ti, no pude cambiar lo que había dentro de mí. Era como luchar contra una corriente demasiado fuerte; sabía que no debía dejarme arrastrar, pero tampoco podía liberarme de ella. Por eso elegí la soledad. Preferí quedarme solo, con mis pensamientos y mis dudas, antes que compartir mi vida con alguien a quien jamás podría entregarme de verdad. Porque, al final, despertar cada mañana al lado de otra persona, sabiendo que no era a ella a quien amaba, sería condenarme a una mentira continua. Y no quería eso ni para mí ni para nadie. La única verdad que existe en mi vida es que tú eres la única persona que realmente necesito, la única a la que, por más que lo intente, no puedo tener.

Willa no responde enseguida.

Da un paso hacia mí, solo uno. Lo suficiente para borrar el aire entre nosotros. Apoya la mano en mi pecho, justo donde el corazón me golpea como si quisiera romperme las costillas. No me toca para seducirme, me toca para comprobar que lo que acabo de decir no fue una crueldad gratuita, es lo que siento, hace años.

Su respiración tiembla.

—No debiste decirme eso —murmura con los ojos cerrados y, aun así, no retira la mano.

El mundo se estrecha, el cuerpo me arde. Todo en mí quiere inclinarse, tomarle la cara, perderme en ella aquí mismo. El deseo empuja, brutal, salvaje, reclamando su lugar. Willa intenta acercarse a mí, pero le agarro la muñeca con firmeza y la aparto de mi pecho.

—Aquí no —digo, con la voz rota, peligrosa—. No en este lugar.

Ella frunce el ceño, confundida, herida.

—Alex…

No la dejo terminar. La tomo en brazos de golpe, sin aviso.

Finalmente, el cazador se hace con su presa. Su grito ahogado se mezcla con mi respiración agitada cuando la cargo contra mi cuerpo. Siento su peso, su calor, su sorpresa. Sus manos se aferran a mis hombros por puro reflejo.

—No perteneces aquí —le digo, saliendo del lugar.

Subo las escaleras con pasos largos, decididos, como si detenerme un segundo significara perderla.

Ella me golpea el pecho con el puño. Apenas me afecta, es más como una protesta desesperada.

—¡Alex, suéltame! Quiero caminar…

—No —respondo.

Entro a mi casa, subo por las escaleras y, cuando llego a mi habitación, cierro la puerta con el pie. El silencio que queda es denso, cargado, eléctrico.

La dejo en el suelo y doy un paso atrás, como si tocarla ahora fuera prender una mecha que no voy a poder apagar.

—Aquí —digo, señalando el espacio entre la cama y yo—. Aquí es donde quiero que estés. Donde siempre quise que estuvieras.

Mi voz baja se quiebra apenas.

El silencio vibra.

Willa no se mueve enseguida. Me mira, pero no con desafío. Me mira como si acabara de entender el verdadero alcance de lo que nos está pasando.

Da un paso hacia mí.

—No sé cómo vamos a hacer, Alex, esto me aterra, solo te pido que, cuando todo explote, no me sueltes —ruega, con la voz baja, quebrada—. No sé qué será de mí si te pierdo.

La frase me atraviesa.

Avanza otro paso. Su cuerpo está a centímetros del mío, puedo sentir su calor, su respiración. Ese temblor mínimo que siempre intenta ocultar y nunca logra.

—¿Crees que voy a arriesgarlo todo para soltarte cuando las cosas se pongan difíciles, Willa? No, nunca. —Le tomo la cara con ambas manos. Firme y decidido. No para poseerla, sino para sostenerla.

La beso.

No es suave, no es cuidadoso. Mi mano baja a su espalda y la aprieto contra mí con posesión.

Willa responde con la misma furia contenida. Sus dedos suben a mi cuello, me anclan. El beso se vuelve más lento, más profundo, como si el tiempo se estirara solo para castigarnos.

Me separo apenas, con dificultad.

—Aquí sí —le digo contra los labios—. Aquí te quiero, en mi cama, en mi casa, en mi vida, siendo mía, ¿entendido?

La apoyo sobre la cama, me inclino, hundo las manos a ambos lados de su cuerpo, atrapándola sin tocarla del todo. Mi boca roza su oído.

—No eres un deseo perverso, no eres una necesidad que me consume por dentro, Willa —admito—. Eres la decisión que tomé incluso cuando pensé que no podía tenerte.

Y cuando la beso otra vez, ya no hay huida posible.



Subo al escenario del Comedy con las piernas que no me responden del todo. No tiemblan, pero tampoco cooperan. Lo cual es inmensamente peor, porque me generan una sensación demasiado rara en el cuerpo.

Las luces me golpean la cara y me dejan medio ciega, lo justo como para no distinguir bien las expresiones, aunque no necesito verlas para saber que hay mucha gente. Al menos cien personas sentadas, esperando algo o a alguien, mejor dicho.

No soy la primera, pero tampoco soy la que todos quieren escuchar.

El micrófono está tibio. Alguien antes que yo ya se estrelló aquí, y ahora me toca a mí continuar con la tradición.

Miro la sala, nadie se mueve. Los únicos seres humanos con pulso son los camareros, que van y vienen con bandejas llenas de vasos a rebosar y hielo tintineando. Ellos sí saben qué hacer con sus piernas, *no como otras.*

—Hola —digo.

Mi voz sale normal.

No hay risas, ni una tos solidaria. Ni ese murmullo incómodo que dice «Ánimo, pobre chica».

Empiezo con el primer chiste. El que siempre funciona, el que ha sobrevivido a bares cutres, escenarios pequeños y públicos borrachos.

—Vaya…, qué de gente. ¿Es que están regalando algo hoy?

Silencio.

El segundo. *Nada.*

El tercero… Un tipo se aclara la garganta. No cuenta.

El estómago se me encoge como si alguien hubiese bajado la palanca invisible que activa el *modo pánico*. Siento el sudor frío en la espalda, incómodo, traicionero. La camiseta se me pega al cuerpo y tengo la certeza absurda de que todos pueden oler mi inseguridad.

Pienso demasiado rápido.

Los estás perdiendo. Nunca los tuviste. ¿Por qué has volado hasta Los Ángeles para morir así?

Brendan está aquí, está mirándote y lo estas arruinando.

Observo una mesa cerca del escenario. Una mujer mira el móvil sin disimulo. En otra, un tipo le da un trago largo a su bebida, como si quisiera desaparecer dentro del vaso. Nadie me mira de verdad.

Empiezo a moverme, porque quedarme quieta sería aceptar la derrota de forma oficial.

Respiro, o lo intento. Uno de esos respiros cortos que no solucionan nada, pero al menos evitan que me desmaye en público.

Me río sola, un poco.

—Vale… —digo—. Esto está yendo espectacular.

Un par de cabezas se levantan. No risas, pero atención.

Es algo.

—Siempre me dijeron que Los Ángeles era duro… —pausa—, pero no pensé que fuese *emocionalmente inaccesible*.

Una risa aislada, una sola. La agarro como si fuese una cuerda lanzada desde un helicóptero.

—Vengo de San Francisco —digo—, una ciudad donde creemos que somos mejores personas. No más felices, mejores. Moralmente superiores. Insufribles, pero con razón.

Risas escuetas.

—En San Francisco, cuando alguien te pregunta «¿Cómo estás?», no es una pregunta. Es una trampa. Si dices «bien», te miran raro. Si dices «mal», se sientan contigo y sacan una libreta.

Carcajadas.

Ahora sí.

—Allí hacemos terapia como aquí hacéis yoga. Si no tienes terapeuta, eres sospechoso. Es como: «¿Y tú por qué no estás trabajando en ti mismo?». «No sé, Marta, porque estoy intentando pagar el alquiler».

Más risas.

—En Los Ángeles es distinto, aquí no se trabajan los traumas…, aquí se reformulan.

Pausa.

—Aquí no estás roto. Estás *en transición*. No estás deprimido. Estás *alineándote*. No te han dejado. Estás *dejando ir lo que ya no vibra contigo*.

Aplausos y risas.

—En San Francisco, si alguien tiene dinero, se siente culpable. En Los Ángeles, si alguien tiene dinero, se siente temporalmente pobre.

Risas más fuertes.

—Allí presumimos de usar transporte público. Aquí presumís de tener coche… aunque llevéis dos horas atrapados dentro llorando.

La gente se ríe y asiente.

—En San Francisco usamos zapatillas feas porque son cómodas. Aquí se usan zapatillas feas porque cuestan ochocientos dólares y vienen con una historia personal del diseñador.

Carcajadas.

Puedo respirar otra vez.

—Y no me malinterpretéis, me encanta Los Ángeles. Es la única ciudad donde puedes ver a alguien sin casa y a alguien con seis casas… peleándose por el mismo zumo verde de doce dólares. En San Francisco te juzgan por tu huella de carbono. Aquí te juzgan por tu cara…, la que *todavía* no te has hecho.

Aplausos, y me tomo un segundo para beber agua.

—Así que, si al principio he estado rara… —me encojo de hombros—, no eran nervios. Era adaptación cultural.



Al salir del *backstage*, me encuentro con Brendan, quien me da algunos consejos y recomendaciones para la próxima vez. Es productor, no mi psicólogo, así que lo escucho con atención y asiento como si no tuviera el ego ligeramente magullado por dentro.

Me quedo observando a algunos monologuistas más; un par de mujeres y hombres con un humor distinto al mío, más sexual y controversial. Gracioso, de todas maneras. Me gusta ver cómo pisan el escenario, cómo respiran el silencio antes del remate. Es casi quirúrgico.

Cuando finalmente llego al hotel y revuelvo mi bolso para encontrar el móvil, descubro dos mensajes importantes.

El primero:

Alex:
Mandarino te extraña.

Willa:
¿Mandarino o Alex?

Alex:
Ambos. Intensamente.

Sonrío. No debería, pero lo hago. Me lo imagino escribiendo eso con la mandíbula tensa, fingiendo que es el gato quien sufre y no él. Me gusta saber que me extraña como yo a él.

El segundo:

ADN Dañado:
Willa, vi que estás en Los Ángeles. Nosotros vivimos aquí desde hace unos años. ¿No piensas saludarnos?

El móvil debería venir con una función que diga: «Ignorar olímpicamente». Porque eso es exactamente lo que hago.

Miro el techo del hotel, color blanco impersonal, y dejo el mensaje sin abrir del todo, como si así no existiera.

Como si la distancia entre ellos y yo pudiera medirse en kilómetros y no en cicatrices.

Bloqueo la pantalla.



Llego el sábado al mediodía a la casa de Alex y, en cuanto entro, me detengo en seco.

Voces.

Varias.

Vienen del salón.

No sé por qué me paralizo. Quizá porque en mi cabeza había ensayado un gran reencuentro con Alex. Algo íntimo, simple.

Anoche me costó dormir estando tan lejos de él y, aun así, aquí estoy, entrando con cautela.

Doy un paso más y varias cabezas giran al mismo tiempo.

Bernardo es al primero que veo, está sentado en uno de los sofás de cuero marrón. A su lado, Harriet, su novia y la persona que hace el servicio de catering para Pulso. Frente a ellos está Jareth, la estatua de mármol, con una mujer a su lado que parece una elfa de pelo negro. Y de pie, apoyado con excesiva comodidad junto a la chimenea, está Archie, el infame.

Recuerdo muy bien a estos hombres, solían pasar la tarde de sábado frente a la televisión de la casa de mis padres, jugando con la Nintendo y gritándole a la pantalla.

También recuerdo odiar tenerlos allí, ya que Alex no me dejaba salir de mi habitación o pasar cerca de ellos. Bernardo siempre fue amable, Jareth silencioso, pero Archie…

—¡Mira quién está aquí! —exclama Archie, abriendo los brazos como si fuésemos viejos amigos—. ¡Willa!

Suena exagerado, sospechosamente exagerado. Seguro que lo hace para molestar a Alex, como siempre hacía cuando venía a casa.

—Hola… —digo con cautela. Estoy hiperconsciente de que acabo de bajar de un avión, que no dormí bien anoche y que estoy usando la misma ropa transpirada que ayer.

Mientras, estos tipos visten con las mejores marcas; el perfume importado puedo olerlo desde aquí.

Harriet se levanta enseguida y camina hacia mí con una sonrisa amable. Ella al menos luce un poco más normal, menos «niño rico», como ellos.

—Hola, Willa. Me alegro de verte. Juro que tu hermano nos invitó, no estamos usurpando la casa.

Dudoso.

—No me sorprendería que lo hicierais vosotras dos —murmura Jareth.

La mujer a su lado, la elfa, le da un golpe directo en la nuca. Él se queja por lo bajo, protestando y murmurando algo sobre un historial.

—La boxeadora es Isadora —aclara Harriet. Isadora levanta la mano con un gesto firme y me sonríe. Le devuelvo el saludo—. Imagino que tienes la mala suerte de conocer al resto de los bribones.

—¡¿Bribones?! —exclama Bernardo, pretendiendo estar ofendido.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver —susurra Jareth, llevándose el vaso a la boca.

—Hola a todos —saludo con un pequeño gesto incómodo—. ¿Y Alex?

Por Dios, dónde está.

—Fue a atender una llamada —responde Bernardo—. Vuelve en un segundo, ya sabes cómo es tu hermano: trabajo, trabajo, trabajo.

La palabra *hermano* me golpea el estómago como una bola de cañón.

—Ven, siéntate conmigo —propone Archie, arrastrando dos sillas desde la cocina con un entusiasmo innecesario.

Me siento con un palo en el culo.

Desde aquí puedo oír la voz de Alex en el piso superior, está discutiendo algo.

No tengo escapatoria.

Ni siquiera Mandarino parece dispuesto a pasar por esta tortura conmigo, ya que no lo veo por ningún lado.

Archie apoya una mano sobre mi pierna con total naturalidad y pregunta, animado:

—¿Qué es de tu vida? La última vez que te vi tenías, qué…, ¿quince?

—Sí, más o menos —asiento, sintiendo las miradas clavadas en mí.

Debería estar acostumbrada a la atención. Anoche había cien personas mirándome.

Pero esto es distinto, esto pesa más.

—Estoy trabajando en Pulso. —Sonrío con tanta tensión en mi rostro que duele.

—Eso es genial —dice Archie, levantando la vista—. ¿Sigues con los monólogos? Te sigo en LinkedIn.

Joder, qué intenso el tipo este.

La voz de Alex suena cada vez más intermitente. Está terminando la llamada.

Isadora aplaude de pronto.

—¡De ahí eras! Vi tu vídeo viral —suelta—. Te me hacías conocida y no sabía de dónde, me reí muchísimo.

Jareth la mira, entre sorprendido y alarmado.

—Gracias —respondo.

Entonces escucho a Alex bajar por las escaleras.

Nuestros ojos no se cruzan. Porque los suyos están clavados en la mano de Archie sobre mi pierna.

Oh, no.

Mi hermanastro viste un polo sencillo, azul oscuro, unos vaqueros y sus zapatillas McQueen. El móvil sigue en su mano. Juega con él nervioso mientras baja y camina directo hacia nosotros.

Su rostro no es amigable, no es neutro, está cabreado.

Mi pie se mueve frenéticamente.

En estas últimas semanas a veces nos saludamos con normalidad. Otras veces, nos saltamos los formalismos y me devora la boca. ¿Y ahora qué hará?

Alex se detiene a mi lado y se inclina.

El corazón se me dispara. *¿Qué hago? ¿Qué hago?*

Pero no se inclina hacia mí, se inclina hacia la silla. La agarra de las patas y la arrastra de un solo movimiento, alejándome de Archie.

El ruido raspa el suelo.

El silencio se vuelve incómodo, espeso, mientras me mueve. Me siento una planta inerte que no sabe qué hacer.

El único que se ríe en voz alta es Archie.

Bernardo y Harriet sonríen.

Jareth, por supuesto, no sabe lo que es sonreír.

Isadora observa.

—Tú —dice Alex, mirando a Isadora en el sofá—. Deslízate y deja sitio a Willa.

—Alex… —empieza Archie con tono burlón—. No estarás pensando que yo…

—Es exactamente lo que estoy pensando —interrumpe, no hay ni un rastro de gracia en su voz.

Alex chasquea los dedos en dirección a Isadora, exasperado. Ella se levanta sin protestar. Jareth la sigue y ambos quedan comprimidos a un lado.

Luego me señala el espacio vacío.

Sin chistar, me cambio de asiento y la mano de Archie ya no está sobre mi pierna.

Alex arrastra una de las sillas y se sienta a mi lado, apenas unos centímetros más abajo, lo suficiente como para que su presencia se note sin imponerse del todo. Se reclina sobre el apoyabrazos del sofá y, de repente, su antebrazo roza el mío.

No se mueve después de eso. Tampoco yo.

El contacto es firme, quieto. *No accidental*.

Archie carraspea y sonríe, teatral.

—Eh, tampoco hace falta ponerse así —se escuda, levantando las manos—. Que conste que no estaba coqueteando. Yo soy así con todo el mundo. Muy… humano.

Ríe solo.

—Vamos, Alex, sabes que Willa es como de la familia —insiste Archie.

Siento el antebrazo de Alex tensarse un poco más, y, con las pupilas clavadas en Archie, dice en voz baja y precisa:

—Solo un recordatorio, Archie, no la toques. Nunca.

Silencio.

No pesado, pero incómodo.

Archie se queda con la sonrisa congelada, como si no supiera si reírse otra vez. Bernardo baja la mirada. Harriet se aclara la garganta e Isadora cruza los brazos.

Yo sigo respirando normal, aunque por dentro todo se acelera.

Alex no añade nada más. Su brazo sigue ahí, marcando territorio sin necesidad de contacto explícito. Es peor así. Más evidente.

Y entonces lo noto.

Jareth.

No dice una palabra, pero nos observa con una atención inquisitiva. No mira a Archie, no mira a Alex. Me mira a mí… y luego al brazo de Alex… y luego vuelve a levantar la vista, como si acabara de encajar una pieza que no le gusta.

Sus ojos se entornan en un juicio discreto.

No pregunta, pero algo me dice que entiende.

Y por primera vez desde que he entrado en esta casa, tengo la certeza de que alguien más acaba de darse cuenta de lo que llevamos semanas fingiendo que no existe.



Quiero que todos se vayan.

Ahora.

Pero Bernardo sigue hablando (sin respirar) de los planes para el restaurante que está a punto de abrir con Harriet y de su boda. Archie hace preguntas de seguimiento como si fuese su deporte favorito. Y Jareth… Jareth no dice nada.

Solo me mira con esos ojos extraños. Más intimidantes de lo normal.

No le muestro incomodidad, no le doy el gusto. Me quedo ahí, quieto, escuchando a medias. Y en la desesperación por hacer algo que no sea sentirme juzgado, decido que puedo ser un mejor anfitrión, reponer vasos, platos. Lo que sea.

Me levanto y camino hacia la cocina.

—¿Te ayudo? —pregunta Willa, con un deje de urgencia en la voz.

Asiento. No porque necesite ayuda, sino porque necesito tenerla cerca.

Cuando llega a la isla, empieza a preparar una bandeja: galletas saladas, jamón, quesos, cacahuetes, uvas. El sonido suave de los paquetes al abrirse se mezcla con las voces lejanas del salón.

Yo me coloco a su lado, saco bebidas de la nevera. El frío calma un segundo el calor que siento y, cuando termino, me inclino un poco hacia ella y susurro:

—Déjame ayudarte.

Estamos demasiado cerca. Nuestros brazos vuelven a rozarse y de ahí saco una satisfacción inexplicable. Sentirla, después de estas horas sin ella, es casi una necesidad física.

Willa levanta la mirada y sonríe. Esa sonrisa cómplice que solo me dedica a mí cuando nadie más debería verla.

Me pierdo en ella.

Quiero preguntarle cómo le fue. Si alguien se rio, qué dijo ese tal Brendan. Pero mis amigos están aquí. No porque los haya invitado, aparecieron en la puerta, sin más, como si este también fuera su espacio.

Me lavo las manos y me quedo a su lado, esperando.

Una ráfaga de su perfume me invade de golpe. Algo dulce, algo cálido. Apoyo la mano en su espalda baja, casi sin pensar, como si siempre hubiese estado ahí.

La siento tensarse al instante. Sus brazos se quedan quietos.

—Sigue —susurro—. Tienes que disimular.

Ella traga saliva y continúa decorando la bandeja. Mi mano baja despacio.

No la toco de golpe.

Hago que lo anticipe, que lo espere. Hasta que se mueve hacia atrás y presiona su cuerpo contra mi palma.

La curva encaja perfecta. Aprieto apenas, observando cada pequeño gesto, cada respiración contenida.

Desde el salón, Bernardo pregunta:

—¿Cómo se llamaba, Alex? El entrenador de los famosos.

—Carlo Moldati —respondo, sin retirar la mano.

Bernardo agradece y sigue hablando. Nadie sospecha nada, todos están demasiado metidos en su propia conversación.

Mi mano se desliza un poco más. Lo justo para que se le escape el aire. Willa se muerde el labio inferior mientras acomoda las uvas, fingiendo normalidad.

El calor que desprende me desespera, su respiración cambia. Un sonido mínimo se le escapa de la garganta y lo disfraza carraspeando.

La tentación es brutal.

El riesgo, mayor, y, aun así, no me aparto.

Dejo que mi mano siga la curva hasta llegar a tocarla justo entre sus pliegues, con mi dedo corazón.

Willa sigue mordiéndose los labios en un intento por mantener la compostura a medida que acomoda todo, y yo, solo para no parecer un raro que la mira fijo, uso mi otra mano para agregar cosas a la bandeja.

Su calor me desespera.

Siento que sus vaqueros se humedecen. Quiero meter mi dedo en ella, sentirla por dentro.

El sonido de una silla arrastrándose en el salón me atraviesa como una alarma.

—¿Alex? —llama Archie—. ¿Tenéis más hielo?

Mi mano se detiene.

El mundo vuelve de golpe.

Willa se queda completamente inmóvil. Su respiración es corta, irregular, como si acabara de correr.

Retiro la mano despacio, a regañadientes, dejando atrás el calor que me quema la piel. El vacío es inmediato.

Cruel.

—Ahora llevo —respondo, con la voz más firme de lo que me siento.

Ella no me mira, simplemente levanta la bandeja como si nada hubiese sucedido. Cuando pasa junto a mí, su hombro roza el mío.

Lo justo para decirlo todo.

La veo alejarse hacia el salón, perfecta, intacta por fuera. Yo me quedo un segundo más en la cocina, apoyando las manos en la encimera, respirando hondo.

Está claro que no puedo volver a la reunión con esta erección furiosa bajo los vaqueros.



El *clic* de la puerta principal cerrándose retumba en la casa.

Finalmente, silencio.

Y en ese silencio, la imagen de la mano de Archie sobre la pierna de Willa vuelve a mi cabeza como una bofetada.

No pienso. Camino.

La encuentro en la cocina, recogiendo vasos, de espaldas a mí, tan tranquila, tan ajena al incendio que me arde por dentro.

—Willa… — Mi voz no suena casual.

Ella se gira a medias.

—¿Qué?

No respondo.

La sujeto de la cintura y la levanto antes de que pueda reaccionar.

—¡Alex!

Subo las escaleras con ella sobre el hombro. No corro, pero cada paso es firme. Ella se ríe nerviosa al principio, pero siente mi tensión.

—¿Qué te pasa?

Entro en mi habitación, mi espacio. *Nuestro espacio*. Cierro la puerta de una patada seca y la dejo caer sobre la cama.

No me lanzo sobre ella de inmediato.

Me quedo de pie mirándola.

—No me gustó.

—¿El qué?

—Que Archie te tocara.

Silencio.

Ella parpadea, sorprendida, luego frunce el ceño.

—No me estaba tocando.

—Tenía la mano sobre tu pierna —gruño.

—Porque se estaba inclinando para hablar contigo.

Doy un paso hacia la cama.

—No me importa.

Y ahí está la verdad, no me importa la explicación, no me importa la lógica. Me importa cómo se me tensó el cuerpo cuando lo vi, cómo quise apartarlo a golpes. Cómo quise recordarle que ella no es territorio libre.

Willa se incorpora sobre los codos.

—¿Estás celoso, Alex?

La pregunta no es burlona. Es curiosa.

Me inclino sobre ella, apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo.

—Sí.

La palabra cae pesada.

La beso entonces, pero no es un beso descontrolado. Es profundo, intenso.

Reclamante.

Como si necesitara borrar la huella imaginaria de otra mano.

Ella responde de inmediato, enredando los brazos en mi cuello, atrayéndome más. Sus piernas se cierran alrededor de mi cintura y mi nombre se le escapa en un suspiro que me atraviesa.

Subo una mano por su muslo, despacio, marcando el camino, no para poseerla, sino para sentir que está aquí. Que me elige y que no hay nadie más en esta habitación.

—No vuelvas a dejar que Archie te toque así —murmuro contra su boca.

Ella toma un poco de distancia, respirando agitada.

—Como desees.

Esa respuesta me quiebra el cerebro.

Le beso el cuello, la piel tibia que late bajo mis labios. Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva como si el mundo pudiera arrebatármela en cualquier momento.

La casa está en silencio. Solo se escuchan nuestras respiraciones y el roce de nuestros cuerpos desnudos contra las sábanas.

La hago mía hasta eliminar la duda de a quién pertenece.



Un mes.

Un mes de vivir una vida que no se parece en nada a la que tenía antes.

Lo más sorprendente es que no lo odio.

Alex tenía razón (odio admitirlo): el puesto era perfecto para alguien como yo. Hablo, conecto, hago reír, organizo el caos sin que nadie note que estoy improvisando la mitad del tiempo. Hice amigos, tengo flexibilidad horaria.

Lo segundo más sorprendente es poder subirme a un escenario y decir con total libertad lo que quiero decir. La gente se ríe, me escucha.

Y, además…, tengo una historia de amor con mi hermanastro.

Bizarro es poco. Pero es real.

Brendan ya está hablando de Nueva York y eso debería ser lo que más me desestabilice. Pero no, lo que realmente me acelera el pulso es cuando mis padres vienen a casa de Alex y por un segundo me olvido de que ellos no saben nada.

Se me escapa una mano, una caricia demasiado lenta, una cercanía que no debería ser tan natural.

A veces Alex me toca al pasar. Una mano firme en la parte baja de mi espalda, sus dedos deslizándose bajo la mesa como si fuese lo más normal del mundo. Un beso rápido cuando cree que nadie está mirando.

Todo se siente arriesgado.

La culpa que antes me consumía por desear a mi hermanastro ya no es culpa. Es otra cosa.

Preocupación. ¿A dónde va esto?

Se lo pregunto y él esquiva la conversación con un chiste, con una distracción, con un beso que me deja sin aire, pero la pregunta sigue ahí, como una brasa lenta.

Empieza a consumirme.

Sueño con mi madre mirándome como si hubiese traicionado algo sagrado, con mi padre decepcionado, y en el sueño les digo algo que nunca me atreví a pronunciar en voz alta:

No es tabú, es amor.

No es lujuria carnal, es sentimiento real.

Alex no es solo atracción, es refugio, es elección.

Pero despierto… y no digo nada.

Porque ninguno de los dos está listo para esa conversación.



Cuando le muestro a la azafata mi billete aéreo, por alguna razón no se limita a señalar el asiento. Me acompaña.

Son apenas dos pasos. Dos pasos que me hacen sospechar que algo no encaja.

Voy a decirle que debe de haber un error, pero ya está atendiendo a otro pasajero cuando me giro.

Y entonces lo veo.

Casi me atraganto.

Alex.

Sentado allí como si el avión fuese suyo. Tobillo apoyado sobre la rodilla contraria, traje a medida impecable. El pelo recogido hacia atrás, dejando al descubierto ese gesto tranquilo que siempre significa que ha hecho algo que no debería.

Levanta apenas la barbilla y señala el asiento a su lado con la mirada.

Me dejo caer.

La mochila sobre las piernas, el bolso colgando de mi hombro como si necesitara algo físico a lo que aferrarme.

—¿Qué está pasando? —pregunto en voz baja.

—Casualmente, tengo que viajar a Los Ángeles —responde, entrelazando los dedos sobre el estómago—. Qué mejor que hacerlo al mismo tiempo que mi hermanastra.

Miro alrededor, la gente acomoda maletas, busca números, suspira. Estoy convencida de que cualquiera que nos mire con atención va a notar que esto no es casualidad.

Me inclino hacia él.

—¿De verdad tienes que ir a Los Ángeles?

Alex se inclina también, invade mi espacio sin tocarme, pero su perfume me envuelve.

—No —susurra—. No podía soportar la idea de estar lejos de ti.

Siento un vuelco en el estómago.

—Aproveché para extender los billetes hasta el domingo, tenemos una casa reservada en Hidden Hills.

Parpadeo.

—¿Y qué diferencia hay con tu casa? —pregunto, intentando sonar racional. Como si él no viviera ya en una mansión ridículamente grande.

Esta vez su voz baja todavía más.

No mira mis ojos.

Mira mi boca.

—Que allí nadie nos conoce.

Mi respiración se vuelve más lenta.

—¿Y eso qué cambia?

—Que puedo hacer lo que quiera contigo. —Una esquina de su boca se curva apenas.

El cartel del cinturón de seguridad se enciende justo en ese momento, y siento que no es el avión el que acaba de despegar.



Alex está camuflado entre la gente de la sala, que, por cierto, está llena. Viste una gorra, gafas y la ropa más simple que encontró en su armario.

Desde que tengo un *community manager* (o como se diga) mis redes explotaron, ahora hay una iluminación más profesional, más sillas, y un murmullo previo que suena a expectativa.

Cuando aparezco en el escenario, el aplauso me golpea como una ola.

Y lo único que pienso es: ojalá Alex esté orgulloso.

Busco su silueta entre las sombras. Lo encuentro apoyado contra una pared, brazos cruzados, expresión neutra…, pero lo conozco lo suficiente para saber que está atento a cada respiración que doy.

Sujeto el micrófono.

La luz me encandila.

Carraspeo.

—¿Soy la única que prefiere leer sobre sexo entre hadas que entre humanos?

Risas.

—Lo digo en serio. Las hadas tienen alas, poderes, siglos de experiencia emocional… En cambio, los humanos… —hago una pausa, pongo cara de aburrida— los humanos te dicen «No me gustan las complicaciones» y luego se casan con la primera persona que se les cruza, tienen hijos, hipoteca, un labrador.

Algunas carcajadas más fuertes.

Camino despacio.

—Las hadas no tienen traumas familiares, no hay cenas incómodas, no hay «¿Cómo le explicamos a tus padres que esta Navidad la pasamos con mi madre?». Solo magia, bosque encantado y decisiones cuestionables bajo la luna llena.

Siento su mirada incluso antes de buscarlo.

—Además, en los libros de fantasía siempre hay tensión prohibida. Enemigos que se desean, reinos enfrentados, todo muy épico.

Inclino la cabeza.

—En la vida real, lo más prohibido que te puede pasar es enamorarte de un DJ, o alguien que, definitivamente, no estaba en

el plan estratégico de tu familia, como tu primo.

Silencio breve.

Risas nerviosas.

—Y ahí estás tú, intentando actuar normal mientras por dentro eres un capítulo entero de «Creo que esto no debería estar pasando».

Desde el fondo, una voz masculina irrumpe:

—¡Eso suena a experiencia personal!

Algunas risas incómodas.

Me quedo quieta un segundo, lo justo.

Sonrío con falsedad.

—Cariño —digo, suave, y la sala ya empieza a reír—, si esto fuese experiencia personal, créeme, no estaría contándolo gratis.

La sala estalla.

El hombre insiste:

—¡Cuidado, que esas historias siempre terminan mal!

Maldito sea este tipo.

Algunas personas giran la cabeza. La tensión se palpa.

—Tranquilo, señor extraño que decidió dar su opinión. Las historias que terminan mal no se cuentan en teatros, se cuentan en terapia. Y créeme, eso no vende entradas.

Más risas.

Me acerco un poco al borde del escenario.

—Además, que algo sea complicado no lo convierte en incorrecto. A veces solo significa que no encaja en la versión cómoda que otros tienen de tu vida.

Silencio. Ahora atento.

Sonrío otra vez, ligera.

—Y si voy a meterme en un lío sentimental…, al menos que tenga un presupuesto digno de Netflix. —Miro a Brendan que sonríe y asiente.

Ovación.

Busco a Alex.

No sonríe, pero tampoco aparta la mirada y sé que entendió cada palabra.

Alex



Demasiada gente mirando a la mujer que, en teoría, no debería estar mirando yo de la forma en que lo hago.

Me apoyo contra la pared, con los brazos cruzados.

El olor a cerveza derramada y madera vieja se mezcla con el perfume dulce de alguna mujer sentada en la última fila.

Este es un mundo completamente diferente al que estoy acostumbrado. No hay tensión, estrategias, no hay sonrisas falsas, personas que buscan ascender en el mundo corporativo, no. El ambiente donde Willa está creciendo es uno relajado y, siendo honesto, me deja muy tranquilo.

Cuando ella aparece en el escenario, el aplauso es inmediato. Un rugido que vibra en el suelo me sube por las piernas y me llena de orgullo.

La luz la envuelve, el brillo de su pelo color chocolate parece resplandecer y esa sonrisa que siempre me vuelve loco es eterna. Por un segundo entiendo algo incómodo: No es solo mía en este espacio.

Es de ellos.

Sujeta el micrófono. Carraspea y sonríe.

La escucho hablar de hadas, de sexo literario y libros que no sabía que leía. De humanos emocionalmente incompetentes. La sala disfruta; alguien silba; un vaso cae al suelo. Me río con el público y distingo cuándo inventa y cuándo habla de algo más real.

Sé exactamente de qué está hablando, porque sé cómo suenan esas palabras cuando no hay micrófono de por medio; cuando me las susurra en la oscuridad, con la voz rota y la respiración desordenada.

Y entonces…

—¡Eso suena a experiencia personal!

El tipo está dos filas delante de mí, voz alta y risa demasiado confiada. Lleva una camisa ajustada y una seguridad que no se ha ganado.

No me gusta cómo la mira, no me gusta el tono y esa necesidad de arruinar su momento.

Willa se queda quieta un segundo para que la sala contenga el aliento.

No se pone a la defensiva; simplemente, inclina la cabeza, lo observa como si fuese material de estudio y sonríe.

—Cariño —dice, suave, y la sala ya empieza a reír—, si esto fuese experiencia personal, créeme, no estaría contándolo gratis.

La explosión de carcajadas es inmediata. El tipo se pone rojo, pero lo intenta otra vez, insinuando que esas historias siempre terminan mal.

Mis manos se descruzan sin que me dé cuenta. Siento el pulso en las palmas; una presión caliente que me sube por el pecho.

No necesito intervenir, ella no me necesita y eso debería tranquilizarme. Pero cuando el tipo insiste, algo primitivo despierta dentro de mí.

Es innato el instinto de protegerla, es lo que hago desde que la conozco, pero cuando ella responde que lo complicado no significa incorrecto, dejo de mirar al hombre.

Vuelvo a centrarme en ella porque ya no está haciendo solo comedia, está diciendo algo real.

El espectáculo termina con un mar de aplausos y silbidos; ella saluda, se inclina y desaparece detrás del telón.

No espero.

Camino hacia el *backstage* con una calma que no siento. Cada paso resuena en el pasillo estrecho; huele a cables calientes, a adrenalina.

La encuentro sola, apoyada contra la pared, respirando todavía acelerada. La tela vaporosa de su blusa siguiendo el movimiento de su pecho, que sube y baja; una gota de sudor le resbala por la sien.

Levanta la vista cuando me oye entrar.

—¿Qué tal estuve? —pregunta, ligera; pero sus ojos… sus ojos buscan aprobación.

No respondo de inmediato.

Doy un paso hacia ella.

—Estuviste brillante. —La palabra se me queda corta. *Brillante* no explica cómo me hizo sentir—. Ese tipo —añado— debería aprender a no interrumpir cuando no entiende lo que está escuchando.

Ella sonríe; una curva lenta, provocadora.

—Soy una chica grande y puedo defenderme sola, Alex.

—Lo sé. —Doy otro paso y quedo lo bastante cerca como para que el aire cambie. Para que el murmullo lejano del público desaparezca y solo existamos nosotros. Pero entonces recuerdo que estamos en un lugar público y doy un paso atrás—. Ahora es mi turno de tenerte.



Lo primero que noto no es el tamaño, es el silencio.

Portones privados, kilómetros de distancia emocional con el resto del mundo. Árboles altos rodeándolo todo. No hay vecinos a la vista, no hay colinas que puedan permitir ojos entrometidos y, lo más importante, no hay madres entrando sin avisar.

Camino por el vestíbulo con Willa de la mano; no pude soltarla desde que nos fuimos del teatro.

Dos escaleras masivas enmarcan el interior. Chimeneas de piedra, madera clara, olor a nuevo mezclado con campo limpio.

El dormitorio principal no es solo grande; está aislado. Ventanas que dan al valle, no a otras casas. Una puerta que se cierra y el mundo desaparece. Fuera, la piscina refleja el cielo nocturno como un espejo perfecto

En un lugar así no tendría que medir la distancia entre nuestros cuerpos en el pasillo, no tendría que apartarme cuando oigo pasos. No tendría que calcular qué puertas están abiertas y cuáles no.

Podría tocarla sin pensar.

Podría besarla sin ese miedo constante en el fondo de mi cerebro. Podría ser exactamente quien soy con ella… sin la presión de que alguien nos juzgue o nos separe.

Willa observa todo con la boca abierta, su mochila colgada de un hombro, su bolso olvidado en el suelo.

—Alex, esto es… una mansión irracionalmente grande.

—Sí —respondo, quitándome la chaqueta para dejarla sobre un sofá negro—, me prometieron privacidad absoluta aquí y creo que cumplieron su palabra.

—Pero esta casa debe costar…

—Veinte millones, pero el dueño la alquila para los ricos y famosos que quieren probar la vida en el valle de Hollywood.

Camino hacia la nevera, a rebosar de comida y bebida, tal como lo pedí. Busco una botella de champán y preparo las copas para brindar con ella.

Cuando me acerco, está de espaldas a mí, observando los techos altos y las paredes eternas.

—Willa —digo, captando su atención. Recibe la copa con su mano izquierda y, por un segundo, la descabellada idea de poner un anillo allí me asalta la mente—, estamos aquí para poder estar solos, esta es una urbanización privada, no entra nadie que no viva aquí. Enfócate en nosotros, en vivir cuarenta y ocho horas de pura libertad.

Levanto la copa y ella la choca conmigo.

—Por la libertad.



Cuando despierto, camino por toda la casa en su búsqueda. No la encuentro en la cama, ni en el baño, ni en la cocina. La descubro

fuera.

Está en una tumbona, envuelta en una bata blanca que dejaron como cortesía. En Los Ángeles, el clima dista mucho del frío cortante de San Francisco, y lo noto en la forma en que Willa deja que el sol le caliente la piel, con los ojos cerrados y la cara alzada hacia la luz, como si estuviera aprendiendo a confiar en el mundo.

Mi primer impulso es ir directo hacia ella.

Pero antes preparo café para los dos y le acerco una taza.

—Encontré esta bata; estoy jugando a ser millonaria —dice, casi a la defensiva, mientras recibe la taza.

Me siento en la tumbona de al lado, con las gafas de sol puestas. Miro el agua de la piscina olímpica: turquesa, serena, tentadora. El aire huele a cloro suave y a césped recién cortado.

—Deberías ir acostumbrándote. Si sigues así, en poco tiempo estarás llenando estadios.

La miro de soslayo y su reacción es exactamente la que esperaba.

Pone los ojos en blanco y se ríe.

—Ni Mark llegó a tanto —murmura—, pero está haciendo gira.

—No te compares con nadie. Tu público es otro, tu técnica es otra, Willa. Eres buena en esto. Empieza a creértelo, porque nadie más lo hará por ti.

Me incorporo y me giro hacia ella.

Sus ojos color chocolate buscan mi rostro, pero chocan con mis gafas. Asiente en silencio, puedo verla hundirse en sus propios pensamientos.

—¿En qué estás pensando?

Willa se encoge de hombros y observa un águila que planea alto en el cielo, buscando alimento.

—En lo agradecida que estoy por tenerlos en mi vida —dice al fin —. No sabes lo importante que es tener padres que te den la confianza que tú tienes. Recuerdo a mi madre biológica criticando constantemente mi cuerpo, mi pelo, mis notas en el colegio. Un día dijo que debería ir pensando de qué manera podía explotar mi cuerpo para ganarme la vida. ¿Sabías que ella era prostituta?

—Lo supuse —respondo, apoyando los codos en las rodillas.

Recuerdo verla salir tarde por la noche cuando espiaba por la ventana. Recuerdo preguntarme quién demonios cuidaba a la niña que vivía allí, porque no había un solo adulto supervisándola.

Willa suspira, y mi mano termina en su pierna sin que lo piense demasiado.

—Por eso a veces me ahoga esta ola de miedo —confiesa—. Tengo pánico de que todo cambie, de que esto afecte al vínculo que tengo con ellos y el apoyo que me brindan.

—Lo entiendo.

—¿De verdad lo entiendes, Alex? —me pregunta, mirándome directamente. Las gafas parecen un escudo de cobarde en este momento—. ¿Qué pasa si Mónica y Tony se sienten asqueados conmigo? Con esta idea de nosotros. Me voy a quedar sola… y no creo soportar volver a sentirme sola en el mundo.

Le sujeto la mano cuando su voz se quiebra.

—No está en su naturaleza hacer eso, Willa. Ellos no son tus padres biológicos —aclaro, con la intención de que recuerde que no comparten esa tendencia horripilante—. No voy a mentirte y decir que ese miedo no ocupa espacio en mi mente. Lo ocupa, pero no tienes que vivir en él ahora.

—¿Cuándo, entonces? —me enfrenta—. ¿Cuando sienta demasiado?

Demasiado.

La palabra me golpea más fuerte de lo que debería.

Aparto la mirada un segundo, buscando una salida que no existe.

¿Hay salida? Mis sentimientos… ¿son distintos a los de aquel chico que la llevó de la mano a su casa aquella noche? ¿O simplemente crecieron con ella?

Mi necesidad de protegerla, de tenerla cerca.

De quererla.

Respiro hondo antes de explicarle lo que siento.

—La niña que tiró de mi ropa en la estación de tren despertó algo en mí que no conocía. Nunca me había sentido tan protector con alguien, tan vigilante. No dejaba que nadie hablara de ti, que nadie opinara sobre lo que habías pasado.

Trago saliva, aquí viene la parte que me avergüenza.

—Después empecé a confundirme. Quería tenerte cerca siempre, abrazarte. Joder…, me moría por abrazarte. —Me detengo un segundo, controlando el arrebato que siento en el pecho—. Y me sentía culpable, *sucio*, por consentir aquellos pensamientos. Inconscientemente, sabía que lo que sentía por ti tenía otro origen. Mi madre insistía en que yo era un gran hermano mayor, y algo en mí gritaba que esa no era la palabra correcta.

La miro.

Esta vez me quito las gafas.

—Yo no quería ser tu hermano, Willa. Quería ser tuyo y que tú fueses mía. —La voz sale desesperada, asfixiante.

Ella me escucha con una concentración absoluta, no parpadea.

—Cuando hablas de sentir demasiado… —continúo, más bajo—, creo que no entiendes que yo siempre me sentí así, siempre. Demasiado atento, demasiado pendiente de dónde estabas, con quién hablabas, si alguien te miraba más de la cuenta. Pensé que era protección, después entendí que era miedo.

—Miedo a qué —susurra ella.

Respiro hondo.

El aire de la mañana ya no es ligero; pesa.

—A perderte. A que alguien más te hiciera sentir lo que yo no tenía derecho a hacerte sentir. Intenté ser correcto. Intenté repetirme que eras intocable, que lo que experimentaba era un error moral, una confusión, una etapa que se me pasaría cuando crecieras. —Me río sin humor—. No se me pasó.

Sus dedos aprietan los míos.

—Cada vez que alguien se acercaba a ti —añado—, yo me decía que era lo que debía ocurrir, pero por dentro… me quemaba, Willa.

Clavo la mirada en ella.

Silencio, excepto por el sonido del agua chocando contra el borde de la piscina.

—Si ellos nos rechazan —digo al fin—, no vas a quedarte sola, porque yo no voy a soltar tu mano por mucho que al mundo le resulte incómodo. A estas alturas, honestamente, no creo ser capaz de alejarme.

No es una promesa romántica, es una declaración de guerra silenciosa.

—No te anhelo por rebeldía, ni por lo prohibido. Te aguardo porque cada versión de mí que existió desde aquella estación de tren te ha estado buscando.

Ella parpadea, y esta vez no parece fuerte ni irónica. Parece conmovida.

No hay huida, no hay broma que alivie la tensión. Solo esa intensidad tan típica de nosotros, cruda, adulta.

—El día de la estación…, cuando me llevaste de la mano y no me soltaste, aunque yo no dejaba de hablar para disimular que tenía miedo… —traga saliva con media sonrisa—, sentí algo distinto. No sabía nombrarlo, solo sabía que me sentía resguardada contigo de una forma que no se parecía a nada.

Me quedo quieto, ansioso por escuchar qué es lo que tiene que decir.

—Cuando crecí —continúa— y empecé a entender lo que era el deseo…, me odié un poco. Porque cada vez que imaginaba cómo quería que alguien me mirara…, era tu cara la que aparecía.

No hay viento ahora, ni hay sonido. Solo nosotros y este alud de confesiones que ninguno estaba dispuesto hacer, hasta que encontramos un lugar seguro.

—También me convencí de que era una etapa. De que se me pasaría cuando me enamorara de otra persona. —La idea me repugna—. Nadie despertó las cosas que tú has despertado en mí, Alex.

Mis dedos aprietan los suyos sin darme cuenta.

—¿Sabes qué fue lo peor? —susurra—. Que cuando te veía con otras mujeres en las revistas… me repetía que yo no tenía derecho a sentir nada. Que tú eras libre de mí, que yo no debía complicarte la vida.

Eso me franquea, porque es mi culpa haberle causado ese dolor, fue mi intención durante muchos años, pretender odiarla para que se alejara de mí.

—Nunca fuiste una carga, Willa. —Mi voz se precipita, como si temiera que el momento se escapara antes de poder decirlo en voz

alta. Siento la urgencia de aclarar lo que llevo años guardando, de romper esa idea equivocada que ella ha arrastrado consigo—. Solo eras mi mayor pecado.

La frase se queda flotando entre nosotros, cargada de significado y de una honestidad brutal. No se trata de una acusación ni de una confesión vergonzosa; es el reconocimiento de lo mucho que significaba para mí, de la intensidad con la que siempre la he sentido, aunque intentara ocultarlo bajo capas de indiferencia.

Ella niega con la cabeza.

—Ahora lo entiendo, antes tenía miedo de que, si cruzábamos esta línea, me odiaras por haberte hecho hacer cosas que no querías, como ese día cuando te besé en mitad de la noche. Solo quería que fueses el primero… Y, aun así —añade—, nunca dejé de querer cruzarla.

Yo no me muevo, porque si lo hago, esto deja de ser confesión y se convierte en incendio.

Ella es quien se inclina primero, su mano sube hasta mi cuello. Me mira una última vez, buscando permiso, y entonces me besa.

No es un beso hambriento.

Es firme.

Es consciente.

Es la clase de beso que dice: «Elijo esto».

Sus labios son cálidos por el sol, saben a algo que siempre estuvo ahí, algo mío.

Cuando respondo, lo hago igual: sin prisa. Mi mano sube a su cintura, impulsada por la necesidad de asegurarme de que este momento es real.

El mundo no desaparece, simplemente deja de importar.



Algo ha cambiado.

Cuando Alex me toma, lo hace distinto.

Estamos en un rincón de la piscina, donde el agua apenas ondula. Mi espalda roza la pared áspera y fría; el contraste con su cuerpo caliente me arranca un estremecimiento. Mis piernas se enredan en su cintura, aferrándolo, mientras él se sujeta al borde con las manos, tensas, y me guía con un ritmo firme, constante, casi reverente.

Pero no es eso.

No es la forma en que se mueve.

Son sus ojos.

No están nublados por el placer ni endurecidos por la necesidad. No me miran como quien reclama algo, sino como alguien que descubre.

Su pelo mojado cae hacia atrás, pequeñas gotas de agua cuelgan de sus pestañas.

Me acaricia el rostro con una mano húmeda, aparta el cabello pegado a mi mejilla y me besa con una dulzura que no encaja con la intensidad de lo que estamos haciendo.

Cuando alcanzamos el punto exacto del placer, se queda hundido en mí, respirando contra mi cuello, y yo lo rodeo con los brazos como si temiera que el mundo pudiera arrebatármelo en cualquier segundo.

Permanece así un largo momento, como si necesitara memorizarme.

Después, sus labios comienzan a recorrer mi cuello, lentos, deliberados. Sus manos se deslizan por mi espalda, reclamando otra vez, pero con esa misma mirada que me desarma.

Y todo empieza de nuevo.



El domingo almorzamos en las mesas del exterior.

El sol cae tibio sobre la madera clara y la brisa mueve con delicadeza las copas de los árboles. Alex corta un trozo de comida, lo carga en el tenedor y lo acerca a mi boca como si fuese el gesto más natural del mundo. Yo abro, obediente, y lo dejo alimentarme. Después inclina el rostro y deja un beso rápido sobre mis labios, ligero, casi distraído.

Pero no lo es.

No hablamos más de Mónica ni de Tony. El tema flota a veces en mi cabeza, como ese examen lejano que sabes que tendrás que afrontar, aunque todavía no hayas abierto el libro. Intento no quedarme ahí. Me obligo a volver al presente.

A *este* Alex.

A esta versión suya que parece más abierta, más blanda en los bordes. Como si hubiera decidido, al menos por ahora, dejar de pelear contra lo que siente.

Dormimos la siesta en el sofá, enredados, con la televisión murmurando algo que ninguno escucha. Al despertar, nos bañamos juntos antes de volver a San Francisco.

El avión esta vez es privado.

Alex murmuró una excusa incoherente, algo sobre tener que regresar rápido por trabajo. Asentí, pero no soy ingenua. Creo que todavía quería este pequeño paréntesis. Un espacio suspendido antes de enfrentar el caos que nos espera.

Estoy sentada sobre sus piernas durante el vuelo, encajada contra su cuerpo. Mi cabeza descansa en el hueco de su cuello y me quedo dormida ahí, respirándolo. Su mano se mantiene firme en mi cintura.

Cuando el avión comienza a descender, me da unas palmaditas suaves en el culo para despertarme.

—Llegamos —susurra contra mi pelo.

Levanto la cabeza despacio.

San Francisco nos espera abajo, gris, imponente, y por primera vez, no sé si me asusta más la ciudad… o todo lo que significa volver a ella siendo esta nueva versión de nosotros.



Subo al escenario con el micrófono en la mano y una sonrisa que no sé si es mía o de supervivencia.

—Buenas noches, San Francisco —digo, acomodando el cable, como si eso me diera tiempo para decidir cuánto voy a contar de verdad—. Crecí en una familia… alternativa. —Pausa—. No *hippie*, *ojalá hippie*. No, la mía era más del estilo «Aprende a hacerte la cena a los siete años porque mamá está ocupada viviendo su propia adolescencia».

Risas incómodas.

Camino un poco por el escenario, jugando con el cable.

—Mi madre tenía una filosofía de crianza muy moderna, se llamaba «improvisación constante». Nunca sabías si ese día tocaba gritar, ignorarte o desaparecer emocionalmente como Houdini, pero con menos talento.

Se ríen y yo también.

—Era tan negligente que una vez olvidó ir a buscarme al colegio… durante tres horas, *tres*. Yo ya estaba considerando presentarle mi formulario de adopción a la portera. —Miro al público —. Espóiler: tampoco me quiso.

Más risas, pero ahora hay un murmullo distinto.

—Y mi padre… —Me encojo de hombros—. Mi padre hablaba poco, creo que, si le cobraran por palabra, estaría endeudado. Nuestra conversación más profunda fue: «¿Comiste?», «Sí». Fin. Conexión emocional máxima.

La sala se ríe, pero yo dejo que el silencio dure un segundo más.

—Lo curioso es que, cuando creces así, te vuelves independiente muy rápido, no porque seas fuerte…, sino porque nadie más lo va a ser por ti.

Se forma un silencio más denso. Recuerdo las palabras de Alex diciendo algo muy parecido, nunca había hecho la conexión hasta este momento.

—Yo pensaba que eso era normal, que todas las madres olvidaban que tenían hijas. Que todos los padres eran como muebles con pulso, hasta que un día… —respiro hondo— mis vecinos aparecieron.

Levanto la vista.

—Esa pareja que siempre te saluda demasiado alegre por la mañana. Resulta que no solo regaban sus plantas, también me estaban vigilando a mí.

Silencio.

—Un día, literalmente, me rescataron. Como si fuera un gato atrapado en un árbol, solo que el árbol era mi casa.

Camino hacia el centro del escenario.

—Me adoptaron y pasé de «¿Comiste?» a «¿Cómo te fue hoy? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?». Fue tan raro que pensé que estaban tramando algo.

El público ríe otra vez.

—La primera vez que mi nueva madre me abrazó, yo me quedé rígida, como una tabla. Pensé: «Esto es una trampa, en cualquier momento despierto en la bañera sin un riñón».

Carcajadas.

Me llevo una mano al pecho.

—Pero no, solo querían… quererme.

Dejo que la frase caiga.

—Pero, bueno —sonrío otra vez—, gracias a eso hoy tengo material para terapia… y para monólogos. Así que, mamá biológica,

si estás viendo esto: gracias por el contenido. Sin ti no tendría carrera.

La sala estalla en risas, algunas nerviosas, otras liberadas.

Me inclino hacia el micrófono.

—Y a mis vecinos…: gracias por no limitarse a regar las plantas.

Aplausos.

Bajo del escenario todavía con el eco de la ovación vibrándome en el pecho.

Sonrío, choco manos. Un par de muchachos me dicen que fue «valiente». Siempre usan esa palabra cuando no saben si reír o abrazarte. Yo me río igual, hago un comentario ligero y sigo caminando.

Owen tiene mi bolso en su despacho, así que voy directa hacia allí. El pasillo está medio en penumbra, huele a cerveza. Todo vuelve a la normalidad demasiado rápido.

Cierro la puerta detrás de mí.

Mi bolso sigue donde lo dejé, tirado sobre el escritorio. Rebusco casi con ansiedad y saco el móvil. El corazón me late con una expectativa infantil, espero ver su nombre.

Nada.

En su lugar, otro nombre. El de mi madre biológica.

El aire se me queda atascado en la garganta.

Abro el mensaje.

> **ADN Dañado:**
> Lamento llegar a esto, pero necesito el dinero. No creo que Mónica y Tony quieran ver esto circulando.

Debajo, una imagen adjunta.

La descargo y el estómago se me cae al suelo.

Es una foto nítida: La piscina, el rincón, mis piernas alrededor de su cintura, su boca en mi cuello. Siento cómo la sangre me abandona el rostro.

Me apoyo en el escritorio porque las piernas amenazan con dejarme caer. El techo vibra, el mundo se vuelve estrecho, pequeño, como si alguien hubiera reducido el oxígeno de la habitación.

Mi primera reacción no es vergüenza, es rabia, luego miedo.

Mis dedos se mueven solos.

¿Cuánto?

Los tres puntitos aparecen casi de inmediato.

Me llevo una mano al abdomen cuando leo el número, intentando calmar las náuseas.

Esto es una bomba y acaba de caer justo en medio de lo único que, por primera vez en mi vida, se sentía seguro.

Alex



Me siento en el bar y solo está Jareth.

Por supuesto, maldigo por lo bajo. Lo último que quiero es quedarme a solas con él y su mirada inquisitiva.

Sospecho que sabe algo, es cuestión de que decida cuándo quiere hablar de ello.

—¿Y el resto? —pregunto, recorriendo el perímetro de la mesa.

El bar tiene el murmullo de siempre: vasos chocando, risas que suben y bajan, el olor a whisky y alcohol en general impregnando el aire. La música ha mejorado desde la última vez, quizá Finn está de mejor humor.

—No vendrán —dice. Saca el móvil del bolsillo interno de la chaqueta y lo deja sobre la mesa. La pantalla se enciende y una imagen de él e Isadora aparece. Detrás, un atardecer naranja, tan perfecto que roza la obscenidad.

No hace tanto que me pidió que lo acompañara a aquel depósito para rescatarla. Por alguna razón, sabía que Isadora estaría allí, como también el psicópata de su hermano.

Nunca vi a Jareth tan endemoniado con alguien. Físicamente, digo. Hubo un momento (uno muy real) en el que pensé que mataría a César, el hermano de Isadora, y, sin embargo, en el último segundo, lo dejó ir.

A quien no dejó ir fue a ella.

Recuerdo la desesperación cuando sujetó el rostro de Isadora entre las manos y le preguntó, casi frenético, por qué se había puesto en peligro. No era rabia, era terror disfrazado.

Ahí entendí que lo que pasaba entre ellos no era nada de lo que yo había supuesto.

Jareth sentía cosas. *Siente cosas.*

Ella era su primer amor, me enteré en ese momento.

Después tuvimos una conversación larga, *incómoda*. Me explicó que ella lo había dejado por circunstancias injustas. Que siempre había quedado pendiente algo entre los dos, un hilo suelto. Ahora se han reencontrado. No viven juntos, pero es raro verlo solo.

Está menos rígido que antes, aunque aún no lo definiría como relajado. Hay algo calculado en este encuentro.

—¿Y qué hacemos tú y yo aquí, entonces? —pregunto, apoyándome en el respaldo.

Jareth no sonríe.

—Hablamos de ti.

El hielo del vaso tintinea cuando lo giro entre los dedos. La copa de Jareth está intacta; como siempre, la bebida pura, amarga y áspera, como él.

—No sabía que mi vida fuera de interés público.

—No lo es —responde con calma—. Es de interés *familiar*.

Ahí está.

Lo miro fijamente.

—No te metas en mi vida, Jareth —advierto con una lentitud deliberada.

Él inclina la cabeza apenas unos centímetros, como si estuviera evaluando una jugada.

—Créeme, no me metería si no estuvieras a punto de dinamitarla tú solo.

El murmullo del bar se vuelve distante, se hace un vacío en mi estómago que hace imposible darle un trago al whisky.

Sé exactamente de qué habla y no me gusta que sea él quien lo diga en voz alta.

Jareth no levanta la voz. Nunca lo hace cuando el tema es serio.

—Pulso está inestable —dice, apoyando los antebrazos en la mesa—. Las acciones no han terminado de recuperarse y el último trimestre fue suficiente para que los fondos comenzaran a hacer preguntas incómodas.

No respondo, ya sé todo esto.

—Si se hace público que tienes una relación *amorosa*… con tu hermanastra —continúa, eligiendo cada palabra y mirándome a los ojos—, no será una noticia romántica, será un escándalo y Johnny Rush se dará un festín contigo.

El hielo en mi vaso ya se ha derretido, la condensación que precipita hasta la madera deja una huella.

—No es ilegal —digo, seco—. No somos hermanos de sangre, Jareth.

—Lo sé —admite—, siempre fuiste pésimo ocultando lo que sentías por ella, Alex. No te estoy juzgando, pero la bolsa no funciona con moralidad jurídica, funciona con percepción. Los inversores no quieren controversia —añade—, quieren estabilidad. Y ahora mismo tú eres Pulso, y tu pulso está por los aires.

Lo miro, casi desesperado por hablar de este tema que me carcome por dentro. No creí que de todas las personas que me rodean, fuese Jareth con quien hablaría del tema.

—¿Estás aquí como amigo o como miembro del consejo?

Una sombra de sonrisa.

—Lo que tú necesites en este momento.

No bajo la mirada.

—Ambas cosas. ¿Qué propones? —pregunto, con un filo que no intento ocultar.

—Que no lo hagáis público. No ahora, dadle tiempo, deja que la empresa se estabilice después de lo de Rush y que haya algo sólido que amortigüe el impacto.

Habla con lógica.

No me gusta todo esto, me incomoda y algo debe estar comunicando exactamente eso.

—No estoy diciéndote que la dejes —aclara—. Estoy diciéndote que no la expongas.

Aprieto la mandíbula.

Exponerla.

—Lo que me estás pidiendo —señalo, despacio— es que vuelva a esconderme.

—Te estoy pidiendo que seas estratégico. —Su dedo índice golpea la mesa con énfasis.

—¡Estoy cansado de ser estratégico! —Subo el volumen de mi voz. Las palabras salen más crudas de lo que esperaba.

Jareth no parpadea y se inclina un poco hacia delante.

—Pero si la amas, protégela también de la maquinaria. No solo del juicio moral, hablo de la trituradora mediática. ¿Ella no está empezando a crecer? Eso dijo Isadora.

—Sí —admito—, llegará lejos, tú no sabes cuánto la ama el público.

—Con más razón, Alexander, escúchame, esto puede terminar muy mal para los dos.

Eso sí me hace pensar, porque no es solo mi reputación, es la suya. Su carrera, sus escenarios, sus oportunidades.

Pero algo dentro de mí se rebela.

Me paso la mano por el pelo, suspiro con pesadez, sintiendo la derrota sobre mi hombro.

—He pasado años fingiendo que no sentía lo que sentía, Jareth —confieso, más bajo—. No quiero vivir así nunca más, esto no es algo pasajero, la amo, siempre lo hice.

Es la primera vez que lo digo en voz alta y me siento una basura por no decírselo a ella.

Jareth suelta un suspiro breve, juega con un sobre de sal por encima de la mesa y deja caer su espalda contra la silla; no suele verse empático, pero en estos momentos lo es.

—Entonces hazlo bien, si vas a salir a la luz, que sea cuando puedas sostener el golpe. Habla con tu equipo, pensad una estrategia.

El móvil vibra sobre la mesa.

Miro la pantalla.

Willa.

El corazón me da un golpe seco.

Ella no llama porque sí, nunca. Si necesita algo trivial, escribe; si está ocupada, desaparece. Si me llama…, algo no está bien.

Contesto al primer tono.

—Willa. —No digo hola.

—Alex… —Su voz suena distinta, no está llorando, pero está cerca—. ¿Estás ocupado?

Ya estoy alerta.

—No. ¿Qué pasa?

Jareth me observa sin intervenir. No pregunta, solo escucha con atención de hierro.

Al otro lado del móvil hay un segundo de silencio, luego respira hondo.

—Mi madre biológica me escribió.

Joder. Eso nunca es bueno.

—¿Qué quiere ahora?

—Dinero, ¿qué más sino? ¿Una hija? Pff…

Mi mandíbula se tensa.

—Eso no es nuevo, Willa. ¿A qué viene este tono? —Nunca la escuché tan consternada, su voz tiembla.

—No —susurra—, pero esta vez es diferente.

Aprieto el móvil con más fuerza.

—Explícate.

Se oye un pequeño ruido, como si estuviera desbloqueando la pantalla.

—Me envió una foto, Alex.

Mi pulso se acelera.

—¿Qué foto?

Otro silencio.

—Una de nosotros, de la semana pasada en el jardín de la casa. Tú me estabas… —duda— estabas sujetándome la cara.

No necesito verla para saber exactamente qué momento es. Recuerdo cómo la miraba, cómo me di cuenta de lo mucho que la amo.

—¿Qué dice el mensaje? —Levanto la mirada, Jareth tiene las cejas juntas, puedo sentirlo preocupado.

—«Lamento llegar a esto, pero necesito el dinero. No creo que Mónica y Tony quieran ver esto circulando».

Me refriego los ojos hasta sentir dolor.

Jareth se ha quedado completamente inmóvil, pero sus pupilas siguen clavadas en mí. Ha escuchado cada palabra.

—¿Cuánto pide? —pregunto.

—Tres millones.

Ni siquiera pestañeo. No es la cifra lo que me preocupa, es el mensaje. Esa mujer es el diablo en persona, ni siguiendo sus reglas te puedes fiar.

—Escúchame bien —digo, sin disimular calma superficial—. No le respondas, no hagas absolutamente nada hasta que yo llegue a casa.

—¿Dónde estás? —Percibo el miedo en su voz, y eso me vuelve loco.

—En el bar con Jareth. Salgo ahora, ¿vale? No te preocupes por nada.

—Alex… —Su voz baja un tono más—. ¿Y si la manda? ¿Y si se la envía a ellos antes de que podamos hacer algo?

Ahí está de nuevo su verdadero temor, qué van a pensar mis padres de nosotros; le tiene miedo a la decepción, al asco en sus ojos.

—No va a pasar —aseguro con firmeza. No porque lo sepa, sino porque necesito que lo crea. Haré lo posible para controlar esta narrativa—. Y si pasa —añado, más bajo—, lo enfrentamos.

Willa respira hondo al otro lado del móvil.

—Vale.

—Estoy saliendo para casa, no contestes a ningún número desconocido.

Cuelgo, pero me quedo mirando la pantalla unos segundos más.

Jareth habla primero.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—No lo sabe —respondo seco—. *Nos fotografió.*

—¿Dónde?

—En el único lugar donde sentí que podíamos ser auténticos sin preocuparnos. —Esa es la parte que más me enfurece, me sentí

diferente. Me di cuenta de que todo esto valía la pena en ese lugar, quería mantener ese recuerdo intacto para siempre y esta mujer acaba de arruinarlo todo.

Jareth se inclina hacia atrás.

—Esto es extorsión —informa con frialdad absoluta.

Levanto la vista hacia él.

—No va a tocar un solo dólar de mi cuenta.

—Haces bien, no se negocia con terroristas —añade.

Asiento.

Estoy furioso.

—¿Tiene la imagen original? —pregunta.

—Supongo que sí.

—Entonces no puedes evitar que la publique. Si esa foto sale ahora —continúa—, Pulso cae otro diez por ciento en una semana.

—Me importa una mierda la bolsa ahora mismo, Jareth.

Mi exabrupto no lo inmuta.

—Entonces tienes que decidir algo, Alex. O lo mantienes oculto y gestionas esto en privado…, o te adelantas a la jugada.

Lo miro.

—¿Adelantarme cómo?

—Si vas a hacerlo público algún día…, quizá ese día tenga que ser ahora. Quitarle poder a la amenaza.

Controla la narrativa, Alex.

La idea me golpea como un disparo. No por la empresa, sino por Willa, porque hacer esto público significaría dejar de esconderla.

Cojo el móvil y me levanto.

—Yo estuve para ti cuando me necesitaste, ¿estarás tú para mí?

Jareth se levanta y estira la mano para que la sujete.

—Dime qué hacer y allí estaré.

Asiento una vez.

—Te llamaré cuando tenga algo resuelto.

Camino dando grandes zancadas hacia la puerta y, por primera vez desde que empezó la noche, entiendo que ya no estamos decidiendo si salir a la luz.

La luz acaba de encontrarnos.



Alex cruza la casa como si fuera territorio enemigo.

No camina, *avanza.*

Sus brazos me encuentran antes de que yo pueda decir nada. Me aplasta contra su pecho, una mano firme en mi nuca, el mentón enterrado en mi pelo.

—Muéstrame —ordena.

Pero ya tengo el móvil preparado en la mano.

La imagen es clara. Estamos los dos de perfil, con el sol iluminándonos el rostro. Mi cara es de placer; la de Alex, seria, concentrada, fija sobre mí como si el mundo entero hubiese desaparecido.

—No sé cómo lo lograron —digo, cruzándome de brazos—. ¿Cómo supieron que íbamos a estar allí?

—Alguien vendió la información, así es como funciona en el puto Hollywood —responde sin apartar la vista de la imagen. Luego sus ojos se clavan en mí—. Es claramente un dron, mira el ángulo. No hay fotógrafo físico, lo operaban desde lejos.

Me sujeta el rostro entre sus dos manos enormes. No con delicadeza, sino con determinación; no me hace daño, pero tampoco me deja apartar la mirada.

—Willa…, mi amor, quizá debamos adelantar la confesión que pensábamos hacer en el futuro.

Empiezo a protestar, pero no me suelta. Sus pulgares presionan ligeramente mis mejillas; sigue hablando.

—No será fácil, tengo un plan. Mañana, después de la reunión con los inversores, daré una conferencia de prensa. Mantendré tu nombre en el anonimato todo lo que pueda, pero en algún momento saldrá a la luz. Quiero que tengas un mánager, alguien que gestione esto como se debe.

—¿Un mánager? —Me río, incrédula—. Alex, no soy nadie en esta industria.

Sus ojos se endurecen.

—Eres mía.

Silencio.

No lo dice en tono romántico.

Lo dice como declaración de guerra.

—Y eso te convierte automáticamente en alguien que van a querer tocar para llegar a mí.

Mis latidos se aceleran.

Él se inclina apenas, su frente casi tocando la mía.

—Piensa en Pulso, no pierdas tiempo preocupándote por mí.

Su mandíbula se tensa. Hay algo oscuro, protector, casi posesivo en la forma en que me mira.

—El día que deje de hacerlo, Willa, corre lejos. Porque esa persona no soy yo.

Y ahí está el Alex que aplasta juntas directivas, el que destruye competidores, el jugador que todo el mundo temía en el campo de juego.

La prensa no respeta silencios.

Internet no perdona secretos.

Si su plan falla…, no puedo quedarme quieta mientras él arde por protegerme.

Asiento, confirmando que comprendí todo lo que dijo, pero mi cerebro ya está trabajando.

Si él da una conferencia, yo preparo contenido.

Si él intenta mantener el anonimato, yo modifico la narrativa.

Si intentan pintarme como oportunista, yo convierto esto en historia de amor pública.

Tengo un escenario, tengo un micrófono.

Y sé exactamente cómo hacer que una sala entera cambie de opinión en cinco minutos.

Lo miro.

Él cree que me está salvando, y quizá lo haga, pero si su plan no funciona…

Seré yo quien tome el control.



Y así es como comienza la caída, susurra mi mente.

Algo se siente fuera de lugar desde que cruzo las puertas del ascensor junto a Alex. No es visible, pero es denso. El equipo lo embosca antes de que podamos intercambiar más que una mirada rápida.

«Reunión urgente», dicen.

Alex me da una mirada reafirmante, de esas que llaman a la calma, pero no estoy tan segura.

Mis piernas se vuelven gelatina mientras camino hasta mi despacho.

Fiona está allí y me sonríe.

—Buenos días —saluda con una tensión apenas disimulada.

Aparece una presión incómoda en el centro de mi pecho, avisándome de que el golpe viene en camino.

Enciendo el ordenador, la pantalla tarda una eternidad en iluminarse y, mientras espero, consulto las redes casi por reflejo.

Y ahí está, publicado hace treinta minutos.

«Importante CEO de Silicon Valley involucrado en una relación incestuosa».

No lo entiendo al principio. Leo el titular, pero mi cerebro no procesa las palabras. Es como mirar un idioma extranjero.

Luego lo leo otra vez.

Y otra.

Levanto la vista y Fiona vuelve a sonreírme, esa sonrisa lo confirma todo.

Pierdo la puta cabeza.

Me levanto tan rápido que la silla casi cae hacia atrás y salgo del despacho sin decir nada.

Busca a Alex. Dile que algo está pasando. *Dile que esto no es un rumor pequeño. Dile que es una bomba.*

Camino por la oficina y siento las miradas. ¿Son reales? ¿O es paranoia? ¿Ya lo saben? ¿Están leyendo lo mismo que yo?

Cada paso es más pesado que el anterior.

Llego a la sala de reuniones y encuentro que la pecera está llena.

Alex está sentado en la cabecera de la mesa rectangular, impecable, controlado, como si no hubiera un incendio arrasando todo. A su alrededor, al menos doce personas. DOCE.

Estrategia, crisis, legal y comunicación.

Me detengo al otro lado del cristal, no quiero interrumpir, pero tampoco puedo quedarme quieta.

Como si pudiera sentirme, Alex levanta la vista y la conecta conmigo.

Estoy segura de que ve el miedo en mi cara, pero antes de que pueda hacer un gesto, hablar, entrar sin permiso…, mueve la cabeza muy levemente.

No.

Confía.

Mi teléfono vibra segundos después.

Alex:
Ya estoy al tanto. No te preocupes.

Que no me preocupe, dice. ¿Acaso no me conoce este señor?

Willa:
¿Cuándo es la rueda de prensa?

Alex:
Estamos pensando en aplazarlo, el portar que sacó la noticia es poco confiable, eso nos da unos días más para prepararnos.

Willa:
Escuché a Fiona hablar sobre que las acciones ya bajaron un cuatro por ciento. Esto es solo el principio, no quiero ser la razón por la que pierdas tu proyecto.

Alex me mira de vuelta, puedo verlo enfadarse un poco más, minuto a minuto.

Alex:
Si Pulso cae, me importa poco y nada. Prefiero verlo todo arder a que te veas afectada por esto.

Y eso es lo que más me preocupa.



ADN Dañado:
Aún no he recibido noticias de ti, Willa. Me estoy impacientando.

El mensaje de mi madre llega al mediodía, la hora exacta en la que suele despertarse. Durante años fui yo quien la sacudía para que me preparara antes de ir al colegio. Los calmantes la mantenían en un sueño espeso, irresponsable.

Mi padre casi nunca estaba por las noches.

Los recuerdos me envenenan la sangre. No solo arruinaron mi infancia; ahora intentan exprimirla.

Willa:
Pediste tres millones, no tres mil. ¿Crees que cago dinero, madre?

Me da asco decirle madre, no se merece ese título, ese es para Mónica solamente.

La respuesta llega casi inmediata.

ADN Dañado:
Respétame, Willa. Soy tu madre. No me busques.

Willa:
No lo hago, por eso me fui de casa. ¿Te olvidaste de que pasaste seis años en prisión por negligencia?

Los tres puntos aparecen.

Desaparecen.

Vuelven.

La discusión sigue ardiendo… hasta que, de pronto, el indicador desaparece. ¿Se arrepintió?

No, lo que llega no es un texto.

Es una imagen.

En una tumbona, Alex está recostado con su traje de baño. Yo estoy sobre sus piernas, besándolo con pasión, los ojos cerrados. Él me mira con devoción mientras sus manos se aferran a la curva de mi cuerpo.

Ese momento era mío, íntimo, guardado como un tesoro. Ahora se siente expuesto, manoseado, sucio.

La rabia me sostiene cuando me levanto, esta vez no espero mensajes.

Es hora de resolver mis propios problemas.



Cuando los veo bajar del taxi, sonrío.

Mónica y Tony, por primera vez, ven mi nombre en una marquesina pequeña, iluminada con bombillas algo quemadas que hacen que todo parezca desorganizado.

—¡Oh, Willa! —dice mi madre, abrazándome—. ¡Mira toda esta gente! ¿Vinieron para verte a ti? —susurra lo último, como si fuera un secreto peligroso.

—En parte, hay un par de personas más esta noche, pero yo soy la última.

Tony, que se ha vestido como si fuese a una gala benéfica, observa todo a su alrededor: la gente entrando, el murmullo creciente, el bar lleno, repartiendo bebidas.

Sonríe con orgullo contenido.

—Increíble —comenta, asombrado.

Solo espero que, cuando vuelva a mirarme después de la función…, no sea distinta a la forma en que lo hace ahora.

—Este teatro es pequeño. El de Los Ángeles tiene capacidad para cien personas más, venid.

Los llevo hasta la tercera fila. Algunas personas me saludan al pasar; ellos lo observan todo como si hubieran cruzado una puerta invisible hacia un mundo que no sabían que existía.

—En media hora, aproximadamente, saldré.

—Aquí esperamos, ansiosos —dice Mónica, sujetando su bolso contra el pecho como si fuese un ancla.

Asiento y empiezo a alejarme, pero me detengo y regreso sobre mis pasos.

Los miro a los dos.

—Espero que hoy entendáis un poco mejor una parte de mí que no conocíais.

No explico más.

Me doy la vuelta y cruzo la cortina negra hacia el *backstage*, tengo más miedo de su reacción que de hacer reír a cien desconocidos.

Cuando salgo me reciben aplausos y silbidos, no miro a mis padres directamente, porque mi corazón está frenético, no quiero que nada me desvíe de mi objetivo de esta noche.

Sujeto el micrófono y tomo aire hasta llenar mis pulmones.

—Mucha gente pensaba que, porque mi madre biológica tenía un romance bastante estable con el alprazolam, yo iba a terminar durmiendo en una cuneta.

Pausa.

—Espóiler: no terminé en una cuneta, terminé bajo un puente.

El público se ríe.

Levanto una mano.

—Es broma, tranquilos, no terminé bajo un puente. Mis inicios fueron duros, sí, algo caóticos. Pero tuve suerte, me encontré con un hada madrina.

Miro al techo, como si la estuviera invocando.

—Y no, no era de mofletes rosados ni llevaba varita. Mi hada madrina era la madre más guay que podía haber pedido, y mi hado padrino…, bueno, también era bastante mágico.

Risas suaves.

—Me dieron casa, comida, ropa…, cariño. Pero, sobre todo, me dieron amor. Y esta es la parte en que todos decís «Ahh» al unísono.

Señalo al público con el micrófono y, como pedí, todos hacen el mismo ruido al mismo tiempo.

Bajo un poco el tono.

—No cualquier amor; el que te dice «Te quiero» aunque estés insoportable, quisquillosa y preadolescente. Imaginad querer a una niña que no gestaste el mismo día que decide escaparse por una ventana para fugarse a una fiesta. Ese es el tipo de amor del que hablo. En ese hogar encontré algo que no sabía que existía: adultos que no daban miedo. Adultos que no rompían cosas. Adultos que no eran un pedazo de mierda.

Pausa.

—Y también encontré algo más.

El público se tensa un poco.

—No, tranquilos. No había revistas porno esparcidas por la casa como en las vuestras. Por cierto, ¿cómo van esas sesiones de terapia? ¿Bien? ¿Habéis avanzado?

Risas. El aire vuelve.

Sonrío.

—Ellos me dieron a *alguien* que iba a representar muchas cosas en mi vida. El hijo de mi madre adoptiva fue quien me encontró perdida en una estación de tren, con tan solo diez años, sola y

convencida de que mi madre biológica pensaba que yo venía con GPS incorporado de serie.

Carcajadas.

—Espóiler dos: no venía. Él me llevó a su casa, me hizo sentir resguardada, valiosa.

El teatro se queda más quieto ahora.

—En un mundo silencioso, él volvió a poner sonido en mi vida. Era amigo, cuidador, profesor…, ángel. Fue todo lo que necesité, incluso cuando me enseñó a imitar la firma de mi madre adoptiva para justificar retrasos en el colegio.

Las risas vuelven, pero más contenidas.

—Eso también es amor, ¿no? Amor práctico.

Respiro.

—Llamarlo hermano siempre se sintió raro.

Miro al público y me pongo seria.

—Todos insistían en que debía llamarlo así, pero por dentro sabía que no lo era, era mucho más que eso, era un gigante.

Me encojo de hombros.

—Y claro, ¿cómo explicas algo así sin que piensen que eres una pervertida que lee romance oscuro? Bueno…, a veces lo leo. Mamá, papá, espero que tuvierais tapados los oídos.

Pongo cara de vergüenza.

—¿Por qué debía sentir culpa por amar a alguien con quien solo viví algunos años? ¿Por qué ese amor tenía que venir con advertencia sanitaria?

Pausa.

—Os cuento esto porque, cuando mañana exploten los tabloides y me etiqueten con palabras que no me representan, quiero que sepáis algo: no creáis todo lo que leéis en Internet. Especialmente, si suena a teoría conspirativa con mala ortografía.

»Él es mucho más, él es el tipo de persona que se endeudó para que mi noche de graduación fuese perfecta, sí. ¿Sabéis que más? Adoptó un gato solo porque yo quería uno.

Silencio.

Todos parecen estar muy concentrados en lo que estoy diciendo.

—¿Cuántas veces encuentras a alguien así?

Pausa.

—La gente dice que el amor tiene reglas, que tiene etiquetas, que tiene casillas. —Me encojo de hombros—. Yo crecí aprendiendo que el amor se demuestra con *actos*, no tanto con flores y bombones, sino a través de alguien que te encuentra perdida en una estación de tren… y decide que no te va a soltar la mano nunca más.

El teatro está completamente quieto ahora.

—Así que, si mañana alguien decide convertir mi historia en un titular escandaloso…, perfecto. Que lo hagan. —Levanto la barbilla apenas—. Pero al menos que escriban bien mi nombre. Es Willa Moor, con doble *O*… de «Ojalá os vayáis todos a la mierda».

Risa nerviosa y entonces el remate:

—Porque si amar es un escándalo…, entonces que me pongan en la portada.

Silencio absoluto y luego cae un aplauso aturdidor.

Saludo al público, no miro a mis padres todavía, pero lo que sí veo es al fondo, de pie, un gigante observándolo todo.



Los comentarios de la gente que sale de la sala son positivos; algunos murmuran al pasar, todavía con la emoción vibrándoles en la voz:

—¿Quién será él?

—Yo vine por un monólogo y me llevé una historia de amor.

—No lo veo justo; ¿por qué deberían tener vergüenza? No son hermanos de verdad.

Mis padres vienen caminando en silencio, perdidos y aturdidos, como si acabaran de salir de una película en la que no sabían que actuaban. Me interpongo en su camino; ambos me observan sin saber qué decir. Yo solo señalo el pasillo que sé que lleva al *backstage*.

En cuanto estamos solos, los detengo en un corredor de ladrillo visto, las luces amarillentas en el techo parpadean ligeramente, y se escucha, a lo lejos, el golpe seco de una puerta metálica que se abre.

—Estoy seguro de que tenéis preguntas —digo.

Se miran y toman aire al mismo tiempo.

—Bueno… —comienza mi madre con ese tono conciliador que usa cada vez que algo le cuesta—, supongo que tenemos mucho que recapacitar.

Cuando mis ojos se posan en mi padre, dice:

—Tú… ¿te sientes igual? —Asiento una vez, seguro, inequívoco—. Entiendo que quizá impusimos algunos títulos que no se sentían naturales…

Mira a mi madre, desesperado por palabras más sabias.

—Willa es muy joven, Alex… —susurra mi madre.

—Lo sé.

—¿No te parece que quizá ella confunda algunos sentimientos con amor? Ella te admira, te quiere, pero…

—Mamá.

La voz de Willa suena detrás de mí, clara y firme. Viene caminando hacia nosotros; lo más probable es que haya escuchado toda la conversación. Verla con mis padres después de las palabras que dijo en el escenario se siente un despropósito; quiero estar a solas, decirle que la amo de una buena vez.

—Podemos ir a la oficina de Owen, por aquí.

Todos comenzamos a seguirla hasta entrar en un pequeño despacho; apenas cabemos los cuatro. Cuando mi padre cierra la puerta, el clic del pestillo resuena como un veredicto.

Willa toma aire. Sus dedos tiemblan, pero su voz no.

—Mi madre biológica nos está pidiendo tres millones de dólares a cambio de unas fotos que tomó sin nuestro consentimiento.

Mi madre se cubre la boca.

Mi padre maldice por lo bajo.

—¿Qué clase de fotos?

—Fotos juntos —aclaro sin entrar en detalles—. Willa y yo estamos en una relación desde hace un tiempo. Solo queríamos encontrar el momento adecuado para contarlo, pero os podréis imaginar que, después de la extorsión, no tenemos alternativa.

Mi madre no puede creer todo lo que está escuchando; sus ojos van de uno a otro, como si buscara una grieta por la que escapar.

—Hoy tuve una conversación con Alex —retoma Willa la palabra — y me hizo darme cuenta de que nada está por encima de lo que siento por él; ni mi carrera, ni mis miedos, por eso os invité esta noche. Alex está aquí porque seguramente sospechaba cuál era mi plan.

Me mira de soslayo y asiento con una media sonrisa; por supuesto que sabía que iba a jugárselo todo.

—¿Por eso contaste todas esas cosas privadas? —pregunta mi padre.

—Sí. Mi madre biológica ya dijo que en las próximas horas va a enviar esas imágenes a los medios. Quería prepararme; que la gente escuchara mi historia, que vosotros lo hicierais, dado que sois lo más importante que tengo.

Mi madre niega lentamente, con los ojos vidriosos.

—Willa…, los medios van a darse un festín…

—Lo sé.

—¿Y Pulso? —pregunta mi padre con esa mirada calculadora de un CEO retirado.

Encojo los hombros.

Pulso ya no es importante para mí.

—Pasará lo que tenga que pasar. Lo único que me importa es que vosotros lo sepáis… y que la carrera de Willa siga en curso.

—Estamos a punto de convertirnos en el siguiente titular —advierte Willa—. Es importante que estéis preparados.

—Necesito un momento para procesar todo —dice mi madre, sentándose en la silla más cercana, mi padre camina hacia ella y pone una mano sobre su hombro—. Creo que, de alguna manera, siempre lo supe, pero no quería asumir nada.

—Mis sentimientos hacia Willa fueron evolucionando a medida que fuimos creciendo. Os prometo que nunca ocurrió nada hasta que volvimos a vivir juntos.

—Nada inapropiado —aclara Willa.

Eso último no ayuda, honestamente, y ella encoje los hombros cuando la miro en desacuerdo.

—Tendréis que darnos un poco de tiempo —expresa mi padre— para que nos acostumbremos a esto, ¿está bien?

—Claro —respondo—, mientras recordéis que esto no es pasajero, no es un acto de rebeldía ni estamos explorando el tabú. Esto es de verdad y no se va a ir a ningún lado.

Willa me observa con una sonrisa avergonzada, esta es mi primera declaración delante de alguien más.

Solo queda decírselo directamente a ella.



Al llegar a casa, nos quedamos sentados en el coche un segundo de más. El garaje está encendido, pero, al no detectar movimiento, las luces vuelven a apagarse.

Nunca planeé decírselo; iba a ser un secreto de sumario en mi vida. Iba a llevarme a la tumba la verdad.

Que estoy enamorado de mi hermanastra.

Que es la única persona en el mundo que me despierta estos sentimientos tan desmedidos.

Sujeto su mano y la enlazo con la mía. Sus dedos están fríos, pero me sujetan con fuerza, igual que yo a ella.

—Hoy escuché cada palabra que dijiste —comienzo—, cada mensaje. Y, por más que sospechaba que tú sentías lo mismo que yo, creo que no lo comprendí del todo hasta que llegué al teatro y entendí lo que planeabas hacer.

Ella se muerde los labios, mirando al suelo. La luz tenue del salpicadero dibuja sombras suaves en su rostro.

—Creí que ibas a enfadarte —confiesa.

—Nunca pude enfadarme contigo, Willa, eres mi mayor debilidad.

Ella se ríe por lo bajo.

—Todo cambió muy rápido entre nosotros —susurra en el silencio del coche—, pero no lo sentí irresponsable; sentí que, al fin, las fichas encajaban a la perfección, como si nosotros hubiésemos sido un puzle que nunca había terminado de completarse.

La escucho y algo dentro de mi pecho, algo que he mantenido rígido durante años, cede por fin.

—Hoy se siente completo —agrego—. Yo me siento completo.

Sus ojos se elevan, brillosos y oscuros. Willa asiente con lentitud, como si también estuviera cruzando un puente invisible.

—Estoy lista para todo cuando te tengo a mi lado y te amo con tanto delirio que a veces me asusta.

El aire se espesa entre nosotros; no es miedo, es intensidad.

Le sujeto la barbilla, con una media sonrisa que apenas logra contener todo lo que llevo dentro.

—Sé exactamente a lo que te refieres —confieso—. Siempre lo sentí así; siempre te amé con una pizca de locura, Willa.

Y al decirlo en voz alta, el mundo no se rompe.

Se ordena.

Nos besamos durante horas dentro de mi coche, respirándonos, aceptando nuestra nueva realidad.



Me despierta una vibración constante, insistente.

Abro los ojos y lo primero que veo es la luz gris del amanecer filtrándose por las cortinas. Lo segundo: la pantalla iluminada con treinta y dos notificaciones.

Ya lo sé.

Antes de desbloquearlo, ya lo sé.

Respiro hondo y deslizo el dedo.

«Escándalo en Silicon Valley: CEO de Pulso mantiene relación con su hermanastra.»

Debajo, la foto.

Mi mano en su cintura, su boca demasiado cerca de la mía. No es pornográfica, no es vulgar, pero es íntima, y eso es suficiente.

Supongo que, de las mil fotos que nos tomaron, decidieron vender la menos explícita.

Deslizo hacia abajo.

Otra imagen de ella apoyada sobre mi pecho.

Otra más, nuestros dedos entrelazados, besándonos apasionadamente.

Amplío la foto y me observo a mí mismo mirándola. No hay duda en mi expresión, no hay confusión, solo… devoción absoluta.

Joder, la amo.

Y estoy feliz por habérselo dicho directamente a esos ojos increíbles que tiene.

Las notificaciones siguen entrando.

Pre-market: Pulso abajo 6 %.

Reunión equipo legal – urgente.

Paul Briks:
Llámame, ahora.

Abro Twitter y encuentro que somos tendencia.

El nombre de Willa vuela por todos lados, clips y vídeos de ella circulando sin control, la gente diciendo que soy yo el hombre del que habla. Algunos aprovechan situaciones políticas para decidir si soy buena o mala persona; otros, simplemente, desparraman el chisme.

Abro TikTok y ahí está el vídeo.

El fragmento del monólogo. Willa bajo el foco, el micrófono en la mano, la voz temblando solo lo justo para que duela.

«Porque si amar es un escándalo…, entonces que me pongan en la portada».

El contador de visualizaciones sube en tiempo real, millones.

Leo comentarios.

«Si fuera manipulación, no hablaría así».

«Ella lo eligió».

«Dejen de infantilizarla».

«Vine por comedia y terminé creyendo en el amor».

Increíble, si no hubiese contado su historia antes de que los tabloides la retorcieran, yo sería el villano perfecto. El tipo que la sacó de la calle termina acostándose con ella.

El CEO frío.

El hombre con poder.

El que se aprovechó.

Pero ella se puso delante, se expuso, declaró y ahora la conversación no es unidireccional. Está dividida, es caótica y humana.

Estiro el brazo, desesperado por la suavidad de su cuerpo, pero encuentro vacío su lado. Me paso la mano por el rostro; no me gusta que esté lejos de mí en este momento.

Dejo el móvil sobre la cama y salgo en su búsqueda.

Bajo por las escaleras y la encuentro sentada en la mesa de la cocina, con el portátil abierto. Sus ojos están brillantes, no derrotados, asustados.

Me mira.

—Se hizo viral —dice en voz baja.

Asiento.

—Lo vi.

Silencio hasta que el sonido lejano de una notificación vuelve a romperlo.

—La gente parece estar reaccionando bien, hay algunos comentarios negativos, pero la mayoría nos apoya —murmura.

Me acerco a ella y la levanto, solo para sentarla sobre mis piernas, bajo despacio la pantalla del portátil y después entierro mi rostro en su cuello; su olor me tranquiliza al instante.

—Gracias a tus palabras de anoche —susurro en su oído, dejo algunos besos en su piel expuesta y aprieto su cuerpo contra el mío.

—No quería que pareciera que tú… La gente puede ser muy cruel cuando quiere, muy fría. Y tiende a creer lo peor de las personas, inclusive de las que no conoce.

—Gracias —susurro, intentando mantener el silencio de la mañana y la intimidad ya tan natural entre los dos.

Ella envuelve los brazos en mi cuello, mi posición preferida, y suspira conmigo.

Entre aliviada y aún estresada por la situación.

No todo el mundo debe justificar su relación ante el ojo público, no es justo ni fácil.

—No me des las gracias, gigantón, es por mí que estamos en problemas.

Le acaricio el pelo y levanto la vista para decirle esto directamente a los ojos.

Sostengo su rostro entre mis manos, la miro con toda la honestidad que soy capaz de mostrar y hablo desde lo más profundo

de mi ser:

—Tú me salvaste, Willa —declaro con voz baja pero firme—. Y no lo digo por cuestiones financieras o mediáticas, sino por lo que soy como hombre. Lo que ocurrió ayer, ese monólogo, no tuvo que ver con jerarquías, ni con poder, ni con el hecho de ser CEO. Allí solo había una mujer que me ama sin vergüenza, sin reservas, y eso significa todo para mí.

»Por primera vez en mi vida, estoy dispuesto a dejarlo todo atrás, incluso a ver cómo mi empresa arde en la bolsa si eso implica no soltar tu mano cuando el mundo entero nos juzga. Prefiero mil veces enfrentar el escrutinio público a perderte a ti, porque tu amor me ha dado un propósito y la fuerza para ser quien realmente soy.

Le sujeto el rostro y le beso los labios, luego la miro a los ojos.

—Te amo, Willa. Y no importa lo que venga, no hay nada que me pueda separar de ti.

Ella asiente, su garganta se contrae.

—Lo mismo digo, gigantón.



La casa está en silencio.

Ha pasado una semana desde el «escandalo» y, por suerte (nuestra suerte), se descubrió a una estrella de Hollywood engañando a su esposa (mala suerte) con un muchacho… *menor de edad.*

Así que pasamos a ser una noticia secundaria de la noche a la mañana.

El ambiente en la oficina es tenso, no voy a negarlo. Alex insiste en que deje de ir un tiempo, pero eso lo empeoraría, prefiero que la gente haga sus preguntas y siga con su vida.

Estoy descalza en la cocina, la isla todavía tiene restos de harina; intenté hacer pan para distraerme (fue idea de mi madre, por supuesto) y terminé riéndome sola porque olvidé ponerle sal.

Oigo sus pasos detrás de mí antes de verlo.

No necesito girarme para saber que son sus manos las que me rodean la cintura y me atraen hacia él, dejándome sentir su cuerpo duro contra el mío. La presión es inmediata, posesiva, como si hubiera estado conteniéndose todo el día.

Su nariz se entierra en mi cuello y aspira, lento, profundo.

Hoy tenía una reunión hasta tarde y creí que era buena idea jugar a la esposa formal y esperarlo con algo casero.

Definitivamente, no estoy hecha para la cocina.

—¿Me estabas esperando? —pregunta.

Su voz ya no tiene esa tensión metálica de los últimos días, es más baja, ronca e íntima.

—Sí, intentaba mantenerme ocupada con algo mientras llegabas; no me salió —respondo, girando sobre mis talones y apoyándome en la isla de la cocina.

Sus ojos me recorren con una intensidad que me desarma.

—Puedo ocuparte con algo si así lo deseas —susurra, besándome el cuello.

El beso no es suave, es una promesa.

Su mano se arrastra por mi espalda hasta anclarse en mi culo y apretar, marcando territorio. Sus dientes me muerden los hombros, el cuello, dejando huellas invisibles que me incendian.

Puedo sentir cuánto se restringe en este momento, la tensión en sus músculos, el control férreo que se impone cuando está conmigo.

Y, como siempre, yo soy quien irrumpe en esa parte de él.

Busco el cinturón y lo desabrocho con lentitud deliberada. El sonido del cuero liberándose es casi obsceno en el silencio de la cocina.

Alex me observa sin parpadear mientras continúo con el botón y luego la cremallera, hasta dejar la tela caer a sus tobillos.

Su respiración se vuelve más pesada.

Luego me pongo de rodillas delante de él.

—Abre la boca… —Su polla furiosa está lista y obedezco, hasta que desaparece por completo entre mis labios—. Así, joder.

Me muevo sin apartar la mirada. Por primera vez, soy plenamente consciente de mi poder y libertad para actuar como quiera sobre él.

No estoy reaccionando: estoy provocando.

Él aprieta los dientes, luchando por mantener el control, mientras sus dedos se enredan en mi pelo.

Mi boca succiona.

El sonido llena el silencio de la casa.

Alex me contempla con ojos obsesivos y empuja un poquito más cada vez que se introduce.

—Me gusta cómo mi polla decora tu hermosa boca, Willa —gruñe y toma aire entre los dientes, tratando de controlar el placer

ascendente—, más me gustaría decorar tu dedo con un anillo.

Intento detenerme, pero Alex me sujeta el pelo con fuerza y sigue empujándose en mí.

La actitud de golpe se vuelve demasiado demandante, sensual, y cierro los ojos con placer, olvidando lo que creo que acaba de insinuar.

—No te distraigas —indica, sus pupilas encendidas—, solo porque acabo de proponerte matrimonio, no significa que debas dejar de chuparme.

Será…

Entierro los dedos en su culo, su mano me acaricia el rostro, la barbilla, mientras observa con un detenimiento que me atraviesa.

—¿Qué dices, Willa? —pregunta con media sonrisa—. ¿Dejarás que te haga mi esposa? No te detengas —ordena al final, cuando nota que planeo detener todo esto para tener una conversación normal—. Solo respóndeme.

Asiento con suavidad, mirándolo a los ojos, y Alex pierde la cabeza.

Literalmente, deja caer la cabeza hacia atrás y toma aire entre sus dientes.

Sin entender lo que ocurre, sale de mi boca, empuja mi torso hacia la isla y me baja los pantalones para introducirse en mí.

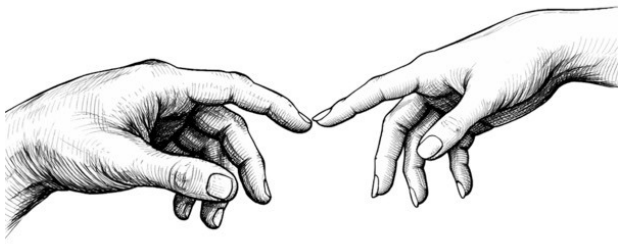
—Mi esposa —gruñe—. Quién lo hubiera dicho. —Sus embestidas son desbocadas, firmes—. Dilo con tu voz.

—Quiero ser tu esposa, Alexander Moor —digo sobre mi hombro.

Y Alex pierde el último hilo de control que tenía, corriéndose dentro de mí con un gruñido alto y desesperado, el más sensual que escuché en mi vida.

epílogo

Willa



Salgo al escenario y la ovación me golpea.

Estoy en la arena de Nueva York, veinte mil personas aplauden al unísono y yo saludo a todos a medida que me coloco en medio del escenario.

—Buenas noches, qué alegría veros a todos, especialmente a los que estáis aquí por indignación mal gestionada.

Los aplausos siguen, no me dejan hablar.

—Gracias, de verdad. Gracias por venir a ver a la chica que casi destruye la institución de la familia tradicional.

Risas.

Todo se vuelve más silencioso.

—Mi carrera explotó el día que Internet descubrió que me enamoré de mi hermanastro. Antes era «comediante emergente»,

después fui «debate moral nacional».

Miro hacia arriba, es un mar de rostros que se mezclan con la oscuridad del teatro.

—Internet estaba indignado. —Saco el micrófono del soporte—. La gente escribía cosas como: «Esto está mal, es antinatural». Antinatural…, como el noventa por ciento de las cosas que lleváis en la cara ahora mismo. ¿Ya existe el bótox orgánico? ¿Alguien sabe? Pregunto para una amiga.

Carcajadas.

—Es fascinante cómo funciona la moral moderna. Primero te dicen que eres una aberración… y luego preguntan si hay *meet & greet*. Por cierto, sí, pero cuesta un ojo de la cara; mi vida conlleva muchos gastos, no me juzguéis.

Las risas se aplacan lentamente.

—El escándalo fue tan grande que llené teatros durante meses. Gracias. De verdad. No sabía que el morbo pagaba tan bien. Si lo llego a saber, me enamoro antes.

Risas fuertes.

—Y mientras todo el mundo debatía si mi relación amenazaba la estructura familiar occidental…, la app de Alex subía un 12 %. Nunca vi a tantos moralistas descargando Pulso «solo para probar».

Pausa.

—Porque resulta que la gente puede estar en desacuerdo contigo…, pero no tanto como para cancelar su suscripción *premium*.

Carcajadas.

—La humanidad es fascinante. Te dicen que eres una amenaza para la estructura social…, pero te apoyan si eso mejora su cartera de inversión.

Risas.

—Recibí mensajes larguísimos explicándome por qué lo mío estaba mal. Siempre empezaban con «Sin juzgar»… y terminaban con un árbol genealógico dibujado en Paint.

Explota el público.

—Pero luego estaban los otros, los que compraban entradas, los que invertían en la *app*, los que nos enviaban flores a casa con una

nota que decía: «Que el amor gane».

Me encojo de hombros.

—El capitalismo es muy romántico cuando quiere.

Aplausos.

—La boda fue íntima, tan solo cien invitados. —Saco la lengua en complicidad—. Nuestra madre estaba feliz. —Me quedo callada—. ¿Fue muy incómodo eso? Imaginad para ella.

Dejo que las risas se desplieguen por el estadio.

—Mi parte favorita fue cuando no tuve que cambiarme el apellido. —Pausa—. Es la única fantasía femenina donde el papeleo es mínimo.

Risas fuertes.

—La gente me decía: «¿No es raro?». Claro que es raro. ¿Sabes qué más es raro? Casarte con alguien a quien conociste en una *app* donde en su foto llevaba gafas de sol y el filtro sepia. Al menos yo sabía exactamente quién era el mío: me salvó la vida con diez años, me amaba en secreto y cuidaba de mí. ¿Cómo comparas eso con Tinder?

Risas con aplauso.

Respiro.

—Y ahora voy a deciros algo que va a hacer que Twitter se vuelva a activar.

Pausa larga.

Sonrío.

—Estoy embarazada.

El teatro estalla.

—Sí, un bebé. El producto del mismo amor que os escandalizaba hace dos años.

Risas y aplausos.

—No os preocupéis, ya hicimos todas las pruebas genéticas. El médico nos dijo que estaba todo perfecto. Y, bueno, si algo nos quedó claro después del escándalo…, es que la química era innegable. *Y bastante frecuente*.

Guiño al público, consiguiendo algunas risas cómplices.

—Me encanta que la gente se obsesione con la biología cuando lo que realmente les molesta es que no pedimos permiso. Recibí

mensajes que decían: «¿Y qué le vais a decir a vuestro hijo?».

Y pensé…: «La verdad».

Pausa.

—Que su padre me amó antes de que el mundo estuviera listo para entenderlo. Que hubo adultos más incómodos con nuestra felicidad que nosotros mismos y que, técnicamente, su madre siempre tuvo el apellido correcto, todo fue muy eficiente.

Carcajadas fuertes.

Respiro.

—«Lo que hacéis es peligroso». Peligroso es enviarle un «¿Sigues despierto?» a tu ex a las dos de la mañana un sábado por la noche. —El público explota—. Peligroso es casarte con alguien solo porque tiene abdominales y algunas acciones en la bolsa.

Más risas.

Me inclino un poco hacia delante.

—Nosotros solo hicimos lo más escandaloso de todo…

Pausa larga.

Sonrío.

—Ser felices sin culpa. —Me llevo la mano al vientre—. Y si eso os incomoda…, relajaos. ¿Qué puede pasar? ¿Que se enamore de la vecina?

La explosión de risas me atraviesa el pecho.

No es ruido, es victoria.

—¡Buenas noches! ¡Muchas gracias! —sonrío, girando apenas el rostro hacia la cámara que graba mi primer especial.

El público está en pie.

Hace unos años me gritaban escandalizados, hoy me aplauden la historia de amor.

La ovación me persigue hasta el pasillo, se cuela bajo la puerta del camerino y continúa latiéndome en las sienes cuando la cierro.

Y allí está él.

Alex.

Sentado en el sofá, inclinado hacia delante, con esa mirada que siempre tuvo cuando yo hacía algo que lo desarmaba por dentro. En la pantalla del camerino aún corre el especial.

Hay algo en él que se enciende cuando me ve en un escenario.

Orgullo.

Deseo.

Devoción.

Cierra la puerta con llave sin apartar los ojos de mí.

Ya es una costumbre *celebrarlo* inmediatamente después de una función, al fin y al cabo, así fue como hicimos a Lucy.

Y, por primera vez en mucho tiempo, el ruido exterior no existe.

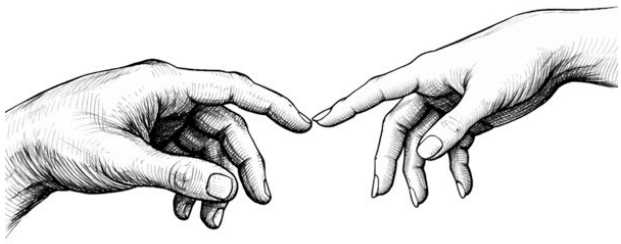
Solo nosotros.

Nuestra historia.

Y el futuro que crece sin pedir permiso.

epílogo

Alex



—El escándalo nos hizo famosos, el amor nos hizo eternos —digo en una entrevista para el *New York Times*.

La entrevistadora sonríe mientras observa a Lucy en mis brazos, pequeña, tibia y completamente mía. Hace un ruidito suave, casi un suspiro, y aprieto las mantas alrededor de su cuerpo, cubriéndola del mundo.

—Tienes una bebé adorable —comenta ella—. La pregunta ahora es: ¿qué sigue? Lo tienes todo. Tu compañía se mantiene en el número uno de las aplicaciones de *fitness*; eres un hombre de familia; tu esposa es una de las comediantes más solicitadas del momento. ¿Qué sigue para Alexander Moor?

Miro a Lucy, sus dedos diminutos se aferran a mi camisa reclamando mi devota atención.

—Ellas —respondo, levantando la mirada—. Ya di suficientes años de mi vida a mi compañía, es momento de enfocarme en lo que realmente importa.

Las cámaras invaden la sala de nuestra casa; cables negros serpentean sobre la alfombra clara. Las luces calientan el ambiente, huele a café recién hecho y a talco de bebé.

Willa me sonríe desde detrás de cámara.

Orgullosa.

Libre.

Feliz.

La entrevista termina, la puerta principal se cierra y, de pronto, la casa vuelve a ser nuestra.

Silencio.

Lucy se mueve inquieta, y la acuno con un gesto cariñoso hasta que vuelve a acomodar la cabeza contra mi pecho; su respiración es pequeña, rítmica, perfecta.

Willa se acerca despacio, con esa media sonrisa que todavía me desarma. Lleva el pelo recogido de cualquier manera y una camiseta amplia que alguna vez fue mía.

—Te ves muy serio cuando hablas de prioridades —dice en voz baja.

La miro.

—Sois lo más importante que tengo en esta vida, ¿dónde ves el chiste ahí, comediante?

—No exageres, CEO —sonríe, pero sus ojos brillan de una manera distinta, más profunda y real.

Se inclina y besa la frente de Lucy.

Miro a nuestra hija, luego a la mujer que desafió cada regla, cada expectativa y cada miedo que tuve.

Crecí creyendo que el éxito era control, que el poder era no necesitar a nadie, que el amor era una debilidad que debía domesticar.

Vaya si estaba equivocado.

La prensa nos llamó escándalo, error, inmorales. Pero cuando las cámaras se apagan y el mundo deja de mirar, lo único que existe es

esto: su mano encontrando la mía, nuestra hija respirando entre nosotros y una paz que jamás conocí antes.

La rescaté creyendo que la estaba salvando.

Lo que nunca esperé es que ella fuera quien me enseñara a amar sin miedo.

Apoyo mi frente contra la de Willa.

—Te amo, Willa Moor—le susurro.

Ella sonríe, como si siempre lo hubiera sabido.

—Te amo, gigantón.

Fin.

agradecimientos

Este libro, a pesar de tener momentos cómicos y alegres, fue un desafío muy especial de escribir. En cada página hay un pedacito de mí: de mis ganas de crear, de sentir y de contar esta historia.

Quiero agradecer a las chicas de Books and Moods por una portada increíble.

A Nati Ortega, por darme una mano gigante corrigiendo algo que era prácticamente ilegible y por su paciencia infinita.

A mis lectoras, por acompañar cada lanzamiento como si fuese una fiesta.

Y a todas las bookstagrammers que lo compartieron en sus redes: las quiero mucho.

Nos vemos en la siguiente historia.

Marcia DM.

otras obras de marcia dm

Romance Contemporaneo

Saga Hermano Walker

Amor y Odio en Manhattan.

Segunda Oportunidad en Miami

Rivales en Dallas.

San Francisco Inesperado

Walker Segunda Generación:

El Color del Anhelo

El Color del Pecado

El Color del Odio

El Color del Impulso

Titanes de San Francisco

Asunto Pendiente

Asunto Prohibido.

Saga El clan de los corazones fríos:

El hotel de los corazones perdidos

Romance oscuro

Saga Resiliente

Resiliencia

Stamina

Deber

Rage

Carter

Saga King Security:

Mentiras Robadas

Hecha de Veneno

Hecho de Tragedia

Romance distopico:

La Marca Del Silver Wolf

Romance Paranormal:

Príncipe Oscuro

acerca de la autora

Marcia DM es una argentina que vive en Estados Unidos hace 10 años. En su travesía por encontrar nuevos territorios, Marcia retomó un gran amor que era la escritura y hoy lleva publicados 19 libros en español y 5 en inglés.



Marcia vive en la humedad de Florida, le gusta mucho la decoración de interiores, hacer proyectos en su casa (sus manos lo pueden demostrar) y dibujar.

Puedes seguirla en tus redes sociales favoritas!